UNA EMPLEADA Y UN CEO EN APUROS



ARIADNA BAKER

UNA EMPLEADA Y UN CEO EN APUROS

ARIADNA BAKER

Primera edición.

Una empleada y un CEO en apuros

©Ariadna Baker.

©diciembre, 2025

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Bebí los vientos por alguien que no se merecía ni una sola lágrima de las que derramé. Subí montañas por personas que no eran dignas ni de que las acompañase a la vuelta de la esquina. Hice cosas de las que ahora me arrepentía, pero todo tenía su lado bueno, ya que todo aquello me hizo volverme más egoísta, quererme más y anteponerme a todos.

Y aquí estaba, sin dejar que nadie me pisotease y sintiendo que tenía el control de mi vida, a pesar de cómo se encontraba todo a mi alrededor. Sentía una calma extraña, como si el caos estuviese lejos aunque lo tuviera delante. Al menos en lo que al entorno laboral se refería.

Trabajaba en uno de los mejores grupos inversores desde hacía cuatro años, y la verdad era que se me daba bastante bien, ya que era la que más objetivos cumplía. Cosa que les chirriaba mucho a mis compañeros. Pero no fue por ese motivo por el que me dejaron de hablar y comenzaron a tratarme como si fuese un cero a la izquierda. El problema venía de seis meses atrás…

Corría el mes de julio cuando, sin comerlo ni beberlo, me vi envuelta en el mayor problema de mi vida. El chico con el que llevaba tres meses viéndome resultó estar prometido y a punto de casarse con otra persona que no era ni más ni menos que mi compañera de trabajo, Aitana.

Precisamente por ella me enteré. Ese día llegó a la oficina hecha una fiera y gritándome cosas que yo no entendía. Al final me fui dando cuenta de que había visto unos mensajes en el móvil de Miguel, mensajes que contenían fotos mías.

Aitana dio por hecho que yo estaba con su pareja para fastidiarla. Nada que ver con la realidad, como si yo no tuviese nada mejor que hacer en mi vida que meterme en la de los demás. Me sentí ridícula y muchas cosas más, pero en ningún momento sospeché que Miguel pudiese tener novia, y mucho menos que fuese mi compañera.

Yo sabía que ella estaba prometida, claro, pero jamás supe quién era él. Ni siquiera me enseñó una foto. Tampoco tenía a Aitana en mis redes sociales; ambas lo teníamos todo privatizado. Además, yo no era de chusmear esas cosas y pasaba un poco de todo. El caso es que ella me señalaba a mí como la única culpable y, sin embargo, a su prometido por poco lo convertía en una víctima.

Aitana consiguió que David y Carlos, los dos compañeros de nuestro departamento, dejasen de hablarme. Tal cual: todo cambió desde el momento en el que entró hecha una energúmena en la oficina. Me volví invisible para ellos tres.

El mes de vacaciones de agosto que cerró la empresa me lo pasé casi encerrada, llorando y sintiéndome culpable por lo que había hecho. Y por lo que no, también. En septiembre tomé la decisión de ir a pedir ayuda a un psicólogo, pero me duró dos sesiones. Le faltaba carácter y le sobraba título. Al final, las sesiones lo único que me provocaban era lástima por lo mal que lo hacía el pobre hombre.

Me fui haciendo más fuerte ante esa situación en la que, cada mañana, de lunes a viernes, tenía que aguantar a unos fantasmas que revoloteaban a mi alrededor. A ellos solo podía mandarlos a la mierda a través de mis pensamientos.

De nuevo llegaron unos días de alivio con las fiestas navideñas, en las que la empresa volvió a cerrar del veintidós de diciembre hasta el siete de enero. Y aquí estaba yo, tarareando una canción mientras conducía mi coche, dirigiéndome a mi primer día laboral del año.

El caso es que estas vacaciones habían sido como una sacudida emocional. Me había preparado mentalmente para regresar siendo otra bien distinta: ambiciosa, de esas que no se dejaban pisotear por nadie, y mucho menos por

una panda de estúpidos que no tenían ni razón ni corazón. Ahora iba a empezar la fiesta para mí. Les esperaba una muy feliz entrada de año.

Por fin había dejado la culpa atrás por preocuparme por personas que no se lo merecían. Iba a anteponerme en todo y mi plan comenzaba hoy. Estaba dispuesta a que se enterasen de una vez de que las reglas del juego habían cambiado.

Eso sí, en las oficinas había compañeros de otros departamentos que no tenían nada que ver con mi batalla personal. Algunos o no se habían enterado o no habían querido meterse en lo que no les incumbía. A excepción de Aitana, David y Carlos, el resto seguían tratándome con el mismo respeto de siempre. En ningún momento cambiaron su forma de dirigirse a mí.

Por eso mis objetivos solo eran tres. Con los demás no tenía problemas; todo lo contrario, me llevaba genial y nos apreciábamos mutuamente. Debido a ello, más de uno se indignaba por la forma en la que me trataba el trío.

Aparqué el coche en el estacionamiento subterráneo del edificio donde estaba la empresa, que ocupaba toda la planta número diez. Desde el interior se accedía al ascensor que llevaba directamente a las oficinas.

Después de los días sin vernos, todos estaban a punto de conocer una nueva versión de mí. Lola llegaba pisando fuerte. Lola iba a demostrar, a partir de hoy, quién era la patrona.

Al salir del ascensor, lo primero que me encontraba era la recepción de las oficinas, puesto que ocupaba Mabel, una joven de veintiséis años que llevaba un año en la empresa. Era lo más dulce y noble que había conocido en mi vida.

—Buenos días, Lola. ¿Qué tal las fiestas? —me preguntó con esa sonrisa tan bonita que tenía.

—Buenos días, Mabel. Muy bien, he conseguido sanar mi alma —sonreí —. ¿Y tú cómo las has pasado?

—Disfrutando en familia. Me alegro mucho de que estés mejor, es un gran alivio. Se te nota en la cara y estás más guapa de lo que eres.

—Vaya, gracias. Así da gusto volver. —Reímos—. Guapa eres tú, cariño mío. Bueno, voy a mi puesto, que tengo que liderar a la manada. —Le hice un guiño.

Mabel tenía el pelo liso hasta la cintura; siempre estaba impecable. Morena, de ojos negros y delgada. Se marcaba unos *outfits* preciosos, combinando *jeans* con *blazer* y deportivas, que la hacían elegante y moderna.

Entré en el departamento y me encontré con que estaban los tres. No solía darse esa coincidencia, ya que yo solía ser de las primeras en llegar, pero como dije, todo había cambiado.

Normalmente —por no decir todos los días que había sido el caso—, cuando yo aparecía, ellos se miraban y el silencio permanecía. Hasta que yo me acomodaba, no empezaban a hablar entre sí, de lo que fuese. Jamás me daban los buenos días ni nada, no desde seis meses atrás, desde lo del lío.

—Sonreíd, que parece que estáis en un funeral. Qué mancha de infelices —dije bien alto, a la vez que me acomodaba.

—¿De qué vas, gilipollas? —saltó Aitana, tal y como yo esperaba.

—Baja un tonito —le contesté con toda la tranquilidad del mundo, sonriendo y mirándola, a la vez que movía la mano en señal de que se calmase—. Cuidadito, que yo también sé ofender y sin despeinarme.

»Ya no soy la tonta que se venía abajo por vuestra culpa. Porque vosotros dos habéis sido cómplices de todo. —Señalé a Carlos y a David—. Así que me repito: cuidado conmigo. Advertidos estáis.

—No te tengo miedo, estúpida.

—Sigue insultándome, Aitana, sigue… —la alenté con cara de provocación.

—Eres una hija de puta.

—La más grande del mundo. Pero ¿sabes qué? Ningún hombre me ha engañado. —Le hice un guiño.

—No me levanto y te abofeteo porque perdería mi puesto, pero créeme que te patearía toda la cara.

—Aplaudid a vuestra amiga la violenta —les dije a Carlos y a David, que estaban serios, intentando no meterse—. Os habéis aprovechado de mi silencio, habéis sido los peores compañeros y personas con los que me he podido topar. He aguantado seis meses de una presión que no merecía y ¿sabéis qué? Ya no soy la de antes. Ahora vais a conocer quién es la patrona.

—La patrona dice —negó riendo de forma exagerada—. Ya quisieras, bonita —dijo con ironía.

—Aitana, me vas a tener que hacer reverencias —contesté mirándome las uñas, con toda la pasividad del mundo y una sonrisa de lo más espléndida.

—No te lo crees ni tú —dijo con rabia.

—Ya lo veremos. —Le hice un guiño.

Me giré hacia el ordenador sintiéndome muy orgullosa de mí misma. No había mejor sensación, y la disfruté. Por el momento había conseguido dejar callada a Aitana. Algo debía haber hecho bien, porque David y Carlos no abrieron la boca. Me sorprendía que no apoyasen a Aitana, aunque fuese con una de sus típicas pullas.

Encendí el ordenador y, después de teclear la clave, accedí a mi bandeja de entrada del correo electrónico de la empresa para comenzar a revisar los mensajes. Me agobié muy rápido por la cantidad acumulada, así que, como todo en la vida, me dediqué a echar un vistazo rápido a todos para darles un orden de prioridad. Los elegidos para hoy serían los expedientes más urgentes y lucrativos.

Quería ir a ver al director general, pero antes necesitaba tomarme un rato más para mí. Nunca lo había molestado, pero hoy me iba a escuchar el señor de Alba. Francisco de Alba. Paco, para los amigos.

Desde donde me encontraba escuchaba hiperventilar a Aitana, lo que no me extrañó, porque debía estar mordiéndose la lengua para no soltarme alguna de sus salvajadas. Aguantarse era malísimo; bien lo sabía yo, por lo

que me habían hecho pasar durante meses. Solo recordar todo lo que había tragado durante ese tiempo me encendía la sangre una vez más.

Estaba deseando que reventase para ir a por la segunda ronda con ella. No me vendría nada mal seguir soltando toda la mierda que había acumulado durante tantos meses, ya que el primer asalto del año nuevo me había dejado de lo más desahogada. Y me encantaba sentir que lo había ganado.

Eran las nueve y media de la mañana cuando ya tenía claro cómo iba a dividirme el trabajo, no solo para hoy, sino para toda la semana. Por ahora, claro, porque cada día me encontraría con algo nuevo que tendría que incluir en la lista.

Capítulo 2



Me levanté y me dirigí al despacho del señor de Alba, teniendo claro que él era uno de mis puntos importantes del día. Para ser más exacta, era el segundo, ya que el primer punto —no, puntazo— había sido el de mandar a la mierda a Aitana.

Con lo a gusto que me había quedado al hacerlo con éxito, esperaba que mi racha continuara. Quería sentirme de la misma manera con el resultado de hablar con mi jefe. Tenía el pulso un poco acelerado, pero estaba decidida a no titubear.

Llegué frente a la puerta de su despacho y di dos golpes con mis nudillos.

—Adelante. —Escuché desde el otro lado.

—Buenos días, señor de Alba —lo saludé a la vez que me asomaba—. Perdone que le moleste, pero necesitaría cinco minutos para hablar con usted. ¿Es posible o vengo más tarde?

—Buenos días, Lola. Claro que es posible, adelante. —Me hizo un gesto amable con la mano para que pasara y tomara asiento.

—Verá, sé que es raro verme por su despacho, ya que siempre intento solucionar todo con los demás responsables, pero en esta ocasión necesito hacerlo con usted. Es el escalafón más alto de la empresa y creo que el único que puede ayudarme.

—Sin problemas, para eso estoy. Soy todo oídos.

Cuando me sonrió, se le dibujaron dos hoyitos en las mejillas que me parecieron de lo más irresistibles.

Joder con el Paco, me dije.

—Gracias. —Le devolví la sonrisa—. Pues bien, ahí va. —Tomé aire para coger carrerilla y me lancé a hablar—. Llevo seis meses sufriendo desprecios, malas caras y un silencio absoluto hacia mí por parte de mis compañeros de departamento. Llegué a acudir al psicólogo, pero no me valió de nada. —Hice un gesto con la mano.

»El caso es que, después de todo eso, durante estas vacaciones de Navidad me he dicho que hasta aquí he llegado, que no estoy dispuesta a aguantar más. Primero, porque no me lo merezco; y segundo, por dignidad.

Me escuchó atento, sin interrumpirme, dejándome desahogarme.

—¿Y en qué momento comenzó todo y por qué? Necesito comprender a qué se debe ese nuevo comportamiento que surgió hace unos meses, cuando lleváis años trabajando en mi empresa y antes no sucedía —me preguntó serio, frotándose la barbilla.

—Pues verá, resulta que…

Una vez que empecé, ya no pude parar. Le conté todo desde el principio: lo de Miguel y la sorpresita que me llevé con él; también lo que pasó el día que Aitana llegó a la oficina, cuando supo mi implicación con su prometido; todas sus recriminaciones y acusaciones, incluso las amenazas. No dejé fuera a Carlos y a David.

—¿Me estás diciendo que los demás también te dieron la espalda, y que Aitana sigue con su prometido como si él no hubiese hecho nada?

—Eso mismo —asentí varias veces.

—Entiendo… —Se acercó a la mesa y apoyó los brazos en ella—. ¿Has venido para que la despida o qué quieres proponerme? —me preguntó sin ninguna ironía ni doble sentido.

—El departamento en el que trabajo es el único que no tiene jefe de equipo. Quería proponerte cambiar eso, ofreciéndome para el puesto. De esa forma tendría el control sobre ellos.

»Aunque sea la primera vez que vengo a su despacho, sé que está muy informado del funcionamiento de su empresa y que se preocupa por conocer la información de cada departamento. Es por eso por lo que debe saber de sobra que soy la más eficaz y la que más beneficios aporta.

—Sin lugar a duda…

—Necesito ese ascenso y que ellos queden bajo mis directrices. Le puedo garantizar que notará que los beneficios aumentarán en general.

—No lo dudo, pero ¿estás segura de que quieres complicarte tanto? Ese es el motivo por el que nunca he puesto un responsable en tu departamento: tú eras la empleada más capacitada para resolver cualquier problema.

»No quería que hubiese nadie por encima de ti, para que no cambiase la manera tan profesional que tienes de analizar las inversiones. Y tampoco me atrevía a proponerte que fueses la directora de departamento porque imaginaba que estarías más cómoda continuando en tu puesto.

—Vaya… Pues en eso no tuvo buen ojo, señor de Alba —le sonreí—. Quiero ser la jefa, la directora o el título que quiera darme; lo que sea con tal de quedar por encima de ellos. Es más, le reitero que el funcionamiento del equipo será más beneficioso para la empresa.

—Le diré a Manuel que te cambie el contrato a directora de departamento. Mañana lo tendrás sobre tu mesa.

—¿Con el cargo va un aumento de sueldo?

—Efectivamente —sonrió.

—Pues esperaré a mañana para tenerlo sobre mi mesa y entonces se lo comunicaré a mi equipo —dije satisfecha.

—Que vaya bien, no dudo de que lo disfrutarás. Y gracias por confiar en mí para contarme la verdad, Lola.

—No hay de qué. —Me levanté emocionada por lo que había conseguido.

—Quiero que tengas claro que tú no has hecho, ni hiciste nada malo. ¿De acuerdo? Siento haberme enterado tarde de lo que has tenido que pasar.

—Tranquilo, lo que no mata, hace más fuerte.

—Siempre —asintió.

—Gracias por todo, señor de Alba.

—Un placer tenerla contenta.

Antes de salir de su despacho, le regalé una gran sonrisa, porque se lo había ganado. Fui como flotando por el cambio tan grande que iba a dar mi vida a partir de mañana: más dinero y más seguridad personal, teniendo la última palabra y el poder sobre mi equipo.

Entré en mi departamento sin decir absolutamente nada, ya que al día siguiente lo haría oficial. Eso sí, continué sonriendo porque era el mejor de todos los ases que tenía en la manga. Lo que me había hecho Aitana durante los últimos seis meses iba a pagarlo muy caro.

El resto de la mañana hubo el mismo silencio, pero se ausentaron las miradas entre ellos. Fue como si Carlos y David no quisieran entrar en el juego, después de lo que les dije.

Cuando llegó el mediodía, recogí los papeles y las carpetas de la mesa, apagué el ordenador y me fui de mi puesto de trabajo sin abrir la boca y, lo más importante, sin mirar atrás. Me dirigí directamente al estacionamiento para montarme en el coche y tomar dirección a la casa de mi madre.

Unos minutos más tarde estaba abriendo la puerta principal, gritándole:

—¡Está aquí la alegría de la huerta!

—Hija, ¡qué sorpresa y cuánta energía! —dijo mi madre asomándose al pasillo con una sonrisa radiante, mientras se secaba las manos en el delantal.

—Tienes frente a ti a la nueva directora de departamento —le informé, y para darle más dramatismo, di un giro sobre mí misma levantando los brazos para poner los dedos en uve.

—¡No! ¿De verdad? —Agrandó los ojos.

—¡Sí! —grité emocionada.

Corrí hasta ella y nos abrazamos, dando saltitos. Necesitaba ese abrazo; me ordenaba por dentro sin que ella lo supiera.

—Ay, cariño. ¡Qué ilusión tan grande! Al final hablaste con el jefazo.

—Y tanto, pero necesito un buen plato de comida delante para seguir contándote.

—¿Qué prefieres, albóndigas con tomate y te frío rápido unas patatas para acompañarlas, o pasta con tomate y chorizo picante?

—Pasta, pasta.

A mi madre le salía genial; de ahí que casi se me cayera la baba. No la había avisado de que venía a comer, pero siempre tenía sus cazuelas preparadas en la nevera. Le encantaba cocinar, y lo hacía para varios días.

—He llegado unos diez minutos antes que tú, el tiempo de meter la comida en el horno para calentarla y de cambiarme de ropa —me dijo al entrar en la cocina.

—¿Qué tal el día en el curro?

Mi madre trabajaba como directora en una sucursal bancaria. Por cierto, se llamaba Cris.

—Pues bien, aunque ya sabes que cada vez tengo más presión con los objetivos —suspiró—. Ahora están con que tenemos que sacar el mayor número de seguros a los clientes y dar más tarjetas de crédito.

—A endeudar más a la población.

—Así es, hija.

Negué dejando el bolso en el asiento de un taburete, donde también coloqué el abrigo y la bufanda cuando me los quité. Fui un momento rápido al baño y, cuando regresé junto a mi madre, nos llenamos dos buenos platos de pasta de la bandeja que sacó del horno.

—Y bueno, cuéntame cómo fue esa visita al director —me pidió cuando nos sentamos a la mesa de la cocina, una frente a la otra.

—Agárrate, que vienen curvas. —Le hice un guiño y nos reímos.

Ella estaba al tanto de todo lo que me había pasado. Era la que más veces me recomendó que me pusiera en mi lugar, que plantase cara de una vez por todas, y que luchara por venirme arriba para no permitirle a nadie que tuviese el control de mi estado de ánimo.

Le expliqué cómo había ido mi incorporación al trabajo este nuevo año: mi entrada triunfal, el breve enfrentamiento verbal, el silencio de después que se alargó y nadie rompió, y mi visita al despacho de mi gran jefe. Después de lo de hoy, lo adoraba.

Mi madre se alegró muchísimo de que el gran jefe hubiera valorado mi trabajo y no dudara ni un solo momento en darme el cargo. Es más, tuvo el detalle de comentarme que no me lo ofreció antes porque pensaba que a mí no me haría gracia.

Mis padres se separaron cuando yo tenía quince años. Lo hicieron de la mejor manera, poniéndome a mí siempre por delante para que no sufriera por ninguna situación. Es más, se llevaban genial y, hoy en día, a mis treinta años, tenían una relación de amistad de lo más sana. Eran muchas las veces que quedaban para cenar o incluso para hacer algún viaje.

Lo curioso de todo es que ninguno de los dos había rehecho su vida y no se les veía con intención de rehacerla. Joaquín, que así se llama mi padre, vivía feliz con su deporte, sus libros y su profesión: bombero. Tenía cincuenta y ocho años, uno más que mi madre.

Capítulo 3



¿Qué sería de mí sin ese primer café de la mañana que me devolvía a la vida? A esas horas era casi mi religión particular.

Disfrutaba de este momento en mi cocina, con el silencio y mis pensamientos, esos que ahora tenía que visualizarlos de manera positiva, de forma que me llenasen de energía para no infravalorarme más por culpa de nadie. No pensaba permitir que nadie volviera a pisotearme como antes.

Desde los quince años pasé a vivir por temporadas con cada uno de mis padres, ya que en ambas casas tenía mi dormitorio y mucho amor para mí por ambas partes. Me encontraba tan bien con ellos que hasta hace un año no tomé la determinación de independizarme. Lo hice con veintinueve años.

Sucedió hace dos, cuando llevaba un par de años en la empresa y tenía un buen dinero reunido. Pasé por una promotora y vi que anunciaban que estaban construyendo una nueva fase de pisos de mucha calidad. Se lo comenté a mis padres y no dudaron en venir conmigo a informarse de las condiciones.

Y tampoco dudaron en ningún momento en animarme por la gran oportunidad que era: me dijeron que la entrada me la pagarían ellos, para que yo solo me encargase de amueblarlo y de la hipoteca que se me quedaría. Hipoteca que, por cierto, era bastante cómoda, con una cuota mensual de cuatrocientos euros. Sonaba tan asumible que casi parecía una broma.

Así que, cuando me lo entregaron, me dediqué a amueblarlo a mi gusto. Justo hacía un año que me había venido a probar eso de vivir sola, cosa que no me costó para nada adaptarme. Todo lo contrario: me sentía tan ilusionada

que lo viví y disfruté con mucho entusiasmo. Por primera vez, sentía que ese espacio era solamente mío.

Y hoy pasaba a ser la directora jefa de mi departamento. Me salían las carcajadas solas al pensar en la cara que se les quedaría a los tres inhumanos. Estaba deseando que llegara ese momento, para el que estaba preparadísima.

Me hice un segundo café que empecé a tomar en mi vestidor mientras elegía el outfit: unas botas altas negras, unos vaqueros pitillo y un jersey blanco con una flor de punto en un hombro, con una cazadora negra que daba un estilazo increíble y abrigaba, porque tenía pelito por dentro. Me maquillé con tonos marrones e iluminador crudo, y me pinté los labios de color vino tinto. Esa versión de mí misma me recordaba que también sabía brillar. Tenía un cosquilleo constante en el estómago, mezcla de nervios y poder.

Mi piso contaba con un parquin en el mismo edificio, igual que mi empresa, por lo que los días de lluvia no me mojaba ni lo más mínimo, y tampoco me perjudicaba a la hora de decidir qué prendas ponerme.

Preparada y contenta con mi imagen, la que estaba viendo en el espejo del baño, volví a la habitación para ir hasta la cama, donde había dejado la cazadora y el bolso. Me puse la primera, abrigándome bien, también con una bufanda. Después de colgarme el bolso, recuperé la taza y salí al pasillo dando el último sorbo de café.

Me fui del piso, bajé al parquin en el ascensor y, una vez montada en mi coche, me di ánimos a mí misma para el día que tenía por delante. Iba a ser uno de esos días que marcan un antes y un después.

Llegué bien de tiempo al trabajo, unos minutos antes del inicio de la jornada. Mabel me recibió como siempre: alegre y preguntándome cómo estaba, echándome algún piropo.

—Hoy se te nota muy feliz. Estás preciosa, Lola.

—Gracias, cariño mío. No tanto como tú. —Le hice un guiño—. Es que lo estoy. Luego vendré a contarte lo que me hace tan feliz.

—Vete ya antes de que te secuestre para interrogarte. —Nos reímos—. Aquí estaré, esperándote con muchas ganas —me dijo con esa sonrisa tan característica en ella.

Obviamente, me había asegurado de que Aitana, Carlos y David estuvieran dentro. Sabía con cuánto tiempo de antelación llegaban, por lo que, por un día, yo me tomé las cosas con más calma para llegar la última y hacer mi entrada triunfal, tal y como me merecía.

Al entrar en el departamento, lo primero que vi fue el sobre encima de mi mesa. Me salió una sonrisa que fue agrandándose mientras caminaba hacia mi zona de trabajo.

Si el trío pensaba que hoy les permitiría volver a las andadas, iban a sumar otra sorpresa, porque estaban a punto de llevarse la más grande.

—Buenos días, chicos —los saludé con un tono alto y alegre.

Carlos y David murmuraron un «buenos días» desganado, mientras que Aitana no dijo ni pío, como era de esperar.

Después de quitarme la ropa de abrigo y de guardar el bolso en el último cajón de mi escritorio, tomé asiento y abrí tranquilamente el sobre. De él saqué mi nuevo contrato: seguía siendo indefinido. Las únicas modificaciones eran la categoría de directiva y el sueldo base.

Madre mía, me grité por dentro, sin poder apartar la mirada de la cifra que cobraría a partir de hoy. Me habían aumentado el sueldo en mil trescientos euros; casi me da algo, ya que antes cobraba dos mil cien. Me costó apartar los ojos de los tres mil cuatrocientos euros fijos que ingresaría de ahora en adelante, sin contar mis incentivos, que nunca bajaban de mil quinientos euros al mes. Estaba ante el sueldo que siempre había soñado y que, por fin, era una realidad.

Si hubiera estado sola, me habría puesto a saltar y a gritar. En cambio, hice algo muchísimo mejor: firmé el contrato digitalmente, ya que también me lo habían enviado así para agilizar el trámite. Y porque hoy día todo estaba informatizado.

—Bueno, bueno, bueno… —dije en alto y carraspeé para aclararme la voz.

Sin prisas, guardé el contrato dentro del sobre y lo metí en mi bolso, a salvo en el cajón. Cuando levanté la cabeza, me encontré con que los tres me miraban serios. Yo no borré la sonrisa mientras los observaba uno por uno.

—¿Vas a tocar mucho las narices hoy? —preguntó Aitana con un tonito…

—Muchísimo —le respondí con aires de superioridad—. Desde hace unos segundos he pasado a ser vuestra directora, la jefa del departamento. —La cara de los tres fue un poema; se les cambió el semblante por completo.

»Quiero decir que no aguantaré ni lo más mínimo. No me va a temblar el pulso si tengo que tomar las medidas necesarias para la buena armonía del equipo. Y tú —miré directamente a Aitana—: tus problemas amorosos los dejas en la calle, o los pagas con quien te hizo infeliz, no conmigo.

»Aquí tonterías las justas. Si él no te respeta, no es mi problema. ¿Lo has entendido o te lo explico de otra manera?

—Perdonad —dijo Mabel apareciendo con un ramo de flores precioso—. Es para ti. —Se dirigió hacia mi mesa con una sonrisa radiante.

—Oh. Gracias, cariño. —Lo puso sobre la mesa—. Por cierto, acabo de convertirme en la directora jefa de este departamento.

—¿Eso es lo que me ibas a contar? —preguntó con una felicidad en su rostro que me pareció de lo más cálida.

—Sí, eso era, pero primero quería comunicárselo a mi equipo. —Le hice un guiño.

—Pues seguro que por eso es este ramo.

—Veremos a ver… —Cogí la nota.

«Bienvenida a tu nuevo puesto. Todo el equipo directivo está muy orgulloso de ti. ¡Felicidades!».

Sentí una chispa cálida recorrerme el pecho; por fin alguien reconocía mi trabajo sin peros.

—Pues sí, es de todo el equipo directivo —le confirmé a Mabel, aunque el trío me escuchaba perfectamente—. Me transmiten lo orgullosos que están de mí y de mis logros, felicitándome por el nuevo puesto.

La cara de Aitana era de querer que la tierra se la tragase y la escupiese en otro lugar. Sin embargo, Carlos y David me miraban con una sonrisa un tanto triste e incómoda.

—Enhorabuena, te lo mereces sin duda —me dijo muy contenta Mabel.

—Gracias —le sonreí con cariño y me hizo un guiño.

—Ya lo celebraremos —asentí—. Después de esta gran noticia, yo regreso a la recepción. Disfruta de lo que te has ganado, Lola. Eres toda una profesional.

Me levanté del sillón cuando se acercó, ya que quería darme un beso. Nos lo dimos y también un breve abrazo.

—Gracias de nuevo, cariño mío. Un día formarás parte de mi equipo. —Le hice un guiño cómplice y vi de reojo cómo el trío se miraba entre ellos, incrédulos por mis palabras. Cuestión de tiempo. Solo pensar en ese futuro me daba todavía más fuerzas.

Mabel se marchó y los tres se pusieron a trabajar sin decir ni media, pero en las caras de David y Carlos se notaba que comenzaban a sentirse incómodos con Aitana. Ellos solitos se lo habían buscado al ponerse de su parte en una historia que no les pertenecía.

Les comenté que iba a preparar durante estos días un protocolo de trabajo común, para que cada expediente, cuando estuviese resuelto con sus decisiones personales, pasase por mí para validar o no esas conclusiones. Se mantuvieron más callados que en misa, aunque los chicos asentían mientras yo hablaba.

De ser la marginada a llevar el control de sus vidas laborales… eso sí que debía de haberles jodido. Pero no tanto como ellos me jodieron a mí durante seis lamentables meses. Dos de ellos empezaban a arrepentirse, pero me daba igual: ahora que masticasen y tragasen. El karma ya había hecho su trabajo, y

la sensación que me había quedado era increíble. Me sentía, por fin, en el bando ganador.

Recibí una llamada del señor de Alba para que fuera a su despacho cuando pudiera. No dudé en dirigirme rápidamente hacia allí; de algún modo era mi primera aparición como parte del equipo directivo. Ya era oficial, y no podía sentirme más orgullosa. El ego, de tenerlo por los suelos, ahora lo tenía lejos de la órbita de la Tierra. Año nuevo, actitud nueva.

Frente a la puerta del jefe la golpeé varias veces con los nudillos.

—Adelante —dijo en voz alta.

—Buenos días, señor de Alba —lo saludé al entrar, cerrando a mi espalda.

—Buenos días, Lola. —Me correspondió muy sonriente.

Estiró la mano hacia una silla, pero yo ya iba directa hacia ella. Me senté y continué hablando.

—Gracias por el ramo de flores que me habéis mandado. Me ha hecho mucha ilusión, es precioso —sonreí.

—No hay de qué, me alegro de que te haya gustado. Es lo mínimo que te mereces en un día que supone un gran cambio para ti. Quería comentarte que el sábado celebramos con todo el equipo directivo el cierre de la operación de Marbella y, como ya formas parte de él, estás invitada a unirte.

—En este momento, como cierre del contrato que ya he firmado, no hay nada que pueda hacerme más ilusión que compartir el festejo del cierre de la operación de la que yo también fui partícipe —sonreí feliz.

Se acomodó en su sillón echándose hacia atrás, sonriéndome. Era sensual hasta decir basta, un caramelito al que estaría encantada de quitarle el envoltorio.

Joder, deja de pensar en esas cosas teniéndolo delante, me dije. Me esforcé en entrar en modo profesional: espalda recta, buena posición sentada,

mirada fija en él sin cortar el contacto visual, y me preparé para hablar sin titubear. Perfecto, ¿verdad? Lo sería si por dentro no me tuviera como un flan.

¿Desde cuándo me sentía así por este hombre, mi jefe? Con lo bien que estaba hasta ayer, sin tener contacto con él…

—Genial —dijo por mi confirmación—. La celebración comenzará a las nueve de la noche del sábado, en «La Fontanilla del Suizo».

—Buen gusto, un lugar a la altura que se merece el festejo. Estuve hace un par de años con mi madre en un evento del banco para el que ella trabaja y salí con muy buen sabor de boca de allí. La comida fue excelente y el personal inmejorable, al menos en mi experiencia.

—Entonces espero que esta vez supere tus expectativas.

—Seguro que sí, aunque dependerá del menú que haya elegido. Ya sabe, es muy cierto lo de que el dinero lo es todo para algunas cosas.

—Suelo estar siempre a la altura.

—Es de agradecer un jefe tan seguro de sí mismo.

¿Sabéis esos momentos en los que de golpe reina el silencio y hasta te parece escuchar un cri-cri por alguna parte? Pues eso sucedió entre nosotros. Nos quedamos mirándonos fijamente por no sé cuánto tiempo, pero por suerte él volvió a hablar.

—Todos irán en taxi para luego no preocuparse por las copas que tomen.

—Tenía pensado hacerlo así —asentí.

—Pues listo. Cuento contigo.

—La primera, no lo dudes —le sonreí a la vez que me levantaba—. Gracias de nuevo.

—A ti por aceptar.

Deberían llevarlo preso por la sonrisa con la que lo dijo; era un pecado.

Mi jefe tenía cerca de cuarenta años, creo que le faltaba uno o dos para llegar a la cuarentena. Estaba como un tren, con un rostro de lo más varonil y angelical, por lo divino que parecía. Era una mezcla de lo más pecaminosa.

Eso sí, era hermético como él mismo y ponía unas barreras infranqueables en todo lo que no tenía que ver con lo laboral. Era lo que siempre había escuchado, más que nada porque mi contacto con él lo limité a saludarlo por los pasillos o donde coincidiéramos. Poco más, hasta ayer que tuve que sentarme frente a él y pedirle lo que sentía que me merecía.

Le di una despedida rápida y salí de su despacho, dispuesta a regresar a mi puesto para que no se me retrasara mucho el trabajo.

Llegué a mi departamento sonriendo por el pensamiento de que cada vez que iba al despacho del jefe salía con algo bueno y nuevo. Ya podría haberlo hecho antes. Me prometí no volver a infravalorar mi propio valor en la empresa.

Una vez sentada frente a mi escritorio, me centré en trabajar en los expedientes más urgentes. Lo de planificar la nueva forma de trabajo de mi equipo lo haría tranquilamente en mi casa, o a ratos aquí, los que me tomara un respiro. El trío iba a recordar cada día, desde ayer, quién era la patrona.

Capítulo 4



Viernes y mi cuerpo lo sabía…

Estaba tomándome el café a la vez que me mensajeaba con mi prima Inés, aunque realmente era una mezcla de mejor amiga y hermana. Nos queríamos con locura y nos habíamos criado juntas. Ella era ese tipo de persona que te sostiene incluso cuando no te das cuenta de que lo necesitas.

Inés tenía veintinueve años, uno menos que yo. Su madre, mi tía Elvira, era hermana de mi madre y su marido Paco era hermano de mi padre. Sí, dos hermanas para dos hermanos que encima eran los únicos, ya que ninguno tenía más.

Mis tíos eran dueños de una farmacia y mi prima trabajaba en ella como empleada. Inés estudió Farmacia en la universidad para quedarse con el legado de sus padres cuando lo soltaran. Eso sí, tenía sus privilegios, puesto que sus cuarenta horas semanales las hacía de lunes a viernes en horario de mañana. Ella no pringaba los fines de semana; las guardias no la afectaban, ya que de ellas se encargaban los demás de la plantilla.

Nos despedimos quedando para dentro de unas horas, tal y como hablamos ayer. El plan era encontrarnos cuando saliéramos de nuestros trabajos para ir a comer juntas al mexicano que nos gustaba muchísimo. También porque estaba a una calle del centro, donde queríamos aprovechar para dar una vuelta por las rebajas, ir de tienda en tienda. Los comercios no cerraban al mediodía, por lo que sería el cierre perfecto de la semana.

Me terminé el café y fui hacia mi habitación para vestirme e irme al trabajo. Al día siguiente era la cena a la que me invitó el jefe y me sentía fascinada por ella, ya que por primera vez me codearía con los directivos fuera de la empresa. Que sí, había estado con ellos en las cenas de Navidad, pero lo normal en ellas era que se formaran corrillos.

Los altos cargos se mantenían juntos e iban por su lado, mientras que los trabajadores de cada departamento, a cargo de ellos, se movían con libertad, yendo de unos a otros de los corrillos. Ese fue el motivo por el que este último año no asistí, ya que lo que menos me apetecía era codearme con los fantasmas de mi equipo.

Había muchos más con los que me llevaba genial y podría haber mantenido las distancias con Aitana, David y Carlos, pero con notar una presencia constante en el mismo espacio —en mi caso tres presencias—, con lo mal que me sentía antes de las vacaciones navideñas, eso bastó para negarme a pasar unas malas horas. No, gracias.

En cuanto Mabel me vio entrar en la oficina, salió de detrás del mostrador con un paquetito de regalo.

—Buenos días, Lola —me saludó emocionada—. Para ti, es un detallito por tu ascenso.

—¡Oh, Mabel! No tenías que…

—Por favor, quería hacerlo. Y no es gran cosa. —Se ruborizó.

—Gracias, cariño —lo cogí sonriéndole—. Claro que es grande. —Levanté el paquete—. Me da igual lo que contenga, lo que me importa es que te has acordado de mí y, como acabas de decir, querías hacerlo porque estás feliz por mí. ¿Te parece poco? —Le hice un guiño.

—Es una caja de bombones belgas de una de las chocolaterías más famosas de Bruselas —me contó con más color en las mejillas.

—¿Y qué he hecho yo para merecer estos exclusivos bombones?

—Ser simpática y muy amable conmigo. Se te coge mucho cariño, Lola. —Me frotó despacio un brazo mientras sonreía y pegaba su cabeza a mi hombro.

—Eres un amor de chica, Mabel. Yo puedo decir lo mismo de ti. Muchísimas gracias, los voy a disfrutar mucho.

—Ojalá que te gusten.

—No lo dudes. —Le di un beso en la mejilla como despedida para ir cada una a nuestro puesto.

Al entrar en el departamento, me llevé una sorpresa porque, antes de dar los buenos días, Carlos y David ya estaban saludándome.

—¿Y Aitana?

—Ni idea, aún no ha llegado —me respondió David.

Me acomodé en mi sillón frente al escritorio y encendí el ordenador. En cuanto abrí la bandeja de entrada del correo, vi que tenía un mensaje de Aitana. En él me comunicaba que había estado esta madrugada en urgencias por un cólico; aparte me adjuntaba el informe médico de la doctora que la atendió y la baja para el día de hoy. Baja con posibilidad de ser ampliada según su evolución.

Algo me decía que era rollo de ella, la veía muy capaz de eso y de más. Pero había que darle el beneficio de la duda, porque gracias a Dios todos no éramos de esa manera. La realidad era que podía ser tan verdad como mentira, porque esas cosas sucedían sin más y de repente. Tal vez fue por lo mal que le sentó mi ascenso y saber que de ahora en adelante estaría bajo mis órdenes. El ego herido podía obrar milagros, y no precisamente buenos.

Se lo comenté a los chicos para que estuvieran al tanto. Noté en sus gestos que se sentían incómodos con la situación, y a la vez intentaban mostrarse más amables conmigo. Con lo que me habían hecho y el trato que me dieron durante meses, era normal que se sintieran cortados. Fueron muy injustos conmigo y ellos lo sabían. Lo que les pasó es que se les fue de las manos cuando empezaron a reírle las gracias a la prepotente y chula del grupo.

El ambiente en el trabajo fue tranquilo y, a lo largo de toda la mañana, pude dejar zanjados los expedientes urgentes que tenía pendientes. Lo último que hice antes de apagar el ordenador, para dar la semana por acabada, fue enviar al equipo de riesgo los archivos con los informes de los expedientes para que los revisaran y dieran el visto bueno.

Salí de la oficina sabiendo que me esperaba un bonito fin de semana por delante, el que me merecía.

Fui con mi coche hacia la farmacia a recoger a mi prima. Estaba esperándome en la puerta cuando llegué.

—Hola, amor —me saludó alegre al montarse en el asiento del copiloto.

Nos dimos un beso en la mejilla y un abrazo antes de que se abrochara el cinturón. Me incorporé a la circulación para ir hacia la dirección del restaurante.

—Hola, cariño mío. ¿Qué tal?

—Bien, deseaba que llegase ya el viernes. Luego, cuando me dejes en casa, pienso ponerme el pijama y no quitármelo hasta el lunes. —Rio.

—También sería mi plan perfecto. Haría lo mismo encantada, pero mañana tengo una cena con mis nuevos compañeros directivos —sonreí.

—No sabes cómo me alegré cuando me lo contaste. Te mereces todo lo bueno que te pase, prima, eres una persona que lo hace todo con el corazón.

—Y por eso se ha aprovechado de mí mucha gente, pero ya eso se acabó. Buena para quien se lo merece y la patrona para los que no. —Nos reímos.

—Di que sí. —Me dio una palmadita en el muslo—. ¿Has reservado mesa?

—Sí, ayer cuando colgamos la llamada. Pedí que nos reservaran una al lado de la chimenea. —Me reí.

—Si es que piensas en todo, hija.

—Como para no hacerlo… el día está muy frío como para que nos toque lejos del fuego. Me da igual la calefacción; la de la oficina no me ha hecho nada en toda la mañana, no se me han calentado las manos ni los pies en ningún momento. —Bufé—. Ahora al menos empiezo a sentirme los dedos porque me da directo. —Señalé la dirección hacia abajo del aire caliente.

—Por eso tengo tantas ganas de pijamita. —Se frotó las manos.

Durante el trayecto me hizo un resumen rápido de cómo le había ido la mañana en la farmacia. No dejó de hablar en todo el camino hasta que llegamos a la zona. Tuvimos suerte y aparqué a la primera, a unos metros del restaurante, en una callecita de la avenida. Nada más salir del coche, caminamos ligeras hacia el restaurante, buscando calor.

Al entrar, le dije mi nombre al hombre que estaba en la entrada y nos acompañó hasta una de las mesas situadas al lado del fuego, que parecía estar vibrante para nosotras. Nos acomodamos encantadas: daba una calidez increíble y olía a hogar, porque una chimenea encendida me hacía sentir como en casa. Para mí era así.

—Pues mi jefe me parece mucho más cercano de lo que aparenta —le dije.

—¿El jodidamente sexi?

—Ese mismo. —Nos reímos.

—¿Y no sabes nada de él?

—No tengo ni idea de si está casado, si tiene pareja o hijos, nada de nada. Creo que en la empresa hay mucho respeto para hablar de él, ya que nunca he escuchado un comentario sobre su vida privada.

—Lo mismo está soltero y lo tienes a tiro. —Me dio un golpecito en el pie con el suyo.

—¿A tiro? Ese hombre tiene un muro que no permite que nadie lo traspase. Ni se me ocurriría, lo que me faltaba; además, las debe tener de diez en diez y en cola.

—Hasta que alguien haga su magia…

—¡Los cojones! —Me reí—. Además, con lo que he conseguido y lo bien que estoy ahora, eso está del todo descartado —negué.

El camarero que vino a atendernos nos tomó nota de las fajitas, los nachos y la quesadilla. Siempre pedíamos lo mismo, eran nuestros platos favoritos. De beber nos decantamos por un refresco cero.

Inés estaba casada desde hacía dos años con Mauro, un joven arquitecto que tenía su propio estudio en la casa de ambos. Hacían una preciosa pareja y él estaba muy pendiente de todo lo que le gustaba a mi prima. La animaba a verme, a que saliera y se divirtiera, si es que no me secuestraban algún fin de semana para pasarlo con ellos en su casa, en la que estábamos todo el tiempo en pijama. Eran de esas parejas que te hacían creer en el amor.

Disfrutamos mucho de la comida mexicana que tanto nos gustaba, menos mal que íbamos a caminar un poco por la avenida de las tiendas y eso nos ayudaría a bajarla, ya que terminé tan llena que no podía ni moverme.

Después de pagar yo —porque según mi prima ya podía considerarme una verdadera patrona por mi aumento—, nos abrigamos bien y dejamos riendo al chico que me cobró.

—¿Sabes? Desde hace mucho tiempo estoy antojada de un bolso —dijo agarrándome del brazo cuando salimos del restaurante—. Y estoy pensando que, si hoy está en la tienda, me voy a dar el capricho porque seguro que está en rebajas.

—¿De qué firma es el bolsito? —le pregunté con ironía.

—Es de Michael…

—¡Lo sabía! —Me eché a reír.

—Cuando lo vi estaba de lanzamiento a trescientos cincuenta euros; seguramente ha bajado bastante. La oportunidad bien lo merece.

—Aunque le hayan quitado cincuenta euros, te lo vas a comprar.

—Me quedé con las ganas para Reyes, pero es que cuando la vida nos cruzó ya me había comprado Mauro el otro del que llevaba enamorada mucho tiempo.

—Yo que tú no me lo pensaba. Tienes pocos bolsos para poder complementar tus *outfits* —ironicé, ya que tenía decenas.

—No me seas mala. Tengo muchos, pero no ese.

—Eso ya me lo conozco…

—¿Y qué más da? ¿Acaso me lo vas a pagar tú?

—Quién sabe… —Carraspeé bromeando.

—Venga, te concedo el honor.

—Claro que sí. —Me reí con ganas—. ¿Y tú qué piensas comprarme a mí? Porque si te doy el capricho tienes que correspondérmelo; qué mínimo, eso se merece tirar la casa por la ventana.

—Ah, no, entonces me pago el bolso yo. —Nos reímos—. No he dicho nada —insistió, tirando de mi brazo hacia la primera tienda a la que fue directa y ¡sorpresa!: era la firma del bolso que buscaba.

Yo no tenía en la cabeza ningún capricho, y menos después de las fiestas que acababan de pasar. Papá Noel y los Reyes Magos se habían portado genial conmigo; además, ni aunque me sobrara el dinero siendo rica me lo gastaría de una forma tonta y sin sentido. Hablo por mí: para cada uno la felicidad está en cosas diferentes y es respetable.

Por eso siempre apoyaba a Inés, a no ser que fuese una locura, claro. Yo, en ese sentido, era más normal. Que sí, que de vez en cuando me compraba algo de una firma, pero nada desmesurado. Inés, en cambio, sí que era de usar más marcas y un tanto caprichosa. Ella misma se definía así y yo podía dejar constancia de ello.

El bolso tenía un buen descuento, ya que se quedaba en ciento noventa euros. Se lo compró sin dudarlo. Era monísimo, todo hay que decirlo.

—Muero de amor —me dijo haciendo un puchero—. A ver cómo entro en casa con esta bolsa, pasando desapercibida.

—Como si no te fuera a pillar. —Me reí—. ¿Te crees que es tonto? Mauro es capaz de estar esperándote en la puerta porque sabe lo que estamos haciendo.

—No me pongas nerviosa. —Bufó divertida—. No quiero ocultárselo; además, sería una tontería, porque de una forma u otra terminaría sabiéndolo. —Se encogió de hombros—. Lo que me gustaría es que lo vea cuando lo lleve puesto —me sonrió con picardía.

—Disfruta de que ya lo tienes. —Esta vez me agarré yo de su brazo al salir de la tienda—. Vamos a seguir —nos sonreímos.

Capítulo 5



Dicen que los sábados suelen ser el día preferido por la mayoría de los mortales; en mi caso era así, y más hoy, que me iba de cena con los directivos a celebrar la magnitud de la operación que habíamos cerrado en la empresa.

Tostaba el pan mientras me preparaba el segundo café, para sentarme en el salón a desayunar tranquilamente. Me había hecho dos huevos con beicon a la plancha, los que iba a acompañar con unas rodajas de aguacate a las que me gustaba echarle por encima *toppings*. Eran los fines de semana cuando me daba mis caprichos en forma de desayuno, aprovechando que tenía tiempo de sobra para mí.

Me acomodé en el sofá para comer y me puse unos vídeos de maquillaje para perfeccionar los contornos y las mejillas. Me encantaba verlos y aprendía un montón con ellos. Hoy quería ir radiante y muy guapa a la cena; era un día importante porque sentía que se me hacía algo de justicia, ya que yo me había volcado e involucrado en la empresa por encima de todo lo que nos exigían. Siempre me gustó dar lo mejor de mí y no me conformaba con ofrecer menos de lo que podía. Pensar en esa cena me ponía un poco nerviosa, pero del tipo de nervios que también ilusionan.

Cogí el móvil cuando me entró un mensaje. Era de mi padre, que precisamente hoy trabajaba las veinticuatro horas en el parque de bomberos.

Papá: *Buenos días, cariño. ¿Qué tal estás? Esta noche es tu gran cena, espero que la disfrutes como tú sabes. Te quiero mucho.*

Lola: *Buenos días, papá, estoy genial. Espero que te vaya bien el trabajo, ten cuidado si tienes que salir. Te aseguro que disfrutaré, claro que sí. Yo también te quiero un mundo y parte del otro.*

¿Qué sería de mi vida sin mis padres, que eran los más maravillosos del mundo? Hasta mis tíos lo eran, ellos siempre me trataron con todo el cariño del mundo y estuvieron ahí para mí, al igual que mis padres para mi prima Inés. En este sentido familiar éramos muy afortunadas.

Había una *influencer* que me encantaba porque no usaba filtros ni marcas caras, y explicaba los pasos para maquillarse de una forma que conseguías imitarla fácilmente. Yo lo había hecho en varias ocasiones y quedé como ella lo mostraba. Tiré de sus vídeos y encontré lo que tenía pensado hacerme para esta noche, además, tenía los productos que usaba en el tutorial.

Después de desayunar de lo más relajada, me dispuse a limpiar el polvo de toda la casa, a hacer los baños, a barrer, a limpiar el suelo y a poner una lavadora. Limpié sobre limpio porque mantenía el piso muy bien, por lo que lo hacía todo en un abrir y cerrar de ojos, mientras escuchaba mi lista de reproducciones con mis cantantes favoritos.

Por fin veía el sol después de tanto tiempo de días grises. ¡No podía estar más feliz! Tenía ganas de gritarle al mundo que este año ya no era la misma del anterior, pero eso, eso lo verían todos con sus propios ojos sin la necesidad de pronunciarlo con mis palabras.

Después de limpiar, me metí en la ducha, antes de ponerme a preparar una milanesa acompañada de espaguetis con tomate. Hoy estaba de antojos y no tenía nada mejor que hacer que darme esos caprichos que cuestan tan poco y me hacían tan feliz, de esos que saben a gloria cuando una se dedica tiempo.

Me había decidido por una falda corta satinada que, por encima, llevaba una especie de tela de tul bordada, en tono marrón, a juego con la cazadora y los zapatos de salón que me pondría. De camiseta me había decantado por una en tono marfil, de manga larga y cuello barco; era de un tejido de lo más suave y elegante.

Eran las siete y media de la tarde cuando me di una ducha, esta vez más relajada. Cuando terminé, comencé a arreglarme el pelo; primero me lo alisé

y luego me coloqué por delante unos rulos grandes para que se me quedase volumen y movilidad. Seguidamente me puse con el *skincare* antes del maquillaje.

Lista, estaba monísima. Me quité los rulos para terminar de verme arreglada del todo y confirmé que el resultado me había quedado brutal.

Me vestí y fui a mirarme en el espejo, desde diferentes perspectivas. Elegante, juvenil y muy guapa, así me veía. Y, lo más importante, me veía segura.

Tal y como le dije a mi jefe que haría, fui en taxi hasta «La Fontanilla del Suizo». El lugar era de esos donde se celebraban eventos de lo más exclusivos y contaba con varios salones, a cada cual más refinado.

Cuando el taxista paró frente a la entrada, le pagué y me despedí de él, saliendo a la fría noche. Caminé rápido hacia la entrada, donde me encontré a Mario, un compañero del equipo de riesgo. Estaba a un lado de la puerta, fumándose un cigarrillo.

—Buenas noches, Lola, estás muy guapa.

—Gracias, don Mario —sonreí parándome frente a él—. Tú también.

—¿Don Mario? ¿Desde cuándo me llamas así? —me preguntó con diversión.

—Desde esta noche, que estoy muy feliz por formar parte de la élite de la empresa. —Le hice un guiño.

Cogí del bolso un paquete de tabaco y saqué con gracia un cigarro. Mario encendió su mechero y me ofreció fuego.

—¿Qué haces fumando si tú no fumas? —me preguntó con curiosidad.

—Solo lo hago cuando salgo. Soy fumadora social —le sonreí—. Pero no siempre, a veces, cuando me voy de marcha por la noche, no toco ni un solo cigarro. Hoy es especial, la cena y la celebración lo requieren. ¿No me digas que no es una pasada que yo esté hoy aquí?

—Lo es, y también justo —asintió—. No lo chives por ahí, pero en muchas de estas celebraciones de operaciones grandes, salió tu nombre.

—¿En serio? Pues espero que fuese para algo bueno, para dejarme por las nubes —dije interesada, riendo.

—Eres la mejor analista de operaciones factibles para la empresa y eso lo sabemos todos. No estás aquí por casualidad, Lola, lo estás por méritos propios.

—Muchas gracias, Mario, aunque también fue porque hice algo de presión. —Carraspeé.

—No mucha. Quizás el jefe estaba esperando una oportunidad así y entonces llegas tú y se la pusiste en bandeja. —Me hizo un guiño con el que me dijo mucho más.

—Pues yo estoy encantada. Si antes me dejaba el alma, ahora me voy a dejar la vida.

—No lo dudo.

—Ahora puedo tomar decisiones sobre los expedientes de mis compañeros. No es que sean malos, pero quizás yo soy más exigente y tengo una visión más ambiciosa que ellos.

—Carlos y David se portaron muy mal contigo. —Se notaba que estaba al tanto, pero, como dije, ningún compañero se metió directamente en el asunto. Pero sí tuve el apoyo y la comprensión de todos—. Aitana no debió arrastrarlos, ni hacerte la única culpable. Para empezar, no tenías culpa ninguna en lo que pasó, pero ella descargó su rabia e impotencia en ti, en vez de ir directa al verdadero responsable.

»Todos nos hemos mantenido al margen, lo que no quiere decir que no nos fastidiara. Créeme, en el momento en el que lo de tu ascenso corrió por la empresa, lo celebramos todos —me confesó sonriente.

—Pues sí que estás al día, pensaba que mi historia era conocida, pero hasta cierto punto, sin tantos detalles —negué—. Ahora soy la patrona en mi

departamento. —Le di una gran calada al cigarrillo, para darle más fuerza a mis palabras.

—A por todas, patrona —dijo con gracia y nos reímos.

Nos fumamos el cigarro con prisa, al menos yo. Cuando comencé a notar el inicio de congelación en las manos, sobre todo en los dedos, di la última calada y apagué el cigarrillo antes de tiempo. Mario me imitó y estiró la mano para que pasase la primera al interior. Lo hice encantada.

Nos recibieron con una bandeja en la que había copas, con una variedad de vinos. Después de escuchar al camarero diciéndonos de qué tipo eran, elegí entre las opciones un vino blanco afrutado.

En el interior del salón ya se encontraba el señor de Alba, que sonrió al vernos. Nos acercamos a él y me sorprendió porque fue la primera vez que me saludó con dos besos, mostrándose más cercano. Me encantó, solo por eso acababa de ganarse unos puntos más conmigo. El ambiente estaba cargado de risas suaves, cristales chocando y conversaciones en voz baja; se respiraba celebración.

Aunque, mientras Mario y él se saludaban, después de separarme yo, tuve claro que lo mejor era mantener las distancias con el jefe, siempre, siempre. Su aroma se me quedó en la nariz y era delicioso, demasiado, tanto que tuve que esforzarme en apartarme un poco más de él, para no caer en la tentación de pegar la nariz a su chaqueta del traje, lo más cerca posible de su cuello. Hubiera sido bochornoso, nada más iniciar mi noche especial. Porque me había propuesto que iba a serlo.

—Estás muy guapa y elegante. —Me alabó con una sonrisa.

Sus palabras y cómo me miraba consiguieron que se me pusieran las mejillas completamente rojas.

—Gracias, señor de Alba.

—Puedes llamarme Francisco. Ya toca que dejes de ser tan formal conmigo, ¿no te parece? Y más esta noche.

—Mmm… pues gracias, Francisco —repetí como quería, todavía sofocada —. Sí, suena muchísimo mejor. —Le hice un guiño.

—Lo pilla todo a la primera —bromeó Mario a mi lado.

—Por supuesto. —Me reí, para intentar relajarme un poco—. De ahí que haya podido comenzar a formar parte de la élite de la empresa. Jefe, ¿vas a seguir igual de generoso esta noche? —Lo piqué.

Quien no arriesga no gana, así que… y con lo bien que me había ido últimamente.

—Esta noche dice —habló Mario, antes de soltar una carcajada—. Vete haciendo al cuerpo de que todos tenemos una doble vida, esa que tú tendrás a partir de ahora. Una cosa es lo que mostramos en el trabajo, y otra bien distinta es lo que somos en nuestro círculo más exclusivo, como es en estos momentos.

—Uy, la risa del jefe —susurré, mirando con interés a Francisco.

Me sorprendió verlo y escucharlo reír de una forma tan natural, aparte del gesto de lo más pillín que puso. Menuda novedad.

—Yo no digo nada. —Levantó las manos él, apoyándose de lado en la mesa alta.

—Por cierto, ¿y los demás? —pregunté.

—Estarán al caer —me contestó Mario—. Primero hemos llegado los puntuales. —Nos reímos.

Guillermo, Mónica, Paul y Sebastián no tardaron en llegar. Todos me fueron felicitando y dando la bienvenida. Para mi sorpresa, Mónica traía un precioso ramo de flores de parte de todos. Les agradecí emocionada de todo corazón el detalle y un camarero se ofreció para guardármelo hasta que me fuera.

Nos guiaron hasta un reservado, donde había una gran mesa preparada esperándonos. Nos alejamos del resto de los clientes que también venían con

reserva.

Francisco se sentó a mi lado, lo que me pareció muy gracioso porque hasta me pidió permiso. A mi otro lado se puso Mario, que no dejaba de buscarme la lengua. En general me estaban sorprendiendo mucho todos, a mejor. No me esperaba que fuesen de la manera en la que se estaban mostrando fuera de las oficinas.

Me lo había adelantado Mario, pero ser testigo de ello marcaba la diferencia. Sobre él, siempre lo vi como una persona simpática y cercana, pero no hasta el punto al que estaba llegando ahora que tenía el placer de conocerlo de verdad. Esta noche estaba que se salía del pellejo; me hacía reír mucho.

—Te acabamos de hacer un sándwich —me dijo Mario, refiriéndose a que estaba entre el jefe y él.

—Ya lo veo. ¿Debo de sentirme dichosa? —le pregunté en broma.

—Afortunada —afirmó asintiendo, mientras me miraba aguantando la sonrisilla.

—Lo mismo, los afortunados somos nosotros —sentenció Francisco.

—Al final le voy a coger tanto cariño que terminaré llamándolo Paco —le dije a Mario, refiriéndome al jefe.

—Mejor Fran, por favor. —Me rectificó riendo.

—No, que Fran suena muy íntimo. Paco es más gracioso.

—Todavía te puede poner de vuelta en el puesto que tenías —me dijo Mario, bajando la voz en modo confidencia.

—¿Qué dices? —Me reí—. Fran no haría eso —lo llamé así y me puse bizca—. ¿Verdad? —Me dirigí a él, con mi mejor cara de inocente.

—Mira cómo lo pilla otra vez a la primera. —Rio.

—Joder, como para no pillarlo —dije, uniéndome a sus risas.

—Ya te he dicho que es el potencial fuerte de la empresa.

—Pues para ser el potencial fuerte de tu empresa —remarqué—, bien que me dejaste encerrada con tres leones —le contesté a Francisco, con una ceja arqueada.

—Sabía que terminarías liderando la manada. —Me hizo un guiño y casi me caigo de la silla. ¿Cómo podía ser tan jodidamente sensual?

—Madre mía. —Me puse la mano en la cara y negué—. Que en la empresa hay más gatos encerrados de lo que pensaba —me referí a ellos dos.

—Y gatas, y gatas. —Señaló a Mónica.

—A mí dejadme que yo estoy a mi bola y paso de problemas. Ya veo que habéis cogido a una víctima.

—Gracias por defenderme —le dije con humor, sonriéndole.

—¿Yo? Discúlpame, pero con estos dos una no puede ni salvarse a sí misma.

—Ya nos están vendiendo —le dijo Mario a Francisco.

—Normal, creo que os la buscáis solitos —hablé, encogiéndome de hombros.

—¿A ella no le explicáis cómo escalar en la empresa? —preguntó Mónica, alentándolos a hacerlo.

—Hostias, no me acordaba de eso —comentó Paul, mientras se llevaba a los labios su copa de vino.

—¿Qué es eso de lo de escalar en la empresa? —pregunté intrigada—. Aunque, por las caras que tenéis, no debe de ser nada bueno.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Sí, Mario, sí. ¿Aún no te has dado cuenta de que me va el riesgo? Tú trabajas con él y yo me lanzo directamente —dije y nos reímos. Todos se unieron a nosotros.

—Jefe, ¿se lo cuentas tú, o lo hago yo?

—Tú mismo, seguro que no te dejas nada en el tintero —lo animó Francisco.

—Es tan simple como que, si sucumbes a los deseos sexuales del jefe, tienes un aumento mensual en la nómina de mil euros. Si aceptas un trío con el jefe y conmigo, son dos mil euros más aparte. Si además aceptas juegos sexuales, eso lleva otro complemento de mil quinientos. Y si añadimos a otra persona, se sube a tres mil euros más.

Obviamente sabía que estaban bromeando, por lo que les seguí el rollo.

—Creo que, según mis cálculos, tengo mi hipoteca pagada para este fin de año —contesté después de hacer ver que estaba haciendo las cuentas de cabeza.

Lo dije tan campante y feliz que todos terminaron riéndose.

—Joder, eres más lista que yo —dijo Mónica, secándose las pocas lágrimas que se le habían escapado de las risas—. Por no sucumbir a sus encantos, me han embargado la casa.

Volvimos a reír, pero esta vez más fuerte. El ataque de risa que nos entró a todos fue monumental. Me iba hasta ahogando y me dolía el lado de reírme tanto. Me costó poder parar.

Sebastián era el más callado, pero igualmente se lo estaba pasando bomba. Estaba muy entretenido mirándonos a todos y escuchando nuestras locuras, mientras negaba de vez en cuando con una risa suelta que tampoco podía contener.

Capítulo 6



La cena había estado brutal, todo a base de entrantes de alta cocina. Los trajeron en miniaturas para que disfrutáramos de un montón de ellos. Como plato principal nos sirvieron un trozo de cochinillo, con patatas *Deluxe* que fueron la joya de la corona.

Si bien es cierto, el vino también era otro ejemplar del que disfruté muchísimo. Bebí más de la cuenta, pero es que entraba solo.

Estábamos en la sobremesa disfrutando de unas copas, en mi caso ginebra con tónica. La gracia es que Sebastián había hablado poquísimo en toda la noche, pero en sus momentos de silencio, sus gestos y risitas se interpretaban como si se expresaran con palabras. Lo había convertido en un arte.

No sabía si era por el subidón de las copas, pero en más de una ocasión había sentido cómo la pierna de Francisco rozaba la mía. Y no, no me había parecido que fuese de manera casual. El caso es que, fuese por lo que fuese, a mí me parecía de lo más tentador.

—¿Qué harás cuando te marches de aquí? ¿Tienes algún plan para continuar disfrutando de la noche? —me preguntó en voz baja Francisco, inclinado un poco sobre mí.

Por eso, por tenerlo más cerca de lo normal y por sus preguntas, que me pusieron nerviosa, un ligero escalofrío se paseó por mi cuerpo haciéndome estremecer.

—Si no me invitas a pasar una noche de fiesta, me tendré que ir a mi piso —le contesté en el mismo tono buscón en el que él me lo había preguntado.

—¿Estás buscando el aumento de los mil euros? —Su tono era de lo más provocador y pillín.

—Y de los tres mil en total, por si quieres plantearte el que nos llevemos al amigo —me referí con humor a Mario, obviamente.

—¿Estás segura de que podrías con los dos? —Arqueó una ceja, desafiante.

—Y con los seis, incluida Mónica. —Me encogí de hombros, como si lo que estaba diciendo fuese lo más normal.

—Tomo nota. —Frunció los labios, antes de volver a acomodarse en la silla para seguir disfrutando del grupo y de la copa.

Si es que yo no podía tener más arte, y si pensaban que me iba a achicar con sus bromitas, es que no me conocían. Bueno, la realidad era que no lo hacían fuera del entorno del trabajo, pero esta noche me estaba dejando ver bien. Eso sí, lo que me estaba sorprendiendo de Francisco era algo increíblemente inesperado; me gustaba esa versión suya tan desconocida hasta hoy para mí.

Estaba muy a gusto con este grupo en el que me sentía una más. En ningún momento se habló de trabajo, hoy habíamos quedado para celebrar y pasarlo bien. Era el lema que reflejaban en todo momento y también el que transmitían.

Mónica era graciosísima y toreaba a todos con mucho arte. En pocos días cumplía treinta y cuatro años y estaba pidiendo que le hicieran *Bizums* para comprarse sus propios regalos.

—Sí te sirve. —Mario le tiró por encima de la mesa cien euros—. El *Bizum* deja mucho rastro. —Carraspeó.

—Buena idea. —Abrió su cartera Sebas y le dio otros cien euros.

—Pues habrá que hacer lo mismo. —Guillermo le dio otros cien.

—Yo te daré un poco más ya que soy el jefe. —Fran sacó de su cartera doscientos euros y los tiró hacia su lado.

—Jefe, puedes darle sin problemas otros cien más y así van los míos —le dije dándole un golpe en el hombro con el mío.

—Claro que sí. —Sacó dos billetes de cincuenta y volvió a lanzarle el dinero por segunda vez—. Esto es de mi amiga Lola —le dijo con humor, señalándome.

—Bueno, y después de este despliegue de euros —me abaniqué haciéndolos reír—, ¿para mí no hay premio de consolación? —pregunté poniendo cara de angelito.

—Por supuesto. ¿Cuánto quieres y qué estarías dispuesta a hacer por conseguirlo? —me preguntó sosteniendo esa risilla pícara que me tenía de lo más tontita.

—Con doscientos euros me subo a la mesa y bailo hasta en plan sexi —le contesté convencida.

El alcohol me jugó una mala pasada al envalentonarme, aunque según se mire, porque no había terminado de hablar cuando los cinco hombres que había en la mesa abrieron sus carteras y comenzaron a lanzarme dinero. Mónica y yo chillábamos a carcajadas de la risa. ¡Qué momento más bueno!

—Cincuenta, cien, ciento veinte, doscientos veinte, doscientos cuarenta, doscientos noventa y, con estos veinte últimos, trescientos diez… ¡Camarero! —lo llamé con la mano y todo, mientras sujetaba los billetes en mis manos.

—¿En qué puedo servirla? —me preguntó amablemente.

—¿Sería posible que pusieran un tema de esos latinos que hacen bailar hasta a un muerto?

—Enseguida hablo con el jefe de salón, pero seguro que no habrá problema. —Hizo un ligero movimiento de permiso y se marchó.

—Si no dan el permiso, ya lo pongo yo en mi móvil —dije guardando el dinero en mi cartera.

El dinero ya no me lo quitaba nadie, aunque a favor de todos diré que ninguno de ellos tuvo la intención de recuperarlo.

—Valor tienes de subirte con esa minifalda a la mesa, con estos cuatro leones mirando desde abajo —comentó Mónica, risueña.

—No me van a ver ni las ideas. Las medias son tupidas y las bragas de seguridad ante la vista —sonreí mirando al jefe, que carraspeó observándome fijamente—. ¿A ti qué te pasa hoy conmigo? —le pregunté en tono alto, de forma natural.

—Que me tienes encantado —me contestó con un guiño—. ¿Otra ronda de copas? —preguntó en general, pero sin dejar de mirarme.

—Afirmativo, jefe. Otra ronda de copas —dijo Mario, animado.

En ese momento comenzó a sonar la canción *Tú vas sin* y me subí a la mesa sin pensarlo. Me puse a moverme sensualmente, pero de manera elegante y fina. Di el numerito en el buen sentido, que tenía una apariencia que mantener. Siempre había tenido mucho ritmo para la música, me encantaban todo tipo de bailes.

A los pocos segundos ya los tenía a todos metidos en el bolsillo, hasta a Mónica, que me miraba asombrada e incrédula al ver los movimientos que hacía. Cuando terminó la canción, aplaudieron con efusividad, mientras Francisco y Mario me ayudaban a bajar, agarrándome de las manos. Uno de ellos bien podría haberme agarrado de cualquier parte del cuerpo que no me habría quejado. Poco me faltaba para saltar sobre él.

—Oiga, señorita, se está pasando de sensualidad —me soltó el jefe.

—¿Y por eso no tengo un suplemento?

—¿Más del que te hemos dado? —Rio y sonreí como una tonta al verlo.

—Claro —carraspeó Mario—, un suplemento de afecto hacia tu persona. Estamos que lo damos todo —dijo con el arte que tenía para dar y regalar.

—Tú te callas, que yo sé negociar con mi amigo Fran. —Me puse el dedo en los labios.

—Creo que le diste alas para ponerse al mando de su departamento, pero al final terminará liderando a toda la empresa —murmuró por primera vez Sebastián.

Nos sorprendió tanto que por unos instantes nos quedamos callados, observándolo, hasta que rompimos a reír a lo grande. Por un segundo pensé que me iba a ahogar y todo. Fue una escena única e inolvidable; esta noche la guardaría con mucho cariño en mis recuerdos, porque estaba siendo increíblemente divertida y satisfactoria.

Me sentía tan cómoda con ellos que parecía que formasen parte de mi vida desde hacía mucho. Todos eran un gran descubrimiento. Quién me iba a decir que esos seres con los que me cruzaba por los pasillos de la empresa, serios y distantes, pero compañeros que no dudaban en dar su apoyo si era necesario, y que parecían los modelos de un catálogo de Giorgio Armani, fuesen a ser tan cercanos, naturales y divertidos. Este era mi lugar; aquí era donde debía de haber estado desde hacía muchísimo tiempo.

Francisco no dejaba de provocarme, porque sí, no habían sido invenciones mías. Podía haber dudado en considerar casuales los roces de su rodilla con la mía, pero su mano, colocada justo encima, deslizándose de vez en cuando en suaves caricias…

Me dejé llevar y mimar sin pensar, mientras mi sonrisa dibujaba ese bienestar que él me hacía sentir.

Lo más gracioso era que, después de cuatro años trabajando en la empresa, apenas sabía nada de Francisco más allá de su nombre y de que rondaba los treinta y ocho o treinta y nueve años. También que era ambicioso, minucioso con su trabajo y que imponía más por presencia que por palabras. Del resto, ni idea: no sabía si estaba divorciado, si tenía novia, hijos o si seguía soltero. Aun así, intuía por su actitud que no compartía su vida con nadie. Era lo

lógico, o al menos lo que yo quería creer… porque no me convenía pensar en otra posibilidad.

El ambiente se iba caldeando entre él y yo, todos estaban siendo testigos de eso porque las indirectas volaban tanto por nuestra parte como por la de los demás.

—A mí me parece que esta noche Lola se lleva la paga de mil euros al mes —comentó Mario, sentenciando el cierre de la velada.

—Vente y así me llevo la de los tres mil. Vamos, valiente —lo animé viendo por el rabillo del ojo que Fran sonreía, pero muy forzadamente ante mi comentario.

—Jefe, ¿me voy o no?

—Otro día, ahora mismo no estoy por la labor de soltar 3000 euros más. —Carraspeó mirándome de lo más provocador.

—Para que no haya malentendidos. —Puse mi móvil bocarriba y a la vista de todos para que lo viesen—. Estoy grabando esta conversación para que quede constancia de que mi jefe Fran me ofrece subirme el sueldo mil euros si tengo relaciones sexuales con él.

—No, mujer, eso lo dije yo —soltó Mario riendo.

—Y entonces tú —miré a Fran—, ¿no tienes nada que ver en eso?

—Por mi parte, si pasas la noche conmigo, te subo mil euros y hasta en hombros.

—Entonces hay un contrato verbal en firme que queda grabado para que sirva de prueba en los juzgados pertinentes de nuestra ciudad —dije zanjando el tema.

—Joder, qué bien habla —soltó Mónica, causándonos más risas.

—En los juzgados de aquí y en los de cualquier punto de España. Yo voy a ratificarlo donde quieras y cuando quieras, soy un hombre de palabra y no

hará falta llegar a esos extremos. —Carraspeó.

—Más chulo que un ocho —soltó sorpresivamente Sebastián.

Se estaba desatando, cada vez se contenía menos y soltaba lo que parecía que era un pensamiento.

—¿Algún problema, don Sebastián? —le preguntó Fran, con expresión divertida.

—Ninguno, jefe, solo es admiración y respeto. —Le hizo un gesto con la cabeza.

—Claro, para no perder la nómina —le dijo Guillermo, entre risas.

—Lo mismo que tú, querido amigo.

—Menos mal que es querido, que si llega a ser un extraño lo raja aquí vivo —murmuró Mónica conteniendo la risilla.

—¿Y ahora qué os pasa conmigo? —preguntó Sebastián con una risa de indignación—. Si por algo estoy callado, es lo mejor. Pero al final siempre me hacéis picar. —Sacudió su cabeza.

—A mi Sebastián dejadlo tranquilo. —Salí en su defensa, provocando más risas.

Él me sonrió con cariño, pero ambos sabíamos que todos estábamos de broma en lo de los ataques a los otros. Ninguno nos lo tomábamos en serio, Sebastián tampoco.

Capítulo 7



Eran las tres de la mañana cuando comenzaron a irse. El primero en hacerlo fue Mario y luego lo siguieron los demás.

Me despedí de todos con abrazos y besos, diciéndoles que me había encantado venir esta noche. Me correspondieron de la misma manera, respondiéndome que ya no podía librarme de ellos, que ahora formaba parte del equipo directivo, aunque el más importante era el gran equipo que formaban fuera del trabajo.

—¿Tú también me vas a dejar solo? —me preguntó Fran.

—Por nada del mundo, jefe. —Choqué la copa que nos acababan de servir contra la suya.

—Tengo mucho aguante.

—Por edad se supone que debo tener yo más. Tengo unos ocho años menos que tú. —Ladeé mi cabeza.

—La experiencia es un grado.

—Pero la edad no perdona. —Lo piqué.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—Te pones tú solito, Fran. Hoy conocí tu otra versión…

—¿Y cuál te gusta más de las dos? —Se pegó un poco más a mí.

Estábamos sentados cómodamente en un sofá, dentro de un reservado diferente. Este espacio estaba destinado únicamente a las copas y al después de las comidas o las cenas, tal y como nos había dicho el camarero que nos había traído a todos hasta aquí. La luz era tenue y la música sonaba de fondo, a un volumen que permitía mantener conversaciones.

—Pues mira, tu versión del despacho tiene su punto: el jefe serio e imponente sentado frente a su escritorio. Y la versión de fuera de la empresa también tiene lo suyo —le contesté mirándolo de lado y con una sonrisa de lo más atrevida.

—Define punto y suyo… —Miró descaradamente hacia mis labios.

—Su punto es que tiene su morbo y lo suyo es que tiene un repaso. —Me reí doblándome hacia el otro lado, mientras sujetaba con fuerza mi copa en la mano.

Me había puesto nerviosa al decirle eso y que me mirara como lo estaba haciendo…

—¿Dónde nos tomaremos la última, en tu casa o en la mía?

—Con el dinero que tienes, qué mínimo que me lleves a la mejor *suite* de la ciudad. Allí sería perfecto para tomarnos la última y hasta unos churros con chocolate que nos traigan a la habitación.

—Buen plan, sí señor —afirmó con la cabeza y sacó el teléfono para buscar algo—. Ya lo tengo, viene un chófer a por nosotros.

—¿Qué dices? ¿Un chófer? —Agrandé los ojos por la sorpresa—. ¿Por qué no has pedido un taxi?

—No quedaría bonito aparecer por la puerta del *Harry Luxury Diamond* sin un servicio privado.

—¿Vamos a ir al Harry? —Jadeé.

—¿No querías la mejor *suite* de la ciudad?

—Sí, pero… pero eso ya son palabras mayores.

—Define palabras mayores.

—No, no lo voy a definir. —Me reí—. No pienso pasarme toda la noche definiendo contextos que estoy segura de que tú sabes interpretar a la perfección.

—¿Y por qué me lo dices tan sensual?

—Explícame sensual…

—Muy buena esa —dijo soltando una carcajada.

Nos terminamos las copas porque nos daba tiempo, antes de que llegara nuestro transporte. Nos movimos cuando le llegó a Fran una notificación de que el chófer estaba en la puerta. Nos dirigimos hacia ella después de abrigarnos.

El frío de la calle helaba, por lo que en cuanto localizamos el vehículo, fuimos rápidamente hasta él. El coche era de alta gama, al que solo le faltaba hablar. Nos acomodamos en los asientos traseros y, durante todo el trayecto, sus dedos se dedicaron a recorrer mi mano en caricias lentas y constantes.

No dejé de sentir cosquilleos en el estómago. ¿En serio estaba sucediendo esto? ¿De verdad iba a pasar la noche con mi jefe? ¿Con el señor hermético? Porque sí, tenía dos versiones, pero de su vida personal no soltaba ni prenda.

Vamos, ni por asomo pensaba que la noche se daría como se había dado. Me parecía mentira y una locura porque estar así con él, o jugar a un juego mayor, podía suponer mi final definitivo en la empresa. Me había costado mucho llegar al puesto que me había ganado por méritos propios, y perderlo por un polvo, o dos, o tres, o… toda la noche.

Ese pensamiento me aclaró las ideas y tanto que sí. Quería esos polvos porque, joder, si había estado tantos años sin tener contacto directo con el jefe, solo cruzando saludos mientras hacía mi trabajo de la mejor forma que

sabía, sería muy sencillo ir por separado de nuevo, sin que nos perjudicara que esta noche diéramos rienda suelta a la pasión y al deseo que habíamos ido acumulando con tanto tonteo. Aunque estuviéramos en la misma empresa, podríamos llevarlo perfectamente. A mí, si no me tocaban las narices, actuaba como recibía, la paz siempre por delante.

Pensando en eso vi que acabábamos de llegar hasta la misma puerta de la entrada del hotel. Solo verla era fascinante, te dejaba maravillada. Este lugar era la representación del lujo, tal cual. Un lujo que por mí misma en la vida elegiría costearme. Con lo bien que se dormía en cualquier cama, siempre y cuando fuese cómoda y estuviese limpia.

Una úlcera me saldría cuando tuviera que pagar al irme de una estancia como las que ofrecían aquí. Dejé de fantasear cuando un empleado del hotel nos abrió la puerta del coche. Nos despedimos del chófer y, cuando estuvimos en la calle, el chico se dirigió a Fran por su apellido y de manera muy distinguida.

Por lo visto, al reservar el chófer, la empresa encargada había gestionado a la vez el trámite con el hotel, avisando de su llegada. Trabajo en equipo y en la más absoluta discreción. Imaginaba que era lo habitual; al fin y al cabo, así funcionaba el mundo de las personas con poder económico, y de otros tipos: una llamada, o un simple toque en el móvil, y te organizaban todo para que no tuvieras que preocuparte de nada.

El empleado nos acompañó sin perder tiempo hacia el interior y, casi sin pausa, directamente hasta la *suite*. Me sorprendió no detenernos en la recepción para hacer el registro, así como el tipo de atención, distinta a cualquier otra que hubiera visto. Todo era un descubrimiento, y mientras avanzábamos, no dejaba de maravillarme con la decoración y los detalles exquisitos de las zonas comunes.

—Guau. —Me salió sin poder evitarlo al entrar en la *suite*—. No me lo puedo creer —susurré—. Pero ¿estas cosas existen? —hablé dirigiendo la vista hacia todos los lados.

—A no ser que estés soñando, sí…

—La noche aquí debe costar más que un año de pagos de mi hipoteca —negué con incredulidad.

—Tú lo pediste —dijo tan normal.

Caminó hacia la minibarra situada junto a una ventana y sacó de allí dos copas.

—Si lo sé, te llevo a mi piso y te cobro la mitad. —Me reí yendo hacia él.

Me senté en uno de los dos taburetes que había, mientras lo veía preparar las bebidas al otro lado.

—Tú pediste la *suite* más… —Dejó la frase incompleta, que los dos sabíamos terminar. Su sonrisa era de esas que dejaban con otra suelta.

Un hilo musical se comenzó a escuchar de fondo de repente, con música de lo más relajante y ambientada.

Fran devolvió la botella a su sitio y, una vez tuvo las copas llenas, salió de la barra hacia la parte de fuera, donde estaba yo sentada.

—Te quejarás de jefe… —murmuró cogiendo mi mano y llevándosela a los labios para dejar impregnado un beso.

—No me he quejado en ningún momento. Por ahora… —sentencié con un hilo de voz.

—Tampoco creo que yo te haya dado motivos. —Elevó las dos cejas.

—Por ahora… —repetí aguantando una sonrisilla de debilidad.

Con él se me formaban muchas de ese tipo, lo que para mí era realmente preocupante. Me estaba metiendo en un gran problema, iba a él de cabeza. ¡Qué digo! Ya me había lanzado sin pensármelo.

—Ese «por ahora» es muy tentador, pero me enteré a la primera.

—Por ahora… —Continué riendo, apoyando la cabeza en el lado de su hombro.

—Me encantas —murmuró con la barbilla apoyada en mi pelo, después de darme un beso en la coronilla.

—Espero que ese «me encantas» no se transforme con el tiempo en un despido. —Carraspeé, diciendo en voz alta parte de lo que me preocupaba.

—¿A mi mejor empleada? Antes despido a todos los que han venido a la cena.

—No lo dices en serio. —Me reí.

—Cuando me conozcas más, no lo dudarás —sonrió de medio lado.

—Dudo que tú despidas a Mario, por ejemplo, cuando es tu mano derecha.

—A todos antes que a ti. —Pellizcó mi mejilla—. Te lo aseguro.

El contacto me provocó un pequeño escalofrío. No me dio tiempo a decir nada cuando ya nos estábamos besando. No sé si fue él quien buscó mis labios, o si fui yo, o tal vez nos encontramos a mitad de camino, que era muy corto; el caso es que nuestras bocas encajaron a la perfección.

Las mariposas en mi estómago no dejaban de revoletear de manera incesante, por unos instantes me sentí hasta mareada por las sensaciones que me provocaba.

Me encantaba la sensualidad, la soltura y la simpatía que tenía Fran. Esta noche había visto otra faceta de este hombre, una maravillosa, completamente adictiva y excitante. La conexión entre nosotros me asustaba en algunos instantes, al igual que la naturalidad con la que nos comunicábamos, de buenas a primeras.

¿Sería posible eso que dicen de las almas gemelas…? Siempre escuché que existía esa persona que encajaba contigo como la pieza de un puzle, aunque encontrarla no fuese sencillo. ¿Era una locura pensar en Fran y en mí… en mí y en Fran?

No, no había perdido la cabeza con el beso, ni con las risas, ni con las caricias, ni siquiera con sus miradas y sonrisas provocadoras. Estaba muy cuerda, sabía que de nosotros no saldría una historia de amor de cuento, de esas que se dan entre jefes y empleadas.

En absoluto, pero sí me resultaba muy curioso —e interesante— que Fran lograra mover tantas cosas dentro de mí, sensaciones para las que aún no tenía nombre. Y que además me hiciera sentir tan a gusto a su lado, cuando realmente no sabíamos nada de las vidas del otro. Hablo de esas conexiones que surgen al instante, las que no sabes cómo ni por qué suceden, pero que simplemente se dan.

En pocas horas habíamos soportado tanta tensión, por la atracción contenida, que ahora nos veíamos envueltos en una especie de sensación de querer devorarnos el uno al otro. Era lo que estábamos haciendo, con besos y caricias calientes que hablaban por sí solas. No íbamos más allá, pero nos buscábamos como si no hubiese un mañana.

—Me gusta cómo besas —susurró con la voz tomada por el deseo, la mirada brillosa y una sonrisa sincera.

No dejó de darme besos cortos en los labios al hablar.

—¿Y cómo beso? —le pregunté con un hilo de voz, de repente con mucha timidez por su revelación.

—Con ternura, pero a la vez con sensualidad, fantasía y necesidad.

Supuestamente tenía que aclarármelo, pero me dejó con más dudas.

—¿Fantasía? —Se me escapó una risilla—. No te imaginaba diciendo eso de fantasía…

—Tú eres toda una fantasía. —Su mano apretó mi nalga y contuve la respiración—. Y podría seguir describiendo tus besos.

—Sigue, sigue.

—Apasionados, fogosos, volcánicos…

—¿A cuántas les has dicho esas definiciones?

—Eres experta en cortar el punto, ¿verdad? —Se echó a reír.

—No, solo era curiosidad. —Me uní a él.

—Pues ya no te digo nada más motivador —sonrió con picardía.

—Que sí, que estaba bromeando.

—Ah, menos mal, ya me veía contando las veces que lo dije. —Soltó el aire.

—Al final voy a tener razón.

—Ni al final ni al principio. —Me mordisqueó el labio inferior y me alzó en su cintura, para llevarme hacia la cama.

—¿Ya vamos a dormir, jefe?

—Por supuesto, tenemos que levantarnos a una hora decente para disfrutar de un buen desayuno.

Apoyó una rodilla en la gran cama para bajarme despacio y con cuidado al colchón, hasta que mi espalda tocó el nórdico. Una vez me tuvo tumbada, me quitó la falda de un tirón, provocándome un jadeo por la sorpresa y por lo excitante que fue.

—¿Y quién le dijo a usted que me gusta dormir sin ropa? —susurré.

—No está nada bonito hacerlo con una ropa inapropiada —continuó entretenido quitándome las medias.

—Entonces de la camiseta me encargo yo. —Me levanté un poco y tiré de ella hacia arriba.

—Ahora nos entendemos a la perfección —dijo comenzando a quitarse la ropa.

—¿Me vas a hacer un estriptis, jefe?

—Ponme la música y…

—Me acabo de derretir. Na, na, na, na, na… —Comencé a tararear la canción mítica de *Nueve semanas y media*.

Fran se comenzó a mover muy levemente, quitándose la ropa. Fue dejando a la vista un cuerpo que estaba más definido que el de un atleta. Me impresionó y también me calentó. Él era un espectáculo visual, al completo, de esos que puedes quedarte mirando fijamente durante una eternidad, mientras deseas tenerlo pegado a ti.

Me incorporé para agarrarlo de la cintura y lo tiré encima de mí. Tal cual, a la mierda los estriptis y todo lo demás, lo que necesitaba era su contacto. Este bombón iba a ser para mí solita, por todo lo que quedaba de noche.

Y cómo se movía encima de mí. ¡Madre del amor hermoso! Su manera de tocarme era un descubrimiento para mi cuerpo; no solo erizaba mi piel, sino que me hacía buscar su cuerpo con desesperación, necesitando meterme dentro de él, o más bien a la inversa.

No me hizo solo temblar las piernas, me hizo estremecerme por completo y sentir que había perdido todo el oxígeno. Su lengua me llevó al mayor orgasmo que había tenido de esa forma en mi vida, y el más largo, todo había que decirlo, porque le costó apartarse y yo lo disfruté a lo grande.

Luego vino la estocada con la que me penetró con fuerza y que fue toda una posesión hacia mi persona. Bailamos al mismo ritmo cuando me subió a sus piernas, en las que él estaba sentado sobre mí y me movía a ese ritmo tan envolvente.

No fue ni el primero ni el último, lo hicimos hasta tres veces, antes de caer agotados sobre la cama y quedarnos dormidos. Saciados y felizmente satisfechos, de esa forma nos acogió el sueño.

Mi nuevo ascenso había llegado a mi vida pisando fuerte. ¡Me había tirado a mi jefe! ¡Y de qué manera!

Capítulo 8



—¿Dónde estoy y qué haces en mi cama? —le pregunté a Fran, haciéndome la confundida.

Obviamente era teatro y estaba bromeando, me acordaba estupendamente de todo.

—Sí, mujer, a mí no me vayas a echar el muerto de lo que hemos tenido de manera libre y voluntaria los dos —dijo, sentándose en la cama y riendo, mientras me miraba, esperando que yo también esbozara una risilla.

—Elige: o llamo a la policía, o llamas tú a recepción para pedir ahora mismo dos cafés *espresso*, zumos naturales de naranja, tostadas, huevos a la plancha, beicon y yogur griego con cereales de copos de chocolate.

—¿Quieres también unos churros con chocolate? —me preguntó con humor.

—Obvio, por eso vinimos, ¿no?

—Pensaba que ya no te acordarías. —Carraspeó, aguantando la risilla.

Me senté como él, pero yo no me quedé en la cama. Le di un beso rápido en la mejilla cuando tuvo el auricular del teléfono en la oreja para pedir el desayuno y salí de la cama sin mirar atrás, para no ver su reacción.

Me parecía raro que, después de la intimidad que habíamos compartido, todavía me notara inquieta por ciertas cosas que, en un principio, eran

insignificantes en comparación con lo que habíamos hecho.

Entré en el baño y lo primero que hice fue lavarme la cara. Después de los últimos orgasmos de hacía pocas horas, me había dado una ducha para dormir cómoda. En cuanto toqué de nuevo el colchón, me quedé dormida al instante.

Una vez aseada, me puse un pijama de los de cortesía del hotel, que parecía sacado del armario de la Presley. Me veía de lo más mona y elegante.

Cuando volví a la habitación, Fran continuaba como lo había dejado, igual de sexi y sensual, con el nórdico tapándole por debajo del ombligo, dejando su pecho al descubierto. Tenía el pelo alborotado, lo que lo hacía más apetecible.

Al subirme a la cama me agarró de las caderas para atraerme hasta él, empujando su cuerpo contra el mío.

—Ya lo he pedido todo y, ahora, pídeme perdón por las amenazas en las que me he visto envuelto de buena mañana, nada más que has abierto los ojos.

—Lo que sí recuerdo bien es que mi nómina debe subir mil euros más.

—Eso está hecho. —Me mordisqueó el labio.

—Más te vale, o llevaré la denuncia a trámite —suspiré.

—Eso debe decidirlo el juzgado.

—Ya te digo yo que tengo pruebas más que evidentes para que lo acepte. —Le devolví el mordisquito.

—No hay nada como el reconocimiento de unos buenos abogados en el juzgado. —Me apretó la nalga—. ¿Por qué te has puesto ropa? No hemos terminado —susurró sobre mi cuello y me pegué más a él.

—Para comer y eso.

—Has perdido el tiempo, te va a durar muy poco el pijama porque tú también serás mi comida.

Me dejó temblorosa y con ganas de que lo cumpliera cuando se levantó de la cama para ir a la puerta: acababan de picar. ¿Por qué siempre elegían el peor momento para interrumpir? Aunque, siendo justa, la culpa era mía, tendría que haber dejado que primero se saciara conmigo y, después, pedir el desayuno.

Desganada, volví a salir de la cama para seguir a Fran cuando recogió el carrito. Le dijo al chico que vino que él se encargaba y tiró de él, llevándolo a un rincón superconfortable que tenía enfrente una chimenea eléctrica que parecía de verdad.

Ocupamos un sofá frente a una mesa baja ovalada, donde colocamos todo el desayuno para poder comerlo. Se estaba genial en la *suite*, no le faltaba de nada para ser confortable, ni ningún detalle que no enamorara. Normal, con lo que debía costar. Mejor no pensarlo mientras comía.

El desayuno sí que era toda una fantasía, ya que venía minuciosamente emplatado, dando mayor potencial a que entrase por los ojos. No faltaron los churros y el chocolate, como tampoco nos faltaron los momentos de tanta conexión que había entre nosotros.

Antes de marcharnos, Fran llevó a cabo la promesa que me lanzó cuando nos interrumpió el chico que trajo el desayuno. En cuanto tuvimos saciados los estómagos, saciamos otras partes de nuestros cuerpos que estaban igual de necesitadas o más. Mi jefe me devoró, tal cual, hizo estallar las llamas por los aires con varios momentos en los que me consumió.

No sé cuánto tiempo después, nos vestimos y, arreglados, dejamos la habitación. Un coche nos esperaba fuera, frente a la entrada, por lo que Fran fue a la recepción para comunicar que nos íbamos, porque, por lo visto, debían descontarle la estancia automáticamente.

Montados en el coche, el chófer tomó la dirección que le di, la de mi piso. Una vez llegamos, Fran le pidió al hombre que lo esperara y me acompañó hasta la puerta del bloque, donde nos despedimos con un beso en los labios que alargamos todo lo que pudimos, dada la situación. Me supo a poco, pero tuvo que marcharse para llegar también a su casa. Yo debía volver cuanto antes a la realidad.

Fran tenía una comida familiar para celebrar el cumpleaños de su madre, era lo poco que me había contado. En mi caso, había quedado para comer con Chus, un gran amigo de toda la vida.

Al entrar en mi piso, fui directa a mi habitación, para ir al baño. Me di otra ducha calentita para terminar de espabilarme y para quitarme la tontuna que se me había quedado con la despedida. Al terminar, ya seca, fui a la cocina a por una lata de refresco y regresé a la habitación mientras me la bebía a sorbos pequeños. Así continué en el vestidor, decidiendo el *outfit* que iba a ponerme.

Con Chus tenía que ir muy acorde, ya que en estilo a ese no había quién le ganase. Era todo un personaje de la moda, sabía vestir como nadie y se ponía unos modelos que combinaban lo femenino y lo masculino de una manera que solo él sabía lucir. Teníamos algo en común, y es que a los dos nos gustaban los hombres.

Chus era el dueño de una firma de joyas que estaba totalmente en tendencia. Tenía unos diseños de lo más top, que se hacían virales en redes y subían como la espuma. Los precios resultaban muy competitivos y, además, las piezas eran una auténtica monería, de esas que te enamoraban al instante. Mi amigo siempre me regalaba infinidad de cosas y a mí me encantaba usarlas habitualmente.

Me sentía eufórica y estaba taquicárdica, pero es que lo que había vivido esta noche no era para menos, y más al tratarse de mi jefe… ¡Mi jefe! ¡Madre mía! ¿Sabéis la magnitud de ese contexto? Sí, claro que lo sabéis, la que se estaba enterando bien ahora era yo. Después de los calentones llega la calma y es lo que sucede.

Tenía que asimilarlo todo, pero, mientras tanto, no tenía mucho tiempo, ya que Chus aparecería en cualquier momento tocando el telefonillo de la calle para que bajase.

Mientras me bebía el refresco, me puse un vaquero ancho con una camiseta de punto marrón que era una cucada, junto a una cazadora en color camel que era de lo más abrigada y bonita. Además, lo combiné con unos mocasines de piel del mismo tono. Estaba monísima.

Chus apareció guapísimo como siempre. Elegante, con un abrigo azul marino y, debajo, unos vaqueros que caían sobre unos zapatos de piel en marrón, los que iban a juego con su cartera de mano.

—Guapo y más que guapo —le dije al salir por la puerta del edificio.

—Mi musa favorita. —Me besó en la mejilla.

—Te vas a quedar muerto cuando te cuente cómo terminó la cena…

—¿Te has tirado a tu jefe? —soltó.

—Joder, siempre se me olvida que nadie me conoce como tú e Inés. —Me reí mientras andábamos por la acera.

—¿En serio? ¿He acertado? —me preguntó sorprendido.

—Te lo juro, hemos terminado en el hotel más lujoso.

A partir de ahí fui contándole todo, desde que llegué a la cena y cómo se dio la noche, paso a paso y detalle por detalle, hasta que llegué a mi despedida de Fran, frente al portal de mi edificio.

—Qué fuerte, Lola, ¡por Dios! ¿Y no me lo mandaste a mi casa luego para un rapidito?

—Sí, hombre, lo que faltaba. —Nos reímos.

En ese momento me llamó Inés, ya que su marido se iba a jugar un partido de fútbol con sus amigos. La animé a que se viniese a comer con nosotros y le indiqué el bar al que se tenía que dirigir.

Cogimos mesa en la terracita, ya que el día estaba de lo más soleado y bonito. Hacía frío, pero la sensación era diferente a la de días anteriores. Veníamos de pasar unos cuantos en los que las temperaturas habían sido muy bajas, así que esto había que aprovecharlo, sí o sí.

—Yo creo que me voy a pedir una cola cero —dije, mirándolo, cuando vimos al camarero acercarse.

—Anoche te bebiste lo de toda la semana, ¿no? —sonrió y asentí como si tuviera un muelle en el cuello.

Saludamos al camarero cuando llegó a nuestra mesa y Chus le pidió mi refresco, su copa de vino blanco y un plato de jamón ibérico y queso.

—También un vermut rojo, por favor —añadí, al leer el mensaje que me acababa de enviar Inés, diciéndome que estaba llegando y que tenía ganas de tomar uno.

La mesa todavía estaba vacía cuando apareció mi prima que, al vernos, comenzó a andar hacia nosotros haciéndose la modelo.

—Me la tengo que comer —comentó Chus, encantado.

—Pues a ver si es verdad y te la comes de una vez —le dije entre risas.

—¿No me digáis que no vengo mona? —nos preguntó haciendo una pose.

—Monísima —dijimos al unísono, antes de reírnos los tres.

El camarero apareció con la orden y chocamos las copas antes de probar el jamón, que parecía que nos estaba llamando a gritos, ya que tenía una pinta espectacular.

—Y ahora aprovecho el momento para daros una noticia que no os esperáis por nada del mundo —nos dijo Inés.

—Estás preñada —le dijo Chus sin rodeos.

—He dicho que no os imagináis por nada del mundo —negó mi prima.

—Pues no sé, ¿te ha tocado la lotería? —le pregunté, con un ligero arqueo de cejas.

—No, no, no —respondió moviendo su dedito—. Ojalá. —Rio de forma escandalosa, para después soltar un bufido resignado.

—Venga, niña, que nos vas a tener jugando a las adivinanzas todo el día —protesté, poniendo los ojos en blanco.

—¿Sabéis qué encontré esta mañana en el móvil de mi señor y dulce marido? —Nos miró a los dos, varias veces.

—¿Unos vuelos para hacer algún viajecito?

—No, Chus, no. Encontré mensajes con la chica de la limpieza. Oh, y nada de «hola, qué tal» y esas cosas, no. Los mensajes eran picantes y algunos hasta escandalosos para mis ojos.

—¿Con Inma? —pregunté incrédula, con un jadeo.

—Esa, sí —confirmó, bufando.

—¿Qué dices? —Agrandé los ojos—. ¿Y por qué estás tan contenta? —pregunté, extrañada por todo—. No pareces afectada. Cariño, ¿estás en *shock*? —me preocupé.

No era normal, con lo que ella quería y adoraba a Mauro. Su reacción era cuanto más preocupante. No lo entendía.

—No le voy a dar el gustazo de verme destruida.

—Ya… —susurré—. En eso estoy contigo, pero ahora estás con nosotros y nos lo has contado con una frialdad… ¿Has llorado?

—No —negó varias veces.

—Lola tiene razón, Inés —le dijo Chus, preocupado también.

—¿Sabéis por qué no voy a darle el gustazo de verme mal?

—No —contesté.

—Porque me ha estado tomando por loca durante seis meses, en los que yo le decía que le pasaba algo porque lo notaba extraño, pero él lo negaba siempre.

—Pero si siempre habéis tenido un rollo envidiable —comenté.

—De cara a la galería, prima. El caso es que los últimos meses han sido un infierno, en los que pensaba que terminaría desquiciada.

—¿Él sabe lo de los mensajes?

—No. Se fue al partido pensando que aún se reía de esta gilipollas. Me conviene que piense así por unos días, veremos quién gana esta batalla.

—¿Qué tienes pensado hacer? —le pregunté, inquieta.

—Jugar con ventaja…

—Explícanoslo bien, no nos dejes así. Sabes que nosotros siempre estaremos de tu lado —le pidió Chus.

—Claro que lo sé —nos sonrió, pero fue un gesto triste y se me partió un poco más el corazón—. El caso es que la casa donde vivimos es de su propiedad y yo tengo mi apartamento, que es al que me iré a vivir.

—Sí —dijimos al unísono.

—Pero en común tenemos una cuenta, que es de donde cogió el dinero para comprar su flamante coche, por lo que lo tiene como propiedad por las cláusulas matrimoniales que hicimos.

—Ajá —murmuré expectante.

—Pues de la cuenta en común mañana me voy a comprar otro flamante coche para mí, que pasará a ser de mi propiedad. Eso, y algún que otro caprichito. —Se encogió de hombros—. Porque, si él está actuando con maldad, yo lo haré peor.

—Me quedo muerto —dijo Chus.

—Estoy flipando —murmuré.

Todavía me parecía mentira, una broma de mal gusto, porque de su marido no me esperaba lo que había hecho, su forma de actuar. Ni mucho menos que estuvieran escondiendo que la relación no iba bien. Joder, había estado bien ciega, o ellos eran unos actores para ganar los Oscar.

—Y lo peor de todo es que me he callado como una puta, para darle el derecho a la presunción de inocencia. Qué asco de él, os juro que ahora mismo estoy en ese paso del amor al odio.

—No es para menos, cariño, pero aquí estamos tu prima y yo, porque apoyo no te falta.

—El palo que se van a llevar mis padres va a ser monumental. —Hizo un puchero, por primera vez.

—Normal, pero bueno, todos tendremos que digerirlo. —Le acaricié la espalda, acercándome a ella—. Ya te vale no habérmelo contado, tendrías que haberlo hecho desde el principio. No tenías que pasar por eso tú sola.

—No empecemos con las recriminaciones, que no es momento para eso —me pidió a la vez que hacía una mueca.

—Bueno, pero que, sabiendo que podías haberte apoyado en mí, me parece muy torpe por tu parte el no haberlo hecho. Sabes que te quiero un mundo.

—Y yo, y yo —sentenció Chus.

Capítulo 9



Un lunes en el que me levantaba con un montón de sentimientos encontrados, como si mi cabeza y mi pecho no fueran capaces de ponerse de acuerdo.

Por un lado, lo que había vivido con Fran me tenía flotando en una nube. Por otro, todavía sentía el subidón de contar con otro equipo de compañeros, con el que pasé una noche de lo más divertida e inolvidable. Y, por último, estaba lo de mi prima, que era lo contrario a lo demás.

Todavía me costaba pensar en ellos de esa manera; era tan increíble que me dejaba completamente por los suelos. Y es que, aunque Inés quería aparentar fortaleza, la conocía perfectamente como para saber que, en realidad, por dentro estaba rota en mil pedazos.

El primer café de la mañana me lo tomé de una vez; mi cuerpo necesitaba más de esa cafeína que me llevase a volver a ser persona. Tenía demasiado ruido en mi cerebro como para andar aún como una zombi.

Llegué a las oficinas a muy buena hora, diez minutos antes. Mabel me recibió con una sonrisa de oreja a oreja mientras se acercaba a darme un beso. Me preguntó cómo me fue con el equipo directivo el sábado por la noche, a lo que le comenté que estuve muy cómoda y que me lo pasé genial.

El resumen fue una noche increíble de la que, obviamente, no entré en detalles, manteniendo la privacidad de todos. No es que dudara de Mabel, porque más buena no podía ser y nada chismosa también, pero no me gustaba

hablar de lo que consideraba íntimo. Y no estaba hablando de lo que me pasó con Fran ni de cómo terminamos; eso sí que estaba totalmente descartado.

Al entrar en el departamento, los chicos me dieron los buenos días. En el caso de Aitana, no. Tampoco lo esperaba por su parte, ni lo necesitaba: el problema lo tenía ella, porque su actitud jugaba en su contra. Carlos y David cada vez pasaban más de ella; las miradas esquivas, las sonrisas tensas… aquello era dinamita sin prender. Se habían dado cuenta rápido de que, de estar por los suelos, me había puesto por encima de ellos.

Yo pasaba de ella. Lo único que me importaba era que se hubiera incorporado al trabajo sin alargar la baja médica.

En cuanto me quité la ropa de abrigo y guardé el bolso en el último cajón del escritorio, me giré hacia ellos para hablarles alto y claro.

—Voy a comentaros cómo será la nueva proyección de trabajo que tendremos a partir de ahora. Una vez que hayáis analizado la operación, el último visto bueno lo daré yo, antes de pasarlo a riesgo. Quiero ver reflejado cada punto del documento que os voy a pasar ahora por correo, el que tendréis que entregarme rellenado junto al expediente.

—Perfecto —comentó David. Carlos confirmó su afirmación.

—¿También tendremos que traerte el café, jefa? —me preguntó con desprecio Aitana.

—No —contestó la voz fuerte y seria de Fran, llamando nuestra atención y sorprendiéndonos.

Entró en el departamento con un vaso en la mano, dominando el espacio como si la oficina fuera su territorio natural.

—El café se lo traigo yo. Vosotros lo único que tenéis que hacer es respetarla y aceptar sus decisiones. No olvidéis quién es vuestra jefa más directa; en caso contrario, Lola podrá revocar al instante vuestro contrato —les advirtió.

No dejó de mirarme en ningún momento mientras hablaba. Me hizo un guiño cuando se paró junto a mi mesa, colocando el café sobre ella. Me temblaba todo el cuerpo por los nervios que me habían provocado sus palabras y por lo que representaba el apoyo que me estaba dando. Y ya no digamos el detalle del café y cómo había callado a Aitana. Esta se había ruborizado y no sabía hacia dónde mirar. Aitana apretó los labios con rabia contenida, como quien intenta tragar un orgullo que raspa.

—Gracias, Fran —lo llamé así para que entendieran hasta qué punto habían cambiado las reglas del juego.

Sonreí de oreja a oreja, porque, a pesar de cómo me sentía, su sorpresa me había hecho muy feliz.

—Al final de la jornada pasa por mi despacho —me pidió—. Tengo una reunión con unos clientes en un restaurante y cuento contigo.

—Claro —asentí.

—Y, si me dejas abusar de tu confianza, cuento con tu coche. El mío lo acabo de dejar en el taller; hasta mañana no lo tienen listo.

—Sin problemas.

—Respetadla. —Se dirigió a los tres como último recordatorio, girándose hacia ellos—. No siempre se tiene la suerte de trabajar codo con codo con personas que inspiran a aspirar en la vida.

Dio dos golpes sobre mi mesa y caminó hacia la salida, por donde desapareció.

Aitana estaba blanca y más callada que en misa. David y Carlos me miraron sonriendo con timidez. Se notaba que tenían un gran peso de conciencia por haber estado involucrados en el juego que ella tuvo conmigo.

Algo me decía que la propuesta del mediodía de Fran era una excusa para comer conmigo, pero eso lo sabría al final de la mañana. Hasta entonces no descubriría realmente sus verdaderas intenciones.

El caso era que tenía los nervios metidos en el estómago al saber que él, fuese cual fuese su plan, volvía a contar conmigo.

Eran las diez de la mañana cuando me dispuse a ir a desayunar al bar que había abajo del edificio. Cuando entré en el ascensor, me di cuenta de que Mario venía a mi espalda.

—Hombre, mi compi más dicharachera —dijo apoyándose en una de las paredes.

—Recuerda que aquí no somos los mismos que fuera —le dije con diversión contenida, jugando con su propia frase.

—Pero tú ya eres parte de la élite y no tenemos ojos que nos escuchen. —Me hizo un guiño.

—¿Vas a desayunar?

—Por supuesto. ¿O has pensado que te sigo?

—Muy gracioso —negué—. Aunque no te sabría decir… —bromeé, haciéndome la pensativa.

—Cómo se nota que ya te has metido al jefe en el bolsillo.

—Bueno, tanto como eso… —Volteé los ojos.

Cuando se abrieron las puertas en la planta baja, Mario se apartó y estiró una mano para que pasara yo primero. Salí del ascensor sonriendo.

—Te digo yo que tienes pinta de terminar poniéndonos a todos firmes —aseguró mientras salíamos del edificio.

Entramos rápido en el bar y fuimos hacia una mesa.

—¿Aún te dura la alegría del sábado? —le pregunté.

—Y la del madrugón del domingo, que triunfé como los Chichos. —Se rio.

—¿Y eso?

—Cosas bonitas que pasan en la vida.

—Y por tu cama —añadí, y su expresión me lo confirmó antes de que lo dijera.

—Obvio. —Me hizo un guiño antes de mirar al camarero.

El chico nos hizo un gesto de que ya estaba en marcha lo nuestro. Sabían de sobra lo que desayunábamos y bebíamos. Por este bar pasábamos casi todos los de la empresa, incluso varias veces al día.

—¿Estás casado? —Era la primera vez que le preguntaba sobre su vida personal.

—Y cansado. —Se rio—. Me encuentro en pleno divorcio, desde hace cuatro meses, en los que intentamos llegar a un acuerdo. No pudo ser. Ninguno de los dos quiere dejar la decisión en manos de un juez.

—¿Tenéis hijos?

—No, no los tenemos. Y hasta puedo dar gracias por eso. De lo contrario, terminaríamos matándonos —negó.

—Pero ¿qué es lo que queréis para no llegar a un acuerdo?

—Ella quiere quedarse con la casa de la playa y la mitad de lo que hay en la cuenta, cuando esa vivienda duplica el valor de la de la ciudad, que sería la que me quedaría yo. Por eso no es justo que quiera también la mitad de la liquidez. Y ahí estamos, en un tira y afloja. Ya va por el 40%, pero hasta que no baje al 20, no me bajaré del burro.

—Si vais ante un juez, repartirá en igualdad.

—Pero nos obligaría a vender y eso no lo queremos ninguno de los dos. Para mí, la casa de la ciudad es mi remanso de paz. La compré con mucha ilusión; la de la playa fue un capricho suyo.

—Te entiendo.

—No, no me entiendes. —Rio.

—Que sí te entiendo, Mario —negué volteando los ojos—. Así que ayer tuviste una víctima en tu cama.

—La tercera desde que me divorcié, pero con esta me ha pasado algo curioso.

—¿Algo curioso como qué?

Antes de responder, el camarero trajo los desayunos. Le dimos las gracias y Mario continuó:

—Normalmente no tenía afecto emocional con ninguna y, en cierta forma, me hacía sentir raro. Iba a pasármelo bien, a disfrutar del momento y luego volver a mi vida. Pero con la de ayer…

—Eso suena a que te ha enamorado.

Lo miré por encima del borde de la taza mientras bebía el primer sorbo de café.

—Llevábamos unos días tonteando por WhatsApp y el tema ya estaba incendiario. La recogí en un taxi cuando salí de la cena y se vino a mi casa toda la noche. El domingo se fue muy temprano. Créeme si te digo que la echo de menos —me confesó, removiendo su café, y me pilló por sorpresa esa vulnerabilidad en él.

—Definitivamente te has enamorado —sonreí.

—Digamos que estoy rendido a sus pies. —Me hizo un guiño.

—Seguro que os volvéis a ver rápido.

—No, ya le he dicho que por ahora necesito recobrar mi vida.

—Pero…

—Lo sé, entiendo lo que debes estar pensando, pero ahora necesito que nada invada mi espacio. No me puede durar tan poco mi independencia emocional. —Se quedó pensativo.

—Ya, por ese lado sí. Pero cuidado, porque donde manda el corazón… —Mordí el pan antes de terminar la frase.

—Echarla de menos no es estar enamorado. Es haber vivido momentos que el cuerpo te pide repetir. Pero repetirlos sí puede llevarme a ese estado del que hablas. Ahora mismo es más morbo que otra cosa, y tengo muchos problemas en la cabeza en los que centrarme.

—Te doy la razón. Es mejor dar pasos pequeños hacia lo importante. Si no das prioridad y abarcas demasiado, todo puede salir mal. —Me encogí de hombros.

Fue lo último que dijimos sobre el tema. Mario desvió la conversación hacia nuestra noche del sábado. Desayunamos riéndonos y pasando un gran momento; y sí, tuve que aguantar comentarios sobre el jefe. Los esquivé bien. En alguna ocasión le dije que por mí no iba a saber nada, al menos por el momento. Le propuse que se lo preguntara a su amigo Fran, pero su reacción fue reírse con ganas.

Vale que la noche del sábado Fran se mostrara abierto conmigo delante de sus directivos y amigos —porque me quedó claro que lo eran—, pero hasta ahí. Que actuara cercano y divertido, sin importarle que vieran sus insinuaciones e intenciones, no me daba ninguna pista de lo que él quería que se supiera o no de nosotros.

Mi boca estaba mejor cerrada, por lo que durante todo el tiempo que Mario estuvo insistiendo, yo solo me reí y sonreí por lo que decía. No le confirmé nada ni se lo di a entender. Principalmente porque yo estaba como él.

No sabía qué significó lo del sábado, desde la cena hasta el domingo por la mañana. Lo que sí tenía claro era que no iba a dejar escapar ninguna oportunidad que surgiera con el jefe. Una podía tener un poquito de miedo y respeto por la situación, pero tonta no era como para negarse a disfrutar. Y con Fran, disfrutar era un riesgo delicioso.

Capítulo 10



Acababa de apagar el ordenador y estaba recogiendo la mesa para ir al despacho de Fran, cuando él apareció por mi departamento. Al verlo, automáticamente se me dibujó una sonrisa en los labios.

No pasó de la puerta, se apoyó de lado en el marco e hizo un ligero movimiento de cabeza hacia el trío, hasta que me miró.

—¿Nos vamos? —me preguntó sonriente.

—Sí, claro. —Me levanté para coger mi abrigo y el bolso—. Bueno, chicos, nos vemos mañana.

Tanto David como Carlos nos desearon una buena tarde. Fueron los únicos porque, claro, Aitana estaba montada en ese burro del que no se bajaba y le podía más el orgullo. Era consciente de que con ella hasta la más mínima cosa iba a suponer una guerra de indiferencia, pero al menos ahora no estaba arrastrando al equipo.

Tal y como nos montamos en el ascensor, me rodeó la cintura con un brazo y me pegó a él, para darme un beso ardiente e intenso.

—No pueden vernos y las puertas pueden abrirse en cualquier planta —suspiré, pero no se apartó—. Recuerda que tenemos que dar una imagen en la oficina, una diferente a la de la calle. —Le recordé lo de la cena.

—Yo, por ti, me vuelvo de tres personalidades si hace falta —habló mordisqueándome los labios.

—Quita, por Dios. —Me aparté riendo, empujándolo por el pecho.

Me encantaba que estuviera tan juguetón y que todavía necesitara el contacto físico conmigo, pero era verdad lo que le había dicho. Aun así, en ese cubículo cerrado, con el silencio cayendo como una cortina entre beso y beso, me costaba recordar que el mundo seguía existiendo más allá de esas puertas. La preocupación desapareció cuando se comportó, aunque también ayudó que bajáramos sin interrupciones.

Salimos al parquin y caminamos por él, yendo hacia mi plaza de estacionamiento. Le di las llaves de mi coche, para que se encargase él de conducirlo, y a cambio me gané una nalgada mientras me las quitaba de la mano.

Ocupé el asiento del copiloto, acomodándome en él, después de ponerme el cinturón de seguridad.

—Allá vamos. —Arrancó y me hizo un guiño.

Se puso en marcha para salir del parquin e incorporarse a la carretera, para tomar la dirección del restaurante al que me iba a llevar.

—Y bien, ¿con quién o quiénes tenemos la reunión?

—Con nosotros mismos. —La comisura de sus labios se elevó en una sonrisa—. ¿Qué mejor operación que barrer para casa? —Me miró de reojo.

—Jefe, estás un poco ido. —Reí negando.

Acababa de confirmar mi sospecha. De nuevo los dos solos y mis pulsaciones disparadas.

—¿Qué manera es esa de dirigirte a alguien tan notorio como yo? —me preguntó y carraspeó.

—Mientras me trates diferente a los demás, yo haré lo mismo contigo. —Me encogí de hombros.

—Cuidado que… —Puso su mano derecha en mi entrepierna.

La sensación fue electrizante, tan caliente que me creó una gran necesidad.

—Fran… —suspiré profundo cuando varios de sus dedos se movieron por encima de la costura de mi pantalón—. Céntrate en conducir, pobre de mi coche. ¿Quieres mirar hacia delante? —Me reí nerviosa al ver la intensidad en su mirada.

—Se te está subiendo mucho el cargo a la cabeza. ¿No crees? —Su tono era de lo más gracioso, me encantaba su forma de ser, esa que tuve que descubrir fuera de la empresa.

—Fran, Fran, Fran… —suspiré—. Mira hacia delante —le repetí sonriendo.

Me hizo caso, al igual que dejó de tocarme. Eso sí que lo lamenté por cómo me quedé, pero me mantuve callada porque Fran era muy capaz de continuar hasta llegar al final.

—Tienes una manera muy peculiar de esquivar mis preguntas —me dijo.

—Mejor dicho, las ignoro. —Me reí—. Hay cosas que es mejor no contestar, pero si quieres que lo haga, ya te digo que no se me ha subido aún tanto como lo que se me puede llegar a subir. Tengo el ego incontrolable. —Me puse la mano muy por encima de la cabeza, a modo de medida.

—Eso es algo realmente bueno. La mala actitud de las personas nos hace volvernos diferentes y hasta más egoístas. Dicen que no es bueno tener tanto ego, pero tampoco lo es que te lo pisoteen, así que sigue con el ego incontrolable y que nadie borre tu luz. Solo yo.

—Eres gilipollas. —Solté una carcajada por lo último.

—No pensé que también tuvieras el descaro por las nubes. —Se echó a reír conmigo.

—Ni yo que osases a tanto. —Volteé los ojos.

—Qué osar, ni osar; a cualquier cosa le ponéis etiquetas.

—Por cierto, ¿hacia dónde vamos?

—A comer a un sitio que te va a encantar. Estoy seguro de que se convertirá en uno de tus lugares favoritos. —Carraspeó.

—Pues espero que no sea un sitio tiquismiquis porque, con el hambre que tengo… —Me froté la barriga.

—¿Esperando un hijo?

—Sí. El tuyo, jefe. —Sacudí la cabeza y a él se le escapó una risilla.

Íbamos por una carretera secundaria fuera de la ciudad, cuando giró hacia un carril que era un desvío para ir a lo que parecía una zona de campo llena de chalés. Paró en la puerta de uno, frente a una fachada preciosa. La verja de hierro comenzó a abrirse despacio ante nosotros.

—¿Quién vive aquí? —le pregunté cuando la dejamos atrás, observando el terreno conforme el coche avanzaba.

—Mis perritas y yo.

—¿Eh?

Ante mi duda, señaló a la derecha, donde tres mastines ingleses estaban de pie sobre sus cuatro patas, observándonos como si esperaran que saliéramos del coche para lanzarse sobre nosotros. La imagen me hizo erizar la piel. Eran enormes.

Una de ellas tenía la cabeza ladeada, como si me estuviera preguntando quién era y qué hacía con su dueño. Otra sacaba la lengua y parecía que estaba burlándose de mí, como diciendo: «Pobre humana, qué cara de miedo tiene». Y la tercera y última parecía muy seria y en tensión. Tenía la boca cerrada y me dio la sensación de estar enfadada.

—Perritas… —susurré—. ¿Perritas? ¿En serio? —Jadeé, agarrando la manilla de la puerta con fuerza, para que no se abriera por error—. Yo lo siento, pero con tus «perritas» tan cerca no me bajo del coche.

—¿Te dan miedo? —Se rio.

—Pánico. No puedo con los perros grandes, es superior a mí —dije viendo desde el interior cómo empezaron a dar vueltas al coche, en plan curiosos.

—Te aseguro que no hacen nada, Lola. Son muy nobles y cariñosas.

—¿Y protectoras? —negué—. Un amigo tuvo uno y casi me muerde el culo cuando le di un abrazo a su dueño.

—Hombre, eso no es nada raro con lo apetecible que lo tienes. Para querer hacer eso no hay que ser perro. —Giré la cabeza hacia él, fulminándolo con la mirada—. No me mires así. —Rio—. Yo te lo mordería a todas horas, en cualquier momento, preferiblemente sin ropa. —Me hizo un guiño.

—No estoy para bromas. —Bufé nerviosa.

—¿Quién está bromeando? Yo no, te lo aseguro.

—Ni se te ocurra abrir la puerta del coche, que me da un infarto, Fran —le pedí con voz aguda, al ver que tiraba de su manilla.

—Bueno, vamos a hacer una cosa —me habló con mucha tranquilidad—. Me bajo yo, las llevo al trastero y, cuando regrese a por ti, vamos a la casa y después las saco —asentí varias veces con entusiasmo.

—Fran, pero ten cuidado, que esas son asesinas.

—Venga ya. —Se bajó rápido, sin dejar que se asomaran.

Él iba muerto de la risa, mientras que yo lo estaba pasando fatal. Y eso que amaba a los animales y no quería que les pasara nada, pero claro, el tema de tener contacto directo con ellos solo podía soportarlo con los chiquititos o medianitos. De verdad que me superaba el miedo que sentía, era irracional, aunque a mi favor diré que las perras de Fran parecían toros que me tumbarían en segundos sin poder pelear.

Se las llevó hacia un lateral del chalé, pero desde mi posición vi perfectamente que, a simple vista, se trataba de un espacio cuatro veces más

grande que mi piso. Además de precioso, con ventanas y frontales igual que la vivienda. El lugar era como un cortijo elegante al que no le faltaba ni un precioso pozo a un lado de la parte destinada a los estacionamientos.

Después de dejar la puerta del trastero bien cerrada, vino hacia mí, pero no me moví hasta que Fran abrió la puerta del copiloto. Me hizo un gesto con la cabeza para que saliese, mientras aguantaba una risilla picarona.

—Tus perros me van a amargar la vida —dije lamentándome, bajándome del coche.

—Perras, son perras.

—Ya, peor me lo pones. Son hembras y muy celosas —dije observando la piscina, que parecía una isla de las Seychelles, con las piedras gigantes alrededor. Era toda una belleza.

Me coloqué el abrigo sin abrochar y cogí el bolso. Fran llevó su abrigo doblado en el brazo.

—Son muy buenas, de verdad —insistió, dirigiéndose con las llaves en la mano hacia la puerta de la casa.

—¿Cómo se llaman?

—Diva, Coco y Lady.

—No habrás sido capaz de llamar a esas criaturas así. —Me eché a reír.

—¿Criaturas? ¿Cuándo ni siquiera has tenido el detalle de saludarlas? —habló con humor.

—Y encima hago que las encierres. Ya deben odiarme —suspiré al adelantarlo.

En cuanto abrió, pasé por su lado y me colé en la vivienda, no fuera a ser que el trastero se abriera.

—Ya veo que tienes prisa. —Soltó una carcajada.

No le respondí, lo ignoré porque me quedé loca, completamente loca, al encontrarme con el primer habitáculo del interior.

—Te dejo curiosear esta parte. Voy a liberar a mis mujercitas —me informó, dejando su abrigo en la entrada.

Había un armario para ello, por lo que le di mi abrigo y el bolso cuando extendió una mano hacia mí, para que lo hiciera. Lo dejó todo en la misma percha y cerró.

—Eh, sí, pero cuidado con que no entren aquí o te juro que me sacas en una caja directa para incinerar —le advertí.

—Tranquila, que eso no te ocurrirá estando conmigo. —Me hizo un guiño antes de irse.

Me relajé al escuchar la puerta cerrarse a mi espalda. Di unos pasos más, observando la maravilla en la que me encontraba.

Me daba la impresión de que la casa estaba dividida en dos partes. Tal y como entrabas, no había recibidor, directamente te encontrabas con un espacio diáfano en el que, a la derecha, había una cocina inmensa. Estaba inspirada en una cueva, ya que una parte de la pared era de piedra y la mesa isleta que separaba el espacio del salón también estaba forrada de esa manera. Las encimeras eran blancas y la madera en color amarillo *vintage*. El diseño brillaba y resaltaba a la vista, tenía una elegancia única.

Los electrodomésticos eran americanos, a lo grande. Me enamoré de la nevera, con lo mal que lo pasaba con la mía en verano… me refiero al espacio limitado, porque con el calor muchos alimentos necesitaban frío para que no se pusieran malos, y ya no digamos para tener la fruta fresca y las bebidas. Las batallas que yo tenía con mi nevera eran dignas de presenciar, pero siempre terminaba vencida por el tamaño de ella.

En la parte del salón había una mesa rectangular de madera, era gigante, y una parte de ella ya estaba preparada con la comida. Los platos estaban cubiertos con unas tapaderas monísimas, en la línea de todo lo que estaba apreciando.

La chimenea estaba encendida, justo encima de ella colgaba una tele plana gigante y, frente a ambas, había tres sofás y una mesa baja de centro, sobre una alfombra mullida que invitaba a tumbarte.

La decoración era minimalista y todo estaba cuidado al más mínimo detalle. Este lugar era todo un descubrimiento y no solo estaba en el campo, fuera del bullicio de la ciudad, sino que tenía una vibra especial que te envolvía en todo momento. La casa, por llamarla de esa forma, era de lo más acogedora, a pesar de su magnitud.

Luego había un pasillo al que solo me asomé, e intuí que la puerta que estaba cerrada era un baño, pero no quise ir más allá de esta zona.

Capítulo 11



Fran apareció al cabo de unos minutos y me enseñó el resto de la casa. No me había equivocado con lo que pensé que era un baño; además, era precioso, con ese mismo estilo de cueva que ya había visto. La cocina no era la única en seguir esa línea de decoración y, como comprobé, también se extendía a los dormitorios de la planta de arriba. Todos contaban con su propio baño y vestidor; vamos, una gozada de habitaciones.

—Vaya —murmuré mientras bajábamos la escalera—. No sabía si había venido a una reunión… o a un capítulo de *Mi casa es una fantasía*.

Y era verdad. Cada rincón parecía una postal. Me sorprendía lo cuidada que estaba la casa para ser un hombre que vivía solo —o eso creía yo—. Había calidez, luz, plantas, toques personales. No era la típica casa fría y perfecta de catálogo, era un hogar con alma.

De vuelta a la planta baja, al fondo y al lado de las escaleras, había una especie de terraza cerrada con unos ventanales y una estancia de lo más armónica. Esta dejaba en total visibilidad la parte trasera del jardín, donde se veía que estaba todo de lo más acomodado para disfrutar de los días buenos cuando llegaba el buen tiempo.

Después de pasar cada uno un momento por el baño, regresamos a la mesa del salón, donde Fran destapó los platos mostrando unas piezas de carne a la brasa que tenían una pinta espectacular. Estaban acompañadas por unas patatas que entraban por los ojos, también hechas de la misma forma.

—¿Quién preparó la mesa y la comida? —le pregunté con curiosidad mientras me sentaba a su lado.

Fran presidió la mesa y yo me coloqué a su derecha. Eran los mejores sitios porque era muy ancha y, en caso de sentarnos uno frente al otro, habríamos quedado demasiado separados. Así, en cambio, nos teníamos al alcance; y no es que esperara nada, pero agradecía la cercanía para que el momento no resultara frío ni distante.

—Tengo a un matrimonio que trabaja para mí: Bernardo y Manuela. Ella me mantiene la casa y me cocina en muchas ocasiones; su marido se ocupa de todo el mantenimiento, exterior o interior. Les dije que me prepararan esta comida a la brasa y que me la dejasen en la mesa para mi hora de llegada habitual. Viven en la calle de aquí atrás, en una casita de mi propiedad.

—Ah, bueno, ahora lo entiendo —sonreí—. Suena muy bien lo del matrimonio.

—Así es. ¿Alguna pregunta más?

—No. Por ahora…

—¿Quieres? —Me ofreció agua y asentí.

Me llenó el vaso y después se sirvió él. Aparte, había una cubitera con hielo que contenía una botella de vino blanco y varias latas de refresco.

—¿Puedo? —Señalé una.

—No tienes que preguntármelo. —Sacudió la cabeza, con expresión divertida—. ¿No prefieres vino?

—Me apetece el refresco.

—Pues no se hable más —asintió, sacando una lata.

La secó para que no goteara y la colocó en la mesa, cerca de mí. Él se sirvió una copa de vino.

—Sobre lo de las preguntas… puedes hacerme todas las que quieras. Eso sí, mis mujercitas no te van a perdonar jamás que no las dejes entrar en su propia casa.

—Ya podrías tener tres chihuahuas. —Me reí.

—Esos tienen más cojones que esas tres juntas.

—Bueno, pero son muy pequeños y dan menos respeto. En el sentido de miedo.

—Tienes que reconciliarte con las niñas; son de los seres más nobles y especiales que te vas a encontrar en esta vida.

—Lo que tú digas —suspiré—. Si no lo niego, pero si le tengo miedo a una, con tres y encima a la vez… me puede dar un infarto. Me temblaron las piernas antes, cuando las vi.

—Pensé que solo te las hacía temblar yo… —Carraspeó.

—Eres un idiota, ¿lo sabías? —Sacudí la cabeza mientras reía.

—Siempre y cuando sea tu idiota favorito, lo acepto.

—Doble idiota. —Rebufé, escuchando su carcajada.

El caso es que me daba mucha tristeza que las perritas estuvieran fuera y, sí, era su casa y debían de sentir el desprecio por mi parte.

Comimos la carne, que era una delicia. Los bocados se deshacían en la boca con pocos mordiscos. Las patatas me encantaron más cuando las probé, porque descubrí que tenían una fina capa de una salsa que nunca antes había saboreado. Disfrutamos hasta que dejamos los platos, las copas y los vasos vacíos.

Me sorprendía lo cómoda que me sentía ahí, con él, comiendo en silencio sin que resultara incómodo. Era una calma diferente, cálida, de esas que no se fuerzan y simplemente se dan. Había algo en esa casa y en él que hacía que bajar la guardia resultara demasiado fácil.

—Así que Aitana no se baja del burro —comentó mientras recogíamos la mesa.

—No —le confirmé lo que había podido comprobar por él mismo—. Siendo sincera, me alegro mucho de que los chicos hayan cambiado sus actitudes hacia mí, dejando de bailar al ritmo de Aitana.

»Ellos no son como ella; la forma de ser de Carlos y David es sana, por eso me dolió tanto que Aitana los arrastrara en mi contra.

»Por cierto, lo de esta mañana del café fue buenísimo, porque llegaste con él en la mano, en el momento justo en que ella soltó esa payasada.

—Soy como un héroe sin capa que fue a salvar a su dama. —Me hizo un guiño entrando en la cocina.

—¿Tu dama? ¿Desde cuándo lo soy? —Me reí.

—Qué manera de romper las palabras tan bonitas que salen de mis labios… —negó con ese gesto tan sensual que me encantaba.

Después de fregar y dejar la cocina limpia, preparamos nuestros cafés y nos fuimos hacia el sofá con ellos. Cuando dejamos las tazas en la mesa baja, me propuso algo antes de sentarnos.

—¿Y si las dejo entrar de una en una y vas familiarizándote con ellas?

—Te juro que, solo de pensarlo, se me descompone la barriga.

—Venga, comencemos por Diva.

—No, no, espera. —Me reí nerviosa—. De verdad que ya estoy temblando. —Levanté las manos y me las agarró entre las suyas.

—Si son unos amores de perritas —insistió sonriendo.

—Y te creo, pero es el tamaño lo que me pone supermal. —Hice una mueca.

—Confía en mí, la traigo atada.

—Otro día, Fran.

—Hace mucho frío ahí fuera.

—¡Vamos, hombre! Ni se te ocurra decir que con la cantidad de metros cuadrados que tienes aquí no hay un sitio para que estén tranquilas y calentitas. —Me reí, cada vez más nerviosa.

—Confía en mí —repitió. Se acercó mis manos a los labios y me dio un beso, mirándome—. Diva es un amor total y un poco presumida.

—¿Una perra presumida? ¿Cuándo se ha visto eso? —pregunté con diversión, aunque gracia no me hacía ninguna.

—Se nota que no tienes ni idea del mundo animal. Dale una oportunidad, anda.

—Diva, ¿cuál de las tres es? —hablé pensativa—. La que me ha mirado con curiosidad preguntándose qué hacía a tu lado una extraña; la que me sacaba la lengua, como burlándose de mí; o la que estaba seria y enfadada. Ah, no sé quién era esta última, pero no me la traigas la primera si no quieres que corra por toda tu casa y me encierre en la primera habitación segura que encuentre. —Lo señalé.

—¿Cómo? ¿En serio mis perras han hecho eso? —Soltó una carcajada.

—Diva es la de la lengua. —Frunció los labios.

—¿Por qué me da que no tienes ni idea, porque no las has visto como yo al llegar? —Entrecerré los ojos.

—Menos *cachondeíto*, que la he visto perfectamente con estos. —Me señalé los ojos. Ante su silencio y seriedad repentina, me volví loca y dije—: Venga, que pase Diva. Pero, una cosa: si me pasa algo por alguna de tus «mujercitas», te juro por lo más sagrado que…

—Callada estás más guapa ahora mismo —dijo con descaro.

Se alejó hacia la puerta.

—¡Atada y solo una! —le grité.

—Que sí, que sí.

Poco faltó para que el corazón se me saliera por la boca cuando vi entrar a Fran sujetando la correa de Diva. No supe qué perra era, imposible reconocerlas por separado porque eran casi idénticas.

Se acercaron hasta mí muy despacio, mientras la perra movía el rabo y el culo con un arte que parecía que se le iba a romper o a descolocar. Con razón se llamaba Diva; Fran acertó de lleno porque el nombre le pegaba que ni pintado.

—Tú sé buena conmigo —le advertí en voz baja, señalándola con el dedo —. ¿Por favor? —supliqué.

—Atácala, Diva —ordenó Fran, y jadeé con fuerza.

—¡Hijo de puta! —grité riendo y me subí de un salto al sofá, con zapatos incluidos. A la mierda lo bonito y exclusivo que era, él se lo había buscado.

Fue una reacción tonta, porque ya ves tú, unos centímetros más no suponían protección para un perro tan grande. Si se ponía sobre las dos patas traseras, estaba perdida… Solté varios gritos más cuando Diva empezó a olisquearme, pegándose cada vez más a mí.

Cuando pensaba que iba a darme un ataque, por la tensión y el estrés que estaba sufriendo, y mientras Fran me observaba atentamente controlando la situación, Diva me sorprendió al dejar de olerme para darme un beso en la mano con la lengua.

—Oh. —Fue lo único que pude articular, asombrada por lo dulce que fue.

Fran, que había estado serio vigilándome para que no me diera algo, sonrió.

—Está esperando que la acaricies —dijo.

Lo hice con mucho miedo y cuidado. Levanté la mano y la acerqué a su cabeza. Diva la agachó un poco para facilitarme la caricia, y entonces sí que sonreí de oreja a oreja.

—¡Qué mona! —hablé emocionada.

Nunca habría imaginado que pudiera sentir ternura con un perro tan grande. Era absurdo pensarlo, pero sentí un pequeño orgullo por haberme atrevido. Como si hubiera ganado una minibatalla contra algo que llevaba años evitándome.

Hice reír a Fran, mientras fui relajándome poco a poco con Diva. Terminé sentada en el sofá, con su cabeza apoyada en mis piernas. Cuando su dueño se puso a mi lado, ella se movió hacia él, liberándome.

Con la perra muy pendiente de nosotros, sobre todo de mí —que era la novedad—, empezamos a tomarnos los cafés. Diva se sentó frente a mí, con la cabecita en alto, mirándome. Bueno, la cabezota, porque tenía cabeza para dar y regalar, pero eso sí, era preciosa y muy imponente. Al final se quedó dormida en mis pies y me pareció hasta entrañable.

—Creo que deberíamos dejar pasar a las otras dos o se sentirán celosas.

—De una en una, Fran. —Reí, mientras él le quitaba la correa a Diva.

—Van a entrar las dos porque ya te he demostrado que puedes confiar en mí.

—Tres son multitud y se pueden revenir en mi contra si se alían. —Hice un puchero.

—¿Revenir? Anda, anda, y deja de ver películas, que te colapsas —dijo, dirigiéndose a la puerta.

—Fran, por Dios, que no quiero ser devorada por…

No me dio tiempo a terminar cuando abrió la puerta y Coco y Lady entraron corriendo, directas hacia mí. Contuve la respiración y cerré los ojos

con fuerza, sentada rígida en el sofá. Al menos las vi entrar moviendo el rabo, como a Diva. Eso era positivo, ¿no?

Cuando fui consciente, me estaban chupando y me sorprendí al tenerlas encima. No sentí el pánico que esperaba, aunque diré a favor del momento que todo habría cambiado con un simple gruñido. Diva se espabiló y se unió a sus hermanas, primas o yo qué sabía.

Envalentonada, al comprobar por mí misma lo cariñosas que eran y las ganas que tenían de estar conmigo para conocerme, me animé a acariciarlas también. Al principio con un poquito de recelo, hasta que vi cómo reaccionaron y volví a relajarme, aunque no del todo porque la tensión acumulada era mucha.

Cuando dimos la sesión de caricias por finalizada, las tres se tumbaron junto a mis pies y se relajaron. Yo no me quería ni mover, aunque me maravilló verlas.

—¿Ves cómo tengo las mejores «mujercitas» del mundo?

La imagen de las tres ahí, dormidas y pegadas a mis piernas, era surrealista. Yo, que entré temblando, ahora estaba rodeada y en paz. Quizá no era el fin del mundo tener contacto con ellas… aunque no pensaba admitirlo tan rápido.

—Necesito un poco más de rodaje para confirmarlo —contesté suspirando, provocando que Fran soltara una carcajada.

Capítulo 12



—Al final te has salido con la tuya.

—¿Cómo? —Me giré hacia Fran.

—Que, si llego a saber que ibais a hacer un grupito de mujeres, no te hubiera presentado a estas preciosidades. —Arqueó una ceja.

—Eres tonto. —Me reí.

Diva, Coco y Lady no se habían alejado mucho de mi alrededor desde que me conocieron. Me había acostumbrado muy rápido a la presencia de las tres, pero es que eran unos amores. Sentía sus cuerpos cálidos apoyados contra mí, respirando suave, confiadas. Nunca habría imaginado que pasara tan poco tiempo entre el miedo y el cariño, pero ahí estaba… atrapada voluntariamente por tres gigantes llenas de amor.

En ese momento reclamaban mi cercanía: tenía a cada lado a una tumbada, por lo que Fran poco a poco tuvo que desplazarse en el sofá, dejando más distancia entre nosotros.

Si tuviera chihuahuas, no le sucedería eso; se lo había dicho en varias ocasiones haciéndolo reír. La tercera perra la tenía entre las piernas, con la cabeza apoyada en mi muslo. Y no tenía ni idea de quién era quién; a mi favor diré que eran casi idénticas. Mezclaba sus nombres y todavía no había averiguado cuál de ellas me miró enfadada, cuál burlona sacando la lengua y cuál con curiosidad la primera vez que me vieron al llegar.

—Tonto lo que quieras, pero llevas media hora ignorándome. Si no dejas de hacerles caricias, no se moverán.

—Si las rechazo, mal; si las quiero, peor. —Solté una carcajada.

—Has pasado de querer huir a comportarte como si yo no estuviera.

—Pero ¡si no me he movido de tu lado! —continué riendo.

—La palabra clave era ignorándome. —Elevó ambas cejas con intención.

—¿En serio estás celoso de tus perritas?

—Estoy celoso de todo lo que te aparte de mí —sonrió de medio lado.

—Vaya… ¡Deja de bromear!

—No estoy bromeando.

Y ahí fue cuando el aire pareció hacerse más denso entre nosotros. Me mordí la sonrisa sin saber muy bien si reír, huir o lanzarme a por él. Qué peligro tenían esas palabras en su boca.

—Ven conmigo —me pidió levantándose despacio—. ¿Tienes prisa por irte de aquí?

—No tengo nada que hacer hasta mañana, para ir al trabajo. ¿Por qué?

—Quédate conmigo hasta la cena; te prometo que después podrás irte en el momento que quieras.

—Acepto encantada —le sonreí—. ¿Y ahora? Me has dicho ven conmigo. —Ladeé la cabeza.

—Ahora voy a secuestrarte en algún lugar a puerta cerrada y vas a gritar para mí muchas veces. ¿Qué te parece?

Mi temperatura subió de golpe cuando mi cuerpo reaccionó a sus palabras. Lo deseaba tanto como él a mí, pero no se lo dije. Fran se quedó esperando de

pie, mirándome con tanta intensidad que me dio la sensación de que ya estaba viéndome sin ropa.

—Me parece música celestial para mis oídos —susurré.

—Me alegra que estemos de acuerdo —sonrió de medio lado—. Por fin.

Caminó hacia la puerta de la casa. En cuanto la abrió, las tres perras se activaron y fueron corriendo hasta él. No, pasaron de su dueño para salir al jardín.

—¿Te has quejado, cuando ha sido tan fácil sacarlas y no lo has hecho antes? —le pregunté riendo.

Me levanté y me paré en medio del salón, siguiéndolo con la mirada. Fran cerró la puerta con llave y después se dirigió hacia la pared en la que estaba la corredera que daba a la parte lateral del jardín, donde se encontraba la piscina. En la parte baja desbloqueó algo que no vi hasta que se apartó. Era una puerta para perros que quedaba a la altura de ellos.

—Tienen otro acceso que siempre está abierto cuando estoy en casa, pero este en particular les gusta más —me explicó caminando hacia mí.

—Pues ya puedes secuestrarme antes de que vuelvan. —Me reí.

—En realidad estaba encantado —me dijo agarrándome de la nuca cuando se paró frente a mí. Su otra mano la colocó en mi cadera y tiró de mí hasta que nuestros pechos chocaron—. He disfrutado mucho viéndoos a las cuatro —me elevó la cabeza—, sabía que te iban a relajar en cuanto les dieras la oportunidad de acercarse.

—Se me ha quitado el miedo, pero solo con ellas —susurré.

—Me lo has dejado claro con tantas caricias. —Atrapó mi labio inferior entre sus dientes sin dejar de mirarme—. También quiero tus manos en mi cuerpo. —Tiró del labio y me estremecí con un pequeño jadeo.

—Eres muy celoso y caprichoso, jefe —conseguí decir con un poquito de humor, cuando en realidad me estaba deshaciendo y no estaba para hablar

mucho.

—Solo contigo.

Me agarró de las nalgas pegando más la parte baja de nuestros cuerpos, para que fuera muy consciente del bulto que ocultaba su pantalón.

—¿Alguien está en apuros? —murmuré, agarrándolo de la nuca con ambas manos.

—No te imaginas cuánto —sonrió de medio lado.

Tiró de mí hacia arriba y le rodeé la cintura con las piernas, cruzando los pies en su trasero.

—¿Vas a enseñármelo? —hablé sobre sus labios.

Jadeé cuando tiró de mis caderas hacia abajo, dejándome claro entre las piernas abiertas lo que iba a hacer. Atrapó mis labios en un beso duro y exigente mientras caminaba por el interior de la casa. De lo único de lo que fui consciente, antes de terminar tumbada bocarriba en una cama, fue de que Fran subió las escaleras.

Al entrar en su habitación, me dejó caer de espaldas. No me dio tiempo a nada cuando ya estaba tirando de mis botines. Los dejó caer al suelo al quitármelos y continuó con el pantalón. Fue desnudándome poco a poco, con una mirada incendiaria recorriendo cada parte de mi cuerpo.

Mi pantalón cayó por alguna parte a sus pies y mi braga lo siguió. Solté un suspiro tembloroso cuando se subió a la cama de rodillas y se agachó hacia mí para besarme las piernas. Primero una, después otra, y así varias veces más. Me fue calentando porque cada vez que llegaba cerca de las ingles, se desviaba y volvía a descender.

Quise gritarle que no se apartara y que continuara, pero se incorporó para quitarse el jersey por la cabeza. Se lo sacó de un tirón, quedándose desnudo de cintura para arriba. Me mordí el labio inferior por el espectáculo que era.

—¿Te gusta? —me preguntó provocador.

—¿A ti qué te parece?

—Veamos.

Fue todo lo que dijo antes de abrirme las piernas y colocar varios dedos entre ellas. Gemí cuando los deslizó de arriba abajo, varias veces, cubriéndoselos de mi humedad.

—Yo diría que es más que gustar —habló con la voz ronca.

—Sí. —Curvé la espalda al sentir la invasión de dos de sus dedos.

Me los metió de golpe y los sacó despacio. Así lo hizo una y otra vez hasta que dejó de llenarme, hasta que se llevó los dedos a la boca, dejándome jadeante. Volví a gemir al ver cómo se los chupaba, cómo su lengua pasaba por ellos despacio y cómo sus labios los succionaban. La escena fue erótica y caliente, mientras su mirada iba de mi cara a mi sexo, del que tenía una visión perfecta y cercana.

Al terminar, me hizo incorporarme para quitarme el jersey y aprovechó para abrir el cierre del sujetador. Ambas cosas las lanzó lejos de nosotros, antes de empezar a desabrocharse el pantalón. Su miembro estaba muy duro y brillante en la punta, y sabía que también cálido al tacto, por las ocasiones en las que había tenido el gusto de comprobarlo con las manos o la boca.

La primera embestida, fuerte y hasta lo más hondo, casi me envió directa al orgasmo. Fran había sacado un título de honor sobre mi cuerpo: lo sabía todo sobre él, cómo reaccionaba, los puntos más sensibles, los que más me excitaban hasta la locura…

No fue suave ni lento: poseyó mi cuerpo como nos gustaba a los dos. Me hizo correrme gritando su nombre, mientras él aceleraba hasta alcanzar su placer. La sensación final fue plena, llena de felicidad. De esa forma me hacía sentir.

Lo único que nos dijimos fueron unas pocas palabras susurradas. Me hizo meterme debajo del nórdico y, cuando me siguió, nos cubrió con él.

—Un rato de descanso, hasta la siguiente ronda —me dijo acercándome a él.

No tuvo que esforzarse mucho porque yo ya estaba buscando su calor. Me pegué a su cuerpo y solté un suspiro de satisfacción al apoyar la mejilla en su pecho.

—¿Cuántas rondas habrá? —susurré.

—Muchas, hasta que mi primera cena seas tú.

Temblé por la anticipación, deseando que llegaran cada una de ellas, aunque luego llegara a rastras a mi piso.

Nos quedamos dormidos abrazados, con los cuerpos entrelazados. No supe por cuánto tiempo, pero la primera vez que se me abrieron los ojos fue porque tenía a Fran entre mis piernas, comiéndome. La siguiente me desperté por sus besos en el cuello y, en cuanto abrí los ojos, me giró dejándome bocabajo. Elevó mis caderas, abrió mis piernas y me penetró hasta el fondo, haciéndome enloquecer de nuevo.

Tal y como me advirtió, solo paró el tiempo justo para recuperarse y darme descansos breves. Terminamos nuestra sesión maratoniana de sexo con su cabeza de nuevo entre mis piernas, segundos después de correrse conmigo.

—¿Qué te apetece cenar? —me preguntó saliendo del baño.

Estaba secándose el pelo con la toalla. Me había ofrecido ducharme, pero lo rechacé. No tenía ropa de repuesto y por un poco más no pasaba nada; necesitaba ducharme en mi piso.

—Cualquier cosa.

Me reí porque se quitó la toalla de la cintura, ofreciéndose.

Me levanté de la cama para que no me pillara y fui hasta la silla donde Fran había colocado toda mi ropa. Los botines estaban al lado. Después de que chasqueara la lengua por mi reacción, en plan broma, nos vestimos los dos. Él se puso un pantalón que se veía muy cómodo, ancho y caído sobre las

caderas —un pecado—, acompañado de una camiseta fina de manga larga, que se remangó un poco.

Bajamos a la planta principal, donde sus perritas estaban las tres tumbadas en sus camas, cerca del sofá. Al escucharnos, levantaron las cabezas, pero no se movieron.

Fran y yo entramos en la cocina y lo seguí hasta la nevera, que abrió mientras nos quedamos mirando.

—Hay ensalada de patatas cocidas. —Me señaló el bol—. También podemos hacer una. Hay huevos, embutido, un guiso que me sobró de ayer y está para chuparse los dedos. A Manuela le sale riquísimo, es una delicia. Aparte, tengo *pizzas* variadas en el congelador. O, si te apetece algo menos lioso, pedimos la cena a domicilio. Tú eliges.

—Te dejo el guiso y lo demás para ti, así tienes para varios días. Yo con varios trozos de *pizza* tengo suficiente.

—De acuerdo, pues abre el congelador y elige la que más te apetezca.

Fue lo que hice. Saqué la *pizza* seleccionada y Fran se encargó de meterla en el horno. Estuvo hecha rápido y nos la comimos acompañándola con refrescos, sentados en los taburetes de la isla de la cocina, a petición mía.

A las diez y cuarto me despedí de Fran con un beso largo, y de sus mujercitas con caricias, desde el interior de mi coche.

—Ten cuidado —me pidió agarrando la puerta del conductor.

—Sí —le sonreí frente al volante.

Se agachó para darme otro beso y, con el sabor de él —aunque este último fue muy corto—, arranqué y me cerró la puerta. De tenerles pánico al llegar a Diva, Coco y Lady, a casi llorar al irme cuando corrieron detrás de mi coche… hasta que Fran las hizo parar.

Salí de su propiedad para dirigirme a mi piso, con la idea urgente de darme una buena ducha y ponerme el pijama, para caerme en plancha en la cama.

Capítulo 13



Qué ganas tenía de que llegaran Chus e Inés; habíamos quedado en mi casa para hacer una «tarde de chicas». Chus, aunque fuese un hombre y el más diva entre nosotras, llevaba años perteneciendo al club sin necesidad de carnet. Era imprescindible de vez en cuando, y más en momentos como estos por los que estaba pasando mi prima.

Ayer con Fran y hoy con mis dos chicas preferidas. De esa forma la semana era muchísimo más amena y se me estaba pasando sin darme cuenta. Hacía un tiempo que llevábamos hablando de esta reunión para tener una tarde como la de hoy. Como dijimos que esta vez tocaba en mi piso y cada anfitrión se encargaba de que la tarde saliera redonda, hacía semanas que compré todo lo que íbamos a necesitar para pasarlo bien.

Ya tenía preparados en la cocina todos los ingredientes para hacer los cócteles con los que las iba a sorprender. Había visto un vídeo de un famoso barman que preparaba unos buenísimos. Por lo que vi, y por los comentarios, parecían fáciles de hacer. Y como cobarde no me podía llamar nadie, allá que iba Lola a experimentar.

Solo esperaba que me salieran bien, para no mandar a mi prima y a Chus directos a urgencias por una intoxicación. Estaba en modo exageración, ya que no había riesgo: los ingredientes eran los que eran, no había más. Si terminábamos en urgencias, seríamos las tres y porque nos habría gustado tanto, que no habríamos podido dejar de beber la maravillosa bebida que iba a preparar. Estaba segura de que nos íbamos a chupar los dedos, como con todo lo que hacía. Eso era lo mejor de ser perfeccionista, que acertaba siempre y con una nota excelente.

Con todo preparado y a la espera de ponerme a ello cuando llegaran, me fui al salón. Este jugaba una parte fundamental en la tarde de chicas.

Creía que no se me había olvidado nada. A un lado de la mesa había colocado tres pijamas exactamente iguales, con la diferencia de las tallas. Sabía que con ellos y las demás cositas que había comprado, Inés y Chus se iban a llevar una sorpresita. Como he dicho antes, me gustaba la perfección o estar muy cerca de ella.

Cuando lo vieran todo iban a flipar, sabía que les encantaría. La parte de arriba de los pijamas era una camiseta de manga larga con botones por delante. Abajo tenía un pantalón largo satinado de color champán, con una caída preciosa. El bajo de las mangas y de los pantalones tenía un filito del mismo tejido satinado, pero en color marrón chocolate.

Cuando los vi, me enamoré de ellos; no necesité pensarlo dos veces para entrar en la tienda y adquirirlos. Pero no podía conformarme solo con los pijamas. Nosotras teníamos que ir bien conjuntadas, hasta para estar en casa, así que también compré zapatillas y diademas de *skincare* a juego. Y sí, me emocioné.

Estaba colocado de una forma en la que sería lo primero que verían nada más entrar al salón.

Por otro lado, había preparado una cesta y dentro de ella había metido los productos necesarios para hacernos la limpieza de cutis mientras nos tomábamos los cócteles y mi prima nos contaba cómo iba con el tema de Mauro.

Encendí velas, puse música suave y me sorprendí a mí misma sonriendo. A veces la felicidad era tan simple como preparar un plan bonito y compartirlo con los que te sostienen cuando el mundo se tambalea.

Chus me hizo una llamada perdida —esa era la señal para avisarme de que ya estaba llegando—. Él era tan señorito que tocar al timbre y esperar a que le abriera le parecía cosa de simples mortales. Pasaron pocos minutos para tenerlo frente a mí.

—¿Cómo es posible que cada día estés más guapo? —le pregunté en cuanto entró en el piso.

Lo de este hombre no era normal, yo me moría con él. Hoy llevaba puesto un abrigo de tres cuartos en rojo, a juego con la cartera y los mocasines. El pantalón y el jersey eran negros, y el último —de cuello alto— le daba un porte impecable.

—Es que, para presentarme en la casa de mi reina, no puedo venir de cualquier manera. —Pasó por mi lado dándome un beso en la mejilla.

—Ya te digo, aquí se entra con clase o te quedas fuera —le contesté bromeando, cerrando.

—¿No ha llegado la futura divorciada? —me preguntó, y levanté las cejas.

—No la llames así, sé que aunque se esté haciendo la fuerte, debe estar pasándolo mal —le pedí.

Yo lo había pasado mal y gracias a ello había renacido, pero lo de ella era peor. Por eso sabía que no estaba pasando por un buen momento, aunque no lo demostrara.

—No he dicho nada que no sea verdad —dejó el bolso de mano encima del mueble que había en la entrada y el abrigo colgado en el perchero—. Me encanta cómo huele siempre tu casa.

—Si pusieras tantas velas como yo, la tuya también olería igual.

Mi amigo siempre decía lo mismo, pero el muy hijo era un vago en ese sentido. Tenía velas, la mayoría se las había regalado yo, pero las utilizaba de adorno porque encenderlas suponía demasiado para él. Se excusaba diciendo que se le olvidaban, como si no las tuviera que apartar para limpiar el polvo. Aunque conociéndolo, más de una vez ni se molestaba en levantarlas.

—Te voy a regalar un Alexa programado para recordarte dos cosas: «Chus, enciende las velas» y «Chus, apaga las velas». —Me reí imaginándolo enfrentarse a un aparato—. Sobre todo lo último, porque como se te olvide apagarlas y quemes tu casa, yo no pienso recogerte en la mía.

Acababa de decir una tontería, una broma, porque ambos sabíamos que jamás lo dejaría en la calle, exactamente lo mismo que yo recibiría por él.

—Cuánto amor derrocha mi reina últimamente —dijo con humor e ironía. Me encantaba cuando me hablaba así.

—Ya sabes, me gusta demostrarte cuánto te amo.

Yo también podía darle mi punto irónico, sobre todo cuando estábamos divirtiéndonos, como era el caso.

—Me muero, por favor —dijo tapándose la boca con una mano cuando vio todo lo que había preparado en el salón—. Quiero ponerme el pijama ya. —Iba dando saltitos alrededor de la mesa mirándolo todo—. Es que has pensado hasta en el más mínimo detalle.

—Si se me hubiese olvidado algo, no sería yo. —Chus sabía lo concienzuda que era.

Y ahí estaba él, girando sobre sí mismo, tocando la tela, analizándola como si fuese un desfile de París. Chus siempre fue drama y brillo, por eso lo adoraba.

—Si es que al final te voy a tener que querer un poco y todo.

—Cariño, tú no puedes vivir sin mí ni aunque te lo propongas. —Le hice un guiño.

—Claro, porque mi vida se basa solo en tu persona —habló dramático y me reí—. Cuando no estoy contigo, me quedo siempre en un rincón de mi sofá, llorando por tu ausencia.

Mi querido gran amigo era la horma de mi zapato; también un kamikaze total. Daba igual lo que le propusiera, siempre era el primero en apuntarse a todo. Vamos, que era de los típicos amigos que si le confesabas que habías matado a alguien te decía: *¿dónde lo enterramos?*

—Déjate de tonterías ya y admite las cosas —le pedí riendo.

Cogí su mano y tiré de él para llevarlo a la cocina.

—¿Qué te parece? —le pregunté señalando la isla de la cocina, en la que estaba todo lo que había preparado—. Voy a haceros unos cócteles con los que se os va a caer la baba.

—Ahora resulta que, además de analista, también eres barman —dijo rodeándome los hombros con el brazo.

—Cariño, en esta vida hay que estar preparada para todo —le sonreí—. ¿Me ves haciendo cócteles en una sala de fiestas?

—No, tampoco te pases. —Río, y bufé—. Más bien te veo dándolo todo en la pista de baile con una copa en la mano.

—Tienes razón —suspiré—. Pues eso, no te quejes por nada, que encima que lo he preparado todo para pasar una tarde en condiciones, siempre tienes una puntillita que dar. —Le di un pellizco en el trasero—. Estás demasiado protestón, ¿cuánto tiempo llevas sin que te den un buen repaso?

—Uff, hace mucho. Tanto que, cuando vuelva a tener sexo, voy a tener que prepararme con los dilatadores anales.

Poco faltó para atragantarme con mi propia saliva por la carcajada espontánea que solté.

—Eres la hostia —dije sin poder parar de reír.

En ese momento sonó el timbre del piso y fuimos hacia la puerta.

—Por fin, ya creía que teníamos que empezar la fiesta sin ti —le dijo Chus a mi prima cuando abrió.

—Hola a ti también, guapo —lo saludó Inés pasando por su lado en plan diva total—. Esta reina no puede ser la primera en llegar; son los súbditos como tú los que tenéis que hacerme reverencias.

Me moría de la risa con estos dos. Cualquiera que nos escuchara y no nos conociera bien pensaría que éramos más enemigos que amigos. No todo el

mundo podía entender nuestro sentido del humor.

—Preciosa, para que estés a mi altura todavía te queda mucho que subir. Y es literal —le contestó él, con un guiño y midiendo la altura de mi prima. Chus nos superaba a las dos, y no por poco—. Ahora en serio, ¿cómo estás? —La abrazó y la apretó fuerte.

—Divina, así estoy, porque mañana mismo me quito al bulto de encima.

Luego me abrazó a mí. Nos dimos un par de besos antes de separarnos.

—Antes de que nos pongamos a hablar, vamos a ponernos los pijamas —les pedí dándole a cada uno el suyo.

—Lola, te has lucido. Es súper bonito y elegante —comentó Inés al coger su conjunto.

—Eso para que veáis quién tiene más clase de los tres —dije riendo.

Con lo pija que era Inés, sabía que mi comentario la iba a encender como cerilla.

—No te olvides de que toda la clase que tienes es porque la has copiado de mí. Tú eres de las de «culo veo, culo quiero».

Riendo, porque no pudimos parar de lanzarnos tiritos, nos cambiamos. En cuanto nos vi a los tres vestidos iguales y con las diademas puestas para el *skincare*, no dudé en sacarnos unas fotos para subirlas a Instagram. Estábamos fantásticos y esto no lo podíamos dejar pasar sin que nos vieran todos los seguidores que teníamos en las redes. Inés posaba como portada de Vogue, Chus parecía embajador de Gucci, y yo… bueno, yo hacía lo que podía entre risas y filtros. Pero juntas, hacíamos magia.

Nos hicimos muchas fotos en posturas elegantes y formales, y otras haciendo el tonto. Había que darle vidilla a la red, y acompañé las imágenes con un pequeño texto que decía: *«Pasar una tarde en la mejor compañía y planeando algunas travesuras no tiene precio.»*

Ahí lo llevaban; que cada uno lo interpretara como quisiera.

El primer cóctel que hice fue suave. No era plan de comenzar con uno fuerte. De ser así, poco podríamos pensar sobre lo que hacerle al falso y mentiroso del ex de mi prima.

Nos quedamos en silencio unos segundos sin saberlo, como si el ambiente se acomodara para algo grande. A veces la vida avisa antes de soltar la bomba.

—Mañana le voy a pedir el divorcio —soltó de repente—. Por eso he llegado un poco más tarde. —Le dio un sorbo a su bebida—. Esto está buenísimo. —Se relamió los labios.

—Sí, sí, muy bueno y lo que tú quieras, reina mía, pero no te desvíes y sigue hablando, que nos tienes comiéndonos las uñas. Y eso sí que es un delito para unas manos como las nuestras; no podemos tener la manicura en mal estado.

Chus era de lo más cotilla, y eso de que le contaran algo a medias lo ponía de los nervios.

—Pues como iba diciendo —continuó Inés con los ojos en blanco—, me he pasado todo el día de compras, con el dinero que tenemos en la cuenta en común —la sonrisilla maliciosa le brilló—. Me he comprado un coche de alta gama. —Encima se la veía emocionada—. Esa ha sido mi primera adquisición.

»Después me he comprado dos bolsos que son lo más en tendencia —soltó un gritito—. No sé qué ha costado más, si los bolsos o el coche —contó muerta de la risa—. También os he comprado algunas cositas a vosotros.

—Reina, haber empezado por ahí. ¿Dónde están esas cositas? —Chus se emocionó.

—No he podido traerlas. —Hizo un puchero—. Las he dejado encargadas en la tienda porque no había. Tengo que esperar a que lleguen; me avisarán. Pero las he dejado pagadas, no fuese a ser que tardaran más y después me tocara pagarlas con mi dinero personal.

—Di que sí, prima. —Le aplaudí—. Que ese se entere de que contigo no se juega. —Alcé la copa para brindar—. Por la nueva vida que vas a tener, sin

que el imbécil infiel esté en ella.

—Y porque encuentres un hombre que te ponga los ojos del revés —añadió Chus, sacándonos una carcajada.

Brindamos y bebimos antes de abrir las mascarillas para la cara. Eran hidratantes; íbamos a salir rejuvenecidas de la sesión y con el ego por las nubes. Con nosotras no podía ni un ejército entero. Si nos caíamos, nos levantábamos más fuertes.

—¿Qué tienes pensado hacer? —le pregunté.

—Voy a ponerle las pruebas delante y mandarlo a freír espárragos. —Se encogió de hombros.

—No, de eso nada. —Se alteró Chus—. O sea, claro que tienes que mandarlo a la mierda, pero tenemos que hacer algo antes de que dejes esa casa. —Nos miró de una a otra—. Porque doy por hecho que te vas a tu piso y él se queda en la casa, como dijiste el otro día.

—Sí —confirmó Inés—. Me largo con una maleta con lo más necesario para empezar. No puedo vivir con él ni un día más ni fingir que no ha pasado nada. Me da asco que me dé un beso —resopló—. Ya iré otro día por el resto de mis cosas, cuando Mauro esté trabajando.

—Vale —asintió Chus, pensando—. Pues ese día será cuando entremos en acción. —Me señaló a mí y luego a él—. Vamos contigo y le dejamos unos regalitos por la casa. —Rio y nosotras con él. Tenía una mente retorcida cuando tocaba—. Ya sabéis: unas cosillas por aquí y otras por allá —dijo como si nada.

—Cualquiera te hace una putada a ti —negué divertida.

Me levanté del sofá para preparar otra ronda de bebidas, esperando que me salieran igual de deliciosas.

—Reina, en esta vida te pisan o pisas, y a mí no me pisa ni el mismísimo diablo. En eso vais incluidas vosotras. —Me hizo un guiño.

—Di que sí, tú saca las uñas, sobre todo para presumir ese color monísimo con el que te las has pintado —dijo Inés y nos reímos.

Estos ratos eran la cura para cualquier cosa mala que nos pasara. Ya podía temblar el mundo entero: mientras estuviéramos juntos, todo estaría bien.

Continuamos la fiesta con las ocurrencias de cada uno y con risas que nos sentaron genial. Éramos tres. Tres historias distintas, tres heridas, tres ganas enormes de volver a reír. Y esa tarde lo hicimos, vaya si lo hicimos. A veces no hacía falta que la vida estuviera perfecta: bastaba con tener a quien te recordara que aún quedaba luz.

Capítulo 14



Estaba vistiéndome para ir al trabajo, pensando en el bien que le hacía a mi vida Fran. Su carisma era de otra galaxia y tenía este potencial para atraer hacia sí todo lo que deseara.

Ayer les hablé de él a Chus y a mi prima; les conté las últimas novedades, incluido mi increíble encuentro con sus perras. Se quedaron asombrados por lo bien que lo llevé, ya que sabían el miedo que tenía. Chus casi escupe el sorbo del cóctel que estaba bebiendo cuando llegué a la parte de la sesión de sexo que tuve con Fran. Su reacción nos dobló de la risa a Inés y a mí.

Cuando terminé de arreglarme, fui al salón con el abrigo y el bolso. Los dejé sobre la mesa alta para ir a la cocina a prepararme un café. Me había tomado uno al poco de levantarme, pero siempre que iba con tiempo me gustaba tomarme el último de la mañana en mi piso. Me lo bebí igual de rápido y, después de abrigarme y colgarme el bolso, me fui para la empresa.

Llegué a la oficina más feliz que una perdiz. Sentía que mi vida, por fin, estaba cobrando sentido y comenzaba a disfrutar de algo que no me había esperado para nada.

Mabel me recibió con un café que me sorprendió por completo, antes de darnos los buenos días.

—Gracias, cariño —le dije, y me sonrió.

—Mi hermana me ha regalado este termo, que es de lo más bonito. —Me lo enseñó emocionada—. Y además venía con cien vasos desechables.

—Oye, me voy a tener que plantear comprarme uno.

—O mejor, plantéale al jefe que te ponga una cafetera en el despacho.

—Tienes una mente brillante. —Jadeé, y nos reímos—. Me acabas de dar una gran idea. Gracias. —Levanté el vaso.

—Un placer. —Me hizo un guiño.

Nos despedimos hasta otro momento y nos fuimos a nuestros puestos. Al entrar en el departamento solo estaban los chicos, la mesa de trabajo de Aitana se encontraba vacía. Aún faltaban cinco minutos para la hora de entrada, así que no pensé en que hoy podía ser otro día elegido por ella para tocarme las narices.

—Buenos días —dijeron al unísono Carlos y David.

—Buenos días, chicos —les sonreí, dirigiéndome a mi asiento.

—Tienes en la mesa el expediente de la mansión de Mallorca, para que, si puedes, lo adelantes. David y yo hemos visto que puede ser una gran inversión, ya que la rentabilidad se puede multiplicar por diez en un paso de compraventa. Están a punto de ser embargados y lo único que desean es liquidez inmediata para zanjar las deudas y comenzar de cero. No hay tiempo.

—La estudiaré ahora.

—Hemos dejado lo mejor posible las estadísticas y los números para que no te tome mucho tiempo.

—¿Lo habéis hecho juntos?

—Sí. Ayer por la tarde trabajamos por videollamada desde nuestras casas. Le vimos mucho potencial y no quisimos perder tiempo.

—Me alegra veros con esa actitud. Buen trabajo —asentí.

—Gracias —volvieron a hablar al unísono, y sonreí.

Justo en ese momento, entró Aitana dando los buenos días a los chicos. Como era de esperar, solo se dirigió y les sonrió a ellos. Le devolvieron el saludo, pero muy secos. Ya se notaba que el ambiente estaba cambiando en la oficina.

Aitana había llegado con una sonrisilla de lo más sospechosa y, desde que la vi aparecer, me dio la sensación de que había convertido la energía del departamento en negativa de golpe, como si su aura, al entrar, lo hubiera absorbido todo.

—Me acosté muy tarde anoche —les dijo a los chicos—. Estuve enganchada al perfil de Instagram de la mujer del señor de Alba —les comentó, refiriéndose a Fran. A mí se me subió la sangre a la cabeza.

—No sabía que estaba casado —comentó Carlos, pero casi sin darle importancia y denotando que pasaba de ella.

—Sí, tiene mujer, lo que pasa que ella, que es propietaria de la mitad de esta empresa, está viviendo en Londres con los tres hijos trillizos que tienen en común. Allí hay una sucursal británica. Él viaja constantemente para estar con su familia. Los hijos son monísimos, tienen seis años.

Sentí cómo algo dentro de mí se desmoronaba, como si me hubieran arrancado el suelo bajo los pies. Me ardía la cara, el pecho, las manos… pero no sabía si era rabia, decepción o vergüenza por haber confiado tanto y tan rápido.

En su tono se notaba que lo estaba diciendo para hacerme daño, atacándome al lanzar el mensaje directo hacia mí. Aunque ella no sabía que me había liado con Fran, al vernos juntos —cuando antes el jefe no venía a nuestro departamento— eso le había hecho pensar que entre nosotros había habido un acercamiento íntimo.

Aitana no me estaba advirtiendo sobre el jefe y su vida privada; no. Aitana estaba metiendo el dedo en la llaga para hacerme sangrar. Yo tenía muy clara cuál era su intención, por mucho que hiciera ver casual la conversación que había iniciado con maldad.

El caso es que yo disimulaba muy bien también. Durante todo el tiempo que ella habló, estuve mirando el ordenador, como si lo que decía no me interesase y no fuera conmigo. La realidad era otra muy diferente: me estaba muriendo de pena, rabia e impotencia. Si todo lo que estaba escuchando era verdad, para mí Fran lo había perdido todo como hombre.

Para no levantar sospechas, me quedé trabajando hasta la hora del desayuno, momento en el que me dirigí a su despacho para que me esclareciera esas palabras.

—Hombre, qué grata sorpresa —dijo, levantándose y abriendo los brazos cuando me colé en su despacho.

—Quieto ahí. —Estiré mi mano y lo señalé con el dedo—. Quiero saber la verdad y no se te ocurra andarte con rodeos.

—Dime, dime. —Se cruzó de brazos.

—¿Tienes mujer y tres hijos trillizos? —le pregunté de golpe, sin andarme con chiquitas.

No pestañeó. Yo sí. Una, dos veces… intentando encontrar algo en su mirada que desmintiera aquello, pero no había nada. Ni culpa. Ni prisa por explicarse. Eso fue lo que más dolió.

—Y tres mujercitas —se refirió a las perras.

—¿Me estás diciendo que confirmas mis palabras? —Jadeé.

—¿Qué tiene de malo tener cosas en la vida?

—¿Cómo puedes llamar cosas a tu mujer e hijos? —pregunté de lo más indignada—. ¿Y cómo los has podido engañar de esta manera?

—Eso ya es mi problema.

—¿Y a mí? —Tragué saliva.

—¿Me has preguntado en algún momento por mi estado civil o si tenía hijos?

—Joder, Fran. ¿Eres imbécil? Bueno, sí, claro que lo eres, y un tanto cabrón también.

—No te he engañado en nada y no deberías insultarme.

—Quita esa sonrisilla de tu cara. —Alcé la voz—. ¿Acaso conoces la dignidad?

—Te estás embalando…

—Ahora mismo cogería todo lo que hay en este despacho y te lo rompería en la cabeza.

—¡Uf, qué daño! —Se la rascó.

—Eres un miserable, y lo peor de todo es que no tienes corazón ni te importa nadie una mierda. Cuida a tus hijos, que serán lo único que te quedará en la vida cuando lo pierdas todo, porque estoy segura de que alguien como tú se quedará sin nada.

—Quiero estar contigo. —Frunció ligeramente el ceño.

—Para ti. —Le hice una peineta—. No te vuelvas a acercar a mí en la vida. Y te advierto algo —volví a señalarlo con el dedo—: más vale que me subas los mil euros en nómina, los del pacto de si estaba contigo, o te juro que te denuncio.

»Ya no voy a volver a dejar que nadie me pisotee, ni la desgraciada de Aitana ni tú, que sois los dos iguales. ¡Qué te den, don Francisco! —Me marché del despacho dando un portazo.

Bajé directamente al bar para desayunar mientras flipaba en colores. Por más que lo pensaba y le daba vueltas, no podía creérmelo. Era la segunda vez que me pasaba. ¿Por qué a mí? ¿Qué había hecho para toparme con todos los desgraciados embusteros? Necesitaba llorar, pero me negué. No iba a permitir que nadie más me viera hundida, aunque cuando estuviese sola o con mis personas cercanas me viniese abajo.

Entré con la cabeza alta y el alma hecha trizas. Qué contradicción más absurda: sonreír cuando por dentro hay tormenta eléctrica.

Me encontré a Mario y me senté con él. Uno de los camareros, al verme, me dijo que enseguida tenía mi desayuno. Mientras esperaba, cambié la tristeza por el enfado, porque estar cabreada me daba subidón. De esa forma, enfurecida, le conté a Mario lo que había pasado.

Era con la única persona del entorno del trabajo con la que podía desahogarme, más que nada porque desde el inicio teníamos mucho trato y afinidad. Los otros directivos —la élite, como le gustaba decir a Mario— también eran un grandísimo apoyo. Podía contar con ellos, pero no serían mi primera opción. Igualmente, como no estaban aquí…

—Yo no me meto en nada; ver, oír y callar —me dijo negando.

—Normal que aquí haya más divorcios que todas las cosas, os los buscáis solitos. —Bufé.

El camarero me dejó el desayuno en la mesa y se lo agradecí. Mario estaba servido.

—Yo ya he llegado a un acuerdo con mi ex. Al final ella se queda la casa de la playa y el 25% de la liquidez. El resto es mío —me informó antes de darle un mordisco a su bocadillo.

—Me alegro por vosotros, te has quitado de encima un gran dolor de cabeza —suspiré, y asintió—. Mario… ¿en serio ese hombre no pensó en su mujer y en sus hijos antes de liarse conmigo? Al final es como Miguel —susurré, refiriéndome al prometido de Aitana que se lio conmigo sin contarme su situación sentimental.

—Lo lamento, Lola, pero no quiero que me metas en ese tema —negó.

—Madre mía, hoy me caéis mal todos los hombres. —Rebufé.

—¿Acaso él te pidió matrimonio o algo?

—Y dale. —Di un pequeño golpe en la mesa—. ¿Es que acaso eso justifica el mal que está haciendo?

—¿A quién? —Elevó las cejas.

—A su mujer, joder, y a mí. Porque me involucró en algo que yo no sabía. De hecho, si hubiese estado al tanto de esa situación, te garantizo que no me hubiese liado con él. Tenía derecho a saberlo desde el principio; ha sido un golpe muy bajo enterarme por la estúpida de Aitana, queriéndomelo restregar por la cara.

—No me voy a meter en temas que no me corresponden.

—Eso, pero bien que las sueltas para pinchar.

—Mejor no te respondo porque veo que las vas a pagar todas conmigo —negó.

—Paso, Mario. Sois todos iguales.

—Te repito que no me metas en vuestras cosas.

—No te estoy metiendo en absoluto, solo te digo que sois todos iguales. Y que tú, el que pensaba que era mi amigo, al igual que me hablas de muchas cosas, me podrías haber advertido de que estaba casado. —Bajé la voz.

Estábamos rodeados de personas que trabajaban en la empresa, pero se encontraban lo suficientemente lejos para poder hablar con tranquilidad. Además, sin decir el nombre, nadie sabría quién era el centro de la conversación.

—Esa es su vida y no la mía, Lola. No tengo por qué ir hablando de la vida de nadie, y menos de él. No me meto en nada. ¿Acaso no lo comprendes?

—Mira, paso, de verdad. Es imposible hablar contigo cuando no te interesa.

No quería entrar en una guerra con Mario porque al final iba a terminar en el punto de partida de hace unos meses. El caso es que estaba que me subía

por las paredes y sentía una rabia que era difícil de controlar.

No confiaba en nadie en ese momento. Ni siquiera en él. Cuando alguien te falla, el mundo entero parece sospechoso.

Desayuné rápido, casi engullí, pero quería estar sola. Me sentía muy traicionada por todos, así que terminé antes que Mario y me despedí de él, dejándolo en la cafetería. Regresé al departamento con la mejor de mis sonrisas, como si nada pasase. Obviamente, no le iba a dar el placer a Aitana de que ella se sintiera triunfadora por sus palabras.

Al terminar la mañana, felicité a los chicos por el gran trabajo que habían hecho con la operación del expediente que me habían dado nada más llegar al trabajo. Realmente me habían sorprendido muchísimo; lo habían presentado de una manera tan impecable que no dejaba el más mínimo beneficio de la duda. Tenían razón: la corazonada de ambos era buena, la operación podía ser una de las mejores del año.

Salí de la empresa rápido para no encontrarme con Francisco. Tampoco había hecho por buscarme y, seguramente, debía seguir con esa sonrisa tan característica y fría de él. Ahora la veía así, porque ni se inmutó lo más mínimo y reconoció su estado de la manera más natural. ¿Cómo se podía ser de esa manera? Qué frío y manipulador.

Si algo me dolía realmente, era saber que, de nuevo, había vuelto a ser la otra para alguien, sin que tuviese los santos cojones de poner la verdad por delante y por bandera. Me prometí que esta vez no me hundiría. Esta vez la caída me iba a enseñar a volar más alto.

Capítulo 15



Llegué al estacionamiento de la empresa donde tenía mi coche; al montarme en él di tal portazo que retumbó en todo el lugar. El coche no tenía ninguna culpa de lo que me había pasado, pero sentía tanta rabia en mi cuerpo que de alguna manera tenía que sacarla.

Sabía que no era una de las mejores maneras para hacerlo, pero era la que tenía más a mano, aunque lo que me hubiera gustado de verdad era hacer lo que le dije: coger todo lo que tenía encima de su mesa y tirárselo a la cabeza.

Lo único que podía pasar si hacía algo de ese estilo era que se quedara más gilipollas de lo que ya era.

No tenía ganas de nada, pero había llegado el día de apoyar a mi prima, acompañándola. Iba a pasar por la casa de Chus a recogerlo y después teníamos que ir los dos a por Inés. Nuestro objetivo era terminar en la que todavía era la casa de mi prima, la vivienda que hasta hacía muy poco compartió con otro gilipollas más que se cruzó en nuestras vidas. Por fin iba a llevarse todas las cosas que quedaban dentro de ella, así podría cortar de raíz con ese pasado. Más o menos. Quizás menos, pero era un gran paso para empezar.

Anda que ya nos valía a las dos, ella por ser la cornuda y yo por ser la que ponía los cuernos. Cada vez que lo pensaba me entraban ganas de llorar, ¿por qué tenía tan mala suerte con los hombres? Eso sí, que conste que es una forma de hablar porque yo no le he puesto los cuernos a nadie; los responsables de sus vidas y de sus relaciones eran los otros, no yo, que para

comenzar desconocía sus mentiras. Si lo hubiera sabido, si algo me hubiese alertado… no habría caído en el juego de ninguno de esos dos hombres.

Iba echando humo hasta por las orejas, vamos, que si hicieran una versión mía de dibujos animados, en estos momentos me dibujarían la cabeza como si fuese una olla a presión.

Qué bien me iba a venir ir hoy a la casa donde vivía el ex de mi prima, me iba a desquitar en ese lugar por todo lo que me había contenido con el imbécil de mi jefe.

Detuve el coche junto a la acera, a la altura de la parte delantera de la casa de mi amigo Chus, para tocar varias veces el claxon. Era nuestro método para avisarlo de que había llegado, después de haberle dicho previamente por mensaje que iba en camino. No tardó más de cinco segundos en salir por la puerta de su casa y, como siempre, hecho un pincel.

Vamos, que si alguna vez se terminaba el mundo, a Chus seguro que no lo pillaba vistiendo un chándal. Según él, como dice la canción: *antes muerta que sencilla*.

—Parece que estás impaciente por hacer una de las tuyas —le dije en cuanto se sentó en el asiento del copiloto.

Nos dimos un beso en la mejilla, antes de volver a circular.

—Por favor, eso ni se pone en duda. Tengo pensado hacer unas cositas, a ver si nuestra Inesita no me para los pies. —Me hizo un guiño.

—No creo, y si lo hace, no te preocupes porque yo estoy dispuesta a seguirte en todo y tal vez te gane en ocurrencias. —Apreté las manos en el volante, para intentar mantener un poco la rabia de mi interior.

—Uy, uy, uy, que parece que a mi reina le ha pasado algo.

Lo miré por el rabillo del ojo para no perder el contacto con la carretera.

—Algo es quedarse corto. —Bufé.

Me quedé callada para no soltarlo todo porque, si empezaba, después me tocaría repetirlo con mi prima. Y dos veces era demasiado para soportar: más rabia, impotencia y tristeza.

—Cuéntame y después decidimos a quién hay que asesinar y de qué forma —me habló serio y sonreí un poco.

Sabía que siempre podría contar con él y con mi prima, al igual que ellos tenían claro que yo estaba para ellos de la misma forma. Para todo lo que necesitasen, sin excepción.

—Mejor te lo cuento cuando estemos con Inés, así me ahorro tener que hablar de ello dos veces. Pero desde ya te digo que te vas a quedar con la boca abierta. —Hice una mueca.

¿Se me iría en algún momento la mala leche? Tenía ganas de llorar de nuevo.

—Pues si no me lo vas a decir hasta que esté tu prima con nosotros, ya puedes pisar el acelerador a fondo.

—Tampoco te pases. —Me reí sin ganas—. Por aquí no se puede correr y no quiero morir antes de tiempo.

—¿Qué es la vida si no nos la jugamos de vez en cuando? —Chus estaba más loco de lo que parecía.

—Básicamente sería eso: vida. Ya sabes, respirar, que la sangre corra por las venas y, lo más importante, tener la posibilidad de asesinar a alguien. Si no vives, no puedes hacer nada de eso. —Me encogí de hombros, con muchas ganas de estrangular a una persona.

—Madre mía, ya ha tenido que pasarte algo muy fuerte para que estés así. —Frunció el ceño.

—Quita esa cara que te van a quedar marcas de las arrugas y tendremos que hacer otra sesión de belleza —le pedí.

—Ay, reina. —Jadeó tocándose la frente para alisársela.

Terminamos riéndonos. Si Chus no conseguía alegrarme, a pesar de sentirme por los suelos, nadie más lo haría.

—Tranquilo, que después de esta tampoco me hundo. —Intenté sonar segura, para eliminar un poco su preocupación por mí.

No sabía qué era lo que más coraje me daba: que Fran me hubiese ocultado que estaba casado y que tenía trillizos o que me lo admitiera abiertamente con el descaro con el que me respondió. Le echó mucho morro y se mostró tan relajado frente a mí, cuando el asunto era espeluznante.

La verdad es que me hizo sentir tonta, como si la culpa fuese mía por no haberle hecho las preguntas desde el inicio. Eso mismo me dio a entender, que me habría dicho la verdad en el momento en el que le hubiese preguntado. A la mierda con él, cuando se supone que un hombre que se acerca a una mujer con intenciones claras tiene que estar completamente libre.

Llegamos frente a la fachada del edificio en el que vivía ahora mi prima, mientras Chus le enviaba un mensaje para que bajara. Apareció enseguida, como si llevara un tiempo esperando a que llegáramos. Seguro que era así porque estaba nerviosa.

—¡Llegáis un minuto tarde! —se quejó resoplando, entrando en los asientos traseros.

—No todos tenemos la suerte de trabajar para nuestros padres y escaparnos antes de tiempo de nuestras obligaciones —le contesté, quizás peor de lo que pretendía—. Nada más salir del trabajo he ido a recoger a Chus; ese retraso mísero de un minuto que dices se debe al tráfico. Y poco es.

Esperaba que no me lo tuviera en cuenta, me era muy difícil contenerme en según qué momentos. Necesitaba sincerarme con ellos para que comprendieran y me apoyaran.

—Te perdono, porque es verdad lo que has dicho —me sonrió mi prima.

—Reina, te recomiendo que hoy no tenses mucho la cuerda, porque aquí mi otra reina está que muerde —le advirtió Chus.

—¿Qué te ha pasado? Porque hasta donde yo sé ayer estabas muy contenta —me preguntó con interés—. Como te haya hecho algo la bruja con la que trabajas, mañana la espero a la salida de tu trabajo para arrastrarla de los pelos.

—No ha sido ella, aunque ha tenido algo que ver —negué—. Gracias a lo que ha dicho, me he enterado de la gran verdad.

—Quieres hablar de una vez, me tienes con los nervios de punta. —A Chus le faltaba poco para botar en el asiento.

—Pues resulta que esta mañana, nada más llegar, Aitana ha empezado a contarles bien en alto a Carlos y a David que anoche se entretuvo un rato en las redes sociales. ¿Sabéis qué vio? —Ambos negaron, callados—. El perfil de la mujer de nuestro jefe, del famoso Fran.

—Alto ahí. —Me detuvo Inés con un jadeo—. ¿Cuál mujer y qué jefe?

—Anda, que tú también pareces tonta —protestó Chus—. ¿Cuántos jefes tiene Lola?

—Yo qué sé, se supone que ha estado en su casa y allí no había ninguna mujer.

Las únicas «mujercitas» que había en su vivienda eran sus perras. Supuestamente, claro, aunque yo no viera rastro de pertenencias de mujer, eso no quería decir que no las tuviera bien guardadas, ya que su esposa vivía en Londres. Pero ¿y los niños? Vale, hubo estancias de la casa en las que no me fijé bien, sobre todo en la planta de arriba, y quizás alguna otra a la que no nos acercamos.

—Si me dejáis, sigo —les dije con impaciencia. Movieron las manos animándome a continuar—. Pues por lo visto lleva tiempo casado y no solo eso, sino que tiene unos trillizos de seis años.

—No jodas. —Jadeó Chus, pasándose las manos por la cara.

—No te estoy jodiendo, aquí la jodida soy yo. —Miré a mi prima por el espejo retrovisor—. Digo en mi caso, que tú también estás bien jodida. —

Hice un puchero.

—No te preocupes. Te entiendo perfectamente y sé lo que has querido decir. Qué fuerte me parece. —Frunció los labios, disgustada—. Los hombres están todos cortados por el mismo patrón; estoy planteándome seriamente hacerme lesbiana —soltó un gritito.

—Eso no te lo crees ni tú —le contestó Chus riendo, lo que provocó que me riera también—. Sigue, por favor.

—Por lo visto su mujer e hijos viven en Inglaterra, y es por eso por lo que él viaja tanto, porque la mayoría de los viajes son para ir a verlos —les conté sin dejarme nada atrás—. Ah, se me olvidaba, y encima su mujer es la dueña de la mitad de la empresa. Es la que lleva la sede de Londres.

—Qué fuerte me parece —dijo Inés con incredulidad.

—Fuerte te va a parecer lo que me ha contestado él. Cuando he entrado en su despacho para echárselo en cara y pedirle explicaciones, me lo ha reconocido como si fuese lo más normal del mundo.

»Vamos, que no lo ha negado, ni siquiera ha dudado, y encima, cuando le he recriminado que me lo tenía que haber dicho, me ha respondido con todo el descaro del mundo que yo no le había preguntado si estaba casado o tenía pareja —hablé de carrerilla para terminar cuanto antes.

—Estoy flipando, qué asco de tío.

—Os juro que no sé si estoy más cabreada porque me lo haya ocultado o por cómo ha reaccionado admitiéndomelo todo.

—Es que no es para menos, lo que no sé es cómo no le has puesto la cara del revés. —Mi prima me leyó el pensamiento.

—Pues se ha salvado porque estábamos en la empresa. Si me llega a pillar en la calle, ya os digo que le hubiera dado una buena hostia —resoplé.

Por lo menos desahogarme con ellos me estaba ayudando a calmar un poco el cabreo. Necesitaba soltar.

—No te preocupes, reina —me pidió Chus—. Creo en el karma y en que todo el mal que haces lo terminas pagando con el paso del tiempo. —Yo también creía en eso—. Y si no es de esa forma, para eso estamos nosotros, para hacer pagar a quien sea, de la manera en la que se nos ocurra. —De eso también estaba segura—. Mira como al ex de tu prima le ha llegado hoy el karma. —Terminamos riendo los tres.

Durante el resto del recorrido comentamos que lo primero que haríamos al llegar a la casa sería recoger todas las pertenencias de mi prima para dejarlas cargadas en el maletero del coche. Después sería el turno de los regalitos que dejaríamos para Mauro. Iba a ponerse muy contento.

Con eso claro, estacioné muy cerca de la puerta principal y entramos rápido.

—¿Quieres llevártelo todo o puedes prescindir de algunas tonterías? —le pregunté en el salón.

Me dio un poco de repelús porque recordé la última vez, no hacía mucho, que estuve ahí mismo, cómoda en el sofá con Mauro e Inés, pasando uno de nuestros fines de semana en pijama.

—Lo único que me interesa son mis cosas personales. Ya sabéis: ropa, zapatos, bolsos, cosmética… vamos, lo que se dice que es solo mío.

—Bien, yo me pongo con los zapatos y los bolsos. Chus, con el maquillaje, cremas y perfumes, y tú con la ropa. —Los organicé para hacerlo todo en el menor tiempo posible—. Quien acabe antes ayuda al que le quede más.

—Vamos a hacerlo rápido, que nos tiene que dar tiempo a hacer todo lo que tengo pensado —sonrió malicioso Chus—. En mi bolso traigo unas cosillas que cuando las pruebe, va a flipar.

A saber lo que se le había pasado por cabeza al loco este. Nos dividimos, pero nos quedamos muy cerca todos.

—Por cierto, Inés, no me has contado cómo se lo ha tomado, y sobre todo qué es lo que te ha dicho cuando ha visto la cuenta.

Nosotras estábamos en el vestidor y podíamos ir hablando mientras guardábamos las cosas.

—Cuando le dije que sabía que me estaba poniendo los cuernos con Inma, me lo negó muchas veces; vamos, que no tenía los cojones para admitirlo. Tu jefe peca de ser descarado a la hora de afrontar la verdad y mi marido es un cobarde. No sé qué es peor. —Bufó.

—Pero después lo admitió, ¿verdad?

—No le quedó más narices que hacerlo, Lola. Como le hice capturas de pantalla a la conversación desde su móvil y me las envié al mío, cuando se las enseñé, su tapadera se vino abajo. —Todavía me costaba mucho aceptar lo que le había hecho Mauro a mi prima. Siempre se vieron una pareja tan unida, por lo menos eso era lo que parecía de puertas para afuera.

»Y en cuanto a las compras, no ha tenido más remedio que aceptarlo. No me podía recriminar nada cuando él se ha comprado antes que yo el coche de esa cuenta. Y que me dijera algo fuera de lugar… que entonces se iba a enterar.

Chus fue el primero en terminar y se puso a ayudar a mi prima. Yo hice lo mismo cuando metí en el maletero la última bolsa llena de bolsos. Entre los tres terminamos más rápido con la ropa y, cuando dejamos todo bien guardado en el coche y estuvimos de vuelta en el salón, los tres nos miramos con una sonrisa cómplice.

Chus empezó a contarnos sus planes.

—Tú vas a coger una tijera y vas a hacerle unos agujeros en sus bóxeres: uno en la parte delantera y otro en la trasera —le ordenó a mi prima. Ella y yo más no podíamos reírnos—. Eso para que veáis que miro por él. Le estoy facilitando el trabajo, así no tiene ni que bajárselos cuando vaya a hacer sus necesidades. —Me dolía la barriga de tanto reír.

»Y tú —me señaló a mí— vas a hacerle unos agujeros en la punta de los calcetines. Ya sabéis, para que le entre aire en los pies y le dejen de oler. —Chus estaba sembrado—. Vamos, reinas, destrozad todo lo que encontréis. —Levantó los puños y más nos reímos.

—¿Y tú qué vas a hacer? —le preguntó mi prima, hablando con dificultad.

—Yo voy a ponerle un poco de laxante en la botella de vino que he visto que tiene abierta. —Nos hizo un guiño.

—Ese es el vino que más le gusta —le confirmó Inés.

—Pues con más razón sé que se lo beberá, y más cuando eche mano al alcohol por el desastre que se encontrará cuando llegue. Esta noche no podrá levantarse del váter. Pero eso no es todo, porque traigo un poco de extracto incoloro de guindillas y se las voy a poner en la crema de cara que he visto que tiene en el baño.

—Me va a dar algo —dije sin poder parar de reír, doblada de la risa—. ¡Ay, cómo se le va a poner la cara!

—Que no cunda el pánico, en un día estará como nuevo; que las guindillas son de calidad.

Durante un buen rato no pudimos parar de reír mientras hacíamos las trastadas. En un abrir y cerrar de ojos habíamos terminado y muy satisfechos. Nos fuimos sin perder tiempo, no fuese que Mauro llegara antes de lo previsto y nos pillara con las manos en la masa.

Salimos de la casa con una gran sonrisa. El cometido estaba hecho e Inés por fin dejaba atrás la historia entre ellos. Ahora faltaba lo más complicado: el tema emocional.

Capítulo 16



La rabia que sentía no era ni medio normal. Estaba tomando el primer café con un asco que podía conmigo y que, a la vez, no quería que me afectase más de la cuenta.

Estaba claro que mi vida debía continuar, por lo que pasar de mi jefe era otro objetivo que iba a tener que superar cada día. Pero, como la élite de los directivos decía, el trabajo era una cosa y el resto otra bien distinta.

Llegué a las oficinas y Mabel me esperaba con otro de sus cafelitos.

—Hoy tienes muy mala cara. ¿Estás bien, Lola?

—Sí, algo cansada, ya que no dormí bien.

—Este café es milagroso porque está preparado con mucho amor.

—No me cabe la menor duda —sonreí y nos despedimos.

Me dirigí a mi departamento y al entrar vi que estaban los tres trabajando. Los chicos me dieron los buenos días y ella me ignoró por completo.

—A ver si empiezas a tener educación y por lo menos das los buenos días. Ya está bien de ser tan tóxica para el equipo —solté en un tono de total reproche, ocupando mi silla.

—¿Tú me vas a hablar de educación cuando has tenido un tonteo evidente con el jefe, el cual está casado? Cuando aprendas a respetar las pertenencias

ajenas, te respetaremos a ti.

—Habla por ti —le pidió Carlos, en tono enfadado.

—Mira, lo primero: hablas de pertenencias como si el novio te perteneciera, y ni siquiera es así. Me parece lamentable que te jactes de acusarme de algo que él fue el primero en buscar y provocar. No sería tan tuyo cuando se lo pasaba divinamente conmigo.

»Y lo del jefe es una visión tuya que me importa tres pitos; pero que te quede claro que yo puedo acostarme, liarme y tontear con quien me dé la gana, porque yo sí soy libre.

»Y te repito: estás con un hombre que no te respeta, así que no hables de respeto cuando no tienes ni puta idea de lo que significa esa palabra. Cuidado, Aitana, porque mi paciencia está llegando a su límite.

—Has ascendido de una manera un tanto sospechosa y todos lo sabemos. Se te han visto las intenciones —continuó, yendo a hacer daño.

—¿Quiénes sois todos? Sé valiente y di nombres. No vale con tirar la piedra y esconder la mano, que es lo que te gusta.

—Todos es todos. Aquí nadie es tonto, por mucho que tú quieras hacer creer lo contrario.

—¿Qué quiero hacer creer yo? ¿De qué vas? Aquí la única que está revuelta eres tú. Cuidado con lo que dices, es la última advertencia que te doy, Aitana. Ya no voy a dejarte pasar ni una, por pequeña que sea.

—Cuando te des cuenta de que me importa un pito tu opinión, ganarás en salud —me soltó, acompañado de una risa de lo más maliciosa.

—Eres igual que tu prometido, dos seres que vivís amargados por no dar a más. —Me levanté dirigiéndome al pasillo para ir a la oficina de Fran, ese que iba a tener que poner orden si no quería que la cosa llegase a más.

Llamé a la puerta, que estaba cerrada, golpeándola dos veces con fuerza. Cuando me dijo que adelante, abrí y me lo encontré hablando por teléfono. Esperé sin sentarme, mientras él me señalaba la silla con la mano.

—Te he pedido que te sientes —me dijo cuando colgó.

—No me apetece. A ver, voy al grano. Cuando he llegado, Aitana me ha dicho… —le conté todo lo que había pasado—. Y, como comprenderás, estoy hasta los ovarios ya de todo.

—No me has estado cogiendo el teléfono. —Ignoró lo que le había dicho.

—Ni te lo cogeré fuera de lo laboral. Te estoy hablando de trabajo, si estoy aquí es para hablarte de un problema interno, así que te pido por favor, que no desvíes la conversación.

—¿Y qué te gustaría que hiciese? —Se echó hacia atrás en la silla.

—Quiero a Aitana fuera de mi departamento. Hacer un cambio. Que ella se vaya a la recepción y que Mabel forme parte de mi equipo. Ya me encargo yo de que sea la mejor analista de operaciones.

—Pero Mabel no está familiarizada con los expedientes.

—Te he dicho que ya me encargo yo, es problema mío. Tampoco hay que estudiar una carrera para saber identificar, proyectar y calcular el monto de las inversiones.

—He delegado en ti el departamento, eres la directora y puedes hacer lo que quieras.

—Tú lo has dicho. Pues ahora mismo soluciono el problema.

—No va a aceptar.

—Pues se irá a la calle. ¿Puedes pagar su despido?

—Y el de los otros dos. Ya te he dicho que el departamento está en tus manos; si yo tuviera alguna limitación con respecto a la empresa, te frenaría.

—Gracias, voy a ello.

—¿Podemos quedar para comer? —Se levantó despacio.

—Ni muerta, jefe, ni muerta. Piensa en tus tres hijos antes de hablar.

—Pienso hasta en mis mujercitas —se refirió a sus perritas, como siempre.

—Que te follen, y por supuesto que no sea yo —solté mientras me dirigía hacia la puerta y le hacía una peineta que sobresalió por encima de mi hombro para que la viese.

Lo peor de todo es que lo deseaba con todo mi corazón. Verlo y tenerlo tan cerca era un dolor, me rompía. Ya era muy tarde para atar mis sentimientos, los tenía muy fuertes hacia Fran.

El caso es que de ningún modo iba a permitir ser la otra de nadie, y mucho menos interferiría por voluntad propia en la vida de un matrimonio, o de dos personas unidas sentimentalmente.

Lo que me chirriaba mucho era la casa del campo, en la que no había detalles de que viviera en ningún momento una familia, ni siquiera vi habitaciones de niños. Aunque no podía asegurarlo, porque como no estuve en algunas estancias de la planta superior… ¿Podía tener la casa paralelamente a su vida familiar?

Y, además, aunque no se lo pregunté directamente, creía haber entendido en los días anteriores que Fran tenía un piso de lujo en la ciudad, con lo cual me daba a interpretar que esa sí era la casa oficial de la familia. Fuera como fuere, mejor no lo pensaba porque no había por dónde cogerlo.

Entré en el departamento y fui directa a mi mesa, frente a la que me senté. Desde mi posición todos me escuchaban perfectamente, como siempre, por eso preferí hablar sin rodeos con Aitana poniendo distancia, para tener barreras entre nosotras.

—Aitana, vengo de reunirme con el señor de Alba…

—¿Ya no es Fran? —preguntó con ironía, cortándome.

—Es como me salga de las narices, pero desde luego tú no formas parte de ese círculo en el que te puedas atribuir esas confianzas. Y lo que te iba diciendo…

—Sigue, mujer, que se te ha subido mucho tu cargo.

—No sabes hasta qué punto. El caso es que tienes dos opciones: cobrar el finiquito o irte a ocupar el puesto de Mabel en la recepción. La incorporación de ella en tu puesto es inmediata, por petición mía.

—¿Y tú se supone que eres lo mejor que tiene la empresa para poner de directiva de departamento? ¿Tú, que quieres cambiar a una profesional por una inculta de la profesión? —Soltó una carcajada.

—No llames inculta a nadie, porque Mabel podrá demostrar en poco tiempo que está mucho más capacitada que tú. Me encargaré personalmente de ello. Ya te he dado las dos opciones que tienes y no te las pienso repetir.

»O eliges, o te vas despedida hoy mismo. Y ojo, procura que si eliges mantenerte en la empresa aceptando lo de la recepción, sea para tratarme con el respeto debido o también te jugarás ir a la calle. En este caso será peor, te lo aseguro.

—Me voy a la recepción —aceptó con asco—. Tranquila, que te haré hasta reverencias; solo necesito tiempo para que todo se ponga en su sitio. —Soltó una carcajada inmensa.

—No, lo he pensado mejor. Estás fuera de la empresa desde este momento. Tú no conoces lo que es el respeto. —Levanté el teléfono y le dije al equipo de laboral que preparase el finiquito y el despido de Aitana.

—Eres una cerda —soltó con rabia.

—En cinco minutos tienes el despido sobre la mesa. Recoge.

—Pienso hablar con la mujer de Fran. Y lo llamo así porque me sale del coño.

—Me encanta que salga tu verdadera personalidad —le dije sin titubear.

En este justo momento apareció Fran. Por su expresión me dio la sensación de que lo habían informado, había sido muy rápido, como también parecía que había escuchado las últimas palabras de Aitana.

—La he despedido y dice que pondrá al tanto de todo a tu mujer —le dije, intentando ocultar los nervios.

—¿Quieres que te pase su número de teléfono? —le preguntó Fran a Aitana.

—Se va a enterar de la verdad, porque os seguí el otro día y sé que terminasteis en un campo perdido del que ella no salió hasta por la noche.

—¿En serio? ¿Tan aburrida estás, Aitana? Ya tiene que ser muy triste tu vida, en general, para pasarte horas vigilando algo que no te incumbe. Das mucha pena. —Ella agrandó los ojos por las palabras de Fran y apretó los puños sobre la mesa—. ¿Quieres que sea yo el que se lo diga delante de ti?

—Estás temblando, lo que pasa es que no lo quieres reconocer —le dijo con rabia ella.

—¿Te piensas que alguien como tú va a conseguir ponerme nervioso? —Puso una sonrisa ladeada—. Puedes hacer esa llamada cuando quieras, me encantará estar presente para escucharte decirle que me acosté con Lola en la casa del campo.

»Pero más me gustará escuchar la respuesta de ella cuando yo le confirme cada una de tus palabras. ¿Quieres hablarle ya o no tienes las suficientes narices? —la retó sin aparentar en absoluto que esto lo pusiera nervioso.

—Acaba de llegar el despido —dije mirando el ordenador y dándole a imprimir.

—Es improcedente —dijo ella, alzando la voz.

—O lo firmas, o me voy a encargar personalmente de contarle a Miguel, con pruebas, lo que hiciste en la pasada cena de Navidad de la empresa —le soltó tan tranquilo Fran, sentándose de lado sobre su mesa.

Me pidió los papeles con la mano extendida y caminé hacia él con los documentos.

—Eso es privado —soltó con rabia, roja como un tomate.

—No te equivoques, fuiste tan torpe que lo hiciste en un lugar público, en el que la gente bailaba tranquilamente. Es muy fácil subir vídeos en las redes sin que importen los dos que se estaban liando al fondo. ¿Me das permiso, David? —le preguntó a mi otro compañero, dejándome boquiabierta.

Estaba claro que se habían enrollado en la cena a la que yo no fui, y que por lo visto alguien los grabó. ¿Este sería Carlos?

—Sí, claro —le contestó David.

—Desde luego que Miguel y tú sois iguales —respondí asqueada, sorprendida y con mucha rabia.

—Todo esto lo habéis preparado para hundirme —gritó ella, impotente con la situación.

—Aquí tienes. Firma y puedes salir por la puerta.

—Tu mujer se va a enterar de todo —soltó repitiéndose, mientras firmaba. Cuando terminó, lanzó el boli con rabia a la mesa—. Y cuidado, que pienso irme a cualquier empresa de inversiones y enseñar cómo trabajáis.

—Te puedes ir a trabajar si quieres a la NASA, aunque dudo mucho que consigas algo en la vida con tu actitud. Baja los humos, querida Aitana, que todavía te puedo vender con muchas más pruebas. —Estiró su mano indicándole que saliera.

»Me he callado demasiadas cosas, ni te imaginas hasta dónde sé y llego. No hagas que cambie de opinión, porque no dudaré en denunciarte por lo penal para que pagues —sentenció, dejándonos a todos impactados.

Aitana se levantó de la silla y cogió su abrigo para ponérselo con toda la pasividad del mundo antes de colgarse el bolso. Agarró su agenda, nos miró con una amplia sonrisa y…

—Veo que en esta empresa todos sois iguales —dijo mirando a Carlos y a David—. Sois capaces de vender hasta a vuestros padres. Suerte, porque la vais a necesitar.

Soltó una risilla y se marchó desapareciendo de nuestras vistas. El caso era que algo me decía que aquí había más gatos encerrados de los que yo podía llegar a imaginar.

—Acompáñame a mi despacho —me pidió Fran, serio.

Lo seguí en silencio, muy insegura al no estar al tanto de lo que estaba pasando en realidad. ¿Qué escondía Fran? Bueno, aparte de lo que ya había descubierto.

—Siéntate —me pidió al cerrar la puerta cuando pasé.

Me señaló una silla y, aunque no quería sentarme, lo hice porque me temblaba un poco todo el cuerpo.

—¿Qué está pasando? —le pregunté con desconcierto.

—Aitana lleva en el punto de mira de la empresa desde pocos meses después de que empezara a trabajar aquí. Sabemos que estaba haciendo competencia desleal y la hemos estado investigando. Sobre todo, vigilando.

»David y Carlos están al corriente de todo y de nuestra parte, pero han tenido que fingir durante este tiempo, incluso con la actitud que tuvieron hacia ti.

—¿Qué, qué? —alcé la voz, incrédula.

—Todo comenzó cuando nos robaron dos operaciones importantes; la forma en la que sucedió nos alertó para saber que había alguien de dentro que nos la estaba jugando. Descubrimos que era ella: los movimientos estaban claros porque no supo ocultarlos para quien sabe reconocerlos.

»He estado recabando pruebas; hasta hace muy poco no las tenía todas para poder actuar si era necesario. Lamento que tú hayas sido una de las más perjudicadas por tus enfrentamientos con ella, pero tenía las manos atadas. Por eso también Carlos y David le rieron las gracias y la siguieron en todo, para que Aitana cogiera más confianza y se confiara.

»Y de ahí que David colaborara en lo de enrollarse con ella en la cena de Navidad y que Carlos los grabara, para tener otra baza a nuestro favor si algo se descontrolaba. Como he dicho, la he invitado a irse sin consecuencias.

—¿Yo dónde mierda trabajo? —Jadeé—. He sido la única en no estar al tanto de lo que pasaba —negué.

—Iba a decírtelo, pero sucedió lo del enfrentamiento entre vosotras y… quizás tomé mal la decisión de no ponerte al día, pero me daba miedo no conseguir las pruebas que me faltaban después del tiempo que llevaba detrás de Aitana.

—Y con todo eso, ¿cómo aceptaste que le diera la oportunidad de mandarla a la recepción en vez de a la calle?

—Porque te merecías verla caer, después de lo que te hizo durante tanto tiempo. De todas maneras, no iba a terminar en ningún otro puesto en mi empresa; puede que la dejara unos días para que se convenciera, pero poco más. Iba a estar fuera sí o sí. Había previsto descubrirla en unos días, pero te has adelantado a mis planes.

—Sois todos unos mentirosos, desconocidos y no sé ya ni a quién creer, ni en quién confiar —negué.

—No te precipites, no hay nada más de lo que ya sabes.

—Una traidora que me ha hecho la vida imposible durante meses, tanto que me afectó a la salud. Dos confidentes que podrían haberme dado alguna pequeña muestra de apoyo para que yo no estuviera tan mal, aunque disimularan después. Y un jefe que va de soltero, pero que está casado y tiene tres hijos, e igualmente se acercó a mí para lo que le interesaba.

»Encima de tener una casa de campo que es un picadero extramatrimonial. Ahora resulta que no hay nada más allá. ¿Qué quieres, un tsunami o un huracán? ¿No te parece ya demasiado fuerte todo?

»En serio, no quiero el cargo de directiva, renuncio a él. Quiero venir a trabajar como antes, paso de saber más de la empresa de lo que es mi obligación como trabajadora en mi horario. Rescindo de mi responsabilidad con el departamento. Vamos, que dimito, por si no he sido clara.

—Actúa como creas conveniente, pero tu sueldo en nómina seguirá contemplado con el cargo de directora. Seas lo que seas, tengo claro que eres

la joya de la empresa y que continuarás haciéndolo igual de bien que hasta ahora.

—Pensaba que eras mejor persona —dije levantándome.

—Y lo soy, la mejor del mundo —sonrió.

—Qué poca vergüenza tienes —negué con rabia.

Me fui de su despacho con ganas de llorar porque dejaba mucho atrás.

¿Quién era quién? Sentía que no conocía a nadie, como si cada pieza hubiese cambiado de lugar sin que yo me diera cuenta. Y lo peor era Fran, con esa manera tan natural —demasiado natural— de hablar de su vida, como si nada de lo que hacía tuviera peso o consecuencias. Me hervía la sangre cada vez que lo recordaba, esa tranquilidad suya al admitirlo todo, como si fuera una anécdota sin importancia. Ver para creer. ¡Estaba casado y con hijos!

Capítulo 17



Por muchas vueltas que le daba a la cabeza, era incapaz de encontrar la lógica a todo lo que estaba viviendo. Cuanto más lo pensaba, más nerviosa me ponía y más rabia me entraba.

De verdad, es que no había por dónde coger que Fran hablara del tema de su mujer e hijos como si fuese lo más normal del mundo. Por Dios, que la estaba engañando y a saber con cuántas, porque estaba segura de que yo no había sido la única.

A ver si durante la comida con mis padres se me iba yendo un poco la mala leche, aunque me parecía imposible que eso pasase. Puede que el rato que estuviese con ellos disminuyera un poco, pero sabía que en cuanto me quedara sola y volviera a pensar en ese hombre, me pondría de nuevo hecha una fiera.

Y lo peor de todo era que, por mucho que me lo negara a mí misma, Fran me había calado mucho más profundo de lo que pensaba. La forma en la que mi corazón se aceleraba con solo pensar en él era suficiente para saber que la había cagado otra vez en el amor. Y en esta ocasión había superado todo lo anterior.

Como iba con tiempo porque mi madre llegaba un poco más tarde que yo, me detuve en la puerta del restaurante en el que teníamos la reserva y me encendí un cigarro.

Fumaba en contadas ocasiones, normalmente uno cuando salía de copas. Hoy tenía que hacerlo, porque el cigarro también me iba a ayudar a

tranquilizarme un poco. Las opciones eran pocas, me fumaba el cigarro o me bebía una botella de vino yo sola.

Y la verdad, prefería la primera. Por lo menos me garantizaba que al día siguiente no me iba a levantar de la cama con una resaca monumental.

—Te he dicho un millón de veces que el tabaco es malo —sonreí al escuchar a mi padre.

Me daba igual que me estuviese riñendo por fumar, o que me riñese en general, era escuchar su voz y una sensación de paz me invadía por todo el cuerpo.

—Hoy te prometo que lo necesitaba —le dije cuando se acercó para darme un abrazo y un beso—. Creía que estabas dentro. —Le rodeé la cintura con los brazos.

No sabía lo que necesitaba el abrazo de mi padre, su cariño y presencia, hasta que llegó.

—Se me ha hecho un poco tarde. —Al separarnos me miró con esos ojos que parecían que me estaban haciendo un escáner completo—. Veo que esta comida va a ser muy reveladora.

Cualquiera le ocultaba nada a este hombre, vamos, que si alguna vez quería dejar de ser bombero, bien podía dedicarse a ser policía.

—¿Has hablado con el tío Paco? —le pregunté por él para no empezar a hablar sobre mi vida sentimental y profesional. Al menos por ahora.

Estaba segura de que mi prima les había contado a sus padres todo lo que hicimos en la casa que se quedó el imbécil.

—No, solo me ha dicho: «Pregúntale a tu hija». Algo me dice que tienes mucho que decir. —Me miró con curiosidad.

Tiré el cigarro y me agarré de su brazo para entrar en el restaurante. Hacía demasiado frío en la calle, así que mejor esperar a mi madre dentro.

—Es por Mauro y sus cosas, por lo que hicimos cuando fuimos a la casa a recoger todas las pertenencias de Inés. —Me encogí de hombros—. Pero tranquilo, que no le hemos hecho nada al gilipollas ese; a sus cosas, la verdad es que muy poco para lo que se merecía. —El camarero se acercó para tomarnos nota—. Estamos esperando a mi madre, pero puede ir poniéndonos una copa de vino blanco —pedí por mi padre y por mí.

Él no solía beber, era un hombre al que le gustaba mucho cuidarse y el deporte, pero de vez en cuando sí que se tomaba una copa con la comida.

—No digo que no se lo haya buscado, solo espero que no os metáis en problemas por vuestras ocurrencias.

—No ha sido para tanto, no somos tontos. —Me reí al imaginarme la cara que debió poner Mauro cuando vio toda su ropa interior con agujeros.

Eso y que el culo lo debía tener en carne viva de tantas veces que habría tenido que ir al baño…

—Esa sonrisilla me dice mucho más de lo que crees —sonrió negando, al igual que hice yo.

—Buenas, siento el retraso. A última hora he tenido que arreglar un imprevisto —dijo mi madre cuando apareció a nuestro lado.

—No pasa nada, acabamos de llegar —comentó mi padre, que fue el primero en saludarla con dos besos en las mejillas. Ella se los devolvió.

—Por una vez llego antes que vosotros, os estáis volviendo unos irresponsables con vuestra única hija —bromeé, antes de saludarla también.

—Di que sí, menos mal que te dimos alas para soñar —me dijo ella, siguiéndome la broma—. ¿Qué tal llevas la semana? —le preguntó a mi padre.

Tenía una suerte enorme de que se llevaran tan bien después del divorcio, no todos los matrimonios terminaban como ellos, ni mucho menos. Por suerte, porque el resultado de acabar muy mal entre ellos lo habría padecido

yo, más que ellos. Me habían dado una vida muy feliz, tanto cuando vivíamos juntos, como después, yendo de una casa a otra.

—Con mucho trabajo —le respondió—. Pero, vamos, qué te voy a decir que no sepas ya. —Le hizo un guiño.

Muchas veces me quedaba observando la forma en la que se hablaban y se miraban, los gestos que tenían. Era bonito ver el amor que había entre ellos, aunque no fuese uno en plan romántico. El cariño, el respeto y los sentimientos no se podían negar con mis padres.

—Venga, ya vale, que aquí la protagonista tengo que ser yo. —Me encantaba llamar la atención de ellos y la tuve—. Me han pasado muchas cosas en poco tiempo, tengo que contároslas. Os aseguro que vais a flipar con algunas. —Volteé los ojos.

Nuestra relación de familia era tan buena que entre nosotros no había secretos, nos lo contábamos todo de manera muy natural. Tengo que decir que era así porque ellos me habían criado de tal manera, para que nunca me guardara nada para mí y para que siempre me sintiera libre para expresar lo que me sucedía sin miedo a las represalias o a los enfados.

Estaba muy bien, me hacían sentir comprendida y el no tener que ocultar cosas por temor a recibir una bronca era un alivio, la verdad. También hacía que la convivencia entre nosotros fuese mejor.

—Tienes toda nuestra atención, así que cuando quieras puedes comenzar —me alentó mi padre.

—Primero voy a empezar con lo de Inés. —Es que no podía evitar que me saliera una sonrisilla al recordar las pequeñas cosas que se encontraría Mauro como regalo—. Como sabéis, Chus y yo la acompañamos a recoger el resto de sus pertenencias, pero —los miré— antes de irnos le dejamos a Mauro unos detallitos para que se acordara de lo bien que se ha portado. No puede decir que no nos acordamos de él —sonreí.

Me encantaba ser sarcástica cuando la ocasión lo requería y, como mis padres me conocían demasiado bien, tenían claro que ahora lo estaba siendo.

—Hija, como te he dicho antes, espero que lo que habéis hecho no os meta en problemas —habló mi padre, insistiendo.

Esperé a contestarle porque el camarero llegó con la botella de vino. Cuando nos sirvió en las copas, nos tomó nota de lo que queríamos comer. Para el centro de la mesa pedimos una ensalada de la casa especial; todas las que preparaban en este lugar estaban buenísimas. Llevaban de todo un poco, pero lo que más me fascinaba de la que pedimos era la manera en que venían añadidos los langostinos, con un recubierto de salsa, y lo riquísimos que estaban.

Como único plato me pedí bacalao al pilpil. Era un restaurante con comida variada, pero estaba especializado sobre todo en el pescado. Lo sabían cocinar superbién, le daban el punto exacto para que no saliera ni crudo ni demasiado hecho.

Mi padre se pidió una lubina al horno y mi madre una dorada. Solo de pensar en esos pescados se me hizo la boca agua.

—Ya te he dicho que no nos hemos metido en problemas. —Lo tranquilicé cuando el camarero se fue.

—No sé por qué, pero sabiendo que en medio de todo estaba Chus, me cuesta trabajo creer que no os hayáis metido en un lío —pronunció mi madre.

—¿Qué problema nos puede traer que le hiciéramos agujeros a toda la ropa interior de Mauro, en los bóxeres por ambas caras y en los calcetines? —Mi padre soltó una carcajada después de frotarse la cara una vez. Mi madre se quedó con la boca abierta al principio, hasta que tuvo que apretar los labios para no reírse con mi padre.

»Tampoco creo que fuese demasiado malo que le echáramos laxante a una botella de su vino favorito. La tenía empezada, pero estaba casi entera.

—Cariño, eso último le ha podido causar problemas. Sobre todo si os pasasteis con la dosis.

Aunque sé que intentó ser prudente, no pudo evitar reírse como lo estaba haciendo mi padre.

—Nada de lo que debamos preocuparnos. —Moví una mano hacia ellos—. Antes de echarlo, leímos las indicaciones.

—Vamos, que le habéis provocado una buena limpieza —dijo mi padre, retirándose la humedad de los ojos.

—Para que veáis que fuimos muy atentos y miramos por su salud —continué. Menos mal que contar todo esto me estaba sirviendo para reír y para olvidarme de lo mío, aunque fuese por un rato—. También le pusimos un poco de guindilla en una de sus cremas habituales de cara, todo fuese por darle un poco de color a esa cara tan pálida que tiene. Guindilla natural y de la cara, palabras de Chus —asentí.

—Oh, por favor. —Se tapó la cara mi madre—. Que os lo cargasteis entre unas cosas y otras. —Ninguno de los tres podíamos dejar de reír.

—Sinceramente, se hubiera merecido que le hubiésemos dejado más detallitos. Solo espero que el vino se lo tome con Inma.

Cómo me gustaría que fuese así y que ella tampoco se pudiera levantar de la taza del cuarto de baño. Porque estamos de acuerdo en que yo había estado con dos hombres que tenían pareja, pero no fui consciente de ello. Si lo hubiera sabido, no lo habría hecho. En cambio, Inma…

La limpiadora de mi prima se metió de lleno donde no debía, rompiendo una familia. Poco le importó, cuando hacia los demás se llenaba la boca hablando maravillas del matrimonio y de mi prima, porque a ella le hacía una pelota… embustera. Si no se le fastidiaba la barriga por el vino, como a Mauro, esperaba que el karma actuara por su cuenta.

—Desde luego que esos dos se van a acordar de vosotros por un tiempo —negó mi padre, sonriendo.

—Me imagino la cara de mi hermano en el momento en el que su hija le ha contado todo. Entre Inés, tú y Chus os vais a cargar a tu tío.

—Estoy segura de que el tío le habrá dicho que tendría que haberle hecho algo más. Se han llevado un palo bueno con Mauro —reconocí.

—Tienes razón, cariño. Nos lo hemos llevado todos —confirmó mi madre, hablando seria—. Pobre Inés.

—Bueno, dejando el tema de tu prima a un lado, ¿qué hay de ti? —mi padre les puso fin a los rodeos.

—Ya os dije lo que me pasó con Miguel y cómo me engañó durante el tiempo que estuve con él —asintieron más serios aún—. Pues otra vez me ha pasado algo parecido, bastante peor —suspiré.

—Hija. —Jadeó mi madre—. No sé qué está pasando que últimamente atraes a todos los sinvergüenzas.

—Lo sé, mamá, pero te prometo que intento evitarlo. Yo no lo busco, parece que me persigue. —Me encogí de hombros.

—¿Por qué has dicho que es mucho peor? —Se interesó mi padre.

—Papá, porque básicamente ese hombre es mi jefe, está casado y tiene tres hijos. Para ser más exactos: trillizos, ni más ni menos.

—Joder, hija, ¿cómo es posible? —El pobre hombre se pasó las manos por el pelo, como si no pudiese creerse lo que me había sucedido.

—Y lo peor de todo es el descaro con el que me lo ha reconocido todo. —Mientras más iba contándoles, peor me sentía porque, por muy fuerte que intentase mostrarme, me afectaba y me dolía mucho.

»Cuando fui a su despacho para recriminárselo, tuvo la poca vergüenza de decirme que yo no le había preguntado por su estado civil. Me lo confirmó todo a la primera, tranquilo y sonriente —negué.

—Y a ti te ha afectado más de la cuenta. —Los dos me conocían muy bien y sabían interpretarme perfectamente. En esta ocasión la que habló fue mi madre—. Por lo que dice tu mirada, estás enamorada de él —aseguró, y asentí porque no podía mentirles. Ni quería.

—No sé ni cómo ha pasado. En los cuatro años que llevo trabajando en la empresa, casi no tuvimos contacto. Solo un saludo casual y por cortesía de vez en cuando, las veces que coincidíamos por los pasillos. Todo cambió

entre nosotros cuando entré en su despacho, a mala hora, aunque el gran cambio se dio en la cena con los demás directivos.

Negué y les conté cómo fue aquella noche, con los días posteriores hasta que supe la verdad que escondía Fran. Me desahogué poniendo toda la verdad sobre la mesa.

—En la cena que organizó descubrí un nuevo Fran, uno que me gustó mucho, aunque su seriedad y profesionalidad en la oficina también me ponía. —Bufé por lo tonta que me sentía—. Me di cuenta de que el Fran del trabajo no tenía nada que ver con el de puertas para fuera, al igual que los demás directivos.

»Fran escondía la diversión y la alegría; nos seguimos el juego mutuamente durante la cena. Todo lo que vi de él me encantó, era tan cercano con los demás, como si fuese uno más y no el dueño y señor de la empresa. Ahora mismo lo único que tengo claro es que tengo fatal la vista, porque no me di cuenta de su doble vida ni de sus mentiras.

—Cariño, en más ocasiones de las que nos gustaría es imposible ver y darnos cuenta de la realidad que esconden algunas personas. Las hay que han hecho un arte de sus engaños, y hasta ellos llegan a creérselos.

»Por eso es muy difícil detectar una mínima brecha que nos alerte. —Me agarró la mano por encima de la mesa y mi padre hizo lo mismo con la otra. Les sonreí agradecida y con todo el amor que sentía por ellos.

Sé que la intención de los dos era la de consolarme, pero en estos momentos no había consuelo que me quitara la sensación de malestar y tristeza que tenía en mi interior.

—Necesitas tiempo, ahora está todo muy reciente —me dijo mi padre, que estaba leyéndome perfectamente—. Al estar enamorada, te va a costar un gran esfuerzo y sacrificio personal, porque trabajas con él y lo ves todos los días, pero sabemos lo fuerte que eres. Puedes con esto y con mucho más —me emocionaron sus palabras.

—Supongo que tienes razón. Por ahora voy a intentar no pensar en ello más de la cuenta. Tengo que trabajar para que todo fluya con una nueva normalidad, acostumbrarme a ella.

Brindamos y bebimos varios sorbos de vino. Al rato llegó el camarero con nuestra comida, incluida la ensalada porque la pedimos para picotear mientras comíamos el plato principal. Como ya sabíamos, la comida estaba espectacular, quedamos encantados.

Cuando mis padres empezaron a hablar entre sí, en profundidad, de cómo les habían ido los días que hacía que no se veían, yo pude relajarme y sonreí escuchándolos y observándolos.

Me despedí de ellos en cuanto terminé de comer. Los dejé solos porque ellos querían tomar un café, en el restaurante o en cualquier otra parte, pero a mí lo único que me apetecía era llegar a mi piso, darme una ducha y dejar de pensar. Por lo menos necesitaba obligarme a ello por unas horas.

Capítulo 18



Por fin era viernes, después de unos días de lo más intensos en los que el trabajo había podido conmigo. Ya que no confiaba en la gente de mi alrededor y eso suponía estar en alerta constante. Mabel se quedaba fuera, era la única ajena a todo, por lo tanto, la más feliz. Continuaba siendo un amor conmigo.

Darme cuenta de cuánto sentía por Fran, aceptar que lo amaba, me había costado muy caro y eso era lo que más me jodía. Pero, a pesar de ese sentimiento, a la vez no podía con él. No lo aguantaba y me enfadaba su descaro de «yo estoy por encima de todo, con una sonrisa».

Carlos y David ya estaban al tanto por Fran de que yo sabía el papel que habían tenido en el asunto de Aitana. Entre nosotros no había salido el tema porque, desde el momento que lo supieron, se mostraron muy cautos al notar mi enfado y desgana.

Todos, sin excepción, tuvieron al alcance la posibilidad de evitar un daño innecesario. Nadie hizo nada, mientras que yo tuve que afrontar durante meses mi pequeño o gran calvario. Mi situación habría mejorado tanto si no me hubiesen mantenido a ciegas de lo que estaba ocurriendo. Realmente no debía ser importante para la empresa, a la vista había quedado.

El caso era que yo actuaba con normalidad y sin asumir el cargo de directora, aunque no por eso dejaba de debatir con los chicos cada uno de los expedientes.

Fran seguía insistiendo en que nos viésemos fuera de la oficina, además de haberme pedido encarecidamente quedar esta noche. Obviamente, me había

negado a todo, por completo. Tenía un plan muchísimo mejor e interesante, aunque daría lo mismo si no tuviera nada que hacer porque sería igualmente estupendo, mientras Fran no estuviese de por medio.

Esta noche me iba de fiesta con mi prima, habíamos quedado para salir de despedida de casada. Como se llevaba tanto hacerlo, nosotras no íbamos a ser menos, la ocasión lo merecía para terminar de mandar a la mierda todo. Por supuesto, Chus nos acompañaría.

Terminé la mañana del viernes despidiéndome de los chicos y marchándome la primera. Sentía demasiada necesidad de salir del edificio y respirar otro aire diferente, menos viciado. Me sentía sobresaturada.

De camino al piso, me desvié al McAuto más cercano y me pedí un menú de hamburguesa, refresco, patatas y helado. Necesitaba darle una alegría al cuerpo al final de la semana y un buen atracón de comida basura era perfecto para empezar. Estaba deseando saciarme, mi cuerpo me lo pedía a gritos.

En cuanto entré en el piso, dejé la bolsa sobre la mesa del salón, antes de dirigirme a la habitación para ponerme el pijama. Era importante disfrutar de esta comida cómoda. Una vez cambiada y sentada en el sofá, con mi menú preparado sobre las piernas, encendí la tele para entretenerme y la dejé en un canal que emitía un documental.

Ignoré el nudo que sentía en la garganta, a pesar de que tenía que tragar con dificultad. Cada vez me apretaba más y notaba que estaba llegando al límite de la tristeza. Aparentar estar bien no ayudaba para recuperarme más rápido, todo estaba contenido dentro de mí y el día que lo dejara salir…

Echaba mucho de menos a Fran, todo de él, pero me había decepcionado muchísimo. Él no llegaba a imaginar cuánto. Me sentía muy frustrada y desanimada, entre muchas otras cosas.

Al terminar de comer, lo dejé todo en la mesa baja de enfrente y me estiré en el sofá para descansar un rato. Me vendría bien para aguantar por la noche, y también necesitaba desconectar la mente. En vez de moverme después de lo que me había comido, cerré los ojos y me dormí. A ver quién era la bonita que salía de casa con el estómago recién lleno, con sueño y desanimada a más no poder. Solo quería olvidarme del mundo, de todo.

Sin una alarma que me despertara, me quedé dormida hasta las siete de la tarde. Me espabilé de golpe y el café que me tomé mientras llenaba la bañera me ayudó bastante. Hoy no me apetecía darme una ducha rápida, tenía tiempo, por lo que un buen baño calmante con sales y aroma relajante me esperaba. Veríamos si hacía efecto.

Mientras me intentaba relajar, fui montando unos *outfits* en la cabeza, para ponerme esta noche. Frío hacía, así que lo mejor era algo cómodo y abrigado, pero con ese toque que yo sabía darle.

Recordé que tenía un pantalón sin estrenar; era de pana fina, de color gris oscuro. Además, me venía como anillo al dedo para complementar con un jersey en tono gris claro de cachemir que me regalaron por Reyes. El tacto no podía ser más gustoso y agradable; mi prima y Chus estarían tentados durante toda la noche a tocarme y a acariciarme. Me reí por ese pensamiento. Debajo le pondría una camiseta de color blanco, para que sobresaliera. El broche final sería el abrigo negro con las botas altas del mismo color. Iría calentita y monísima.

Un poco mejor después del baño y oliendo de maravilla, me arreglé el pelo y me maquillé con el albornoz puesto. Me gustaba la destreza y el nivel que estaba adquiriendo a la hora de hacerme los contornos, me quedaban de lo más bonitos.

Una vez arreglada y vestida para la noche de fiesta, mientras me ponía el abrigo, mi prima me avisó de que ya estaba llegando con el taxi. Me colgué el bolso cruzado, salí del piso y bajé rápido para que no me tuvieran que esperar. Junto a ella iba Chus, que estaba sentado en el asiento del copiloto. Al entrar, di las buenas noches en general y me puse a dar besos, menos al taxista. Todavía no había bebido; quizás a la vuelta él también estaría incluido cuando me despidiera.

El hombre nos dejó muy cerca del bodegón; era un lugar al que nos gustaba mucho venir para tapear y tomar las primeras copas. El sitio, como siempre, estaba muy animado y lleno. Aun así, tuvimos suerte porque encontramos una mesa libre.

Lo primero que nos trajeron fue la botella de vino y las copas. El camarero nos sirvió la bebida mientras le decíamos qué tapas queríamos.

—No lo aguanto, de verdad que no lo aguanto —comenté negando, diciendo en alto lo que pensaba de Fran.

—Prima, estás fatal. Pasa de ese tío y que no te robe ni un solo pensamiento más. —Hizo una mueca.

—Venga, chicas, chinchín por nuestro trío empoderado —dijo Chus para animarnos, levantando su copa de vino.

—Yo solo quiero emborracharme y olvidarme hasta de mí.

Chocamos las copas y bebimos.

—Hija, échale más gracia al asunto que dejas que todos te ganen. Por Dios, no se puede ser más ingenua.

—Chus, cállate, que aquí, en cuestión de amor, todos debemos darnos un puntito en la boca —le advertí un poco mosqueada.

—A mí por poco me lo tuvieron que dar una vez en otro lado. —Me hizo un guiño.

—Tampoco hace falta que nos des tantos detalles —le dijo mi prima moviendo las manos frente a su cara—. Vamos a brindar de nuevo y esta vez de verdad. Por nosotras tres, por nuestro empoderamiento y por todos los machos que vendrán a darle una alegría a nuestras vidas y a nuestros cuerpos.

—Brindo por eso, reina.

—Creo que voy a tirar más por la vía de las mujeres, viendo mis dos últimos fracasos y mal ojo que tengo…

—Sigue rompiendo el brindis —soltó mi prima con la risilla suelta y encogiéndose de hombros.

—Todo lo que te ha pasado son lecciones de vida que a la larga te hacen más fuerte y precavida, pero lo más importante es que no vas a confiar más en el primer gilipollas que se te acerque —me dijo Chus.

—Me la bebo. —Me llevé la copa a los labios y la vacié de un trago.

—Pues yo también —dijo mi prima—, que para eso es mi despedida de casada. —Me imitó bebiéndosela de golpe.

—Yo, como siempre, mariquita la última —habló Chus, entre risas.

Tampoco dudó en tomársela entera, al igual que yo no me lo pensé cuando le pedí otra ronda al camarero que nos trajo los platos con las tapas. Tenían una pinta… se me abrió el apetito de golpe.

Mi prima comenzó a disparatarse al poco tiempo, se bebía el vino a un ritmo que era imposible pararla. Tenía una alegría en el cuerpo que no podía con ella, y ya no os digo en la lengua suelta. Chus y yo no parábamos de reírnos, también afectados por nuestras bebidas.

—Qué bien sienta salir soltera —dijo mientras se balanceaba por la música.

—¿Te estás moviendo porque te vas a caer? ¿O estás en un intento pésimo de baile? —le preguntó Chus, con los ojos entrecerrados.

Si la estaba viendo como yo, normal que le preguntara, porque desde hacía rato tenía delante de mis ojos a dos primas iguales, o a veces tres.

—Estoy bailando. —Jadeó indignada porque no lo supiéramos.

—No deberías beber tan rápido, ya llevas cuatro copas —le advertí, mirando la mía.

Intenté acordarme de cuántas llevaba yo, pero…

—Anda, pues las mismas que vosotros. —Soltó una carcajada—. Hasta que no llegue a diez, voy bien. —Me hizo un guiño.

Siguió moviéndose durante un buen rato, tiempo en el que fuimos comiendo y bebiendo, sobre todo lo último, que para algo era una despedida de casada.

—¿Lola?

Me giré al escuchar mi nombre, lo que fue un milagro en mi estado. Por no hablar del mareo que me entró al moverme tan rápido.

—¿Qué haces aquí, Mario? —le pregunté con un tono que me di cuenta de que sonaba a bronca.

—¿Perdona? Pues lo mismo que tú, salir un viernes por la noche. —Se rio —. ¿No me vas a saludar?

—Pues no, fuera de la empresa soy otra diferente —le contesté con chulería—. No quiero saber nada de lo que hay dentro del edificio del terror.

—Ella no, pero yo sí —dijo mi prima echándose el pelo hacia atrás.

Se levantó como pudo y, para sorpresa de Chus y mía, para lo bebida que estaba, se mantuvo estable sobre sus zapatos y caminó recta hacia Mario, con descaro.

—Mi nombre es Inés y soy su prima favorita. —Me señaló, antes de darle dos besos.

—Hombre, al menos hay alguien simpática en la familia. —Le hizo un guiño Mario.

—Ni que los conocieras para juzgar —dije soltando un rebufo.

—¿Y tú te llamas? —le preguntó Mario a nuestro amigo.

—Chus para el mundo, pero para ti Chusa. —Le extendió la mano, con una gran sonrisa.

—Quita, que a este me lo camelo yo —intervino mi prima.

—¡Inés! —la reprendí con los ojos abiertos al máximo.

Capítulo 19



—Nunca me dijiste que el tal Mario estaba tan bueno. Vamos, que se podría convertir en mi pastel favorito —soltó atrevida.

—Lo que me faltaba. —Me froté la cara con la mano.

—Mola tu prima —comentó Mario, haciéndole un buen repaso.

Estaba flipando con la soltura que tenían los dos. ¿Por parte de Inés sería el alcohol? Mi prima era muy decidida y echada para delante, pero hasta el punto de…

—Si le pones un dedo encima, te juro que no respondo —le advertí a Mario.

—Prima, por favor. —Rio—. A mí no me boicotees lo que puede ser la noche de mi vida. ¡Qué estoy de despedida! —Levantó los brazos y comenzó a balancearse otra vez, esta vez de pie.

—Pobrecita —murmuró Mario—. Yo te ayudaría encantado.

Chus soltó una carcajada; fue tan repentina que no pudo contener en su boca el vino que había bebido y salió disparado al suelo. Por suerte, apuntó hacia abajo.

—Ya sabía yo que algo pasaría esta noche —murmuré.

—El chaval se ve simpático —dijo mi prima. Ella también le dio un buen repaso a Mario—. Parece educado, también un rompecorazones y bragas. —Rio de forma exagerada.

—Le está sentando genial la soltería —me murmuró Chus al oído.

Mario se sentó con nosotros y le pidió al camarero otra ronda para todos. Se quedó tan pancho, siguiéndole el rollo a mi prima, que ya lo había enganchado del codo. Se lo pegó al cuerpo como si se lo fueran a quitar.

—¿Y tú qué, has salido solo? —le pregunté con tono de reproche.

—No, conmigo, pero llego tarde. —Escuché detrás de mí a Fran.

Qué equivocada había estado al pensar que me había sorprendido la aparición de Mario, nada que ver con la de…

El puto jefe.

Ese que me revolvía el estómago, que me quemaba el pecho, que me había roto sin tocarme.

—Lo que me faltaba —escupí—, el puto jefe.

Cerré los ojos y conté. Uno. Dos. Tres. Nada. La rabia seguía ahí, afilada, viva. Conté otra vez. Ni aire, ni calma, ni hostias. Seguía ardiendo. Era un ejercicio que normalmente me funcionaba para tranquilizarme, pero esta noche se negó a hacer efecto. Me cagué en el jefe y en todo.

—¿No habéis quedado con alguien más de la empresa para mí? —preguntó Chus, causándonos una carcajada, incluida yo que estaba a punto de explotar.

—Con una sola llamada puedo sorprenderte —le contestó—. Por cierto, soy Fran. —Extendió su mano.

—Y yo Chus, el amigo sicario de Lola. —Le apretó la mano a la vez que le hacía un guiño.

—Buen sicario te has buscado, compi —me soltó con todo el descaro Fran.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? ¿No tenéis bastante con joderme de lunes a viernes todas las semanas de mi puta vida?

—Ya quisiera yo —soltó Fran, haciendo que la risa común no parase, menos la mía, que se cortó de golpe. Sacudí mi cabeza, de lo más enfadada.

—De verdad, prima, tómate todo como señales de la vida. Si esta noche te lo puso por delante, por algo será —me dijo Inés, con ojitos de que pusiera de mi parte.

—No me lo puedo creer —le hablé con los ojos entrecerrados.

—Haz la llamada —le pidió Chus a Fran.

—Aquí no se va a llamar a nadie más, porque en cuanto nos tomemos esta —levanté la copa— nos estamos yendo.

—Con mi nuevo amor, prima. —Rio Inés, enganchada a Mario, al que ya no soltaba ni loca.

—Yo no sé para qué salgo, sabiendo que mis últimos antecedentes han sido catastróficos —me quejé.

—Pensé que era un bonito recuerdo para ti.

—Cállate, Fran, cállate, que si me tocase una lotería no avisaba ni a la empresa.

—¿Nos abandonarías?

—Como a los perros malos que sois.

—Qué manía les tiene a los pobres animales —dijo mirando a los demás.

—Te encanta tergiversar las cosas. —Le eché en cara—. Por cierto, ¿has avisado a tu mujer de que has salido?

—Que pase su mujer —dijo bromeando Chus, e hice como que me daba dos golpes de cabeza contra la mesa.

—Pues no me extrañaría que pasase su mujer y nos invitase a una copa a todos —comentó Mario, risueño.

—¿Qué pasa, que sois un matrimonio abierto? —preguntó Chus—. Es puro interés morboso.

—Abierto, cerrado, impregnado… —respondió Fran, si es que eso podía considerarse una contestación.

—Se está riendo de nosotros —murmuré.

—No me estoy riendo de nadie; eres tú la que me juzgas una y otra vez sin saber nada.

—¿No es cierto que estás casado y tienes tres hijos? —le pregunté, de lo más cabreada.

—Y tres mujercitas en forma de perritas. —Volvió con las mismas.

—Eres un puto descarado y te piensas que estás a salvo de todo porque estás podrido de dinero.

—Prima, no lo insultes así, pobrecito —dijo agarrada a un Mario que se le veía tan cómodo como a ella.

—¿Insulto? —Solté una carcajada—. Poco me sale por la boca para lo que me podría salir. Me parece mentira que tú precisamente me digas todas estas cosas y estés actuando de esta forma, a su favor. —La señalé, cada vez más alterada y dolida.

—¡Mi hombre! —exclamó Chus de repente.

Se levantó de un salto y, por suerte, no se cayó. Sonreí al verlo correr hasta Sergio; él era otro que tenía el mismo estilazo que Chus. Los dos eran la elegancia personificada.

—Ya hemos perdido al amigo —suspiró mi prima.

Lo dijo porque cada vez que se encontraban, al final terminaban desapareciendo juntos. Al menos uno de los tres iba a triunfar esta noche, y por todo lo alto.

—No seré yo quien me quede cargando con este tiesto —me referí a Fran.

—Esas cosas tan románticas que salen por tu boca dirigidas hacia mi persona me parecen de lo más maravillosas y entrañables —comentó sonriendo.

—Vete a tomar por culo, don Francisco.

—Señor de Alba, por favor.

—Dios mío, dame paciencia porque si me das fuerzas, juro que lo mato.

—Chicas, que me está diciendo Sergio que lo acompañe a la sala de aquí al lado. Va a actuar una amiga nuestra —se refería a un *show* trans.

—Muy bien, hijo, menos mal que salíamos de despedida de casada.

—Viendo al objeto de tal celebración y lo bien que se lo está pasando, creo que el objetivo está cumplido. —Lanzó besitos al aire.

Se acercó a darnos abrazos y besos a nosotras, y de Mario y Fran se despidió con la mano.

—Yo me piro a mi casa —dije viendo cómo se marchaba Chus.

—Prima, no seas corta rollo, acabo de encontrar al posible pretendiente para sustituir el mal de amores.

—No sabes lo que dices y deberías dejar de beber ya.

—Soy mayor de edad. Creo… —Se puso a pensar y comencé a agobiarme más de lo que estaba.

—No, en serio, o dejas de sobarlo y de beber, o te cojo por los pelos y te saco de aquí. Ya está bien, hombre, que acabas de conocerlo y te lo vas a tirar

aquí mismo.

—Dios te oiga.

—¡Inés! —Rebufé ante la risa de Mario y Fran.

—Mira, tienes a tu lado a tu jefe; ahora puedes conversar con él y aprovechar para soltar toda esa mierda que llevas dentro. Déjale claro todo, quédate a gusto de una vez por todas y libérate. —Extendió los brazos hacia arriba y volteé los ojos.

Yo ya no sentía casi los efectos del alcohol. El cabreo y la sorpresa desagradable me habían quitado de golpe el inicio de borrachera.

—No te pases, que hoy no estoy para aguantar las tonterías de nadie.

—¿Y si salimos a que nos dé el aire? —me propuso Fran.

—No me toques —le dije al agarrarme del codo—. Que no me toques —le repetí, cuando no me soltó—. Te juro que estoy muy cerca de no responder por mis actos.

—¿Y si vamos los cuatro a otro lugar a hablar? —propuso Mario.

—¿Y tú realmente crees que voy a hablar algo con vosotros a estas horas de la noche, y fuera de mi horario de trabajo? —Me reí sin ganas.

—Vamos a tener que pasar al plan B —murmuró mi prima, pero la escuché perfectamente.

Me quedé un poco rayada con su comentario.

—¿Cómo que al plan B?, ¿qué me estoy perdiendo?

—A ver, ¿te acuerdas de que te conté en un desayuno que había estado con una chica con la que había hablado por internet y la echaba de menos? —me preguntó Mario.

—No, de verdad, se me está erizando la piel. No quiero creer lo que estoy pensando…

—Fue coincidencias de la vida, prima…

—De verdad, no quiero seguir escuchando nada —resoplé—. Esto es algo que ni en las películas de suspense. ¡Y deja de agarrarme del brazo! —le grité a Fran.

—Vamos a ir a hablar a otro sitio los cuatro —me pidió mi prima, juntando las manos en plan plegaria.

—No voy a ir a ningún sitio con dos seres tan mentirosos. Pero ya te vale a ti también. Me has fallado. —Me temblaron los labios—. Parece que ya no te conozco, cuando antes éramos una. Últimamente solo haces que guardar secretos y siempre me entero tarde y mal —le recriminé.

—Prima, Mario es muy buena persona —dijo afectada por mis palabras.

—A mí me sacó de esa categoría —murmuró Fran.

—¡Qué te calles! —le pedí con otro chillido.

—Plan B, amigo, plan B. Ya te lo dijo su prima —habló Mario.

—¿Qué habláis de plan ni plan? Os garantizo que como se os ocurra una de las vuestras, lío tal pollo que terminái esta noche en comisaría.

—¿Nosotras también, prima?

—Dios mío, ya no puedo ni con ella —me dije a mí misma y en voz alta.

—Venga, prima, vamos a ir a hablar los cuatro a otro lugar.

—Paso. Hablad vosotros, que de repente sois muy amiguitos. Yo me retiro.

—No seas así, por favor.

—¿Yo? ¿En serio? —negué poniéndome el abrigo.

—Te acompaño —dijo Fran.

—¡Qué no me toques! —le repetí de nuevo, muy cansada de todo.

—Pero ¿a ti qué te pasa conmigo? Que yo sepa te he tratado muy bien en todo momento.

—¡Falso, que eres un falso! —Los dejé allí y salí del local casi corriendo.

Tuve la suerte de que al salir a la calle pasó un taxi libre y llamé su atención. Me monté rápido, para que me llevase a mi piso. En cuanto arrancó no pude contener las lágrimas por más tiempo.

No podía creerme que mi prima estuviera liada con Mario y que no me lo hubiera dicho. Tampoco él me había hecho algún comentario insinuando algo para que no me pillara tan a ciegas. Me sentía tan tonta… Cada vez me sentía más decepcionada con todos, incluida mi propia familia.

Capítulo 20



Eran las nueve de la mañana cuando el timbre de mi puerta sonó un par de veces.

Me extrañó que alguien viniese a mi piso tan temprano en sábado; ni siquiera a mis padres se les ocurriría, por si había salido la noche anterior. Lo único que pensé fue que debía ser algún repartidor que había picado a un vecino y no le habían abierto.

Dejé la taza de café en la mesa del salón y fui a ver quién era. Llevaba despierta un rato, ya que la noche anterior, con lo sucedido, regresé más pronto de lo que esperaba y me metí directamente en la cama.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con un jadeo, sorprendida y ofendida al encontrarme con Fran.

—Anoche te estuve llamando y bloqueaste mis llamadas.

—Sí, y tus mensajes, hasta el lunes por la mañana.

—¿Puedo pasar? —Levantó un paquete de churros con chocolate.

—No debería dejarte, pero adelante. Tienes el tiempo de un café.

Acepté porque no quería que me despidiera, aunque no tendría ningún derecho a hacerlo por lo que pasara entre nosotros fuera de la empresa. No me lo creía ni yo, este pensamiento o motivo.

—¿No me vas a dejar probar los churros con chocolate?

—Sí, hombre, por favor, no vaya a ser que te quede un trauma —respondí de mala manera, volteando los ojos.

—Eres muy rencorosa, Lola.

—¡Serás cara dura! —Me reí sin ganas—. Lo que me pasa es que soy tonta y atraigo como un imán a todos los infieles gilipollas.

—¿Lo dices por mí?

—No, por Dios. ¿Cómo puedes pensar eso? —pregunté con ironía—. Te puedes sentar ahí. —Le señalé el sofá—. Voy a prepararte un café, jefe.

—Cuánto rencor hay dentro de ti, Lola —repitió.

—Cállate, que estás más guapo.

—Parecemos un matrimonio.

—Lo dudo. Ya tienes uno, guapo —le dije con retintín antes de meterme en la cocina.

No me esperaba su aparición para nada, pero tuve unas repentinas ganas de abrazarlo con todas mis fuerzas y de olvidarme hasta de su caótica vida. Por eso había cedido un poquito, pero no iba a dejarme llevar por mis sentimientos porque ellos me llevarían a ser una persona que no deseaba ser. El caso era que me faltaba poco para terminar majara perdida.

Preparé su café rápido y, en el camino hasta el sofá, cogí mi taza de la mesa del salón.

—Aquí tiene, señor de Alba. —Se lo puse sobre la mesa y me senté a su lado, pero manteniendo una buena separación entre nosotros.

—Muchas gracias, doña Lola.

—Ahora dime, ¿qué pretendes?

—Recuperar la amistad —hizo un entrecomillado con sus dedos— tan bonita que teníamos.

—¿Amistad o lío extramatrimonial?

—Estar casado es un estado legal, no sentimental, Lola.

—¿Qué me estás contando, Fran? Estar casado es estar casado, no me vengas a vender una moto que quieres conducir a tu antojo.

—Sí, estoy casado, pero no estoy con ella.

—Y ahora me dirás que no os separáis por temas de la empresa.

—Mira que eres lista. —Me señaló sonriendo.

—Métete el dedo por el culo.

—¿Ahora?

—Uf, me estás sacando de quicio.

—Todo esto tiene una razón y un principio.

—Los tres niños también. —Me reí con ironía.

—Esos adorables capullos también tienen la suya.

—Dios, mucha paciencia me estás dando.

—¿Quieres o no saber un poco más de mi estado civil?

—Que me da igual. Aquí lo único importante y real es que estás casado y tienes trillizos.

—Pero no tenemos relaciones matrimoniales.

—Y los niños se hicieron por una obra divina.

—Casi —sonrió—. Fueron por reproducción asistida. Realmente le colocaron cuatro embriones, pero uno no salió adelante.

—Algo me dice que es mejor que no sepa más detalle —respondí con indignación.

—Te lo voy a contar de todas formas. Así que, yo que tú, me ponía cómoda y empezaba a disfrutar de los churros con chocolate antes de que se enfríen más.

—Gracias por decirme lo que tengo que hacer en mi propio piso. —Bufé.

—Tómate la vida de otra manera, no puedes ser tan extremista.

—Lo que hay que oír —negué—. Estoy cansada, agotada. No me digas cómo tengo que actuar cuando desde hace muchos meses solo me han hecho daño. —Respiré fuerte—. Venga, cuenta, total, al final lo terminarás haciendo, así que cuanto antes lo hagas, antes te irás.

—Qué manera más sutil de echarme —respondió con ironía y una sonrisa de oreja a oreja.

—Digas lo que digas, ten claro que vas a salir por la puerta.

—Menos mal, pensé que me arrojarías por la ventana. —Se santiguó.

—No eres más imbécil porque no puedes —resoplé.

—Deja de decirme tantas cosas bonitas, que no me das lugar a asimilarlas —dijo provocándome una carcajada que, muy a mi pesar, no pude controlar.

—Venga, habla —le metí prisa.

—La empresa la heredamos de nuestros padres, que eran socios.

—Qué bonito, por favor —murmuré con la más absoluta de mis ironías.

—Pero había un tercer socio en discordia y su hijo era, y es, el ser más gilipollas del mundo. Entonces, Anne —que así se llama mi mujer— y yo

decidimos hacerle una jugada maestra a Tom, el nuevo socio no deseado.

—Encima sois unos piratas, qué bien me lo pintas todo.

—¿Vas a dejar de cortarme para escuchar bien mi versión de los hechos?

—Versión de una boda y tres hijos. —Volteé los ojos.

—El caso es que no podíamos vendernos las acciones entre nosotros para que nadie se quedara fuera. ¿Y qué se nos ocurrió? Casarnos, y así cada uno podía poner las suyas en una empresa en común para quedarnos con el mayor porcentaje de la sociedad.

»Nuestras decisiones estuvieron en todo momento por encima de las de él, motivo que lo llevó a aburrirse y a ofrecernos la venta de las suyas.

—Y los hijos eran para que os saliese mejor el IRPF. ¿Verdad? —pregunté con sarcasmo.

—Los niños eran porque ella deseaba ser madre, y así nos asegurábamos de que el mayor porcentaje lo tuvieran nuestros hijos en común.

—Y desgraciar así a los que tuvieseis con otras personas —respondí sin poder morderme la lengua.

—No era nuestra intención crear familias; tanto ella como yo somos dos personas ambiciosas en lo que al patrimonio se refiere. Pero llegaste tú a mi vida y…

—Y me tomaste por tonta.

—De nuevo me vuelves a cortar. —Se rio—. El caso es que ni ella se mete en mi vida personal, ni yo en la suya; de ahí que Anne tenga su vida afincada en Gran Bretaña y yo la tenga aquí. El tema es que, por comodidad y conveniencia, seguimos casados para que fiscalmente todo sea más fácil. Además de tributar simultáneamente, según nos convenga.

—El caso es que estás casado y tienes tres hijos. Es así lo mires por donde lo mires. —Me encogí de hombros, mirando mi taza.

—Pero puedo estar con otras personas.

—No soy un juguete, y en tus circunstancias solo me puedes ofrecer que sea la otra. No me merezco eso, me merezco ser la primera y la única en la vida de alguien, que me elija por encima de todo y de todos. Estoy asqueada ya de querer algo que nunca me dan. ¿Qué planes de futuro podría tener con alguien como tú?

—Podríamos ir de viaje al Caribe o, mejor aún, a Bali, que está muy de moda.

—Vete a tomar por culo.

—Sigues diciéndome unas cosas tan bonitas que así va a ser muy difícil que pueda olvidarme de ti, como tú quieres.

—¿Cómo puedes tomarte todo con tanto humor, Fran?

—No le he hecho daño a nadie en mi vida, Lola. Solo jugué mis cartas con Tom, pero que esté casado por interés económico mutuo, y que tenga tres hijos, no me limita como si tuviera un problema. Es solo un hecho.

»Y sé que tú lo ves como que no podrías formar nada en común conmigo, pero si todo va bien, ¿quién dice que no se podrían cambiar las reglas del juego?

—¿A los tres niños y las perras también las podrías cambiar? —le pregunté sin ningún humor.

—Si al final te hiciste con el cariño de las perritas, te garantizo que te enamorarás de mis chicos. Son los niños más dulces y cariñosos del mundo.

—Para vosotros, los padres. A mí ya me está picando hasta el cuello. —Me lo rasqué.

—Me gustas mucho, Lola. Te prometo que nunca nadie me hizo vibrar tanto como tú.

—Pues conmigo la llevas clara. En serio te lo digo: no estoy dispuesta a complicarme la vida. Entiendo que tú has elegido la tuya y cómo quieres

vivirla, pero eres el único que tiene que hacerse cargo de sus decisiones. No voy a ser la otra de nadie, eso está totalmente descartado.

—No puedes negar los sentimientos que sientes hacia mí. Hemos conectado muchísimo en poco tiempo y eso es innegable.

—¿Y? Estoy a tiempo de superarlo. He salido de cosas peores; aunque me cueste y duela, saldré igualmente de esta hacia delante.

—¿Y por qué quieres frenar tus sentimientos?

—Porque no quiero mi vida junto a alguien que ya tiene organizada la suya, sin yo haber tenido elección. Tan sencillo como eso. Quiero poder casarme, construir una familia, ser algo…

—Pero ¿quién dice que no podamos construir una familia?

—¿Y dejar a mis hijos en desigualdad ante unos hermanos que ya nacieron con una estrella gracias a sus padres? Sé que suena egoísta, pero yo para traer al mundo a alguien que desde que llega ya va a ser diferente, como que no. Ser distinto muchas veces conlleva dolor; así que no voy a permitir que…

—Siempre tendrían mi parte.

—Como le pasó a ese tal Tom del que me has hablado, que la fuerza de los otros no le dejó estar en igualdad. No juzgo lo que hiciste, pero no puedes pretender que acceda a algo que no es lo que espero para construir una familia. Sinceramente, para eso prefiero quedarme como estoy o ser madre soltera. Mis bases son muy diferentes.

—Te puedo prestar el semen.

—Te estás buscando una hostia. —Reí negando.

—Lola, que todo en esta vida tiene solución menos la muerte. —Me agarró la mano y me solté.

Su contacto me quemó y me dolió a partes iguales.

—Que no me toques, en serio, Fran. Estoy superenfadada contigo, molesta y triste. Me ha jodido mucho que, después de saber lo que pasé con Aitana y con el desgraciado de Miguel, precisamente tú me hayas metido en lo mismo.

—No te he fallado en ningún momento. Si quieres, cogemos el primer vuelo que haya a Londres y comemos con Anne. Ahí te darás cuenta de que todo lo que te he dicho es la verdad, y te darás cuenta por ti misma de que entre ella y yo solo hay cariño y respeto —unos muy grandes, sí—, pero ya no más.

—Sí, claro, a Londres. —Solté el aire y negué—. Necesito estar sola.

—Estaré para ti, Lola.

—No es el momento de eso —susurré.

—Lo que he sentido y siento por ti es tan real como todo lo que te he contado. Por cierto, las perritas tienen ganas de verte.

—Vete, haz el favor. —Señalé hacia la puerta, sin levantar la cabeza.

—Te voy a esperar cada minuto de mi vida —me susurró al oído, mientras se levantaba despacio.

En cuanto la puerta se cerró y me quedé sola, rompí a llorar desconsolada. Lo amaba, pero no la vida que él había decidido formar. Podía joder la mía, y no es que quisiese nada de Fran que no me perteneciese si formaba una familia con él, pero sí quería que lo que creáramos no estuviese condicionado por otras personas, ni mucho menos por sus decisiones del pasado.

A Anne no la engañó conmigo, a la que engañó fue a mí, ocultándome su historia y consiguiendo que cayera rendida ante él. Y ahora no había manera de que me pudiera levantar. Todo se veía feísimo.

Capítulo 21



Me levanté de la cama porque me apetecía un café desde hacía un rato, ya que llevaba dando vueltas por lo menos una hora. Si no llega a ser porque el cuerpo me pedía que le metiera esa bebida caliente, me hubiera quedado debajo del nórdico.

Venga, Lola, que quedarte acostada no es la mejor opción que tienes para afrontar el día, me animé a mí misma.

Me dirigí al baño, me lavé la cara y los dientes, y fui directa a la cocina. Me hice el primer café del día y me senté en el sofá para tomármelo con calma. Puse la tele para que me hiciera compañía porque no me molesté en mirar más que unos segundos la pantalla.

Levanté las piernas para sentarme con ellas cruzadas en el asiento y me eché una manta por encima. Calentándome las manos con la taza, bebí un sorbo de café con la vista perdida.

Tenía tantas cosas en la cabeza que no sabía cómo iba a lograr poner mi vida en orden.

Por un lado, me sentía muy dolida porque Inés me hubiese mentido de la forma en la que lo había hecho. Nunca pensé que mi prima entraría en algún juego con esos dos, que se dejaría llevar por un hombre, en vez de estar a mi lado para ayudarme a plantarle cara al otro.

Me había llevado un gran palo con ella, jamás pensé que me ocultaría tantas cosas. Primero lo mal que estaba con Mauro y después el tema de

Mario, todavía me costaba creerlo todo. Por lo visto hasta con ella me había equivocado, porque de un tiempo a esta parte parecía que era otra persona desconocida para mí.

Después estaba Fran, que por mucho que me negara a saber nada de él, no significaba que no lo quisiera y que me doliera mucho. Mi corazón lloraba por lo que me hacía sentir, por no poderlo tener, por cada intento que hacía para acercarse a mí, intentos en los que tenía que rechazarlo por mi bien.

Y ya no hablemos del descarado de Mario, porque ese era otro que se las traía. Vamos, era para darle a mi prima con la mano bien abierta. ¿Ahora cómo me tenía que tomar que él estuviese jugando con ella? Porque eso era lo que estaba siendo, Inés era un pasatiempo para él.

En fin, que sentía que tenía frentes abiertos por todos lados.

Le di otro sorbo al café e hice una mueca al darme cuenta de que se me había quedado helado. No había cosa que me diera más asco que un café frío, así que me levanté y lo tiré por el fregadero.

Estaba a punto de hacerme otro cuando sonó el timbre. No me pilló por sorpresa, estaba segura de quién era y mucho había tardado en venir.

Al abrir, la tenía ahí, frente a mí, con un papelón de churros en una mano y, en la otra, dos vasos de chocolate caliente. Mi prima tenía una cara de pena que no podía con ella, pero a mí no me la volvía a pegar.

Porque mucha tristeza no podía tener cuando estaba segura de que llevaba con Mario desde el viernes.

—No pienses que te voy a perdonar porque aparezcas con eso y con cara de no haber roto un plato en tu vida —le advertí.

—Solo quiero que me escuches, cuando lo hagas, quizás me entiendas —me pidió nerviosa.

Dudaba que fuese tan fácil, su traición se me había clavado y dolía mucho.

—No creo que pueda entender tus mentiras y que hayas caído en las mentiras de esos dos. —Me aparté a un lado para que pasara, ni corazón tenía para cerrarle la puerta en las narices—. Siempre te he apoyado en todo, tú has ido por delante para mí, y así me lo pagas. No sé si estoy más dolida por lo de Fran o por lo tuyo.

Cuando llegamos a la cocina, sin decirle nada, sacó un plato para poner los churros. Lo llevó junto con la bebida a la mesa baja de enfrente del sofá y apagó la tele desde el mando a distancia. Lo hizo como si tuviera todo el derecho del mundo para hacer en mi casa lo que le saliera del moño.

Para ser sincera, ese poder se lo había dado yo y nunca me había importado, pero como hoy estaba tan molesta, todo lo que hiciera me iba a sentar mal.

—¿Me vas a dejar que te cuente cómo sucedió? Te lo pregunto porque sé cómo eres y cuando te encierras no escuchas a nadie.

—Te he dejado entrar, ¿no te dice nada eso? Te conozco demasiado bien, o por lo menos, creía que te conocía. Visto lo visto, ya no sé ni quién eres, ni qué has hecho con mi prima, esa que nunca me había ocultado nada, ni mucho menos fallado —le dije dolida y triste.

Estaba claro que por lo que había hecho, no iba a dejar de quererla. Un error podía cometerlo cualquiera, además de que estaba segura de que su intención hacia mí siempre fue buena. Pero las cosas no se hacían de la manera en la que ella las había hecho.

—Sé que no he actuado como debería, pero te juro que mi intención no ha sido hacerte daño. Antes de dañarte me corto un brazo —dijo con lágrimas en los ojos. Tampoco quería verla mal.

—Mujer, no hace falta que seas tan drástica, me conformo con que te saques un ojo.

La hice sonreír porque, por muy enfadada que estuviera, no podía evitar sentirme mal si la veía triste.

—Te prometo que sería capaz de hacerlo. —Eso no se lo creía ni ella.

—Corta el rollo, Inés, que una cosa es que quieras quedar bien y otra muy distinta es que me mientas en la cara. Sigue contando lo que has venido a decirme —le pedí.

Cuanto antes terminara mucho mejor, porque estaba hasta el mismísimo de este tema y todo lo relacionado con él.

—Conocí a Mario por internet, fue cuando ya había descubierto que Mauro me estaba engañando. No sé qué me pasó con Mario, desde que empezamos a hablar me gustó mucho su manera de ser —básicamente me contó lo mismo que ya había hecho Mario—. Me lo paso muy bien con él, es divertido y me da unos meneos al cuerpo que me deja temblando. Pero bueno, eso mejor me lo guardo para mí.

—Sí, con ese tema mejor estás calladita. —Bufé—. Ahora entiendo que te tenga tan enganchada. —Volteé los ojos.

—Es que no te puedes hacer una idea de todo lo que me hace sentir —suspiró—. El caso es que no supe que trabajaba contigo hasta la misma noche del sábado, la de tu primera cena con los directivos. Me enteré por él, porque quedamos para pasar el resto de la noche juntos y entonces me habló de lo bien que lo había pasado, y de la nueva compañera de directivos.

»En cuanto empezó a darme detalles sobre ella lo supe, y ya cuando quise asegurarme, preguntándole en qué empresa trabajaba, me lo confirmó. Él en ningún momento mencionó tu nombre durante su explicación, fui yo la que se lo dijo, dejándolo desconcertado. —Se encogió de hombros.

»Imagínate la sorpresa que nos llevamos, por la coincidencia. A partir de eso yo le expliqué que era tu prima y le hice un resumen rápido de nosotras. No entré en detalles. —Levantó las manos—. Fue solo para que supiera la unión que teníamos.

Al terminar, cogió un churro y lo mojó en chocolate, para llevárselo a la boca. Por muy disgustada que estuviera, a mi prima nada ni nadie le cerraba el estómago. Tenía una capacidad extraordinaria para no perder el apetito nunca. Yo era todo lo contrario, aunque ya que tenía los churros y el chocolate delante, no iba a desaprovecharlos.

—Se ve que has hecho mucho ejercicio. —No pude evitar sonreír, al ver cómo lo devoró.

—Ya te lo he dicho, me da unos meneos increíbles. Estoy muerta de hambre.

—No hace falta que lo jures, ya se te nota.

—El caso es que cuando lo descubrí todo no sabía cómo decírtelo. —Ignoró el último comentario que le hice—. Lo hablé con él, pero ya te había pasado lo de Fran y ninguno supimos cuál era la mejor manera para contarte lo nuestro.

—Inés, ¿sabes que Mario no quiere nada serio con nadie y que para él solo eres un pasatiempo más? —No quería ser dura con ella y mucho menos hacerle daño, pero se tenía que dar cuenta de que para ese hombre solo era un juego.

»El propio Mario me lo dijo hace poco, en uno de nuestros desayunos entre semana. Me comentó que había conocido a una mujer y que… —le conté palabra por palabra todo lo que me había dicho en aquella conversación.

Prefería que abriera los ojos por mí, a que lo hiciese cuando se estrellara contra un muro. Aunque estaba segura de que, por mucho que intentara advertirla, de poco iba a servir. Se veía que estaba superpillada.

—Yo sé que puedo hacer que con el tiempo cambie de idea —dijo convencida, sonriéndome—. Me gusta muchísimo y soy consciente de que yo le atraigo más de lo que parece.

Más ciega no podía estar. Y no por lo de la atracción de Mario, eso no lo dudaba porque mi prima era un bombón, me refiero a los sentimientos. ¿Sería yo que con mis malas experiencias lo veía todo muy negro en el tema de las relaciones de pareja? Podía ser, y envidiaba a mi prima porque estaba saliendo de una ruptura y aquí la tenía, luchando en tiempo récord por una nueva ilusión.

—Creo que no estás viendo las cosas con claridad. —Lo intenté de nuevo —. Mario no se va a atar a ti, ni va a tener una relación estable. Ni contigo ni

con nadie. Él es como su amigo Fran, están cortados por el mismo patrón. Esos dos son como el dicho «dime con quién andas y te diré quién eres». —Cada vez tenía más claro que por mucho que hablara, no iba a valer de nada.

»Ojo, que puedes hacer lo que quieras. Es tu vida, no la mía, lo único que estoy intentando es que pienses las cosas bien y te tomes tu tiempo para analizar cómo estáis y qué es lo que quieres. Sé que no está en mi mano, pero no me gustaría verte sufrir por otro hombre.

»Aunque no estuve contigo porque no contaste conmigo, sé que debiste pasarlo muy mal al enterarte de la infidelidad de Mauro. Dicho esto, ahora voy a dejarte una cosa muy clara —asintió—. Si tu deseo es estar con Mario, allá tú, pero conmigo no vuelvas a jugar. Me sentí muy traicionada por ti, por lo de Fran.

»Estoy mal y triste, y también enamorada, pero tengo muy claro que no quiero saber nada de él, más allá de lo profesional porque es mi jefe. Como hombre, para mí ya no existe. ¿De acuerdo?

—Te prometo que no volveré a hacer nada por el estilo, y que tampoco voy a tener más secretos contigo. ¿Me perdonas? Por favor —me pidió con los labios temblorosos.

—No lo sé, me lo tengo que pensar. —Me quedé pensativa.

Ya estaba más que perdonada, pero no se lo iba a poner tan fácil. Si sufría un poquito, como yo no le pasaría nada.

—No seas así, sabes que eres a la prima que más quiero —soltó acercándose a mí en el sofá.

Su madre tuvo que quedarse a gusto cuando la tuvo.

—Desgraciada, soy la única prima que tienes —dije riendo.

Con ella no me quedaba otra que reír o llorar, y lo segundo no tenía ganas de hacerlo. Ya lo había hecho bastante por la noche.

—Pues por eso mismo mi amor es completo para ti. —Se tiró sobre mí, haciendo que mi espalda cayera sobre el respaldo del sofá.

Me dio besos por toda la cara, como si le fuese la vida en ello.

—Para ya, loca —dije entre risas.

—No, hasta que me perdones de corazón y me digas: te perdono, prima querida del alma —habló sin dejar de besarme.

—Vale, te perdono de corazón, prima querida del alma, pero lo hago si paras. Como sigas así me vas a borrar hasta las pocas arrugas que tengo. —Nos reímos.

—Te creo, porque sé que me quieres tanto como yo a ti. Y para demostrarte todo ese amor, voy a pasar todo el día contigo.

—¿Señor, qué he hecho para merecer este castigo? —hablé de forma teatral.

—No sé para qué dices tonterías cuando sabes que soy lo mejor que vas a tener en tu vida.

—Oye, baja un poco, que creo que te has subido mucho. —Cogí un churro y lo mojé. Me supo a gloria el mordisco—. ¿Y su majestad qué desea que hagamos hoy? —le pregunté con ironía.

—Nada, porque es día de descanso total. Ahora mismo me voy a poner un pijama tuyo, después nos vamos a tirar en el sofá, vamos a ver peli y series, y cuando llegue la hora de la comida pediremos *pizzas*.

—Anda, si la niña lo tiene todo bien pensado. —La miré sonriendo—. ¿Y si te hubiera cerrado la puerta en la cara? —Arqueé una ceja.

—Tienes ventanas. —Se encogió de hombros y terminamos riéndonos.

No podía con ella en algunas ocasiones, pero era mi debilidad. Inés era para mí como una hermana, no, más que eso. Teníamos un vínculo muy especial. Era mi amiga, mi confidente y el hombro sobre el que llorar. Sin ella, muchas cosas hubieran sido más complicadas.

¿Cómo no la iba a perdonar? Era normal que alguna vez que otra discutiéramos, teníamos distintos puntos de vista en algunas cosas, pero ¿quién no los tenía?

Esto era lo bueno, que nuestros enfados no duraban más de un día. Bueno, en este caso me había durado dos.

Mientras que ella fue a mi habitación para ponerse cómoda con uno de mis pijamas, yo recogí lo del desayuno y me entretuve poniendo una lavadora. Solo tenía una por hacer, ya que me gustaba llevar la ropa al día y no dejaba que se me acumulara.

En cuanto las dos estuvimos listas, hicimos lo que Inés había dicho. Nos acomodamos en el sofá con la manta y buscó una película en un canal de pago. Eso sí, le dije bien claro que nada de películas románticas. Me negué en redondo porque ya tenía bastante drama en mi vida y ahora mismo no soportaba los finales felices.

Capítulo 22



Me había despertado en guerra con el mundo y con todo lo que tenía que ver con Fran. El café que me había tomado en el piso, antes de salir, me había sabido agridulce. Ya ni eso podía disfrutar. Iba sin ganas hacia un trabajo en el que ya no sabía ni el lugar que me correspondía.

El tema de mi prima también me tenía preocupada, porque estaba muy ilusionada y eso suponía que, si caía, lo haría a lo grande. Poco más podía hacer yo, aparte de estar a su lado y de advertirla y darle consejos, como hice cuando vino a mi piso a hacer las paces.

En fin, que me tocaba enfrentarme de nuevo a un lunes y no me sentía preparada, en absoluto.

Estacioné el coche en mi plaza de la empresa y fui directa al edificio, para subir en el ascensor. En mi planta, Mabel me sacó la primera sonrisa, me recibió como era habitual en ella últimamente. Tenía un café preparado para mí, el que esperaba que me sentara mejor.

Nos saludamos y estaba a punto de dar el primer sorbo, cuando unos gritos sonaron a mi espalda y me hicieron girar.

—¡Somos los tres mosqueteros! —dijeron en alto tres niños iguales.

Fran estaba con ellos, por lo que no podían ser otros que sus trillizos. Estupendo, mierda de día. Cada vez iba a peor.

—¡Qué monos! ¿Son tus hijos? —le preguntó Mabel al jefe.

—Sí, presentaos, niños.

—Yo soy el consentido de papá y me llamo Luca, él es el más peleón y se llama Marco, y este —señaló al tercero— es nuestro hermano Carlo, el más bueno según mamá.

—Qué emoción —dije metiéndome en el papel. Los niños no tenían la culpa de como era su padre.

—Son tres rubitos monísimos, parecen sacados de un catálogo infantil —dijo Mabel, emocionada.

—Nosotros somos los herederos de este imperio —sentenció Marco, al que su hermano acababa de catalogar como peleón.

—Yo mejor me voy a mi departamento, que tengo mucho por hacer —comenté.

—Eso será si yo te doy permiso —habló de nuevo el mismo.

—Ja, ja, ja… mira cómo me río. —Volteé los ojos—. Lo que me faltaba por oír. —Me sacudí la cabeza y me marché de allí lo más rápido posible.

¿Sería posible con el jodido niño? Vamos, por un instante me imaginé en la casa de Fran, con las tres perras y los tres bichos estos, y casi me da algo. Tenía claro que antes me tiraba por un puente, y solo había necesitado unos segundos con padre e hijos para llegar a esa conclusión.

—Buenos días, Lola —me dijeron al unísono Carlos y David, que parecía que se habían puesto de acuerdo.

—Será para vosotros… —murmuré sin mirarlos y tomando asiento.

—Te queríamos comentar cómo ves…

—David, ya no soy la directora del departamento. —Le recordé—. Me sustituí yo misma del cargo, así que, si habéis pensado o no en algo que dudáis, id al jefe supremo o a cualquiera de sus discípulos. Demasiado tengo yo con mis operaciones como para preocuparme por lo demás.

—¡Socorro, nos quieren secuestrar! —Entró gritando uno de los trillizos, con un avión en la mano.

—¡Secuestradores aquí! —grité también, por si era cierto que lo cogiesen del tirón, que no estaba yo para aguantar niños.

—Eres muy mala —me dijo—. Ya no juego contigo.

—Un trauma me dejas. Me parece perfecto —le contesté a la vez que lo ignoraba por completo.

Noté cómo David y Carlos aguantaban la risa. No sé dónde le veían la gracia, cuando tenía de todo menos eso.

—¡Papá, tenemos una delincuente aquí! —dijo el niño gritando a todo pulmón, saliendo por la puerta sin la más mínima vergüenza.

—Os he dicho que no os mováis de mi despacho. —Escuchamos la voz de Fran, reprendiéndolos en el pasillo—. Perdón —se disculpó asomándose por la puerta.

Lo ignoré por completo, pero los chicos le dijeron riendo que no pasaba nada, cosa que no pasaría para ellos porque, para mí, estaba claro que sí me molestaban, como todo lo que me rodeaba. Obviamente el problema era mío, pero lo tenía.

Intenté trabajar desconectando del revuelo que liaban los niños por los pasillos. No entendía cómo su padre no les pedía que no chillasen o que parasen un poco quietos. Lo normal, vamos, qué mínimo. Esto no era una zona de juego, si yo los tuviera al alcance, ay, si pudiera cogerlos. Además, ¿qué hacían aquí si se suponía que debían de estar en sus clases en Gran Bretaña?

—Niños, ¿qué hacéis tirados en el suelo? —Se escuchó a una voz femenina reprenderles. Cuando levanté la cabeza del informe que estaba leyendo la vi justo en la entrada del departamento—. ¿Qué pasa, que no le hacéis caso a vuestro padre y no os puedo dejar ni diez minutos solos?

—Mamá, es Luca que quiere cargarse a toda la gente de la empresa porque dice que son estúpidos.

—Esa boca —volvió a reprenderlo.

—Pues sí que nos ha cogido cariño —comentó David, llamando la atención de ella.

No me lo podía creer, el día iba de mal en peor. Catastrófico. Tenía delante de mí a la mujer de Fran. Estupendo, jodidamente maravilloso.

—Hola, soy Anne, la mamá de estos angelitos —dijo con humor, saludándonos desde la puerta.

Le sonreí con desgana porque me importaba un pito todo, además, no entendía por qué Fran no me contó que su familia iba a venir y que aparecerían por aquí. ¡Cómo iba a pensar él en mí! Poco le importaba cómo me sentía al respecto, con venir a mi piso a molestarme y a decir tonterías tuvo bastante. En realidad, ya no tenía ninguna obligación de contarme nada, pero, joder, por ética y empatía.

—Siento su comportamiento —se disculpó la mujer—, pero tres son multitud y a veces, cuando me descuido un poco, la andan liando.

—Tranquila, son niños. Lo comprendemos —le contestó David.

—Gracias —nos sonrió—. Me los llevo al despacho de Francisco. Tened buena mañana —nos deseó de manera educada y simpática, todo había que decirlo.

Qué pena tan grande para mí que fuese tan amable y se le viese buena persona, ahora ya no podía criticarla para calmar mi rabia, ni siquiera odiarla un poquito por aparecer en la vida de Fran antes que yo. En fin… menuda mierda todo.

—Yo soy Marco y tú estás muerta —me dijo llevándose un dedo al cuello, al separarse de su madre.

—No, esto sí que no. Esto no lo permito, como Lola que me llamo. —Me levanté de golpe, escuchando las risas de Carlos y David.

Cuando salí al pasillo, el niño ya había desaparecido de mi vista, por lo que me dirigí al despacho de Fran. Allí los encontré a todos.

El jefe estaba sentado al frente de su escritorio y su mujer Anne, al otro lado. Los niños estaban apartados hacia un lateral, seguramente preparando su siguiente trastada.

La imagen familiar me dio un vuelco en el estómago, como si me hubieran dado un golpe fuerte.

—Perdonad, solo vengo a comunicar que Marco me acaba de amenazar de muerte. Y sí, sé que es un niño y que no hay que tomarlo en cuenta, pero creo que…

—¡Marco! —me irrumpió su madre para reñirle—. Hoy te has quedado sin ver dibujos y sin jugar a nada. ¡Estás castigado!

—¿Por esa fea?

—Mira, niño, fea seré para ti, pero tampoco es que tú seas un maniquí. Poca vergüenza que tienes —dije indignada y después de soltar un berrido.

Me fui porque pasaba de asesinar a nadie y verme en la cárcel. Mientras me alejaba, escuché desde el pasillo cómo los padres reñían al niño, y este se defendía con mentiras. Pues no tuve que oír que yo lo había provocado e insultado antes. Menudo esfuerzo hice para no regresar al despacho y ponerme a la altura de ese mocoso.

Madre mía, y eso que Fran decía que eran unos amores de niños. Imagino que lo dijo con una ironía de lo más escondida que yo no supe ver, porque a esos tres renacuajos los cogía yo y los ponía más firmes que en la mili.

Cuando llegué a mi puesto de trabajo, agradecí el silencio que había. Carlos y David estaban concentrados y yo quise hacer lo mismo, aunque tenía la cabeza como un bombo. Me daba a mí que el día de trabajo productivo se

había ido a la mierda, pero como la culpa de todo la tenía el jefe, que se fastidiara.

—Ya me los llevo. Lo siento mucho —dijo de repente Anne, asomándose por mi departamento.

—Tranquila —sonreí.

Mis compañeros le dijeron algo parecido, antes de que se fuera.

Debía sumarle a Anne que se veía una mujer muy humilde, nada estirada. Se dirigía a todos con mucha educación y siempre con un gesto amable. No la podía señalar de otro modo porque realmente sería engañarme a mí misma. Como ya comenté antes, era una gran lástima que no me cayera mal al conocerla personalmente.

Después de un rato, Fran me llamó para que fuera a su despacho y no me quedó más remedio que hacerlo.

—Dime —dije entrando sin llamar, ya que la puerta estaba abierta.

—Siento lo de los niños, están muy nerviosos con el viaje que han tenido que hacer de manera improvisada.

—Eso no es excusa para no cuestionar que están a falta de mano dura. ¿Algo más? —pregunté expresando que pasaba de todo y que no quería perder el tiempo con su vida.

—Tuvieron que venir por una emergencia familiar de Anne. Llegaron ayer por la noche.

—¿Me vas a explicar vuestra vida para que lo puntualice en alguna de las operaciones?

—Son niños, Lola.

—Qué pesadito eres. Son vuestros hijos e insultando son la leche. Fea, mira que llamarme fea. En fin…

—No eres fea y lo dijo porque estaba muy nervioso.

—Sigue defendiendo lo indefendible. Ahí te quedas. —Me giré para marcharme.

—Te echo mucho de menos —murmuró desde su sillón.

—Pues no sé cómo tienes tiempo, con la vida tan entretenida que llevas —le contesté sintiendo una impotencia impresionante—. Da gracias porque no te digo lo que me parece lo que acabas de decirme, a pocos minutos de que se haya ido de aquí tu mujer. —Bufé, antes de largarme y desaparecer por el pasillo.

Me dirigí a desayunar un poco antes de lo normal. Casualidad que Mario también decidiera lo mismo. Me lo encontré y me ofreció sentarme con él, pero preferí sacarle un dedo a modo de respuesta y acomodarme en otra mesa, lo más lejos posible. No me aguantaba ni yo, menos iba a aguantar a nadie.

El resto de la mañana lo pasé entre suspiros, bufidos y todo eso que me salía del alma porque estaba de lo más desubicada.

Justo cuando quedaban diez minutos para salir, aparecieron por sorpresa en mi departamento los mosqueteros. Cada uno llevaba un detallito para mí en la mano.

—Esta flor es para ti, para que nos perdones —me dijo Luca.

—Yo te he traído caramelos —sonrió Marco, el futuro asesino.

—Y yo una cajita de bombones. —La puso sobre la mesa Carlo.

—¿Y qué más le tenéis que decir los tres? —preguntó su madre asomándose por la puerta.

—Que lo sentimos mucho y que no vamos a decir nada más feo ni grosero —dijo Marco con una cara poco convincente.

—Tranquilos, no pasa nada —hablé intentando parecer amable, aunque la realidad era que los hubiera echado y mandado con su puñetero padre—.

Gracias.

Mi agradecimiento fue más para Anne que para los pequeños. Cuando la miré, asintió, sonriéndome. Carlos, David y yo empezamos a recoger a los pocos minutos. Una vez abrigada y cargando con todas mis cosas, me despedí de ellos y bajé en el ascensor, para ir a por mi coche.

En la calle sentí un ligero alivio al respirar el aire fresco, no fue suficiente para que se me quitara la presión del pecho, pero fue un comienzo para la mierda de día que había tenido.

Justo cuando me incorporé a la carretera me llamó mi madre por teléfono.

—Hola, mamá.

—¿Qué tal estás, hija?

—Hoy soy una olla a presión a punto de explotar.

—¿Quieres que comamos juntas?

—Bueno, ¿qué te parece en el asturiano?

—Mira, sí, ponen unos platos de fabada que me encantan.

—Pues nos vemos allí.

—Saliendo estoy de la sucursal y tengo el coche cerca.

—Vale. Yo ya estoy yendo. Hasta ahora.

No tenía ningunas ganas de ver a nadie, lo único que me apetecía era encerrarme en mi piso y tener cero contacto con el mundo exterior, pero sabía que ver a mi madre y estar con ella me vendría muy bien.

Me dirigí al restaurante de comida tradicional que nos gustaba mucho y al que solíamos recurrir de vez en cuando, sobre todo en las épocas de frío en las que los guisos tan apetitosos que hacían sentaban de lujo. El dueño, que era el

cocinero principal, era asturiano, y con «asturiano» se quedó para mi madre y para mí, a la hora de referirnos al restaurante.

Llegué antes de que lo hiciera mi madre y me acomodaron en una de las mesas del interior que había libre. Pedí un refresco y unas olivas. La verdad es que tenía un hambre increíble, a pesar de estar por los suelos.

Cuando llegó mi madre me levanté para recibirla con un fuerte abrazo y varios besos en las mejillas. Al sentarnos le pedimos al camarero su bebida y la comida.

—Por favor, qué guapa estás —le dije agarrando su mano por encima de la mesa.

—Gracias, hija. —Me dio un pequeño apretón en la mano—. Pero tú tienes muy mala cara, ¿te encuentras mal? ¿Por qué no me lo has dicho?

—No te preocupes, de salud estoy bien. Al menos hasta donde sé. —Me reí sin ganas—. El problema es que llevo un día… No me aguanto ni yo, mamá, y para colmo hoy aparecieron por la empresa los trillizos de Fran, con la madre. Solo faltaron las perras. —Volteé los ojos—. La familia feliz al completo —negué, haciendo una mueca.

—Cariño, es su familia y debes aceptar que ya la tenía.

—¿Yo? No tengo otra cosa que hacer que aguantar las malas decisiones de otros.

—Son sus hijos y esos nunca son una mala decisión.

—Y su mujer, que también estaba, y no puedo mentir, se ve una mujer increíble. Es cálida, simpática, amable y amigable. Una mierda, vamos. —Bufé, haciéndola reír—. Los niños son otro tema aparte, me la sentenciaron nada más verme. ¿Pues no me llamó fea uno de ellos, el que antes me amenazó con que estaba muerta?

Después de la sorpresa inicial que se llevó mi madre, soltó una carcajada.

—Son cosas de niños, tú de pequeña también te las traías.

—Sí, hombre, yo era de lo más buena comparada con esos tres energúmenos que llevan la maldad por bandera.

—Seguro que no es para tanto —sonrió.

—Mamá, en serio, que esos niños lo único que tienen es que son muy guapos, pero el resto… —Puse expresión de enfadada.

—Los terminarás queriendo.

—Ni que yo fuese a estar con el padre. —Me reí con desgana.

—Lola, estás enamorada de él, y tarde o temprano, si él de verdad te quiere, volveréis. Si se lo propone lo conseguirá, porque el amor es así cuando va en las dos direcciones. Lo que pasa es que a ti te cuesta asumir la realidad de tus sentimientos.

—Si yo los asumo, no tengo problemas en decir que me he enamorado de Fran, pero no por eso voy a aceptar cualquier cosa que pueda arruinar mi vida.

—Hasta que de un día para otro cambies de pensamientos. A ver, dime, ¿qué tal con la prima?

—Ayer vino a mi piso y la verdad que bien, pero, si te soy sincera, me he llevado un palo enorme con ella. Está distinta.

—Está viviendo otro momento de su vida y eso nos hace ser diferentes, pero no por eso más malos. Tú e Inés os adoráis.

—Lo sé —suspiré—. A ti deberían beatificarte, no veas cómo estás defendiendo a todos.

—No confundas defender con mirar las cosas desde otra perspectiva. —Me hizo un guiño—. Tú todo lo ves negativo y por eso atacas hacia todos los lados. Yo, en cambio, tengo la capacidad de verlo desde otros puntos de vista. No siempre es blanco o negro, lo sabes.

—¿Que yo ataco? ¿No será que los demás se lo buscan solitos? Fran, por mentirme en algo tan importante y relevante, se ha reído de mí. Mario, por hacerme creer que es mi amigo, cuando no es verdad.

»El niño ese, por llamarme fea; y la prima, por dejarme de lado en cosas muy relevantes de su vida, por no confiar en mí como antes lo hacía. ¿Y el problema soy yo? Claro que sí. —Rebufé—. No, mamá, el gran problema es que soy tan tonta que… da igual.

Cogí el refresco y le di varios sorbos.

—Hija, relájate. Te encuentras así de sensible y susceptible porque tu corazón comenzó a latir con más fuerza por un hombre con el que no quieres tener nada.

—Pues a ver si revienta.

—Nada. Estás muy negativa. —Me acarició la mano.

Nos trajeron la comida y se hizo un silencio que era necesario. Necesitaba poner orden en mi mente, que de un tiempo a esta parte estaba de lo más desordenada. El caso era que tenía claro que me había enamorado de un hombre que no podía darme la vida que yo necesitaba.

Y quizás tampoco el amor que me merecía. Y dolía, mucho, muchísimo.

Capítulo 23



Acababa de ponerme el pijama después de la ducha cuando sonó el timbre. Por la hora que era, pensé en mi prima o en Chus.

—¡Sorpresa! —gritaron a la vez los trillizos, levantando las manos mientras su padre permanecía detrás de ellos, con una sonrisa de oreja a oreja.

Fran sostenía un montón de cajas de *pizzas* y yo solo podía mirarlo con incredulidad, con los ojos abiertos al máximo.

—¿Sorpresa? —pregunté en un susurro, apretando los dientes, mientras miraba al adulto con cara de querer matarlo.

—Hemos traído *pizzas* —dijo ignorando mi reacción.

Extendió hacia mí las manos con las cajas, como si no las hubiera visto.

—Ya podrías haber avisado.

—Niños, pasad y dadle un beso a Lola.

—Tampoco es que lo necesite. —Rebufé, apartándome por no liarla en el rellano.

Pasaron a la vez que estiraban el cuello para darme un beso, por lo que me agaché con cada uno de ellos por no hacerles un feo. Me sentí fuera de lugar en mi propio piso, el momento me parecía del todo surrealista, aunque conforme iba conociendo más a Fran, me iba dando cuenta de que su forma

de ser era así. Se lo tomaba todo a pitorreo y no le daba importancia a nada, ni siquiera a lo que era serio.

—Esta me la pagas —le dije cuando me acercó la cara para recibir su beso en la mejilla.

—Traigo tu *pizza* favorita. —Me hizo un guiño, sonriendo.

—No puedo contigo —gruñí.

—Sabes que te amo, mi vida.

—Tira para dentro y controla a esos mocosos que, de educación, van un poco cortos. —Bufé.

—Hablan dos idiomas.

—¿Eso qué tiene que ver con que sepan comportarse? —Arqueé una ceja —. Cállate, porque aún te llevas una colleja.

—Amor de mi padre, ¿dónde vamos a comer? —me dijo Luca.

En ese momento ya los identificaba perfectamente, ya que, al quitarse los abrigos, habían dejado al descubierto sus jerséis. En ellos ponía su nombre, así que no había error posible. Al final terminaría sacando matrícula de honor para reconocerlos, ya lo estaba viendo.

—¿Amor de tu padre? ¡Qué dices, niño! —Jadeé.

—Mi papá dice que te vas a ir a vivir con él al campo —dijo Marco, sonriendo.

—A ver si eres más realista con los niños —le dije a Fran, de forma que solo él me escuchara.

—Tiempo al tiempo. —Me hizo un guiño.

—Te vas a librar porque no voy a montar un numerito delante de ellos, pero ya te digo que en cuanto tenga la oportunidad…

—¡Que lo monte! —gritó Luca.

—Joder, qué oído más fino —hablé sorprendida, provocando que los tres rieran—. Niños, a comer, que hay que dormir pronto.

Si nos poníamos ya a comer y eran rápidos, se irían de la misma forma.

—¿Vamos a dormir aquí, papá? —preguntó Marco.

—No, no, no. No me habéis entendido —dije rápidamente—. Coméis y a vuestra casa —sonreí con expresión inocente.

—Papá, ¿estás seguro de que alguien que nos echa es tu amor? A ver si te has equivocado de casa, de mujer y, encima, se va a comer nuestras *pizzas*.

—Luca, es ella, lo que pasa es que no esperaba que le diéramos nuestra gran sorpresa —le respondió Fran.

Bufando, me dirigí a la cocina y todos me siguieron. Estuve a punto de reírme porque formamos una fila perfecta. Nos sentamos a la mesa, cada uno acomodándose en una silla. Repartí vasos y servilletas para todos, mientras Fran se encargaba de abrir las cajas de las *pizzas*, las que colocó de manera que ocuparan poco y tuviéramos al alcance todas.

—¿Y si la cambiamos por una más simpática? —preguntó de repente Carlo.

—Eso, eso, cambiarme —los animé—. Dios os escuche. —Junté mis manos a modo de plegaria.

—Os dije que era graciosa, ¿o no? —dijo Fran, con una sonrisa pícara.

—¿Y si la echas de la empresa? —preguntó Marco.

—¿Y si os calláis un poco y tenéis respeto, ya que estáis en una casa ajena y hablando de la dueña que os ha dejado entrar a su hogar? —les preguntó el padre, serio.

—Vaya amor más raro —susurró Luca.

—Y digo yo, ¿con todo el dinero que tienes no se te pasó por la cabeza invertir un poco en educación?

—Lo que le ha dicho —murmuró Carlo, tapándose la boca.

—Los tengo en el mejor colegio británico —se justificó Fran.

—La educación se da en casa y la cultura en el colegio. —Rebufé.

—Papá, ¿ella es una maleducada de las que nunca fueron a un buen colegio?

—No te metas en las conversaciones de los mayores, Luca.

—Ella no se calla. —Se encogió de hombros.

—Estaría bueno que me tuviera que callar en mi casa —negué, volteando los ojos.

—Lola, ¿estás estresada? —me preguntó Carlo.

—Lola está a punto de tirarse por la ventana —contesté, intentando contenerme para no decir algo más grave.

—Venga, que nosotros lo veamos —soltó Marco—. Nos gustan las aventuras.

—De verdad, estos niños necesitan mucha mano dura. No tienen límite con sus maldades.

—Son ingenuos —los justificó Fran.

—¿¡Ingenuos!? —Solté una carcajada tan fuerte que me hice daño hasta en la garganta—. ¡Una leche! De verdad, Fran, tienes un gran problema si no sabes ver lo que tienes encima —negué—. Creía que eras más inteligente, pero después de saber los nombres de tus perras y de ver a estos niños, creo que no se puede pedir más.

—Está insultando nuestros nombres, papá —dijo Luca.

—Pues tú no tienes mucha elegancia —murmuró Carlo.

—Tengo personalidad, la misma que os falta a vosotros —le contesté con un buen trozo de *pizza* en la boca.

Ya me daba igual todo, y mejor comer para entretenerme y contenerme, que saltar encima de la mesa para lanzarme sobre los niños y el padre.

—Papá, creo que no debimos de venir.

—Sí, Carlo, lo que pasa es que estamos en un proceso de adaptación —comentó Fran, tan tranquilo.

—Ni que los fuera a adoptar —respondí, de lo más indignada y sorprendida.

—No es eso, pero sí que tenemos que adaptarnos los unos a los otros para la nueva vida que nos espera.

—A ver, a ver, a ver, porque creo que me he perdido algo muy importante —dije levantando las manos—. Aquí hay una mala información generalizada. ¿Cómo que nueva vida? Si nos hemos acostado dos veces mal contadas.

—¡Han dormido juntos dos veces! —repitió Luca a sus hermanos.

—Los cálculos te han fallado. —Carraspeó Fran—. Tranquila, a partir de ahora dormiremos tantas veces como noches haya, porque dos personas que se aman no merecen convivir separadas.

—Fran, haz el favor. —Me llevé el dedo a la boca para que se callase.

—Le ha mandado a callarse —murmuró Marco.

—Chicos, bueno, vale ya. Cenad y estad calladitos, por favor —les pidió el padre.

—En ese tono te van a hacer caso un lunes, pero a saber de qué año —negué.

—Ni un martes —contestó Carlo, consiguiendo que sus hermanos y Fran soltaran una carcajada.

—¡Aquí no se falta el respeto más! Ni a él, que es vuestro padre, ni a mí, que no se os olvide que estáis en mi casa —dije mirándolos fijamente y apretando los dientes.

Los tres enmudecieron y hasta se pusieron blancos. Se hizo un incómodo silencio, pero al menos se callaron, que era lo que yo necesitaba.

—Te lo he dicho, necesitan mano dura y que se les hable en otro tono diferente al que lo hacéis. Ya es hora de que te des cuenta de que hacen lo que les da la gana sin tener consecuencias.

—Puede ser, claro que sí —contestó frunciendo sus labios y afirmando con la cabeza.

Parecía que nada tenía importancia para él y eso me quemaba muchísimo.

Desde ese momento pasamos una cena de lo más relajada, sin ruido molesto de esas voces pequeñajas que se creían muy mayores.

—La que más me gusta es la de barbacoa —me dijo Fran.

Los niños se miraban entre ellos, pero eran incapaces de gesticular palabra.

—A mí la que más me gusta es la Margarita, porque no lleva casi nada y no carga con ingredientes innecesarios —comenté en plan indirecta y con segundas.

—Solo con tomate y queso. —Intentó no dar importancia más allá que a las propias palabras.

—Sí, eso de meter salchichón, salami y fuet, como que no me va —dije refiriéndome a sus hijos. Tuve que aguantar la risa.

—Lo he pillado. —Se echó a reír.

—Yo no veo ninguna con salchichón —murmuró muy flojito Luca.

—No digas nada, que nos puede asustar otra vez —le pidió Marco, mirando como su hermano.

—La próxima vez el susto os lo daré yo —les contestó el padre, pero esta vez sin la más mínima amabilidad en su cara.

Los tres agacharon la cabeza con gesto de no hacerles la más mínima gracia de que su padre se pusiera así. Estaba claro que hoy les había dado yo una lección de educación, aunque no la hubieran entendido, les valió para cambiar su actitud. No es que los padres no se la diesen, pero no tenían mano dura y, en los tiempos en los que estábamos, no era buena idea dejarles pasar todo y tomarlo con naturalidad.

—Ahora vais a recoger los vasos de la mesa para llevarlos al fregadero —les ordené.

—Eso en nuestra casa lo hace Claudia, la chica que está interna —respondió Marco.

—Pero como yo no tengo ninguna Claudia, y no soy la interna de nadie, aquí vamos a colaborar todos y sin rechistar.

—Menos mal que no nos vamos a quedar a dormir aquí o terminamos limpiando su casa —le dijo Luca al oído a Marco y a Carlo.

Fran y yo nos miramos aguantando la risa. Nos ayudaron a recoger todo y, mientras su padre fregaba y yo barría la cocina, mandé a los niños al sofá donde, cuando terminé, les puse una peli de dibujitos.

Los dejé sentados, entretenidos, para regresar a la cocina tranquila. Fran me esperaba sentado de nuevo a la mesa, por lo que yo me senté enfrente, para que me diera una explicación o que me dijera cualquier cosa. A estas alturas, sinceramente, ya no sabía lo que esperaba.

—Quiero estar contigo, Lola.

—¿Y qué vida puedes ofrecerme?

—Amor, amistad, complicidad, diversión, comodidad y estabilidad. Para empezar.

—¿Ser legalmente la otra?

—Sabes que entre nosotros dos solo existe un acuerdo, respeto y muchísimo cariño.

—Y te entiendo, de verdad que sí, Fran. Me ha costado, quizás todavía me cuesta bastante reconocerlo, pero en el fondo puedo llegar a entender vuestras prioridades. Cada uno tenemos unas metas y objetivos en la vida.

»Vosotros elegisteis las vuestras, pero yo tengo los míos y no es justo que renuncie a ellos, cuando los demás obtienen todo lo que quieren. Y ya te digo que no aspiro a tener una relación en la que la otra parte tenga una carga tan grande encima. Puedo parecer egoísta, pero yo…

—Pero tú me amas, Lola, solo hay que observar la manera en la que me miras.

—Hablar contigo es peor que hacerlo con un niño pequeño —suspiré—. Creo que cuando te repartieron la inteligencia, te dejaron toda la del lado empresarial, porque por lo demás… Mi situación no es fácil, Fran.

—No sé qué hacer para que volvamos a ser los de antes.

—Los de antes no existían, era mi verdad y un gran secreto por tu parte.

—A Anne solo me une una firma, sabes que no hay nada sentimental entre nosotros.

—Bueno, así lo ves tú, yo no. Tengo derecho a decidir las cosas que estoy dispuesta a aguantar en mi vida.

—Solo te pido un fin de semana conmigo.

—¿Y con los niños?

—Cuando se vayan —sonrió.

—No va a servir de nada, Fran.

—Solo un fin de semana, por favor.

—Me lo pensaré. Ahora mismo estoy muy agobiada, no quiero nada más que ordenar mi vida, lo necesito, Fran. No me esperaba todo lo que tenías encima.

—Pero te planteabas algo, porque de lo contrario no te hubiera molestado.

—Me sentí de la misma manera que cuando descubrí lo de Miguel, aunque la realidad es que por él no sentía lo mismo ni de lejos.

—Ni nada tenía que ver su situación con la mía.

—Ya, pero esto no tengo cómo digerirlo.

—Dame un beso.

—No, Fran, no te lo voy a dar.

—Solo prométeme que pasaremos un fin de semana juntos.

—Te he dicho que me lo pienso —suspiré.

—¡Venga, chicos, que nos vamos! —los llamó, levantándose.

—¡Bien! —dijeron levantando los brazos, como si lo hubiesen estado esperando como agua de mayo.

En cuanto tuvieron los abrigos puestos, los niños corrieron hacia la puerta como si escapasen del mismísimo infierno. Me dijeron adiós con la mano, sin tener la intención de pararse. Por sus reacciones, había sido la primera vez que alguien les había hablado en el tono que yo había utilizado.

Después de cerrar la puerta, me tiré en el sofá y rompí a llorar. Ni yo sabía exactamente lo que me pasaba, pero todo tenía que ver con lo mismo.

Había vivido los seis peores meses de mi vida; encima Carlos y David hicieron un papel y ni ellos ni nadie se dignó a ponerme al tanto. Si lo hubieran hecho, si hubiesen contado conmigo, yo habría podido fingir para que todos consiguieran lo que querían, mientras que me habría sentido reconfortada porque mis dos compañeros no me odiaban de repente. Saber que fingían hubiera marcado la diferencia.

Ni una sola persona pensó en mí, en mi dolor y malestar. Luego me lie con mi jefe, que casualmente también estaba casado. Daba igual en las condiciones que lo estuviera, lo único importante era que lo estaba, que no me lo dijo, y que yo me enteré por la maldad de Aitana, cuando mis sentimientos estaban de lo más arraigados. Y si hablábamos de los niños…

Loca, estaba volviéndome loca y era incapaz de dejar que las cosas fluyeran. Sentía como si todo me pasase por encima con la intención de pisotearme.

Luego estaba lo de mi prima con Mario. Por nada del mundo me lo hubiera imaginado y es que, para decir la verdad, no me creía mucho que lo de ellos no viniese de antes. Hasta había llegado a pensar que lo de los mensajes del marido fue lo que la hizo aprovechar para salir a los ruedos como los toreros.

Maldita suerte la mía. ¿No tenía el destino otra forma de encauzar mi camino? ¿Por qué tenía tantos frentes abiertos y todos difíciles?

Mi sensación desde hacía un tiempo era que el mundo conspiraba en mi contra, que toda la energía se movía para acabar jodiéndome de una manera u otra.

Me quedé un rato bocarriba en el sofá, digiriendo el día completito de hoy, desde la mañana hasta la aparición de los cuatro en mi piso.

El caso era que no tenía ilusión por nada y todo lo de mi alrededor me molestaba.

Capítulo 24



Iba como una zombi conduciendo mi coche, mientras me dirigía hacia el trabajo. Hoy necesitaba como agua de mayo el café de Mabel, y es que los dos que me había tomado en el piso no me habían hecho ni el más mínimo efecto. Me había malacostumbrado porque Mabel no fallaba ningún día y hoy no iba a ser diferente.

Últimamente sentía que mi cuerpo avanzaba por inercia, más por obligación que por voluntad propia. Me movía, sí, pero sin ánimo, sin ilusión, como si alguien me hubiera bajado el brillo interno un par de niveles.

—Buenos días, Lola. Aquí viene tu compi favorita para alegrarte la mañana con el café —dijo acercándose a mí con el vasito.

—Buenos días, cariño. Como lo sabes, has acertado en todo. Venía pensando en él y en lo bien que me sentaría —le sonreí.

—Pues alegra esa cara, últimamente estás muy decaída. ¿Te cuento un secreto?

—Dime —le pedí divertida.

—Que sea lo que sea lo que te pasa, te aseguro que nada es tan grave como nos puede parecer. No se acaba el mundo.

Mabel se había convertido en ese pequeño respiro diario que te recuerda que no todo está mal. Su forma sencilla de cuidarme sin invadir, de aparecer con un café justo cuando lo necesitaba, valía oro.

—Muchas gracias, preciosa. Que vaya bien en tu puesto —le sonreí—. Yo voy a intentar trabajar, porque solo puedo pensar en estar en mi camita. —Bufé.

—Y yo, y yo —me contestó riendo.

Nos despedimos y me dirigí al departamento, donde David y Carlos sonrieron al verme entrar, mientras se ponían de pie.

—Lola, hemos comprado un regalo para los tres.

—Ya no hace falta que me hagáis la pelota, David.

—No es peloteo, simplemente vamos a tener todos los cafés que queramos, a cualquier hora. —Sacó una máquina de debajo de la mesa.

—Por fin habéis hecho algo productivo para el departamento —dije sonriendo, provocando que los dos rieran.

Me senté en mi mesa a tomar el que me había dado Mabel, verdaderamente encantada de tener una cafetera al alcance.

—Vamos a ponerla ahí —dijo Carlos, señalando un mueble bajo que tenía la encimera de madera vacía.

—¿Sabéis que la máquina funciona con café?

—Hoy estás graciosa. —Rio David—. Tenemos cafés, azúcar y briks de leche pequeños. Nos hemos propuesto alegrarte las mañanas.

—Pues tenéis trabajo por delante —negué.

—¡Lola, aquí están tus niños! —gritaron de repente y al unísono los tres entrando por la puerta.

—No me lo puedo creer, pero ¿qué he hecho para merecer esta condena?

—Pues ellos parecen encantados —comentó mi compañero Carlos, sonriendo.

—Hoy venimos a darte abrazos —dijo Marco, acercándose por detrás de la mesa para abrazarme una pierna.

—Hombre, primero me llamas fea y ahora me abrazas.

—Te perdono, Lola —me dijo el muy descarado, liándose o no, porque estos niños tenían más picardía que yo.

—Yo también te perdono. —Se unió Luca, tirándose sobre mí.

—Y yo. —En este caso fue Carlo.

—Madre mía, qué dinero gastado por vuestros padres en colegios privados —murmuré, causando una risa en mis compañeros.

—¿Ya nos quieres? —me preguntó Luca.

—Bueno, digamos que hoy vais por buen camino. Pero continuaré en alerta, que sois capaces de soltarme un disparate en cualquier momento. Al igual que hacerlo.

—Vamos a por el regalo, que ya nos quiere —dijo Marco.

Se miraron riendo y salieron corriendo en dirección al despacho del padre.

—Te tienen un regalo y todo, Lola.

—Carlos, por Dios, si ayer me dieron el día. Además, no saben ni lo que dicen. —Me reí negando.

—¡Ya estamos aquí otra vez! —Marco traía una caja sobre sus manos y estaba envuelta—. Es para ti, de nosotros tres. Lo hemos comprado ahora en una pastelería muy famosa de esta ciudad. Dice papá que cada bombón está a precio de oro.

—Vaya sorpresa. —Volteé los ojos, ya que la habían desvelado por completo.

—¿A que sí? —habló Carlo.

—No te vamos a decir lo que es —murmuró riendo Luca con toda la ingenuidad del mundo.

Si es que al final era para comérselos. A mí me iba a dar algo.

—Pues estoy muy nerviosa —les dije.

Abrí el papel y me encontré con una elegante caja, a la que le quité la tapa y vi el surtido tan bonito de bombones y chocolates.

—Eso para el café nos viene de lujo —comentó David.

—El regalo es para ella porque la hemos perdonado. Si Lola quiere, compartirá alguno.

—Claro que sí, Marco —dije negando y riendo—. Gracias, chicos, es muy bonito el detalle. Me ha encantado.

—Pues ya no nos puedes reñir más tan drásticamente.

—Mira, Luca, portaros bien y yo me controlo. —Carraspeé.

—Creo que nos hemos perdido algo —murmuró David.

—Bueno, yo estuve seis meses perdida y tampoco os importó mucho —le contesté con una sonrisa de lo más falsa.

—¿Seis meses te perdiste por el mundo? —me preguntó Carlo, abriendo la boca de par en par.

—Seis meses me perdí en este mismo departamento. —Puse voz de terror y salieron los tres niños flechados al pasillo, chillando, pero también riendo, yendo en dirección al despacho del padre.

—Bendita infancia —murmuró Carlos, haciéndonos reír.

Nos pusimos a trabajar y, al cabo de una media hora, cuando estaba revisando una operación en el ordenador, se me abrió en la pantalla un mensaje de chat de mi bendito jefe.

Francisco de Alba: *Te sigo echando de menos. Haría cualquier cosa por tenerte a mi lado.*

Lola Castro: *Me tienes a pocos metros. Date con un canto en los dientes.*

Me eché a reír después de mandarlo y mis compañeros me miraron arqueando la ceja.

Francisco de Alba: *Hoy me voy con los niños al campo, hasta el viernes que regresan a Londres. ¿Por qué no te vienes con nosotros y ya te quedas hasta el domingo? Podemos tomarnos estos días libres en la oficina y trabajar desde casa.*

Lola Castro: *Eso de no tener que venir a la oficina es muy tentador, pero, claro, luego pienso en que tengo que aguantar a tres niños y tres perras y, créeme, que no es tan buen plan.*

Francisco de Alba: *Siempre los puedo meter a todos en el trastero.*

Solté una carcajada al leer eso. Debía reconocer que tenía mucho arte. Obviamente, él no haría eso con sus hijos y sus perras, pero, oye, el punto lo había tenido.

Lola Castro: *Terminarían encerrándote a ti.*

La realidad era que deseaba ir. Estaba en ese punto de lucha interna.

Francisco de Alba: *Cógete la semana libre y danos la oportunidad de demostrarte que somos cuatro seres adorables.*

Lola Castro: *¿Cuándo comienza el juego?*

Francisco de Alba: *En una hora salimos hacia el campo. Puedes irte ya para tu casa para preparar tus cosas. No te olvides de llevarte el portátil para que podamos revisar las operaciones. No te arrepentirás, te lo prometo.*

Lola Castro: *Tenemos muchas cosas que negociar.*

Francisco de Alba: *Durante esta semana trabajaremos a fondo, tú y yo.*

No me lo pensé, ¿qué iba a pensar? Ganaron mis ganas de querer estar con él y más durante tantos días, después de lo que había sucedido entre nosotros. La historia entre Fran y Anne parecía que era realmente inexistente; al menos quise creer que no me había mentido en eso, y él les había hablado a sus hijos de mí, los pequeños decían abiertamente que yo era el amor de su padre. Quizás había terminado por volverme loca de remate, pero algo me decía que dar este paso estaba bien y que era muy importante.

Me despedí de Carlos y David, sin darles más explicaciones que las de que esta semana iba a teletrabajar desde casa. La siguiente fue Mabel, cuando me paré frente al mostrador de la recepción y me apoyé en él.

—Entonces hasta dentro de una semana no tengo que prepararle el cafecito a mi mejor compi —me habló sonriente.

—Eso es, pero cuando regrese llegaré soñando con él. —Nos reímos.

—Soy de esas amigas que nunca fallan.

—Lo sé, cariño. —Le di un abrazo.

Me despedí de ella diciéndole que, si necesitaba algo, me llamara, repitiéndole que trabajaría desde casa.

Cuando salí del edificio, fui directamente al estacionamiento y me monté en el coche. De camino a mi piso llamé a mi madre para hablar con ella y le conté que me iba para el campo con Fran y los trillizos. Se quedó a cuadros, no era para menos después de todo.

—Ten paciencia con los niños, hija —me pidió.

—Que sí, no te preocupes. Hoy parece que hemos limado asperezas. —Me reí—. Tenían mejor actitud y se han comportado bien. Y si algo cambia para peor, un buen golpe sobre una mesa, o en una cabeza, es la solución perfecta para dejarlos callados por unas horas.

—¡Lola! Ni se te ocurra darles en la cabeza —me pidió jadeando y yo solté una carcajada.

—Hoy no pillas las bromas, ¿eh? —le dije entre risas.

Era una locura lo que había aceptado. Aunque me quería meter en la cabeza que no me convenía entrar más en la vida de Fran, con todo lo que implicaba, la realidad era que yo lo amaba y me había dado cuenta de que, en muy poco tiempo, se había adueñado de mi vida.

Mi madre me hizo compañía durante todo el trayecto, hasta que estacioné en la plaza de mi edificio. Después de pedirle que le dijera a papá dónde estaría y por cuánto tiempo, me despedí de ella prometiéndole que le escribiría de vez en cuando, para contarle cómo me iba todo. Me dijo que no hacía falta que le enviase un mensaje largo, que tenía más que suficiente con que le pusiera: «Estamos todos bien y vivos, mamá». Llegué a mi piso riéndome por eso, con ella y sola.

En mi habitación preparé una mochila de viaje con la ropa necesaria y los productos de aseo, antes de sacar del frigorífico los alimentos a los que les quedaban pocos días de caducidad. Me los llevaría para el campo, para no tirarlos cuando regresara.

Mientras lo hacía todo no podía dejar de pensar en que estaba loca, en que había perdido la cabeza. Por otro lado, estando cada vez más cerca el momento de ir para el campo, para reunirme con Fran, mis pulsaciones se aceleraban. Necesitaba tanto estar con él, lo había echado tanto de menos… ¿Cómo iba a rechazar su propuesta?

Cerré el maletero después de cargarlo con la mochila y las bolsas con la comida, y me puse frente al volante. Antes de dirigirme para el campo, fui hasta una tienda de chuches que se encontraba en una zona de fácil aparcamiento. El día estaba lluvioso y no era plan de andar una buena distancia, aparte de que quería evitar estar dando vueltas y vueltas, hasta cansarme para aparcar.

Preparé cinco bolsitas variadas, ya que, obviamente, no solo habría para los trillizos, sino para Fran y para mí también, que éramos unos golosos.

No sabía si estaba dando un salto valiente o un paso directo hacia el desastre. Pero ya estaba en marcha. A veces el corazón decide antes que la cabeza, y el resto del cuerpo solo sigue el impulso.

Capítulo 25



Al llegar al campo, después de que Fran me abriera la verja, me encontré con los tres pequeños en la puerta principal. Estaban bajo el techado para no mojarse y me saludaban con las manitas, mientras las perras salían corriendo hacia mí, felices y contentas, sin importarles la lluvia.

Fran apareció rápido y vino a ayudarme. Me pidió que fuera hacia la casa cuando me abrió la puerta, pero le dije que lo ayudaba. El primer contacto con Diva, Coco y Lady me hizo contener la respiración, pero unos segundos después, por sus muestras de cariño, me relajé y hasta me reí cuando las tres querían mi atención.

Entre Fran y yo cargamos con todo lo que había en el maletero y nos dirigimos hacia la casa con las perras rodeándonos.

—¡Hola, Lola! —dijeron los trillizos conforme me iba acercando.

—¡Hola, mosqueteros! Os he traído una cosita, pero no sé si dárosla hasta asegurarme de que os portáis bien —sonreí al ver sus caras.

—Pues eso va a ser imposible —murmuró Luca, causando la risilla de sus hermanos.

—Entonces tú y yo —señalé a Fran mientras entrábamos en la casa— vamos a tener sobredosis de azúcar con la de chuches que he comprado.

—Eso no vale, yo soy bueno —dijo Carlo, agarrándome de la pierna.

—Un buen elemento, como tus hermanos —le respondió el padre mientras yo me reía.

Fui directamente a la cocina acompañada por todos. En serio, hasta las perras se unieron. Fran y yo dejamos sobre la encimera de la isla todo lo que había traído y él me quitó el abrigo y la bufanda de las manos. Mientras iba a dejarlo al armario de la entrada, yo vacié las bolsas y metí las cosas en la nevera.

—Al final he traído más cosas de las que pensaba, pero me daba pena que se estropearan —comenté con él a mi lado.

—Puedes hacer lo que quieras, estás en tu casa —me dijo haciéndome un guiño, apoyado en la encimera.

Como me fastidiaba que con solo ese gesto consiguiera derretirme. Cerré la nevera para ir hasta la mochila, la que cogí de la encimera para salir de la cocina. No nos separamos ni para subir a la planta superior; fuimos en grupo, hasta que Fran les pidió a los niños, en la puerta de la habitación de al lado de la suya, que se pusieran los pijamas.

Las perras se quedaron con ellos y a mí Fran me llevó a su habitación porque, según él, no tenía otra opción donde dormir. Quería estar conmigo en todo momento, me lo dijo con puro deseo, como si yo no lo deseara de la misma forma, con todo mi corazón.

—Gracias por venir. —Me apretó una nalga.

—Tenemos mucho de qué hablar.

—Sí, y todo el tiempo del mundo para hacerlo.

—¿Cómo que no les tienes una habitación para ellos? Quiero decir, que sí, que en esa hay tres buenas camas, pero no está personalizada para ellos.

En la habitación de al lado, donde los habíamos dejado, las únicas cosas infantiles que había eran las que tenían repartidas por el suelo y la cama, las mismas que desaparecerían cuando se las llevaran. No había ni una decoración para ellos, cosa que me extrañaba.

—La habitación de ellos está en el piso de la ciudad. Aquí vienen muy poco; para ellos es como una casa de vacaciones, por eso es más impersonal. Nunca me han pedido que les monte una como aquella, pero eso tiene fácil solución. Cuando tú quieras, se la ponemos. —Me hizo un guiño.

—¿Yo? —Me eché a reír—. Tienes un morro que te lo pisas.

—¡Papá! —gritó Luca, asomándose a la puerta haciendo un puchero—. Que Marco dice que le has dado cinco euros y que lo ha escondido para que nosotros no lo sepamos.

—¿Se lo has dado? —le pregunté a Fran.

—Los está pinchando, claro que no —me contestó.

El pequeño se marchó y no tardamos en escucharlos a los tres discutiendo.

—Esto lo soluciono yo.

Cogí de mi bolso unas monedas y me fui hacia la habitación, con Fran siguiéndome sonriente.

—Esto es para ti y para ti —repartí las monedas entre Luca y Carlo.

—¿Y a mí no? —preguntó Marco.

—No, porque tú tienes cinco euros.

—¡Era mentira! —gritó enfadado.

—Pues pídeles perdón y entonces te daré unas monedas también.

—Ni loco, a ellos ni loco —se negó.

—Pues tú te lo pierdes. —Me encogí de hombros y salí al pasillo.

—Espera, que te puedo contar un secreto de ellos dos —dijo el muy bandido.

—Chivato —le gritó Carlo.

—Bueno, vale ya, chicos. Hemos hablado mucho y quedamos en que ibais a poner de vuestra parte —les habló Fran, serio.

Se quedaron callados, pero Marco no se bajó del burro y prefirió quedarse sin las monedas antes que pedir disculpas. Estaba claro que eran tres niños e iban a estar siempre chocando, como era habitual en esa edad y más entre hermanos.

Elegí una ropa cómoda para ponerme: unos *leggings*, una camiseta y una sudadera por encima. La casa se encontraba calentita y la chimenea de la planta baja estaba encendida, pero aun así yo no me veía capaz de ir con menos ropa.

Estaba vistiéndome cuando las perras aparecieron en la habitación de Fran. Me reí al ver cómo se tumbaban cerca de la puerta; sus caras parecían decir: «Nos hemos cansado de los niños, no se os ocurra echarnos». Fran se contagió de mis risas cuando le conté mi pensamiento.

Él no podía estar más perfecto, con un pantalón cómodo y ancho que le quedaba de maravilla, y un jersey. Tenía el pelo despeinado, como si se hubiera pasado las manos varias veces por él. Se veía genial.

Cuando terminé de cambiarme de ropa, fuimos a buscar a los niños, que ya tenían los pijamas puestos, y bajamos a la planta baja para volver a la cocina. Diva, Lady y Coco se fueron hacia sus camas, donde se tumbaron cómodas, mientras nos observaban desde lejos.

Fran y yo íbamos a preparar la comida y se lo dijimos a los niños cuando nos paramos en el salón.

—Yo quiero patatas fritas con huevos —nos pidió Luca—. ¿Puede ser? —Nos miró a los dos y sonreí.

Sus hermanos también empezaron a pedir lo mismo y nosotros nos miramos con un gesto que evidenció que nos agradó la idea. Los dejamos en los sofás viendo una película, mientras los adultos nos encargábamos de hacer la comida.

Fran descorchó una botella de vino y sirvió dos copas. Después de dar el primer sorbo, no tardamos en comenzar a pelar patatas.

—No sé yo si es buena idea beber con tres peligros en la casa —negué.

—Solo es una copa. Cuando tenga la intención de emborracharte, te aseguro que los niños estarán durmiendo plácidamente en sus camas —me susurró al oído antes de morderme el lóbulo de la oreja.

Me puso la piel de gallina.

—¿Tenéis régimen de tiempo con los niños? —Lo miré de reojo.

—¿Para qué? —Se rio—. Eso es para las personas que están separadas y que se llevan mal, porque no son capaces de ponerse de acuerdo. En nuestro caso es muy diferente, Lola. Los niños viven en Londres con su madre, estudian allí y en las vacaciones no hay problemas porque me los traigo cuando quiero. Anne muchas veces también se apunta porque aquí tiene a muchas personas conocidas.

—¿Nunca has tenido sexo con ella?

—No. —Se le escapó una risilla.

—¿Por qué te ríes?

—Porque no soy como los demás, me refiero a que no me van los polvos rápidos ni por simple necesidad. Solo tengo sexo cuando alguien me atrae muchísimo.

—¿Ella no te gusta?

—Es una mujer preciosa, la has visto —asentí—. Pero yo no veo a Anne como una mujer, ¿entiendes? Sería como ver deseable a un familiar. —Sacudió la cabeza con expresión horrorizada.

—¿Y te han atraído muchas mujeres a lo largo de tu vida? —Carraspeé.

—Bastantes, pero no tanto como tú. —Me hizo un guiño.

—Tienes una manera de evadir las preguntas… —Bufé.

—¿Quieres que me ponga ahora a contarlas? —Se rio.

—No es eso, pero… da igual, vas a seguir saliendo por la vía de Tarifa. —Volteé los ojos.

En algún momento de tranquilidad, las perritas habían aparecido en la cocina y ahora revoloteaban a nuestro alrededor para que les diésemos un poco de comida. Eran unas glotonas, además de ser buenísimas. Ya me había dado cuenta de que de las que menos miedo debía sentir era de ellas. Los trillizos eran más guerreros y sabían hablar; la combinación podía ser explosiva.

Fran les dio varios tentempiés para que se quedaran tranquilas y satisfechas; volvieron al salón, a sus camas.

Entre los dos hicimos muy rápido los huevos y las patatas fritas. Los cinco disfrutamos mucho de la comida, fue un momento muy bueno y, para mi sorpresa, bastante tranquilo para lo que me tenían acostumbrada los pequeños. Los tres se quedaron tan llenos que terminaron yéndose a los sofás de nuevo, para echarse una siesta tapados con mantas. Nosotros nos acomodamos en uno que estaba libre, para tomar el café.

—Qué familia más bonita tenemos —murmuró Fran, mirando cómo dormían pacíficamente.

Me puse la mano en la boca para que mi carcajada no los despertase. Fran era un personaje que tenía cada cosa, que solo a alguien como él se le podía ocurrir.

—Si su madre te escuchase, te mataría —comenté cuando me tranquilicé.

—Lo mismo hasta te firmaba un traspaso. Están a poco de que los rifemos.

—Ya será menos —sonreí negando.

—Sé que entraste con muy mal pie con las perritas y los niños, pero debes reconocer que son todos adorables.

—Bueno, bueno… —Carraspeé.

—Serán una parte importante de tu vida —continuó.

—Tampoco te embales, que aquí hay mucho de lo que hablar.

—Sabes que no tenemos nada de lo que hablar y que tanto tú como yo queremos vivir algo muy bonito.

—A mí no me beses. —Lo empujé cuando le vi las intenciones, riéndome contenida por los niños.

—Estás deseándolo.

—Sí, pero mientras seas un hombre casado tengo claro que yo no seré la otra.

—¿Me estás pidiendo que me divorcie?

—No, eso es cosa tuya. Solo te estoy diciendo que no voy a romper mis valores por nada del mundo. Si quieres estar conmigo, deberás ser un hombre libre en todos los sentidos.

—Pero de ellos tres no me puedo divorciar, jamás lo haría.

—A los niños me los tendría que comer con papas. —Hice un carraspeo—. Además, Anne y tú ya conseguisteis tener la empresa para los dos, ¿qué os ata para estar casados todavía?

—Los impuestos, aunque está claro que todo tiene solución, pero puede ser más adelante.

—Pues hasta entonces te quedas sin besos.

—No lo estás diciendo en serio.

—Ya te digo yo que sí. —Me reí.

Capítulo 26



Era jueves por la mañana y el tercer amanecer en el campo…

—¡Vamos a por ti y no podrás escapar! —dijeron los trillizos, tirándose encima de mí, que estaba acostada.

—A vuestra madre le quedan veinticuatro horas de paz emocional —comentó Fran, haciéndonos reír.

—Le diré a mamá que se lleve secuestrada a Lola. Es nuestra víctima —dijo Marco.

—En esto último te doy la razón —contesté riendo—. Dejadme levantarme si queréis desayunar.

—Papá, prepara tú el desayuno y nosotros te pegamos.

—Mira, Luca, que con un pequeño movimiento de una sola mano os mando a los tres a rodar por las escaleras. —No fue una amenaza por mi tono de voz.

—Papá, aquí tienes las pruebas. ¡Nos quiere asesinar! —dijo Carlo riendo y los otros dos se unieron a él, afirmando.

—Anota esto también —le dije a Fran—: me los quiero comer una vez que los cocine al horno.

—¡¡¡Papá!!! —gritó Luca, tirándose sobre él y agarrándose con fuerza a su cuello.

Los tres se quedaron pálidos, mientras Fran y yo aguantábamos la risa.

—Tranquilo, intentaré negociar con ella —bromeó.

—Papá, llama a mamá y dile que tiene que venir urgentemente a por nosotros, que se masca la tragedia —soltó Marco, retrocediendo de espaldas hacia la puerta.

—No sé si será buena idea, ya que puede terminar en el horno también.

—¡Papá! —gritó de nuevo Luca, apretando sus brazos alrededor del cuerpo de Fran.

—Hay que llamar a la policía —recomendó Carlo, que también estaba alejado.

—Decidid qué queréis hacer, que yo voy preparando el desayuno y calentando el horno.

Cuando Carlo y Marco me vieron levantarme, corrieron a la otra habitación y cerraron la puerta.

Bajé por las escaleras llorando de la risa, como llevaba todos estos días, en los que habíamos vivido momentos tan surrealistas como divertidos. Al final iba a terminar reconociendo que los niños eran de lo más adorables, aunque también se las trajeran. La verdad era que me estaban encantando.

Desde la planta baja escuchaba a los niños peleando con su padre, intentando que entrara en razón. Le decían que no debían bajar a la cocina porque ya tenía el horno caliente. No podía dejar de reírme.

Al cabo de un rato aparecieron los tres detrás del padre, con una pistola de agua cada uno, con la que me apuntaban a mí.

—No he podido evitarlo. Estás en apuros y es mejor que no te acerques a ellos o la cosa puede terminar pasada por agua —me dijo Fran, haciendo un

gran esfuerzo para no reír.

—Papá, quédate aquí, que nosotros retrocedemos y buscamos a las niñas para que nos ayuden con esta guerra —habló Marco, refiriéndose a las perras.

Los tres andaban hacia atrás sin dejar de apuntarme.

—Voy yo, que antes de que deis con ellas lo habéis removido todo.

—Vale, nosotros nos quedamos apuntándola. La vigilamos.

—Pues yo voy a aprovechar mejor el tiempo —dije sentándome—. Tengo mucha hambre y las tostadas con Nutella y las galletas Lotus con crema de pistacho tienen una pinta… He preparado este desayuno especial para vosotros, pero ya que me estáis amenazando, me lo he pensado mejor. Todo para vuestro padre y para mí.

Las perras entraron corriendo a la cocina, vinieron flechadas hacia mí. Me reí cuando me hicieron tambalear al saludarme y comerme a besos. Fran se puso a mi espalda sujetándome, para que me mantuviera en el sitio. Los niños miraban incrédulos cómo habían pasado de ellos, aunque después Diva, Coco y Lady fueron a saludarlos.

—Entonces solo vamos a desayunar tú y yo —comentó Fran, tomando asiento frente a mí.

—Tenemos hambre, pero estamos en peligro y no podemos bajar la guardia —gritó Luca con cara de enfado.

—Siempre podéis sentaros…

—Papá, ¡que nos quiere meter en el horno y luego comernos! —respondió Marco.

—Estamos en serio peligro —recalcó Carlo.

Miraban hacia el horno que yo había encendido para darle más emoción a la cosa. Este momento no lo iba a olvidar en mi vida.

—Venga, venid, voy a apagar el horno. Os doy una tregua de veinte minutos.

—¿Sin matarnos? —me preguntó Carlo.

—Efectivamente. Tenéis veinte minutos para desayunar y desaparecer de mi vista toda la mañana.

—Está lloviendo —contestó Marco.

—La casa es muy grande. —Me encogí de hombros—. Os quedan diecinueve minutos.

—¿Nos fiamos? —preguntó Luca a sus hermanos, que afirmaron deseando pegar un bocado a las tostadas.

Se sentaron pegados al padre, que desayunaba aparentando estar ajeno a todo, cuando la realidad era que se lo estaba pasando bomba.

—Papá, ¿cuántos minutos nos quedan? —dijo Luca, que desayunaba a toda prisa para no perderse nada.

—Once, hijo, once.

—Pero antes nos tenemos que quitar de en medio para que no nos atrape —propuso Carlo.

—Sí, cuando queden dos salimos corriendo para el salón y nos ponemos en el sofá con las armas de ataque —habló Marco.

—Si queréis, os echo un poco de jabón para que os salgan burbujas —les dije con un tono muy provocador.

—No, no, que eso es una trampa para quitarnos las armas —negó con la cabeza Luca, sin dejar de comer.

Faltaban unos tres minutos cuando me levanté a coger un yogur del frigo y, cuando me giré para regresar a la mesa, los niños ya habían desaparecido y el padre estaba riéndose.

—Eres perfecta como segunda madre —soltó.

—¿Tú eres gilipollas? Esos niños ya tienen una madre y creo que hasta es buena persona la mujer. Y eso que la conozco muy poco, por no decir nada. —Me encogí de hombros.

—Ya te he dicho que a ella seguramente ni le importe. Y sí, Anne es como dices.

—Por Dios, Fran, a ver cuándo comienzas a tomarte las cosas en serio. —Rebufé.

—Los vas a echar de menos, te lo digo yo.

—¿Tú crees? —pregunté, en plan dudosa y bromeando.

—Estoy completamente seguro.

—Yo no lo tendría tan claro.

—¡Papá, queremos zumo, pero también queremos vivir! —gritó Marco desde el salón.

Me tenía que morir con los niños. Esos no sabían ni en qué mundo vivían. El caso era que más gracia no podían tener.

Fran les llevó un tetrabrik a cada uno, mientras yo preparaba otros dos cafés. Habíamos aprendido a disfrutar de largos desayunos sin más prisas que la de disfrutar del momento.

Al día siguiente la casa estaría muy silenciosa; incluso la sensación sería de vacío al principio, ya que Fran se los llevaba para ir a recoger a la madre, que los estaría esperando para ir al aeropuerto. Yo no me movería de aquí, a pesar de que me había pedido que lo acompañase. Me negué porque ese era un momento de ellos y así se lo hice entender.

—Me han dicho que están a punto de perdonarte.

—No veas la de veces que me han perdonado la vida —sonreí con ironía.

—Ya te digo, al final te terminan queriendo más que yo.

—Eso lo podría hacer cualquiera. No es nada extraordinario.

—Tú no te dejas querer.

—Tú, no divorcio. Yo, no beso. —Ladeé la cabeza.

—Me terminarás pidiendo que te bese hasta dejarte sin aliento.

—No lo veo muy claro. —Carraspeé.

—Tiempo al tiempo.

—Ese puede correr en tu contra.

—Lo mismo lo tenemos ya encima.

—¿El qué? —Quise hacerlo hablar.

—Tiempo al tiempo… —Me hizo un guiño.

Le gustaba despistar con ese juego de palabras que se traía y que solo él entendía. Yo podía interpretarlo de algún modo, pero bueno, sabiendo cómo se las gastaba Fran con esa personalidad tan suya, cualquier cosa me podía esperar.

En estos días que habían pasado, él no había conseguido el beso, y no había sido por falta de intentos. No besarnos no le había impedido abrazarme de mil maneras, demostrándome cómo necesitaba mi contacto y calor.

Decidimos ir al jardín para terminarnos los cafés. Ya era media mañana y hacía un solecito muy bueno y, aunque las temperaturas eran bajas, se podía estar un rato agradable disfrutando de la sensación.

Los trillizos también salieron y se pusieron a jugar con las perras. Estas eran incansables, sobre todo Lady, que no dejó de correr de punta a punta del jardín, y distancia había bastante. Desgastó a los niños que corrían tras ella.

—¡Lola!

—¡Dime! —grité de la misma manera.

—¡Que ya te hemos perdonado otra vez!

—Gracias, Luca —negué riendo.

Me perdonaban por lo que hacía, por lo que no, y por lo que se les ocurría, porque a veces veían fantasmas donde no había nada. Eran de lo más divertidos.

Para la comida nos dispusimos a hacer *pizzas*. Teníamos las masas de rollo compradas del súper y solo había que rellenarlas. Los niños colaboraron; pasamos un buen rato divirtiéndonos.

Se hicieron tres, pero, claro, una era de experimento y ahí se echó de todo lo que se les ocurrió a los tres terremotos, desde chorizo a anchoas y hasta mortadela. La pobre pizza terminó con una pinta que yo no pensaba pegarle ni un bocado. El toque estrella, según los trillizos, fueron varios chorreones de kétchup.

Lo mejor de todo era que su padre los apoyaba en sus locuras y se lo pasaba pipa picándolos para que echasen más ingredientes. No terminaron poniendo trozos de mantequilla en la *pizza* porque ahí sí que los frené yo.

Estaba viviendo unos días increíbles de paz, a pesar de tanto revuelo. La vida en el campo era de otro nivel; no me podía imaginar el bien que llegaba a hacer en el día a día un lugar como este. Hasta mi madre me lo decía cada vez que hablaba con ella. Por cierto, ella estaba encantada y feliz porque siguiéramos todos vivos después de tantos días juntos y encerrados.

Con Chus y mi prima Inés también había estado en contacto por mensajes. Ella, siempre que tenía la oportunidad, me soltaba algo de Mario y yo me hacía la sueca, mostrando desinterés hacia él.

No era que odiase a Mario, ni mucho menos, pero me sentía defraudada por él por varios motivos, así que aún tenía esa espinita clavada que me hacía

estar indiferente con él. Aunque, en el fondo, me caía muy bien y hasta le tenía algo de cariño. Era muy fácil cogérselo.

Capítulo 27



Estaba sentada en el porche, tomándome un café después de haberme despedido de los niños. Fran se los llevó para el aeropuerto, pero antes pasaron a por Anne, que estaba con su familia.

La casa se había quedado de lo más vacía de golpe. Si no fuera porque las perritas revoloteaban a mi alrededor, la soledad hubiera sido más inmensa. Al final los niños me habían ganado y, como me aseguró Fran, los echaba ya de menos y acababan de irse. El alboroto que formaban se hacía notar.

Comencé a analizar todo lo que había pasado en tan poco tiempo y me costaba creérmelo. Era como si todo se hubiera extendido en el tiempo y lo que habían sido días pareciese meses.

Si bien es cierto, de la forma en la que yo veía todo el lunes, ya no lo veía hoy viernes. Había cambiado tanto, con los detalles que me habían llenado el alma y que me habían hecho sentir que estaba en el lugar correcto, que no había dinero suficiente que lo pagase.

Cuando me bebí el café tranquilamente, entré en la casa para ir a la cocina, donde empecé a trocear toda la verdura para sofreírla antes de echar la carne para sellarla. Una vez terminé con eso, le eché el agua por encima y lo dejé haciéndose a fuego lento, mientras aprovechaba en la mesa de la cocina para trabajar con el ordenador en una operación que era más que viable y ya tenía casi lista.

Me encantaba el guiso de carne con patatas y me salía riquísimo. El olorcito que desprendía llenó toda la cocina y me abrió el estómago.

Fran apareció sobre la una de la tarde, cuando yo estaba en uno de los sofás leyendo. Venía cargado con varias bolsas y un precioso ramo de flores que me entregó con un beso en la mejilla. La realidad era que me lo intentó dar en los labios, pero yo giré la cara riendo.

—Es precioso.

—No tanto como tu beso. —Carraspeó, usando esa ironía que tanto me gustaba.

—¿Qué has comprado? —le pregunté mientras nos dirigíamos a la cocina.

—Qué bien huele. —Me hizo un guiño y puso las bolsas en la encimera—. He traído pan de pueblo, una butifarra de la zona —lo iba sacando—, una lata de mejillones gordos en salsa, unos paquetitos de jamón ibérico troceado para hacerte una comida que te va a encantar, y dos chuletones que haré esta noche con salsa roquefort.

—Me gusta todo —afirmé observando los productos—. ¿Qué tal la despedida?

—Bien. Me han dicho que te diga que te amenazan con venir mucho más tiempo para las vacaciones de verano, y que las próximas pistolas, en vez de agua, serán de chicles para el pelo. —Se rio.

—Ya veo que tienen unas ideas brillantes, dignas de ser estudiadas por la NASA. —Volteé los ojos, riéndome también.

—Mi dinero me cuesta la escuela —negó.

—Te repito que lo estás tirando. —Me encogí de hombros—. Por cierto, la operación de Vidal es muy rentable y los beneficios superan los trescientos mil euros. He estado trabajando en ella.

—¿Nos metemos en la inversión a medias?

—¿Estás de broma? —Me reí nerviosa solo de pensarlo.

—Te lo digo muy en serio. —Elevó una ceja.

—¿Y de dónde saco yo la mitad de la inversión, que son cincuenta mil euros?

Le hice la pregunta mientras lo ayudaba a guardar las cosas que había traído.

—Chúpamela y te los presto. Ya me lo devuelves con la rentabilidad que nos dé el día que la vendamos.

—¡Fran! —Solté una carcajada, sujetando con fuerza el pan de pueblo que casi se me cae de las manos al escucharlo.

—Eso no es besar, es chupar, y solo entrarían en juego tus labios. Los míos no.

—Vamos a centrarnos en la operación, es muy importante. —Coloqué el pan en su sitio, mientras él recogía las bolsas vacías—. Tírate a la piscina porque es una muy buena inversión.

—Lo otro también era importante, mucho —sonrió—. El lunes pasaré la operación a los analistas para que autoricen el pago.

—Genial. Mil eurillos aparte me podrías dar de comisión.

—Te iba a dar la mitad de los beneficios, pero quien no chupa… —Soltó una carcajada.

Esa personalidad tan suya me encantaba, aunque a veces me sacase de quicio y me dieran ganas de cogerle por el cuello, pero la realidad era que se lo tomaba todo con tanto humor que creía que de esa manera era más feliz que nadie.

—¿Quieres un refresco? —le pregunté sacando uno para mí.

—Sí, claro. El vino para esta noche.

—Esta noche podemos beber todo el que queramos, ya que no hay niños ni tampoco tenemos que coger el coche —le dije, dándole su lata.

—¿Me estás intentando decir algo? —Me rodeó por la cintura.

—No, ¿por? —Me mordí el labio.

—Me estás provocando.

—¿En qué quedamos? ¿En que te estoy intentando decir algo o que te estoy provocando? —Me reí dejando caer la frente sobre su hombro.

—Las dos cosas. —Me abrazó con fuerza—. ¿Cuándo vas a dejar que te bese?

—Ya lo sabes. —Me aparté—. Quien algo quiere…

—Pues no veo que luches por tus sueños.

—¿A qué te refieres?

—Te he propuesto hacer una inversión conjunta y…

—A cambio de sexo.

—¿No lo hemos hecho ya y gratis? Qué poca mente financiera tienes. —Se tocó con el dedo la sien.

—Fran, no me busques. —Me reí nerviosa—. Además, si haces conmigo esa inversión, es competencia desleal hacia tu «mujer» y la empresa la tenéis en común.

—Verás que vamos a tener que abrir el vino antes de tiempo y pegarnos una buena charla.

—Si la necesitas…

—Tú también la necesitas. —Me hizo un guiño y le dio un trago a su refresco—. Pero esperaremos a la velada de la noche, donde, entre el buen vino y las dos piezas de carne que compré, será todo más fluido.

—¿Qué pasa, que con un refresco y unas patatas con carne guisada no podemos hablar?

—No hay nivel, no —dijo bromeando.

—Pues esperaremos a la noche —suspiré.

—Ya tú sabes: vino, buena carne, charla y chupada. ¿Qué nos puede salir mal?

—Siéntate y medita. —Le señalé a la silla, riendo.

Serví el guiso en los platos y me ayudó a llevarlos a la mesa. Las perras nos miraban esperando a que les diésemos algo y, como siempre, salieron beneficiadas. Con esas caritas no podíamos más que sucumbir a sus deseos.

—¿Quieres más? —le pregunté mientras rebañaba el plato.

—Un poco más sí que me comía.

—Menos mal que mi estofado no tenía nivel para una buena charla. Veremos a ver si tus chuletas me hacen o no chuparme los dedos como tú ahora mismo. Casi lames el plato —dije levantándome para echarle un poco más.

—Venía muerto de hambre. —Se tocó la barriga.

—Tienes más cuento…

Lo notaba extraño, con una sonrisilla que me ponía de lo más nerviosa. Era como si estuviera tramando algo y en él eso podía ser peligroso, por la sorpresa que me llevaría. No sería nada malo, por supuesto, pero la duda estaba ahí porque Fran veía con mucha naturalidad ciertas situaciones.

—Había pensado que, en vez de echarnos a dormir una siesta, podríamos ir al centro comercial y dar una vuelta —me propuso.

—¿Con el frío que hace y lo bien que se está aquí?

—No sales de la casa desde el lunes.

—Y me podría quedar así toda la vida —sonreí yendo a preparar los cafés.

—Ya sabía yo que este lugar te atraparía, pero lo veo un buen plan para cambiar un rato de aires.

—Bueno, si te apetece, vamos.

Nos tomamos el café y me cambié de ropa para salir. En el coche, Fran iba con una risilla suelta que me hacía tener la mosca detrás de la oreja. Al llegar al centro comercial, buscó aparcamiento en el estacionamiento subterráneo y subimos a la segunda planta en el ascensor.

Él me llevaba de la mano con firmeza, me gustaba la seguridad que me hacía sentir a su lado. Andaba directo hacia algún lado, como si fuese hacia una tienda en particular, cuando se desvió entrando en una joyería.

—Buenas tardes, señores. ¿En qué puedo ayudarles?

—Vengo a que ella elija la sortija de compromiso que le regalaré esta noche en la pedida de mano —dijo Fran.

—¿Cómo? —Jadeé, agrandando los ojos.

—Es que ella no es nada romántica —le dijo al dependiente.

Estaba hablando tan tranquilo, como si no acabara de soltarme una bomba, que solté una carcajada nerviosa. Me reí con tantas ganas que contagié al hombre y encima por poco me ahogo.

—Por lo que veo no es una sorpresa —sonrió el hombre.

—Y tanto que sí, ya le digo yo que me acabo de enterar a la misma vez que usted —dije entre risas.

No podía parar por el ataque de nervios que me había provocado.

—¿En serio? —preguntó incrédulo.

—Que sea serio o no, eso ya no te lo puedo garantizar con este hombre —señalé a Fran—, pero que es gracioso, ya te confirmo que sí —dije mirando a Fran, que nos observaba atento con esa media sonrisa.

—Cuando quieras —me animó señalando a las cajas de sortijas que el dependiente acababa de colocar sobre el mostrador.

—¿Seguro que quieres regalarme un anillo? —le pregunté con incredulidad.

—Y pedirte que te cases conmigo.

—Pues como no te divorcies de la otra… —Se me escapó sin poderlo evitar y el dependiente nos miró con la boca abierta.

—Y luego dice que el gracioso soy yo —soltó Fran, consiguiendo que yo me riera y que el hombre se relajase y lo interpretase como una broma nuestra.

—Este me encanta —dije después de un rato.

No sabía lo que estaba haciendo, ni por qué narices cogí una sortija y me la coloqué en el dedo. Era preciosa, fina, elegante, discreta y con unos brillantitos pequeños que le daban luminosidad.

—No se diga más. Lo puede preparar para llevárnoslo —le pidió Fran.

—Su valor es de cuatro mil setecientos euros.

—¿Qué? —Acababa de dejarme loca.

—Eso no es nada para lo que te mereces, mi bombón. —Me hizo un guiño.

—Qué bonito, por favor —murmuró el dependiente. Hasta me pareció verlo emocionado.

Por Dios, la de cosas que me podría comprar yo con ese dinero. Me acababa de entrar un dolor de barriga impresionante.

El hombre se apartó un poco de nosotros para prepararlo con mucha elegancia. Metió la sortija en una caja que también era preciosa y que aprovecharía como pequeño cofre. La bolsita no se quedaba atrás, tenía un diseño increíble. Nos la entregó con una sonrisa de oreja a oreja y Fran le pagó. Nos despedimos de él con la misma felicidad, aunque yo sin creerme lo que acababa de pasar.

—¿En serio era necesario regalarme un anillo de ese valor? —le pregunté cuando salimos.

—La ocasión lo requiere, vida mía.

—Fran, que tú y yo sabemos lo que hay.

—Y el de la tienda. Anda que no se te fue rápido la lengua. —Rio.

—Si es que tienes cada cosa —suspiré.

—Esta noche lo hablaremos todo tranquilamente.

—Madre mía, que creo que estás peor de lo que pensaba.

—¿Nos damos otro caprichito?

—Prefiero quedarme sin nada, porque si cada vez que compres algo vas a pagar un alto valor, de verdad que prefiero no verlo.

—Hay momentos que merecen ser tratados de manera especial. —Me hizo un guiño.

—Y dale con los momentos. —Volteé los ojos.

Pasó de mí y de nuevo tiró de mi mano para llevarme a otra tienda. En este caso era una de lencería fina de mujer.

—Elige el modelito que llevarás esta noche.

—Fran, por Dios. —Me reí—. Que ya me has puesto muy nerviosa y hasta ahora me lo estoy intentando tomar a broma, con calma, para no desmayarme.

—¿Para una broma me iba a gastar yo casi cinco mil euros? —Rio—. Qué cosas tienes, vida mía. —Elevó una ceja.

—¿Puedo ayudarles? —nos preguntó una dependienta.

—Me gustaría un bodi sugerente, pero a su vez sensual, elegante y sutil. De un tejido gustoso y que, a su vez, sea cómodo.

—Tengo uno muy exclusivo y top entre nuestras clientas más pudientes, que se ha convertido en el básico imprescindible para una noche especial.

—Ese es el que quiere —le confirmó Fran por mí, aun sin haberlo visto.

La dependienta se rio por su comentario y fuimos con ella para que nos lo enseñara. Cuando lo vimos nos gustó muchísimo a los dos. Debo decir que a Fran más; solo había que ver cómo miró la prenda minúscula y casi transparente de ropa interior, y después a mí.

Era tan bonito y el tacto tan increíble que no lo dudé ni un momento. El precio era de ciento noventa euros, la calidad y el diseño eran indiscutibles. Era en color blanco.

—Imagino que ya podemos ir a tomar un café, o un zumo natural, o directamente regresar al campo, porque con lo que te has gastado…

—Aún queda una compra más. —Me hizo un guiño y tiró de mí.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —le pregunté sorprendida.

—El pijama de Victoria’s Secret que escuché en la cena de empresa que te gustaba.

—Te acuerdas.

—Me acuerdo de todo lo que dices. —Me miró de reojo.

Su confesión me dejó…

—¿Y eso también es para esta noche? —le pregunté en susurros.

—Claro, para la cena, encima del bodi —sonrió.

—Cuánto glamur —suspiré, devolviéndole la sonrisa.

Regresamos al campo después de comprar algunas cosas más de última hora, según Fran. Entre ellas estaban dos pijamas diferentes y monísimos, aparte del de Victoria's Secret; dos *leggings* y cuatro camisetas básicas para estar cómoda. Y porque me encabroné con él para que parara, si hubiese sido por Fran habríamos terminado comprando medio centro comercial.

Después de una tarde de tiendas más que productiva, me llenó la bañera en la que echó productos de *spa*, encendió velas alrededor y me trajo una copa de champán. Este, o estaba muy gracioso o muy en serio, y eso me estaba asustando…

Capítulo 28



Me había puesto el bodi y el pijama tan icónico, con la parte de arriba abierta para dejar la lencería a la vista. Acababa de terminar de arreglarme el pelo y de maquillarme de manera natural, con un poco de luminosidad en las mejillas. Sonreí frente al espejo al verme tan mona, para una cena que me tenía de lo más intrigada.

Fran se dio una ducha rápida antes de que yo empezara a prepararme, para así meterse en la cocina.

—¡Que voy! —grité avisándolo al inicio de las escaleras.

Conforme fui bajando, escuché que una melodía comenzaba a adueñarse de la casa. Sonaba un tema en inglés que no conocía, pero el tono que se percibía era romántico y especial.

Me asomé a la cocina, donde la mesa estaba preparada con velas prendidas que daban una luz tenue, junto a la pequeña lámpara que había en un rincón del habitáculo. Fran estaba con un pantalón de pijama muy parecido al mío, el suyo en color celeste, y una camiseta blanca básica. Perfecto.

Caminé hasta él y me apartó la silla para que me sentase, mientras mantenía una sonrisilla de orgullo por lo bien que había colocado todo para este gran momento, como él decía.

—Tiene todo muy buena pinta.

Los platos eran rectangulares, como si fueran bandejas, y cada uno tenía una pieza de carne con patatas fritas cortadas en rodajas que había colocado minuciosamente. Las copas de vino ya estaban servidas y, en el centro de la mesa, había una rosa y una tarjeta que ponía: *«Siempre seré el amor de tu vida»*. Cogí la tarjeta, porque debajo estaba la caja con la sortija que me había comprado horas atrás.

Sonreí mirándolo, emocionada por todos los detalles tan bonitos que estaba teniendo. A estas alturas estaba enamorada de él hasta la médula.

Cogió su copa de vino y la elevó un poco, mirándome con un brillo muy especial en los ojos.

—Que comience nuestra charla, la que nos llevará a vivir un futuro en común.

—Bueno, todo habrá que negociarlo, aún no te has ganado ni el beso.

—A ver si voy a tener que comprarte un Ferrari. —Se echó a reír, consiguiendo que yo esbozase otra carcajada.

—Creo que soy de las pocas mujeres a las que no se las compra con dinero. —Le hice un guiño.

—Pues bien que pides aumentos. —Carraspeó, mientras me acercaba su copa para que brindásemos.

—Una cosa es que no me deje comprar con dinero, y otra muy diferente es que no luche por lo que me merezco. Que tonta no soy. —Me reí, encogiéndome de hombros después de beber un poco de vino—. Además, el aumento iba con el puesto de directora, el que sí te pedí y del que dimití.

—Eres de un valor incalculable para la empresa. —Bebió sin apartar la mirada de mí.

—A ver si ahora va a resultar que estás haciendo todo esto para engatusarme por el puñetero trabajo. —Me reí.

—No —negó con una gran sonrisa—. Tú eres mucho más importante que el trabajo.

—Y bien… —Le di alas para que tomara el control de la conversación.

—Por lo que veo, no te gusta que las cosas fluyan.

—Sí, a veces, pero se supone que tienes que decirme algo.

—Tantas cosas por decir… —murmuró, mirándome con esa sonrisa que me ponía de lo más nerviosa.

—Pues tengo todo el tiempo del mundo. Soy toda oídos.

—Quiero que te cases conmigo. Sé que es una locura, que todo ha pasado en poquísimas semanas y ha ido muy rápido, pero ha sido tiempo suficiente para que me hicieras vibrar y renacer desde el principio.

—Muy bonito, sí señor, pero ¿se puede casar una persona otra vez sin estar divorciado? —pregunté con ironía—. No sé, como cambian tanto las leyes, lo mismo me he perdido algo. O quizás perteneces a esas religiones en las que puedes tener más de una mujer.

—Nunca he estado casado… —Carraspeó y me hizo un guiño.

—A ver, a ver, Paquito, a mí no me vuelvas loca. —Jadeé—. Me dijiste que estabas casado con Anne y aceptaste no besarme hasta que arreglaras tu situación, como te pedí. ¿A qué viene esto ahora?

—Todo en la vida tiene una explicación, hasta lo nuestro…

—Paquito, Paquito, que te juro que no te pillo. —Apreté los dientes nerviosa.

—Paquito, como tú me llamas ahora por los nervios, es el resultado de una vida privada muy meticulosa y cuidada.

—Verás como terminas adornándolo todo… —Rebufé riendo, y es que lo conocía. Podía salir con cualquier cosa—. Ahora no me soltarás algo peor que

lo de la mujer y los trillizos, ¿no? —Agrandé los ojos.

—¿Por dónde quieres que empiece, señorita bufona?

—Por el principio y procura hablar claro, sin tanto misterio y de frente. ¿Qué es eso de que nunca has estado casado? Madre mía. —Me llevé la mano a la frente.

—Yo siempre voy de frente —sonrió.

—¡Qué morro tienes! —Volví a reírme—. Con lo que acabas de soltarme y me dices eso. Ay, Dios, que me vas a tener toda la noche dándole rodeos al tema.

—Son varios.

—¡Habla! —grité sonriendo, atacada de los nervios.

—Normal que asustases a mis niños. —Soltó una carcajada.

—Da igual, si quieres habla, y si no, no hables. Yo me voy a comer el trozo de carne porque fría no vale nada.

Cogí los cubiertos de mala gana, porque no le encontraba el sentido a lo que me había dicho. La intriga y el querer saber sin obtener respuestas me sentaban fatal.

—Qué romántico todo, ¿verdad?

—¿Te vas a tomar algo en serio en tu vida? —Bufé.

—Sí, nuestra boda. Por cierto, quiero que sea este mismo verano.

—¡Pero si aún no he aceptado!

—Pero lo harás, paciencia —dijo, haciendo un movimiento de calma con las manos.

—Madre mía, mira que decirme que tenga paciencia, como si no la tuviera.

—La historia se remonta a siete años atrás. —Se metió un trozo de carne en la boca y comenzó a masticarlo con toda la tranquilidad del mundo.

—Verás que vas a tardar más en contármelo que el tiempo que dedicó el del Quijote a escribir el libro —suspiré, imitándolo.

—Mi hermano Eloy —dijo, dándome un dato familiar que yo desconocía — estaba en una relación con Anne…

—No sabía que tenías un hermano, pensaba que eras hijo único y de ahí que te quedases la parte de la empresa para ti, de manera exclusiva en lo que se refiere a las acciones de tu padre.

—Como decía, mi hermano y ella tenían una relación estable. —Ignoró mi comentario.

—Ya me he enterado, puedes seguir.

—Tu parte romántica, imagino que saldrá en algún momento. ¿Verdad?

—¿Y qué tiene de romántico que hablemos de la relación de otros?

—De ahí viene la historia. —Dio un trago a su copa de vino.

—Venga, sigue.

—No me atreví a contarte antes la realidad de todo porque no pensé que mis sentimientos llegasen a ser tan fuertes como los que tengo ahora, desde hace días atrás. La historia que te conté del tercer socio no era real; solo estaban mi padre y el de Anne.

—Sigue —suspiré.

—El caso es que mi hermano hizo una gran tontería de la que no tenía necesidad. Se metió en un tema de narcotráfico y fue condenado a quince años de prisión. En esos momentos fue justo cuando el padre de Anne y el nuestro tenían pensado traspasar la delegación de la empresa a los hijos. Mi padre, repartiendo su parte entre mi hermano y yo, y su socio a su única hija.

—¿Son tuyos los niños? —le pregunté, sin andarme con rodeos, ya que se me estaba pasando algo por la cabeza con mucho fundamento.

—Sí, legalmente son mis hijos, pero biológicamente son mis sobrinos.

—Me lo acababa de imaginar. —Solté el aire.

—El caso es que mi hermano dijo que renunciaba a su parte de la empresa porque no iba a estar presente durante años, siempre y cuando yo reconociese a sus hijos cuando estos nacieran, para hacerme cargo de ellos. Su propósito era que, ya que renunciaba a la empresa, sus hijos tuvieran a través de mi herencia su parte asegurada.

—Entonces ella estaba embarazada cuando lo pillaron a él, ¿no?

—Claro, hacía muy poco que lo sabían.

—¿Y los niños lo saben?

—Saben que tienen un tío que está trabajando lejos.

—Qué locura. —Me eché el pelo hacia atrás.

—Es un tema que quedó en nuestra familia y del que nadie está al tanto. Nunca hemos hablado con otros de ello, ni lo haremos. Tú eres la única excepción que vamos a hacer. Anne sabe que esta noche iba a contártelo todo.

»La gente solo supone que estamos casados por el tema de los niños y porque yo siempre me refiero a Anne como mi mujer, y la que lleva la sucursal de Gran Bretaña. Nunca he dado explicaciones de mi vida y menos iba a contar algo que la familia ha querido mantener en secreto.

—Entiendo —asentí.

—Me has devuelto la vida, Lola. Desde que mi hermano entró en prisión, me volví un tipo encerrado, con menos vida social de la que piensas. Me refugié en esta casa.

—Me lo imagino —susurré.

—Eres esa persona que siempre soñé para compartir mi vida y crear una familia.

—Lo de compartir la vida lo veo, pero lo de aumentar la familia más de lo que ya la tienes, como que no —dije riéndome, refiriéndome a los trillizos.

—Bueno, siempre se les puede dar un hermanito. —Me hizo un guiño.

—No, no, no —me negué, poniendo cara de terror y queriendo alegrar el momento.

—Quiero pedirte —cogió la sortija y se levantó, viniendo hacia mí— que te conviertas este verano en mi mujer. —Hincó la rodilla en el suelo, al lado de la silla donde yo estaba sentada—. Te necesito en mi vida, Lola. Me has devuelto el carácter alegre y bromista que siempre tuve; me estás convirtiendo en todo lo que fui antes de que pasara lo de mi hermano.

—Madre mía, al final me has hecho llorar —dije, secándome las lágrimas.

—Me encanta con el amor que me hablas —soltó con ese arte que lo hacía ser tan él.

—Sí quiero, sí, aunque sea una puta locura. Es muy precipitado, pero quiero cometer contigo todas las locuras del mundo —dije levantándome de la silla y agachándome a su altura.

—Pues te voy a poner el anillo.

—Venga, que mi dedo valga casi cinco mil euros a partir de ahora.

—El día de la boda valdrá el triple, porque si me has sacado este importe solo para la pedida…

—Yo no sabía cuánto costaba. —Me reí abrazándolo.

—¿Y mi beso?

—Todos los besos del mundo…

Capítulo 29



Cinco meses después…

Menos mal que era una mujer precavida y bien organizada, tanto que llevaba una semana con el regalo de mi tía comprado. No me había complicado mucho, fui a lo seguro.

Fue ella misma la que dejó caer varias veces que se había enamorado de un bolso de firma, entre muchas otras cosas. En los gustos, madre e hija eran un fiel reflejo; mi prima había salido calcada a su madre. Mi tía era demasiado lista y no se cortaba a la hora de hablar, tanto para lo bueno como para lo malo.

Elvira, que así se llamaba mi tía, siempre decía que para que alguien le regalase algo que no iba a utilizar, o que simplemente no le gustase, era mejor decir lo que una deseaba y así siempre todos terminaban contentos.

Unos por no malgastar el dinero y ella por conseguir esas cositas que deseaba sin gastarse un euro. Ese era el motivo por el que cada año escribía una lista de deseos y cada uno elegíamos el regalo que comprarle. Como he dicho, este año yo me decidí por el bolso.

Y digo yo, que mi familia podía tener los gustos un poco más normales, porque, madre mía, lo exquisitos que éramos todos, sin excluirme a mí misma de ese grupo.

El cumpleaños iba a celebrarlo en su casa, en concreto en el jardín, ya que hacía un día estupendo en el que el calor comenzaba a apretar. Ya tenía

preparado para llevarme un capazo con una toalla, el bikini y un vestido fresquito, de esos playeros que eran una monada.

Estaba claro que así no iba a llegar; para la primera impresión me decanté por un pantalón de lino blanco, pegadito a la cintura y a las caderas, pero suelto en las piernas. Me gustaba mucho y más cómodo no podía ser.

En la parte de arriba me había puesto una camiseta de tirantes anchos del mismo color, sin demasiado escote. Para darle un toque especial y que destacara, me anudé un pañuelo a la cintura colocándomelo con gracia. Lo elegí de un tono rosa muy bonito, ya que tenía las cuñas perfectas para hacer un conjunto ideal.

El pelo me lo dejé como más me gustaba: suelto. Disfrutaba con mi melena al aire.

Estaba terminando de darme un poco de brillo en los labios cuando Fran me mandó un mensaje diciéndome que ya estaba esperando en la puerta. Cogí el bolso pequeño en el que llevaba las cosas personales, el capazo y la bolsa con el regalo de mi tía para salir del piso.

Bajé en el ascensor impaciente por verlo de nuevo.

—Preciosa como siempre —me dijo al montarme en el coche, comiéndome con los ojos.

—Ya lo sé, pero me encanta que me lo digas. —Le guiñé un ojo antes de darle un beso rápido.

—Ya me podías echar un piropo de vez en cuando. —Arrancó el coche saliendo a la carretera.

—Claro que sí, y te ayudo a subirte el ego un poco más, porque de eso no tienes, ¿verdad? —Puso esa sonrisa como diciendo «qué le vamos a hacer, soy el mejor»—. ¿Has echado el bañador? —le pregunté.

—No, la verdad es que se me ha olvidado. —Iba mirando fijo a la carretera —. Pero no importa, siempre me puedo bañar en pelotas. —Seguía en esa misma línea en la que les daba naturalidad a las cosas más inverosímiles.

—No serías capaz. —Me reí.

Fran tenía cara para hacer eso y mucho más, pero en el fondo sabía que no lo haría. Vamos, quería creer que sería así por mi familia.

—Eso no lo sabrás hasta que llegue el momento. —También se rio.

Como no, a él le gustaba ponerme al límite con sus cosas.

—Fran, no la vayas a liar, que no me fío de ti ni de Mario. Los dos juntos sois demasiado locos —negué bufando.

—¿Liarla yo? Con lo formal que soy. Parece mentira que tengas ese concepto de mí y que te vayas a casar conmigo.

—Mira que todavía te puedo dejar plantado y darme a la fuga —dije entre risas.

—No juegues con eso, con lo que tuve que esforzarme para que quisieras casarte conmigo. Te recuerdo que me costó la broma unos cinco mil euros. —Carraspeó.

—¡Qué dices, descarado! Pero si me llevaste a elegir mi propio anillo —resoplé. Era para darle con la mano abierta en la cara tan dura que tenía.

—Pues eso, que me salió cara la broma.

—Barato te salió para la que me hiciste pasar y para lo que me merezco, así que no te quejes, que verás lo caro que te puede salir el matrimonio. —Me mordí la mejilla para no soltar una carcajada.

—Solo intenta no llevarnos a la ruina, no me gustaría verme por las calles pidiendo dinero mientras que mi mujer tiene, en el maletero del coche donde tengamos que dormir, bolsas y bolsas cargadas de ropa y zapatos de marca.

—No te preocupes, cariño, que yo tendré mi dinero bien guardado y no me vería en la calle. En todo caso, te verías tú.

—Sí, creo que este matrimonio va a ser muy ventajoso; para uno más que para el otro, todo hay que decirlo —sonrió.

Al llegar a la calle de mi tía, Fran fue directo a un hueco que vio. Estaba aparcando cuando otro coche se puso a nuestra altura y el conductor tocó el claxon.

Al mirar, vi que era Mario con mi prima. Este le hizo un gesto a Fran para que bajara la ventanilla.

—Quita el coche de ahí y busca otro aparcamiento, yo soy el yerno de la cumpleañera y tengo más derecho que tú de aparcar más cerca de su casa.

—Claro, y si quieres te hago una reverencia por ello —le contestó Fran sonriente—. Haber llegado antes, hombre. —No le dio pie a réplica, subió la ventanilla, terminó de colocar bien el coche y apagó el motor tranquilamente.

Cuando nos bajamos, Mario seguía mirándolo con los ojos entrecerrados y sonriendo de forma maliciosa, mientras levantaba su dedo y le hacía una peineta.

—Qué orgullosa me has hecho sentir en estos momentos —le dije a Fran, muerta de la risa.

—¿Ves? Lo he hecho por ti, para que después no digas que no te quiero —me sonrió ampliamente.

—Eres incorregible, te encanta quedar por encima de todos.

—Y a ti te encanta que lo haga, por lo menos con Mario.

—Es que con él tengo una especie de amor-odio. A veces me da un poco de penilla y puedo llegar a apreciarlo algo. —Nos reímos.

Era mentira, lo que pasaba era que Mario y yo nos pinchábamos mucho.

Decidimos esperar a que llegaran para entrar los cuatro a la vez.

—Mira quién viene caminando por allí como si fuese una reina. —Miré al final de la calle.

Y sí, Chus venía con unos andares que solo él podía lucir. Parecía que estaba desfilando por una pasarela.

Se había vestido con unos pantalones con estampado de leopardo, eran sueltos porque se veía cómo la tela se movía ligera con cada uno de sus pasos. En la parte de arriba llevaba una camiseta de tirantes en color *beige* y por encima, como una especie de chal que caía por la parte delantera de su cuerpo. Para que este no se le moviera del sitio, llevaba un cinturón que era una cadena dorada que no llegaba hasta el centro, en el que se unía con cintas de cuero marrón.

Lo mejor eran las sandalias planas doradas y el bolso en tono marrón con el broche dorado. Desde luego, que clase no se podía decir que no tuviera; sabía combinar las prendas y los colores a la perfección.

—Mira el pedazo de bombón que acaba de llegar —le hablé a Chus, acercándome a él cuando estaba cerca.

—Cariño, no sé lo que te está haciendo este hombre, pero cada día estás más radiante. —Me silbó haciéndome reír.

—Lo único que hago es darle muchos orgasmos —contestó con soltura Fran—. ¿No sabes que dicen que rejuvenecen mucho y dan luminosidad a la piel? —Se aguantó la risa.

—Fran… —Hice el intento de reñirle, pero no me salió bien porque terminé riendo otra vez.

—Básicamente me estás diciendo que eres colágeno para ella. —Chus se mordió el labio inferior repasando con la mirada el cuerpo de Fran—. A mí no me importaría que me inyectaras un poco de ese tratamiento.

—Lo siento, amigo, pero el producto se me agotó anoche. —No se callaba ni bajo el agua; tenía salidas para todo.

Mario e Inés nos encontraron riendo y, entre bromas, entramos los cinco a la casa de mis tíos. Mis padres hacía rato que habían llegado, se adelantaron bastante para ayudar con la organización de todo.

—Felicidades, tita —le dije dándole un beso y un fuerte abrazo.

—Gracias, cariño. El regalo lo puedes poner por allí, quiero que estén todos juntos y bien colocados —me pidió señalando hacia donde ya había unos cuantos.

Mi tía se ponía como una niña pequeña y transmitía su felicidad. Aunque todo estaba organizado, ayudamos a hacer la comida, bueno, más bien hicimos como que ayudábamos, porque la paella de marisco la estaban haciendo entre mi padre y mi tío.

A los dos hermanos se les daba muy bien la cocina, además de que les gustaba ponerse los delantales y meterse entre fogones.

La cerveza fresquita iba corriendo como si fuese agua, mientras picoteábamos patatas chip, aceitunas y, como no, jamón ibérico. Ese era uno de los productos que no podían faltar en ninguna de nuestras reuniones familiares.

Mario conectó música a unos altavoces que le dio mi prima y enseguida nos envolvieron canciones que invitaban a bailar y a moverse.

Las mujeres estábamos hablando entre nosotras cuando llegaron Fran y Mario.

—Suegra, si no te importa, te la robo un rato, que ya bastante la has tenido para ti —le dijo Fran a mi madre sin cortarse ni un pelo.

Ella le dio una sonrisa más que encantada, mientras Fran me cogía de la mano para llevarme a un lado del jardín. Allí empezó a bailar conmigo, provocándome para que lo siguiera en cada uno de sus movimientos. Sabía moverse que era una maravilla, con una sensualidad increíble, tanta que me hacía querer estar pegada a él sin separarme ni un centímetro de su cuerpo.

No apartó la mirada de mis ojos en ningún momento, mientras nos dejábamos llevar por el baile.

—Parejita, a comer que ya está todo listo —nos gritó mi padre.

Habíamos estado disfrutando tanto de nuestro momento que el tiempo se nos pasó sin darnos cuenta. En la mesa volaron las botellas de vino blanco, por el calor que hacía, y más con lo frescas que mi tío las mantenía. El vino entraba que daba gusto.

Después de comer nos pusimos de acuerdo para colocarnos los trajes de baño, para darnos un chapuzón todos juntos. Fran también, porque lo que me dijo en el coche fue una broma; sí que había traído su bañador.

El primer baño que nos dimos fue cogidos de las manos todos, incluidos mis padres y mis tíos. Saltamos al agua entre risas a la vez. La cara de glamur con la que me miró Chus no tuvo desperdicio, aunque la perdió toda cuando se hundió en el agua.

Antes puse el móvil en un trípode con la cámara enfocada para que nos cogiera a todos, para capturar el momento y que quedara inmortalizado. Fue un momento muy divertido que quedó perfecto en las ráfagas de fotografías.

A media tarde encendimos las velas de la tarta para que mi tía las soplase, mientras le cantábamos el mítico cumpleaños feliz.

No recordaba en qué momento de la tarde a Chus se le ocurrió la genial idea de proponernos un juego. Este se trataba de colocarnos, de uno en uno, una carta en los labios que teníamos que aspirar para que se quedara pegada a la boca. Entonces, otra persona —sin utilizar las manos— tenía que quitárnosla con sus labios hasta conseguir lo mismo: que no se le cayera, para mantenerla haciendo ventosa. Así continuaría la cadena, pasándonosla de unas bocas a otras. Lo que nos reímos…

—Ahí hay dos que han quedado eliminados, pero por lo que se ve les da igual —dijo Fran en voz alta para que mirásemos donde nos decía.

Me giré para saber de lo que hablaba y me encontré con una grandísima sorpresa. Mis padres se estaban dando un beso, y no uno cualquiera: un señor

beso.

Me quedé con la boca abierta, sin creer lo que estaba viendo. Lo mejor fue lo que se dijeron el uno al otro cuando consiguieron separarse, sin importarles que todos estuviéramos observándolos.

—Madre mía, Cris, ¿cuándo has aprendido a besar así? Me has dejado… —le dijo mi padre a mi madre sin dejar de mirarle los labios.

—Pues no te digo nada, porque no recordaba lo caliente que me ponías y con los años te has superado —le contestó ella, tan natural.

Lo que estaba sucediendo no me lo esperaba para nada. Mis padres siempre tuvieron una relación muy especial y yo sabía que, a pesar de la separación y de los años, ambos seguían queriéndose. Lo único que creía era que era por el cariño mutuo que sentían hacia el otro, no porque todavía tuvieran sentimientos como los que estaban dejando ver.

Me había quedado tan, tan… madre mía. Sentí mucha ilusión y me dio igual que fuese momentánea. No sabía cuánto duraría lo que estaba viendo, lo mismo daba, porque sabía que hiciesen lo que hiciesen mis padres, continuarían respetándose siempre.

—Qué bonito y emocionante, y eso que no se han dicho las palabras más románticas del mundo —dijo Chus a mi lado, haciendo que se limpiaba una lágrima.

—Con esto tengo la esperanza de que, si alguna vez me dejas, podré volver a conquistarte con el paso de los años —me susurró Fran al oído.

—Mejor te callas y no te la juegues —le contesté a modo de advertencia, haciéndolo reír.

Teníamos un nuevo motivo de celebración, uno enorme. Y tanto que lo era, porque todo apuntaba a una posible reconciliación de mis padres. Tanto celebramos y con tan buenos momentos que nos dieron las tantas de la madrugada a todos juntos. Mis padres estuvieron muy juntos desde el beso, hablando bajito y sonriéndose de una forma… me morí de amor con ellos.

Capítulo 30



Estaba segura de que esta noche iba a ser bien larga, aunque a mí seguro que se me hacía corta, como todos esos momentos que esperábamos con mucha ilusión e inquietudes, y que nos llenaban de emociones.

Normalmente era eso lo que solía pasar cuando te lo estabas pasando bien y hoy era lo que pensaba hacer, dándolo todo.

No todas las noches se celebraba una despedida de soltera y menos la de una misma. Qué poquito faltaba para que diese el famoso «sí, quiero» y qué ganas tenía de que llegase ese día, pero como todavía faltaba para que sucediera, iba a ir abriendo boca con una buena despedida, junto a mi madre, mi tía, mi prima y, cómo no, Chus, que siempre iba en cabeza y se apuntaba a un bombardeo. Para mí era indispensable.

Solo esperaba que no hiciera lo mismo que en la despedida de casada de Inés, cuando nos dejó tiradas para irse con su querido Sergio. Cada vez que lo veía, perdía la cabeza por él, pero era algo que también le sucedía a Sergio. Esta noche no sería igual porque Chus no podía desaparecer, era el que lo había organizado todo.

No tenía ni idea del lugar al que íbamos, ya que me había planificado la despedida él y, para mí, era un secreto cómo iría la noche. Solo esperaba que no fuéramos al típico local donde hacían estriptis, porque nada de eso era de mi estilo, aunque con Inés revoloteándole a Chus me podía esperar cualquier cosa.

Menos mal que mi madre y mi tía también venían, por lo menos ellas pondrían un poco de cordura si la cosa se nos iba de las manos.

Estaba en el baño de mi habitación, terminando de hacerme unas ondas en el pelo porque me animé a darle un poco de forma para esta noche especial. Me había maquillado como de costumbre, desde que aprendí los truquitos de los vídeos que veía, me encantaba hacérmelos si tenía la oportunidad.

Para la sombra de ojos utilicé tonos neutros, con un punto de brillo cerca del lagrimal para aportar luminosidad. Me gustaba darle ese toque, ya que me hacía los ojos más vivos y grandes, además del rímel que terminaba haciendo su magia. Los labios me los había pintado de rojo intenso.

El color del vestido que elegí para la ocasión hacía juego con el de mis labios. Era rojo, con una tela preciosa, fino y elegante. Quedé muy contenta por lo bonito que se veía con las sandalias en color dorado que complementaban a la perfección.

Iba a ser una gran noche, estaba deseando disfrutarla con mi familia, Chus entraba en el mismo lote. Me sentía muy emocionada porque la despedida era otro paso más para el gran día. Cada vez que pensaba en que iba a casarme con Fran, mi jefe…

Me estaba echando unas gotas de mi perfume favorito cuando me llegó un mensaje. Fui hasta la cama, donde tenía el bolso, y saqué el móvil. Me había escrito Chus avisándome de que acababa de llegar para recogerme.

Me colgué el bolso y fui apagando las luces del piso. Después de dejar bien cerrado con llave, bajé en el ascensor y la sorpresa que me llevé al salir del edificio fue enorme. El coche en el que había venido a por mí era de alta gama y de siete plazas, de color blanco. Se veía reluciente, parecía recién salido del concesionario y venía con chófer incluido.

—Madre mía, ¡cómo está mi reina! —me dijo Chus cuando se bajó para recibirme—. Porque vamos a lo que vamos, que, de no ser así, te aseguro que te saldría más de un novio. De hecho, no descarto que te tenga que espantar a muchos esta noche —dijo con gracia y nos reímos.

Nos dimos un abrazo y besos, después me agarró de la mano y me hizo girar sobre mí misma, dándome un par de vueltas.

—Perfecta, reina —me sonrió de oreja a oreja.

—No estoy mejor que tú. Esta noche estás espectacular. —Le guiñé un ojo.

Más guapo y elegante no podía ir. Llevaba un pantalón suelto y una camisa en dorado satinado. Se había remangado hasta los codos y completó el *outfit* con un toque especial: un pañuelo celeste con detalles dorados rodeándole la cadera. Lo llevaba atado en un lateral, dejando caer la punta en pico hacia la pierna. Así lo utilizaba yo también, porque fue Chus quien me enseñó a llevarlo con gracia y elegancia.

El complemento ideal era el bolso del mismo color que el pañuelo y los mocasines. No podía ser más diva.

—Parece que el dorado está presente hoy —comentó al ver mis sandalias.

—Soy a la primera a la que recoges, por lo que veo —comenté al darme cuenta de que no había nadie más en el coche.

—Cariño, la protagonista de la noche tiene que ser la número uno en todo lo que se haga a partir de este momento, tu momento.

—Pensaba que estaríais todas —negué sonriendo—. Me tenéis de los nervios, sin saber dónde acabaremos. Ni siquiera a mi madre se le ha escapado un detallito —suspiré.

Lo de ir a ciegas no iba conmigo, cada vez estaba más nerviosa.

—Les hice prometer a todas que mantendrían la boca cerrada. —Rio—. Ya queda un poco menos para que lo descubras, reina —sonrió de medio lado—. No te preocupes, que sé muy bien cuáles son tus gustos y no haría nada que te hiciera sentir incómoda.

No estaba muy segura de eso, pero no me quedaba de otra que confiar en lo que me decía. Además, a mí me iba el riesgo, sobre todo si era acompañada

de mi querido Chus y mi prima. En esta ocasión, mi madre y mi tía eran un extra que me encantaba tener conmigo.

A la siguiente que recogimos fue a Inés, que apareció arreglada de lo más rompedora, con un vestido rosa claro de cuello barco que le caía sobre los pechos, dejándole la clavícula y los hombros al aire. Era entallado y le llegaba por encima de las rodillas. Mi prima tenía un gusto muy parecido al mío a la hora de vestir. Sus sandalias de tacón eran plateadas, al igual que el bolso.

Ambas teníamos claro que la sensualidad no iba con enseñar más, todo lo contrario: para nosotras una mujer elegante podía ser mucho más atractiva y sensual que las que iban enseñando hasta las ideas.

—¡Ole las mujeres guapas! —gritó Chus sacando la cabeza por la ventanilla del coche.

—¡Guapo tú! —le contestó ella, riendo de lo más feliz.

Mi prima se montó junto a mí en la parte trasera. Nos abrazamos y nos besamos.

—Cariño, es que cuando he dicho las mujeres guapas, yo estoy dentro de ese lote —le dijo Chus a Inés, provocando que el chófer se riera—. ¿Y tú qué me dices, bombón? ¿Vengo guapa o no? —le preguntó al chófer, girando medio cuerpo para mirarlo de frente, ya que estaba en el asiento del copiloto.

El hombre no supo qué contestar, hacía mucho tiempo que no veía a alguien ponerse tan rojo.

—Claro, igual de guapa que ellas dos —le contestó para salir del paso.

—Pues no te cortes en decirlo, que a mí me encanta que me echen piropos —le soltó con un guiño.

Como siempre, llamó la atención, pero al mismo tiempo destensó el ambiente con su soltura y alegría, para que el hombre se relajara. Incluso consiguió que terminara sonriéndole y se unió algunas veces a nuestras conversaciones, cuando le pedíamos que opinara.

Llegamos a la casa de mi madre, donde ya estaba mi tía. Llevaban toda la tarde juntas, lo que nos ahorró darnos otro paseíto más, antes de dirigirnos hacia el lugar al que íbamos.

Otras dos que entraron al coche como dos modelos espectaculares. Y no es porque fuesen mi madre y mi tía, pero es que estaban preciosas. Eran dos bellezas a las que nunca les echaban la edad que tenían, podían romper muchos corazones todavía. Bien lo sabían mi tío y mi padre.

Todavía me costaba pensar en mis padres juntos y en el tonteo que tenían. Esta misma tarde había hablado con mi padre y me había pedido disimuladamente que estuviera pendiente de mi madre, pero en el buen sentido. Lo de vigilarla estaba descartado. Me repitió varias veces que lo llamara si en algún momento lo necesitábamos.

—Ahora que estamos todas, vamos a hacer el primer brindis de la noche —dijo Chus.

Para hacer el último trayecto se había sentado con nosotras, en los asientos traseros. Sacó una botella de champán con cinco copas y empezó a llenarlas.

—Chus, qué bien organizado lo tienes todo —le dijo mi madre cogiendo la copa que le ofreció.

—Es que no hay nadie mejor que yo, ya lo sabes. —No necesitaba a nadie, él mismo se lo decía todo—. Cuando veáis todo lo demás, vais a flipar —habló con satisfacción.

Aunque ellas tres estaban al tanto de lo que nos esperaba esta noche, no era lo mismo que verlo en directo y vivirlo.

Capítulo 31



Me pareció raro que el chófer tomara rumbo hacia el puerto. Quisieron despistarme, pero no consiguieron que dejara de estar pendiente a lo que veía por la ventanilla. Cuando el chófer paró, ya estaba del todo descolocada, porque en el lugar donde nos encontrábamos no había cerca bares, restaurantes, ni lugares de fiesta, y menos algo más especial donde celebrar una despedida.

—No entiendo qué hacemos aquí —les dije.

Salimos del coche, despidiéndonos del chófer, y la mirada se me fue hacia lo que más llamaba la atención: los yates amarrados en el embarcadero. Cada vez estaba más aturdida, buscando una explicación a este momento.

—Lolita de mi alma y de mi corazón, con lo lista que eres, no sé cómo no te has dado cuenta de que tu despedida de soltera va a ser en alta mar, en uno de esos yates —me dijo Chus, colocándose detrás de mí. Me cogió por los hombros, a la vez que me daba un beso en la mejilla—. Para ser más concreto, nos vamos a subir a aquel de allí.

Señaló por encima de mi hombro a uno, y no uno cualquiera, porque era el más espectacular que se veía. La boca se me abrió de tal forma que parecía que se me hubiese desencajado la mandíbula. No pude cerrarla.

—Chus, esto es demasiado —dije conmocionada—. Debe haberte costado mucho dinero, no puedo dejar que cargues con todo. —Él estaba muy bien económicamente, pero, aun así, le habría tenido que salir por un ojo de la cara —. Dime cuánto, porque pienso hacerme cargo yo.

—No se te ocurriría hacer eso. —Me miró desafiante—. Ya está pagado y vamos a disfrutarlo. Por mi reina, lo que sea. Así que olvídate ya de esas tonterías. —Cuando se ponía en plan cabezón, no había forma de hacerlo cambiar de opinión.

—Mira lo bien puesta que se pone doña Chusa —soltó de pronto mi prima —. Como te coja el dinero, es para darle con la mano abierta.

—Inés, que esto le ha salido por un pico —dije preocupada.

—Como si lo hubiese pagado él. —Volteó los ojos.

—Bueno, pues os doy el dinero a los cuatro —insistí.

—Cariño, yo no sé si tu tía pagó algo, pero yo no he puesto nada de dinero —dijo mi madre.

—Yo tampoco —confirmó mi tía.

—Prima, ni Chus ni yo hemos gastado nuestro dinero.

—Mira que no quiero terminar en la cárcel por subirme a un yate sin permiso del dueño. —Ya me estaba viendo en un calabozo y con las esposas puestas como mi cuñado—. Mejor me voy antes de que me metáis en un lío. —Me giré para irme lo más rápido de allí.

—¡Quieta ahí, que no hay peligro! —me pidió Chus, mientras me agarraba del brazo para detenerme—. Todo está más que pagado. Yo he sido el organizador de la despedida, pero tu futuro marido se ha encargado de todas las facturas —me aclaró riendo.

Miré a mi madre y asintió, sonriéndome. Lo mismo hicieron mi tía y mi prima.

—¿Os estáis quedando conmigo?

—Qué va. Nuestro querido amigo tuvo el descaro de pedírselo a Fran —me contestó Inés—. Le dijo que como iba a ser tu marido, qué mínimo que corriera con los gastos de tu despedida.

—Palabras textuales de tu futuro: «*No escatimes en gastos, prepárale una despedida a la altura de ella. Disfrutad al máximo*» —me contó Chus.

Estaba flipando por el descaro de Chus, pero la jugada le había salido redonda.

—Di lo último que te dijo —le pidió Inés, riendo.

—Ay, reina —me habló Chus—. Tu marido me amenazó. —Puso expresión de horror, tapándose la cremallera del pantalón con las manos—. Después de eso continuó diciendo que, si se me ocurría arrastrarte a algo pecaminoso, se encargaría personalmente de mí, dejándome claro que no me gustaría. Nada de nada —negó con la cabeza.

Las cuatro soltamos una carcajada, mientras Chus hacía como que respiraba con dificultad al imaginar que lo que estaba tapando con sus manos corría peligro.

—Pues si es así, hay que hacerle caso a Fran. —Les hice un guiño—. Vamos a conseguir que merezca la pena cada euro gastado. ¡Comencemos con la noche, que el tiempo vuela! —grité sintiéndome superfeliz.

Accedimos al muelle y llegamos al inicio de la rampa que había puesta para subir al yate. El patrón estaba arriba, esperándonos con una sonrisa para darnos la bienvenida.

El yate era una pasada. Todo estaba tan limpio que parecía recién pulido y las luces iluminaban el casco con una claridad increíble. Había varios cojines blancos enormes repartidos por la cubierta, de esos en los que te hundes al sentarte, y la barandilla de metal brillaba como recién estrenada. Incluso el olor era diferente: mezcla a mar, a madera buena y a algo caro que no sabía ni explicar. Me dio la sensación de que no estaba en un barco, sino en una escena de película, y eso me puso aún más nerviosa.

—Buenas noches, mi nombre es Ramón y seré vuestro patrón durante toda la navegación —nos saludó de manera muy educada y simpática.

—Y si te dejas, no me importaría que fueses algo más que el patrón del barco por esta noche —le dijo Chus, haciéndole unos gestos.

—Chus, no seas descarado y compórtate —le riñó con cariño mi madre, procurando que el hombre no la escuchara.

—Cris, es que no pillo nada si no me lanzo —suspiró con dramatismo.

—Pues un buen porrazo te puedes llevar en una de esas —le soltó mi tía riendo, pasando por su lado.

En la cubierta había una mesa preparada para cinco. La decoración era preciosa. Junto a ella había un muchacho joven vestido con un uniforme de camarero y una servilleta sobre el brazo doblado.

Chus fue contándome que también habían contratado a un chef y a un DJ; este último, durante la comida, fue poniendo música suave y a un volumen aceptable.

La cena estuvo compuesta por una gran variedad de marisco. Me encantó, era una de mis debilidades, y todo estaba exquisito.

—Madre mía, esto está buenísimo —dije al probar un bocado del bogavante recién hecho que el camarero había dejado en mi plato.

Lo había comido muchas veces, pero no de la forma en la que lo había preparado el chef.

—Sí que está bueno, sí. —Me dio la razón mi madre.

Las botellas iban vaciándose que daba gusto; cada vez que cogía mi copa, me la encontraba llena. No parábamos de beber acompañando la deliciosa comida, por eso los cinco llevábamos un rato sonriendo todo el tiempo.

En cuanto terminamos, recogieron la mesa y la desmontaron para que tuviéramos más espacio a la hora de bailar.

A un lado de la cubierta había una mini barra con un barman para atendernos en todo lo que quisiéramos. Y ahí supe que la cosa podía desmadrarse con una simple chispa. Literalmente.

—Bombón, ¿por qué no nos preparas algo que sea fuertecito para comenzar la noche? —le pidió Chus.

Se acercó al barman con pose sensual, apoyando un codo en la barra. Esa fue su intención, porque la realidad fue que, con lo que había bebido, el brazo se le resbaló al no encontrar superficie, y terminó dándose con la frente en la barra.

—No pasa nada —dijo enseguida, recuperándose con mucho arte—. Solo ha sido un error de cálculo.

Soltamos una carcajada, doblándonos de la risa. Hasta el barman terminó riéndose.

Todos íbamos igual. En nuestro grupo, y menos esta noche, no había nadie que pudiera poner límites. Mi madre y mi tía tampoco paraban de reírse por todo.

Tanto es así que, si no hubiese sido por el alcohol, mi madre no habría terminado con las pestañas, las cejas y la parte delantera del pelo chamuscado. La culpa fue de la bebida fuerte que le pidió Chus al barman, al que no se le ocurrió otra genial idea que prepararnos algo con fuego.

El barman nos puso delante unos chupitos a los que prendió fuego, y lo normal habría sido soplar para apagarlo antes de beber. Pero en nuestra familia lo normal suele durar dos segundos. Pues mi madre se saltó el paso principal y metió la cara en el fuego. De ahí el olor a quemado.

La escena fue caótica: Chus gritando, mi prima tirada en la cubierta del yate riéndose, mi tía nerviosa consolando a mi madre, pero riéndose por momentos, y mi madre con la vista ida hacia el mar, mientras el pobre barman intentaba socorrerla. El remate fue cuando le lanzó agua a la cara. Yo ya no sabía si reír o llorar, sujetando a mi madre del brazo. Tenía el alma dividida entre auxiliar y grabar para la posteridad.

Cuando todo parecía calmarse, escuchamos un ruido fuerte y miramos en la misma dirección. Chus había pasado de gritar a vomitar en algún momento del caos, pero no controló y se asomó tanto por la barandilla que cayó al mar. Mi cerebro solo procesó drama, desastre y testamento pendiente.

—Se ha matado —dijo Inés, y todos gritamos.

Mi prima y yo corrimos como pudimos hasta la barandilla. Por suerte, el yate estaba anclado, pero el patrón no dudó en tirarse de cabeza para rescatar a Chus.

Ver cómo ese hombre lo subió y lo tiró al suelo, para comenzar a hacerle el boca a boca, fue digno de una comedia. Sobre todo cuando el descarado de mi amigo empezó a hacernos señales con la mano, diciéndonos que estaba bien, pero que no quería que el patrón se alejara de su boca. No tenía remedio, aprovechaba cualquier ocasión a su favor.

Fue un misterio cómo conseguimos bajarnos del yate y llegar hasta el coche. Era el mismo, al igual que el chófer. Gracias al hombre llegamos a mi piso sanos y salvos. Sí, porque cuando desperté a la mañana siguiente, me di cuenta de que estaba en mi cama, con mi prima a un lado y Chus al otro, mientras mi madre y mi tía parecían contorsionistas por la posición en la que habían dormido: casi una encima de la otra, entre nuestras piernas. Al abrir los ojos, juré que el techo giraba, pero también que esa noche quedaría guardada en mi cabeza como oro puro.

Una noche más como la de mi despedida y realmente sería una despedida para todos, porque no viviríamos para contarlo. Esa noche quedaría grabada para siempre en mi memoria como una de las más locas, torpes, caóticas y felices de mi vida. Ni París, ni un hotel cinco estrellas, ni el mejor restaurante hubieran superado esa mezcla perfecta de alcohol, mar, amigas, familia y risas que dolían en el estómago. Si el matrimonio tenía este inicio, estaba dispuesta a firmarlo con los ojos cerrados.

Capítulo 32



Ni por asomo me hubiera imaginado que iba a terminar casándome con Fran y, sin embargo, aquí estaba, en su casa de campo con un montón de personas revoloteando de un lado para el otro, dando los últimos retoques para que todo estuviese como siempre había soñado para un día como este. Sentía un revuelo de emociones que me hacían estar a flor de piel.

Era bastante temprano y lo único que me apetecía en estos momentos era ingerir un café que me terminase de devolver a la vida. Ni el día de mi boda lo perdonaba, era algo que sí o sí cada mañana debía estar en mi vida.

Habíamos decidido casarnos aquí, ya que nos gustaba mucho este lugar y, como el tiempo acompañaba para celebrarlo en los jardines, ¿para qué íbamos a buscar otro sitio cuando este era el mejor del mundo?

Planifiqué hasta el último detalle junto a la organizadora de bodas que contratamos. Nada podía quedar fuera de lugar. Había llegado mi gran día y, como era normal, necesitaba que fuese un bonito y gran recuerdo para todos, pero en especial para Fran y para mí.

—Buenos días, madrugadora —me dijo mi futuro marido, abrazándome desde la espalda en la cocina.

Cuando me desperté, no estaba en la cama.

—¿Yo soy la madrugadora? ¡Si has sido tú el que has desaparecido desde bien temprano! —sonreí girándome entre sus brazos para quedar de frente—.

Me has abandonado a pocas horas de casarnos. —Hice un puchero, exagerando.

—No podía dormir.

—Y yo no me puedo creer que el señor de Alba esté nervioso. —Le pasé las manos por los brazos.

—No sé si huir o afrontar el castigo como un buen guerrero —sonrió.

—Vamos, que no se diga que eres un cobarde. —Le di un beso rápido en los labios antes de soltarme de su agarre—. Ahora, querido jefe, más vale que se vaya a otra parte de la casa, ya que se supone que el novio no puede ver a su prometida hasta el momento del enlace.

—¿Desde cuándo crees en esas tonterías? —me preguntó riendo.

—Desde que adoro las tradiciones, así que ya sabes, fuera. —Le di un pequeño empujón hacia la puerta—. Nos vemos en unas horas y tranquilo, sé que te resulta muy difícil estar separado de mí, pero te aseguro que no vas a morir en el intento.

—Eres una descarada total. —Me dio un pellizco en la nalga—. A ver si te atreves a decirme lo mismo esta noche cuando estemos los dos solos. —No había forma de que me soltara—. Hasta que no me reconozcas que estás deseando casarte conmigo, no me voy a ir a ningún lugar.

—Sabes que solo me caso contigo por puro interés. —Me encantaba pincharle y llevarle la contraria.

—Lo sé muy bien, a la vista está el interés y la necesidad que tienes de mi cuerpo y de mi maravillosa personalidad. —Me hizo un guiño.

—Claro que sí, guapo —negué riendo, con él no había quien pudiera—. En serio, Fran, te tienes que ir ya. Las chicas están a punto de llegar y, como mi madre y mi tía te vean aquí, te van a dar una patada en ese bonito culo que tienes.

Se suponía que esta mañana no nos íbamos a ver, pero como siempre, el señor tenía que hacer lo que le saliese de las narices.

—Por lo menos déjame que me tome un café. —Parecía resignado—. De verdad que no entiendo esa tontería de que los novios se eviten en su día. ¿Puede haber tradición con menos sentido común? Por favor, vida, si eso es más antiguo que ir a misa los domingos.

—Yo tampoco creo en eso, pero no puedes negar que la sorpresa será mucho más bonita cuando me veas llegar radiante, con mi flamante vestido. —Le guiñé un ojo.

Nos preparamos los cafés y nos los tomamos juntos; el mío me sentó de maravilla. La verdad era que a los dos nos hacía falta estar un ratito juntos en el jardín, aprovechando que todo nuestro alrededor se quedó en silencio. Cada uno llevaba los nervios a su manera, pero solo con saber que estaba ahí, al alcance del otro, ya se hacía la cosa más llevadera.

Observábamos cómo el jardín se iba transformando en un lugar lleno de magia y elegancia. Todo estaba quedando por encima de nuestras expectativas y, en la emoción de nuestros ojos, se podía interpretar que la felicidad estaba latiendo para los dos en la misma dirección.

Nos dimos un beso antes de que se marchara hacia el interior, ya que habían llegado las chicas que se encargaban de mi maquillaje y el peinado.

—Te espero en el altar, no me alargues mucho los nervios. —Me hizo un guiño.

—Te prometo que solo lo normal. —Aguanté la risa porque tenía la intención de retrasarme.

Cuando nos separamos, fui al encuentro de las dos chicas y, después de los saludos, las llevé hasta mi habitación, que era donde me iba a arreglar. Aproveché para darme una ducha mientras ellas lo preparaban todo, sacando los productos y poniendo como necesitaban la zona que eligieron para trabajar en mí.

Al salir del baño me encontré en la habitación a Inés y Chus.

Mi prima ya estaba totalmente lista, me dejó impactada de lo bonita que lucía. Traía un vestido de una famosa firma en el que la parte de arriba, por delante, era un corpiño de tirantes con el escote cuadrado y la espalda de cuerdas cruzadas. Tenía incrustados unos pequeños brillantitos, nada exagerados, estaban puestos de manera que hacía que el diseño quedara superelegante y fino.

La parte de abajo era de una tela muy vaporosa y suelta, caía por su propio peso. El caso era que me encantó cada detalle de su look, que no podía ser más bonito.

—Estás preciosa —le dije emocionada, haciendo que diera una vuelta sobre sus propios pies para verla bien.

—No más que tú, estoy segura. —Me abrazó.

—¿A mí no me dices nada? —dijo Chus, llamando mi atención y celoso de que a él no le hubiera dicho nada.

—La celosa no podía dejar que hoy se llevara el piropo otra persona —le contestó Inés.

—Reina, es que me merezco que se me reconozca el estilazo que tengo y lo elegante que soy, pero claro, no todo el mundo es capaz de distinguir la clase. —Se puso una mano en la cadera y la miró con las cejas levantadas, como si esperara provocarla.

—Bombón, a ti no hace falta que te diga lo guapo que vienes, solo hay que verte.

—Gracias, reina. Menos mal que tú sabes distinguir lo que realmente vale la pena. —Me guiñó un ojo y nos reímos, mi prima también.

—¿Por qué no vais a ver si el altar está quedando como yo quería? —les pedí—. He estado mientras me tomaba un café, pero ya habrán avanzado con los últimos retoques. No he podido ver el resultado final.

No dudaron en ir a vigilar. Cuando se fueron, me senté delante de las dos chicas, dejando que sus manos hicieran magia para que quedase preciosa. No

me cabía duda de que lo iban a hacer de maravilla; por eso las elegí.

Había estado curioseando su trabajo durante un tiempo antes de decidirme a contratarlas. Lo que me llevó a hacerlo fueron las buenas críticas que recibían de sus clientas y las fotos que colgaban de ellas, en las que se veían impresionantes.

Me relajé pensando en todo lo que habíamos vivido en tan pocos meses y en la felicidad con la que llegábamos a un momento como el que iba a ser hoy, de esos que se te quedan grabados en el corazón para toda la vida.

Chus e Inés regresaron con una sonrisa de oreja a oreja y se acercaron a mí precipitadamente.

—Está todo perfecto y los invitados están comenzando a llegar —me dijo Chus, que venía con las manos detrás de la espalda, haciéndome pensar que escondía algo—. Madre mía, me he quedado sin palabras, y mira que eso es difícil en mí —dijo mirándome fijamente—. Estás maravillosa, reina. Tanto es así, que la palabra preciosa no te hace justicia. —Consiguió sacarme una sonrisa tierna.

—Gracias. —Poco más podía decirle, él sabía todo lo que significaban sus palabras para mí.

—Lola, Fran va a caer muerto cuando te vea, y eso que todavía te tienes que poner el vestido —me transmitió mi prima, emocionada. Los tres lo estábamos.

—Pues ya estás lista, cuando quieras puedes ver cómo has quedado —me animó una de las chicas para que me pusiera delante del espejo.

Me giré para ver mi reflejo y la verdad fue que me quedé impactada con el resultado con el que me encontré. Habían pillado muy bien el concepto que les expliqué y tanto fue así, que me dejaron mucho mejor de lo que me podía haber imaginado.

El maquillaje era en tonos naturales, sencillo y sutil, justo lo que buscaba. No me quería ver muy remarcada.

El pelo lo llevaba suelto, con unas ondas suaves desde la mitad de la melena hasta las puntas. Para darle un toque al peinado, la chica me colocó a un lado de la cabeza una horquilla con perlitas. Me gustó muchísimo y agradecí la idea.

Me veía bien guapa y perfecta. Tal vez estaba mal que me lo dijera yo misma, pero era lo que sentía al mirarme.

Nos despedimos de las chicas y fue cuando Chus sacó lo que escondía a su espalda. Se trataba de una caja con unos preciosos pendientes que eran toda una fantasía de elegancia para este día.

Eran pequeñitos y de oro, como me gustaban; mi amigo me conocía demasiado bien porque los largos no iban conmigo. Con ellos venía también una pulsera sencilla, sin ningún grabado, lo que la hacía brillar por sí misma sobre mi muñeca.

Después de los abrazos, de saltitos y risas compartidas, me lo puse todo emocionada.

—Quería que llevaras algo mío en uno de los días más especiales de tu vida —dijo Chus, lo que me emocionó aún más—. Mis diseñadores lo han fabricado especialmente para ti; este modelo no se venderá. Tienes la exclusividad. —Guiñó un ojo.

Me pareció un regalo de lo más personal y bonito. Algo que se quedaría conmigo toda la vida.

—Ay, que al final me vas a hacer llorar y el maquillaje se va a ir a tomar por saco —dije con la voz temblorosa. Me costaba no llorar—. Te quiero, Chus. Nunca dudes de que lo digo con todo mi corazón.

—Lo sé, mi reina. El sentimiento es mutuo.

—Al final la que acaba llorando soy yo. —La voz de Inés sonó contenida y así estaba cuando la miramos.

—¿Se puede? —preguntaron mi madre y mi tía desde la puerta.

—Eso no se pregunta; la novia no se puede poner el vestido sin la ayuda de su madre y su tía —contestó Chus, sonriente.

—Cariño, estás radiante —dijo emocionada mi madre, viniendo hacia mí.

—Mamá, no sabes lo feliz que soy —admití abrazándola, dejándome llevar por la emoción de todo lo que sentía—. Dices que estoy radiante, pero tú no te quedas atrás. Qué bonita estás, mamá.

—Menos mal que me han podido arreglar, porque guapa iba a estar con las pestañas y cejas chamuscadas —comentó, provocando nuestra carcajada.

—Cris, hija, mira que no esperar a que la llama se apagara —dijo Chus entre risas—. Menos mal que no tuvimos que llamar a Joaquín para que hiciera sus labores de bombero.

Todos estallamos en carcajadas al recordarlo.

—Niño, yo qué sé… no estoy acostumbrada a beber. Pero bueno, al final ha quedado como una anécdota.

Nos reímos otra vez al recordar ese momento en mi despedida de soltera, lo que me sirvió para que los nervios se fuesen un poco, porque mientras más se acercaba el momento, más intenso se iba haciendo todo.

Capítulo 33



Entre todos me ayudaron a vestirme. El vestido que elegí era sencillo y elegante; su corte era recto, pero con caída, con el cuello barco y por el filo de este llevaba un bordado muy sutil, casi no se veía. La cola no era demasiado larga, todo lo contrario: corta y cómoda, para poder moverme con soltura y sin que me molestase.

Se veía con estilo y distinguido. El broche final se lo puse con las sandalias, que eran también blancas, con tres tiras por encima del empeine que iban en la misma dirección.

Me eché medio bote de perfume con cuidado de no mancharme, y ya estaba lista para ir a dar el «sí, quiero» al hombre del que me había enamorado completamente. Mi Paquito de Alba.

—Voy a decirle a tu padre que ya puede pasar —me comentó mi tía.

—Un momento, que antes tenemos que brindar. —La detuvo su hija.

—¿Dónde tenías escondida esa botella y las copas? —le preguntó la madre.

—Los secretos no se cuentan. —Rio sirviendo un poco de vino en cada una de las copas—. Lola, cariño, espero que tengas una vida llena de felicidad y de polvos salvajes, y si no es así, ya sabes: puerta y te buscas al siguiente.

—Niña, eres buenísima haciendo brindis —le dijo mi madre con sarcasmo y todos nos reímos.

—Tía, no todo el mundo tenemos el mismo don de palabras —dijo mi prima entre risas.

Chocamos las copas y le dimos un sorbo largo, sonriéndonos. Mi madre y mi tía se fueron a avisar a mi padre; Inés y Chus se quedaron conmigo hasta que él apareció. En cuanto me vio, los ojos le brillaron y tragó saliva, parado al otro lado de la puerta, en el pasillo.

—Nosotros nos vamos —me susurró Chus y asentí.

Mi prima y mi amigo pasaron por su lado, tocándole el brazo, pero mi padre no reaccionó. Solo tenía ojos para mí.

—Cariño.

—¡No me hagas llorar! —le dije como una niña pequeña, a falta de muy poco para hacerlo.

—Hija, es que estás… vale, vale. —Levantó las manos y sonrió ofreciéndome el brazo—. Ha llegado el momento.

—Sí —suspiré agarrándome de él.

—Entonces… —Carraspeó y giré la cabeza para mirarlo mientras íbamos hacia las escaleras—. ¿Qué quieres hacer? Ahora es el momento, todavía estás a tiempo.

—¿Cómo?

—Te estoy dando una salida fácil por si Fran te mantiene con él en contra de tu voluntad —me dijo a modo de secreto—. La puerta está cerca, mi coche también, ¿qué me dices? ¿Salimos pitando de aquí? Eso sí, mientras tú arrancas el coche, yo voy a por tu madre, que con los años que me ha costado recuperarla no voy a desperdiciar ni un solo día sin ella. —Me hizo un guiño.

Solté una fuerte carcajada con la que terminamos los dos riendo. Tuve que agarrarme a la barandilla y pararme casi al final de la escalera, hasta que me tranquilicé.

—Mejor, ¿verdad? —Me guiñó un ojo.

—Sí. Gracias, papá. —Le di un beso en la mejilla.

Me había tranquilizado, como había sido su objetivo, y me vino genial cuando la música empezó a sonar. Mi padre tiró de mí y fue mi pilar cuando aparecí de su brazo al principio del camino que llevaba hasta el altar. El camino estaba hecho con pétalos de flores blancas, las mismas de mi ramo.

—¿Lista para tu nueva vida? —me preguntó, esta vez en serio, mirándome con todo el amor que sentía hacia mí.

—Más que lista, estoy ansiosa —le reconocí.

—Pues vamos allá —dijo antes de darme un beso en la cabeza.

Allí estaba, al final de ese pasillo y a los pies del altar, el hombre que conquistó mi corazón; ese que, si no estaba a mi lado hoy en día, no sabía si podría seguir viviendo.

De él poco se podía decir, porque para mí siempre estaba guapo, pero era verdad que hoy tenía algo especial. Tal vez fuese ese brillo que sostenía en su mirada al ser consciente de que estaba a punto de convertirme en su esposa, mientras me veía acercarme a él.

Nuestras miradas conectaron y no dejamos de observarnos hasta que llegué a su lado.

—Te dejo a mi mayor tesoro. —Se dirigió a él mi padre. Fran asintió como respuesta—. Cuídala —me sonrió a mí—. Te recuerdo una cosa, Fran —se inclinó hacia él y me contuve para no reírme al ver su expresión—: igual que sé apagar incendios, sé provocarlos, y muchas cosas más que te sorprenderías. Solo lo digo para que lo tengas en cuenta, hijo.

Con esa advertencia para que me cuidara y un guiño, se alejó de nosotros sonriente y más que satisfecho. Su interpretación había sido de broma, pero sus palabras eran un fiel reflejo de lo mucho que me quería y de que haría cualquier cosa por mí. Fran se lo tomó como lo que era y nos sonreímos.

—Ahora entiendo por qué los novios no se ven hasta este momento. —Me cogió de las manos, mirándonos de frente y con muy poca separación—. Ha sido el momento más bonito que he vivido nunca.

—Te quiero. —Fue la única palabra que pude pronunciar.

—Yo también te quiero, mucho más de lo que te imaginas. —Me dio un beso en la frente antes de que comenzara la ceremonia.

Me sentía plena, feliz, con una sensación de que por fin todo estaba en orden. Miré hacia mis padres y verlos juntos después de tantos años separados hacía que mi corazón latiera con mucha alegría.

Era consciente de que ellos nunca se habían dejado de querer, y para muestra, ahí estaban, más enamorados que nunca y sin dejar de tocarse y besarse cada dos por tres. Vamos, que parecían unos adolescentes al principio de su relación.

La madre de Fran nos miraba llena de emoción, sosteniendo la mano de su hijo. Era la señora más dulce y adorable que había conocido jamás. Lourdes —que así se llamaba— era de esas personas que habría que beatificar.

El padre de mi casi marido, Guillermo, era también un hombre de admirar: culto, educado y el ser más respetuoso del mundo. Había tenido mucha suerte con encontrarme con esta nueva familia.

Faltaba Eloy, mi cuñado, al que había ido ya en un par de ocasiones a visitar a la cárcel junto a Fran. No lo juzgué por lo que hizo, no era quién para hacerlo. En él encontré a un hombre arrepentido y que, privado de su libertad, luchaba por convertirse en mejor persona. Le había cogido un cariño infinito.

Nos dimos el «sí, quiero» rodeados de todos los nuestros; incluso estaban Anne y sus padres, que eran dos seres también llenos de bondad. Todos merecían mucho la pena y estaba encantada de que estuvieran en mi vida. Los trillizos se hacían notar de vez en cuando, pero se estaban comportando genial. Diva, Coco y Lady se mantenían cerca de ellos.

Después del gran beso que nos dimos sellando nuestro amor, que fue el final de la ceremonia convertidos en marido y mujer, caminamos por el

paseíllo que nos hicieron con las manos. Nos quedamos inmóviles al ver, al final, al hermano de Fran, con una botella en una mano y dos copas en la otra. Nos sonreía esperando a que llegásemos hasta él.

—¡Eloy! —gritó Fran acelerando el paso para llegar hasta él, mientras tiraba de mí.

—¡Vivan los novios! —gritó Eloy abriendo la botella de champán.

El tapón salió disparado hacia alguna parte y llenó las copas para nosotros.

—¡Cuñado! —grité.

Me tiré por un lado hacia él para darle un beso en la mejilla, sin dejar de abrazar a mi estrenado marido. Fran lloraba como un niño pequeño, lleno de emoción, y me apretaba a él para que no lo soltara.

Mi familia sabía de la existencia de Eloy y de que estaba en la cárcel, pero no más allá de eso, ya que para ellos los trillizos eran de Fran. Sin más.

Eloy me dio las dos copas y, con las manos libres porque dejó la botella en la hierba, abrazó a su hermano con fuerza. Los dos se demostraron cuánto se querían en silencio.

—¡Tito! —gritaron los pequeños corriendo hacia él para abrazarlo.

Fuimos de un momento a otro, a cada cual más bonito y emocionante. Me sentí la mujer más afortunada del mundo por lo que estábamos viviendo en este día.

Cuando todo se tranquilizó, Eloy nos contó que le habían dado el fin de semana libre y que, a partir de ahora, solo tenía que volver a la cárcel para dormir de lunes a jueves. Poco a poco iría recobrando la libertad total. Ese era el mejor regalo que nos podían hacer.

Con Anne se dio también un precioso abrazo y en sus miradas vi muchos sentimientos. Nada de atracción ni rescoldos de llamas como dicen que quedan. Lo de ellos era respeto y amor por todo lo que habían dejado atrás, y

también por lo que compartirían de por vida, aunque pocas personas lo supieran: sus hijos.

Bailé hasta que me tuve que sentar un rato por el dolor de pies. Me reí al ver las tonterías que hacían Fran, Chus y Mario. Este último se separaba poco de mi prima. Lloré en otros momentos, como cuando Inés nos dedicó unas palabras muy emotivas.

Y quise cargarme a los niños cuando me di cuenta de lo que estaban haciendo…

Mira que más o menos había conseguido tener a esos tres diablillos controlados, pero por lo que parecía hoy se les había olvidado todo lo que en su momento les dije. Y encima su «tío» Eloy no ayudaba en nada porque los picaba para hacer más travesuras.

—Esos niños son la hostia —dijo Mario sin parar de reír al ver cómo venían.

No habían encontrado otra distracción que poner bien monas a las perras. Les habían puesto tres lazos de seda en las cabezas y les habían pintado los labios, los coloretes y hasta les habían echado brillantina por zonas del cuerpo.

Como estas eran tan grandes, los niños aparecieron montados en ellas como si fuesen caballos. Lo peor de todo era que venían tan deprisa que las perras no frenaron a tiempo frente a la piscina y sí…

¿Cuál fue el resultado de todo eso? Que los seis terminaron dentro del agua. Vamos, un buen espectáculo que dieron.

Anne llegó hasta el filo para echarles la bronca, cosa que a ellos les entraba por un oído y les salía por el otro.

Su padre oficial, o sea, mi marido, estaba descojonado de la risa, como la mayoría de los invitados. Y para que la cosa no se quedara solo en eso, mi padre y mi tío, creyendo que los niños no sabían nadar, se tiraron a por ellos. Así, tal cual estaban vestidos, con traje y todo.

Se enteraron demasiado tarde de que los bichillos traviesos sabían moverse en el agua mejor que ellos.

No sabía si este día lo recordarían por la boda o por lo que vivimos, pero estaba claro que nadie lo olvidaría por todo lo acontecido.

No voy a negar que al final terminé riendo como todo el mundo y que me sentí la recién casada más feliz de este planeta. Hoy sí, estábamos todos juntos.

Capítulo 34



Desde que era pequeña siempre había oído que Venecia estaba considerada como una de las ciudades del amor.

Yo no pensaba eso, y no era porque no fuese bonita y espectacular. Lo que quería decir era que, bajo mi punto de vista, una ciudad del amor era toda aquella a la que ibas acompañada por la persona correcta. Eso marcaba la diferencia.

Sí, ese fue el destino que elegimos para disfrutar de nuestra luna de miel. Por lo que he dicho antes, tenía infinidad de cosas que ofrecer y todas ellas se veían espectaculares.

La sorpresa me la llevé cuando estábamos esperando en la cola de embarque para coger el vuelo. Detrás de nosotros se puso una pareja, que hablar no hablaban, pero empujones sí que daban.

—Como me den otro, tú verás la que lío —le dije a Fran en voz flojita para que no me escucharan.

—No te calles y ponlos en su lugar, tienen un descaro impresionante. —Parecía que también estaba empezando a enfadarse—. A las personas así no deberían dejarlas viajar —dijo justo cuando me dieron otro, terminando por tocarme las narices.

—Joder, ¿podéis dejar de…? —No terminé de hacerles la pregunta.

Al girarme, me di cuenta de que los que estaban detrás de nosotros no eran otros que Mario e Inés.

—Mucho has tardado en darte la vuelta —dijo mi prima riéndose.

—Muy graciosos. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué hacéis aquí?

No me iba a librar de ellos ni en mi luna de miel, aunque debía reconocer que me hacía mucha ilusión que nos acompañasen en este viaje.

—Aquí mi amigo me suplicó que viniésemos con vosotros, ya que por lo visto le da miedo quedarse a solas contigo —dijo Mario, con tono burlón.

—Mientras que no te quedes tú, vamos bien —le advertí—. En el momento que lo hagas, no encuentran tu cuerpo ni los mejores inspectores del país —le sonreí con mi sonrisa más dulce e inocente.

—Mario, déjala, que como la cabrees nos vamos a quedar en tierra. Lola es capaz de ponerse en la entrada e impedirnos el paso —le pidió mi prima, que me conocía estupendamente.

—A ti no te lo impediría, pero a este mal amigo sí —dije en plan broma, señalando con un dedo a Mario—. ¿Por qué le has tenido que decir que vengan, no ves que es un suplicio estar cerca de él? —le pregunté a Fran siguiendo la diversión.

—A los animales hay que sacarlos de vez en cuando —carraspeó mi marido—, y Mario lleva mucho tiempo encerrado. Solo sentí un poco de compasión por él, pero no te preocupes, que tengo planeado ahogarlo en uno de los canales. —Su amigo lo miró con los ojos entrecerrados—. Lo voy a hacer por ti, cariño, para que veas cuánto te quiero.

—Joder, pues ya me gustaría que la quisieras un poco menos, que aquí el único que corre peligro soy yo. —Jadeó Mario, volviéndose hacia mi prima —. Preciosa, ¿qué te parece si viajamos a otro destino tú y yo? Mira que eres muy joven para que te quedes sin el amor de tu vida.

—Anda y dejad ya de decir tonterías —nos pidió Inés, riendo—. Me prometiste que les ibas a dejar disfrutar de su luna de miel. —Menos mal que

mi prima le puso un poco de cordura.

—Del dicho al hecho… —murmuró él con ese gesto pillín que tan bien se le formaba en su cara.

Los cuatro estuvimos emocionados por el viaje que teníamos por delante, en buena compañía. Después de un vuelo de lo más divertido, llegamos al aeropuerto Marco Polo, desde el que nos dirigimos a la zona del muelle andando por el interior de la terminal.

En esa zona nos montamos en uno de los taxis acuáticos que hacían un recorrido de paradas por varios puntos de Venecia. La nuestra fue la del puente de Rialto, donde estaba el hotel en el que Fran reservó para alojarnos.

Era un cinco estrellas a pie del canal. No podía ser más idílico y romántico. Ya durante el trayecto en el taxi disfruté de las vistas, mientras Fran me mantenía abrazada contra su cuerpo.

Mi prima Inés le pidió al taxista si podía recomendarnos algunos lugares con encanto que no fueran los típicos a los que todo el mundo iba. El hombre le dijo que los había, pero también que sería un poco difícil encontrar esas zonas menos concurridas en esta época del año. Inés continuó prestándole atención, o más bien hizo ver que lo hacía porque, cada vez que yo la miraba, tenía que contenerme para no reír. No estaba enterándose de nada.

Nos gustaba ser aventureros, pero también poder dar paseos tranquilos. A mi prima y a mí, siempre que viajábamos, nos encantaba buscar y encontrar sitios que no estuvieran masificados.

El hombre le dio algunas indicaciones para movernos por la ciudad y, sobre todo, le dijo en varias ocasiones que tenía que visitar Murano y Burano. De este último le comentó que a todo el mundo le gustaba más y, bajo su punto de vista, también creía que era más bonito. Aunque el primero tuviese más fama.

Lo teníamos claro, íbamos a ir a los dos porque de aquí no nos marchábamos sin comprarnos algunas joyas con incrustaciones de ese famoso cristal con el que trabajaban.

Por lo que había estado viendo por internet, hacían auténticas maravillas con ellos y las mezclas de colores y formas quedaban de lo más bonito.

Cuando nos bajamos del taxi, nos dirigimos directamente al hotel, guiados por Fran. Lo que más nos urgía era subir a las habitaciones para dejar los equipajes y así lo hicimos, antes de estar de vuelta en la calle.

—Estoy deseando dar un paseo —dijo Inés, saliendo del hotel.

—Primero vamos a buscar un buen restaurante para comer —comentó Fran porque era la hora perfecta.

—Sí, tengo mucha hambre —le contesté—. Pero que esté a pie de canal. Me apetece tomar un vino blanco viendo cómo pasan las góndolas —le sonreí cuando me rodeó los hombros con el brazo.

—Nos tenemos que montar en una de esas y que el gondolero nos cante *O sole mio*. —A Inés le hacía mucha ilusión dar ese paseo, pero por la cara que puso su pareja, no estaba muy segura de que a él le hiciera la misma.

—Yo prefiero quedarme en tierra —dijo Mario, confirmando mi sospecha —. Así, durante todo el tiempo que pueda, te sacaré unas fotos increíbles.

Nada más que por eso iba a montarse, sí o sí. El espectáculo que podía dar Mario no me lo perdía y lo dejaría inmortalizado con vídeos y fotos. Qué bien me lo iba a pasar, sería como una especie de venganza por todas las veces que él intentaba reírse de mí.

—Tú te montas y punto —le dijo Inés entre risas.

—Eso, prima, ponlo en su lugar, que este está a falta de una buena mano dura —la animé.

—Amigo, tu mujer la tiene tan tomada conmigo que no me deja ni respirar —se quejó Mario.

—¿Por qué no nos haces un favor y pruebas a ver cuánto duras sin que te llegue el oxígeno a los pulmones? —le pregunté poniéndome seria, aunque por dentro estaba que me moría de la risa.

—Cariño, mejor que no haga eso, con la falta de oxígeno en el cerebro se puede quedar más tonto de lo que está —dijo Fran y ya no pude aguantar la carcajada.

—Ya os vale a los dos, parece que hoy os ha dado por mí.

—Amor, no lo parece, es lo que es. —Inés le dio un beso para hacer como la que lo consolaba, cuando por dentro ella se lo estaba pasando bomba.

Encontramos un restaurante que estaba a un lado del canal, con el puente de Rialto a tan solo unos metros. No nos movimos mucho, en cuanto encontramos un restaurante que nos llamó la atención y nos gustó, nos sentamos en la terraza. Los cuatro teníamos hambre y había muchos días por delante para descubrir otras zonas.

Lo importante era saborear la cultura y gastronomía sin prisa, y fue lo que comenzamos a hacer.

Le dije a Fran que cogiera su copa de vino y la pusiera junto a la mía, para sacar una foto capturando el momento con el puente de fondo.

Me encantó cómo quedó, así que la puse como favorita en la galería del teléfono para tenerla al alcance. Cuando tuviera unas cuantas, las subiría a Instagram. Me encantaba poner publicaciones de momentos que para mí eran especiales. Aproveché para enviarles unas fotos a mis padres y a Chus, a los que avisé de que habíamos llegado al aterrizar.

Como uno de los platos que más ganas tenía de probar en esta tierra era la pasta a la carbonara, eso fue lo que me pedí sin dudarlo. Inés, por su parte, eligió una *pizza* cuatro quesos. Mario se decidió por una ración de calamares fritos y Fran, por unos tallarines con marisco.

Mientras nos traían la comida, nos sirvieron de entrantes unos mejillones al vapor para ir abriendo boca. Decir que la comida estaba buena era quedarse corta, sobre todo por el punto de cocción de la pasta, que hacía que la sensación en el paladar, mezclada con los sabores, fuese increíble.

Quizás me gustó tanto porque fue todo el conjunto lo que me tenía como en una nube. Ver a las personas paseando por las calles, la simpatía con la que

nos atendían, estar aquí con personas a las que quería, aunque notaba la falta de Chus. Con él viajaríamos Fran y yo en otra ocasión, en esta a mi amigo le había sido imposible escaparse del trabajo.

El resto del día nos dedicamos a recorrer las calles de alrededor del hotel, sin prisa y tomándonos nuestro tiempo para ir parando cada vez que nos apetecía.

Nos hicimos muchas fotos, en pareja, solos y en grupo, a cada cual más bonita. También nos comimos un helado artesano que estaba buenísimo, todos tenían una pinta que entraba por los ojos.

Después de horas yendo de un lado para el otro, cuando Inés y yo íbamos casi colgadas de Mario y de Fran, decidimos irnos al hotel para cenar en las habitaciones. Todos estábamos muy cansados por el viaje, no habíamos parado desde bien temprano, así que estuvimos de acuerdo en continuar al día siguiente.

Esa noche Fran me hizo el amor con ternura, con mimo y con mucho cariño. No dejó de darme besos sin apartar la mirada de mis ojos, con lo que los dos nos sentimos completamente conectados.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano porque nos apetecía desayunar relajadamente en el hotel, ya que vimos que ponían unos desayunos completos a los que no les faltaba de nada.

Le mandé un mensaje a mi prima para avisarla y decirle que los esperábamos en el restaurante y me respondió que en unos minutos se reunían con nosotros.

—Hoy podríamos dar un paseo por toda la zona donde está la Plaza San Marcos. Sé que es uno de los lugares más concurridos, pero podemos pasarla por alto después de hacernos unas fotos.

—Me parece bien. —Entrelazó sus dedos con los míos por encima de la mesa—. Visitaremos los lugares más turísticos e importantes. —No dejaba de acariciarme el dorso de la mano con el pulgar.

Así lo hicimos cuando mi prima y Mario dijeron que les parecía bien mientras desayunábamos.

Los primeros días los dedicamos a pasear por las calles y a ir de canal en canal. Había tantos que fue imposible pasar por todos. No vimos ni una mínima parte, pero eso sí, en poco tiempo nos hicimos con un buen repertorio de fotos, tantas que tardaría horas en clasificarlas.

Fue en el cuarto día cuando fuimos a Murano y a Burano, ya que la distancia entre ambas no era mucha.

El primero me encantó. Era un pueblo precioso y muy tranquilo, en el que, a cada lado del canal principal, se encontraban todas las tiendas de joyerías y bisutería que vendían las preciosas creaciones hechas con los famosos cristales.

Al parar en una de las tiendas, la dependienta, que fue muy simpática, nos dijo que, si teníamos la oportunidad de comer en Burano, lo hiciéramos porque lo disfrutaríamos. Nos habló con mucho cariño del lugar porque ella vivía allí y nos comentó que Burano era un pueblo que se dedicaba a la pesca, por lo que el pescado y el marisco que servían en cualquier restaurante era fresco y estaba riquísimo. Eso era uno de los reclamos del lugar.

—Pues ya que nos ha dicho eso, podemos coger el siguiente barco y comemos allí —dijo Mario, a lo que todos estuvimos de acuerdo.

A mi parecer, una vez que llegamos a Burano y comenzamos a recorrer sus calles principales, estuve totalmente de acuerdo con la mujer que nos aconsejó comer aquí. El lugar no tenía nada que ver con el otro. No iba a decir que Murano no fuese bonito, porque no sería verdad, pero la realidad para mí era que Burano tenía muchísimo más encanto y me llegó más al corazón.

Al bajarnos del barco tuvimos que pasar cerca de un parque, pero en cuanto nos adentramos en la primera calle nos encontramos con las tiendas, los bares y los restaurantes. Cada fachada estaba pintada de un color vivo, los que daban vida a las calles. También dejamos inmortalizados muchos momentos con fotos y vídeos, en el restaurante, por las calles y en los puentes de los canales. Era llamativo y especial.

—Si hubiera conocido este pueblo antes, te aseguro que me hubiera quedado aquí y no en la misma Venecia —dije apoyada en una de las murallas de un puente, mientras miraba hacia el canal que quedaba adornado por los colores de las fachadas a cada lado de él y por algunas de las barquitas que estaban paradas.

—Cuando tú quieras podemos regresar y quedarnos aquí —me dijo Fran abrazándome por la espalda y mirando en la misma dirección que yo.

Sonreí apoyando la cabeza en su hombro y así nos quedamos durante un tiempo. El paseo en góndola lo dejamos para el último día, en el que bebimos más de la cuenta como despedida. Unos más que otros, todo había que decirlo.

Mario fue uno de los que más lo hizo, aunque mi prima le siguió perfectamente el ritmo. No sé qué les pasó, pero parecían no tener fin.

El caso fue que, como Mario estaba muy alegre, se empeñó en dar el viaje en góndola cuando estaba más contento por el alcohol, sin importarle que Fran y yo le dijéramos que no era buena idea, ya que estaba muy bebido. Con mi prima no pudimos contar porque solo hacía que reír y asentir a todo lo que se le dijera, daba igual lo que fuera.

La primera en subir a la góndola fui yo, el segundo Fran, pero cuando fue el turno de mi prima, ella puso el pie donde no debía y terminó cayendo al canal. Pero no se fue sola a descubrir esa parte de Venecia, no; Mario la siguió porque intentó cogerla y no la alcanzó. Con lo bebido que estaba, perdió rápido el equilibrio y desapareció de nuestras vistas con Inés.

Fran y yo más no nos pudimos reír, fue lo más divertido del viaje y casi de nuestras vidas. Lástima que no me dio tiempo a grabarlos, porque hubiera sido uno de esos vídeos de los que se hacen virales en segundos.

De lo que no se salvaron fue de las fotos que les hice cuando el gondolero los ayudó a salir del agua. Lo tuvo que hacer el pobre hombre con la ayuda de Fran, porque yo no era capaz de dejar de reírme.

Fue un gran momento para el recuerdo, como muchos otros que vivimos durante el viaje, al igual que las noches compartidas con Fran porque se

encargó de que todas fueran memorables.

Capítulo 35



Últimamente dormía tan profundo que no me enteraba cuando Fran se levantaba para ir a la empresa. Ni siquiera escuchaba si se duchaba o no, cuando antes siempre sucedía. Y no era porque mi cuerpo estuviera sufriendo algún cambio, el embarazo estaba descartado por completo.

No podía decir que fuera imposible porque donde había mucho sexo… pero en mi caso estaba segura al noventa y nueve por ciento. Solo de pensar en más niños se me ponía la piel de gallina.

Creía que el dormir tan profundamente era debido a las noches que me daba Fran, porque nunca se cansaba de hacernos disfrutar. Ojo, que no me estaba quejando porque me llevaba mis buenos orgasmos. Era por eso mismo por lo que dormía tan plácidamente después de que me dejara agotada.

—¿Sabes qué hora es? —le dije de mala gana a la persona que me había despertado con una llamada.

—Claro, como la señorita desde que se ha casado solo pasa por la empresa cuando le sale de las narices… —el reproche de mi prima me hizo sonreír.

—Envidia, eso es lo que te corroe por el cuerpo. —Me puse bocarriba.

Dios, qué bien sentaba cuando te estirabas con ganas, ocupando todo lo que podías de la cama.

—Lo que digas. A lo que iba, que no te he llamado para eso. ¿Tu querido marido está en casa?

—Mi maridito está trabajando como los hombres buenos. —Reímos—. Mantenerme le sale caro.

—Voy para tu casa. —Se escuchaba cómo iba de un lado para el otro—. En veinte minutos estoy ahí.

—¿No se supone que tienes que estar trabajando?

—Soy la hija de los dueños, puedo hacer lo que quiera y esto es importante. —Sonaba un poco nerviosa y me senté en la cama extrañada—. Ahora nos vemos. —Colgó sin dejarme hablar.

No era perezosa, pero hoy sentía el día de esos en los que me hubiera gustado quedarme más rato en la cama. Ya no era posible, mi prima venía hacia aquí y, si no fuera poco, me había dejado intrigada y un poco preocupada.

Me levanté para ir directamente al baño. Necesitaba las duchas matutinas para terminar de despertarme cada mañana. Se habían convertido en una costumbre muy necesaria, a no ser que me despertara con el cuerpo de Fran enredado con el mío. Ahí nos gustaba a los dos aún más alargar el tiempo en la cama.

Salí de la ducha envuelta en dos toallas, una en la cabeza y otra en el cuerpo. Me quedé mirando la ropa que colgaba de las perchas del vestidor y las fui moviendo de un lado para otro, hasta que me decidí por un vestido fresquito para estar por casa. Además de que era muy cómodo y bonito.

Me dejé el pelo suelto para que se secara por sí solo y bajé a la planta baja, junto a las perras que vinieron a darme los buenos días. Estaba llegando a la cocina para hacerme el café cuando escuché que llamaron al timbre.

Cambié de dirección y abrí la verja a distancia, al mismo tiempo que abría la puerta de la casa. Mi prima entró con su coche y, antes de que la verja terminara de cerrarse, lo dejó estacionado a un lado y salió dando un portazo, para venir rápido caminando hacia mí.

—Joder, a ver si abrimos más rapidito —se quejó al entrar.

Me la quedé mirando como si la hubiera escuchado mal.

—Hija, si quieres te doy unas llaves de mi casa, así no tienes que esperar —le dije, mientras me daba un beso en la mejilla.

—Eso sería lo suyo. —Se rio.

—Si lo hago, no sales de aquí ni con agua caliente. —Volteé los ojos.

—Tengo que hablar contigo y no sé cómo decirte lo que creo que me está pasando.

—No me asustes. —Abrí los ojos al máximo—. Lo primero que tienes que hacer es relajarte, que vienes como una moto. —Cerré la puerta y por fin pude ir a la cocina para hacerme el café.

Diva, Coco y Lady nos siguieron.

—Es que cuando te lo cuente te vas a caer muerta. —Parecía un poco agobiada.

—Pues ya estás tardando en soltarlo todo. —Puse unas rebanadas de pan en la tostadora.

Como no habló, le di tiempo mientras hacía los cafés. Sabía de sobra cómo le gustaba a ella. Le pedí que sacara de la nevera el fiambre de pavo, el queso fresco y un aguacate, y lo colocó todo en la encimera de la isla.

—Creo que estoy embarazada —soltó de golpe.

Me pilló cortando el aguacate y, al escucharla, hasta se me cayó el cuchillo de las manos. Levanté la cabeza, para encontrarme con su mirada. En ella vi miedo, esperanza e ilusión. Pues no era una broma, no.

—¿Lo crees o lo sabes? —Dejé el cuchillo bien colocado y me giré hacia ella.

—Pues no sé qué decirte, por eso estoy atacada. —Se retorció las manos con nerviosismo.

—Inés, eres farmacéutica, tú mejor que nadie sabes cómo funcionan todas las cosas que hay para evitar ese tipo de problemas. Y también las que hay para salir de dudas. —Arqueé una ceja, a pesar del escalofrío que me entró al pensar en ella embarazada.

»Dios mío, otro Mario en nuestras vidas no, por favor —resoplé de forma teatral, de broma—. ¿Por qué no te has hecho una prueba todavía, si estás tan convencida?

—No quería hacérmela sola y tampoco quería hacérmela con Mario cerca. No sé cómo se lo tomará.

—Pues si sale positivo, se lo tendrá que tomar con responsabilidad y como un hombre. —Volteé los ojos—. No te preocupes, estoy segura de que todo irá bien, pase lo que pase —le sonreí agarrándola de las manos.

Podía entender que estuviera nerviosa, si fuese yo en su lugar, querría tirarme por un puente.

—Estoy muy bien con él, pero ¿y si esto daña nuestra relación? —Se notaba que estaba aguantando las ganas de llorar.

—Cariño, si su hijo le molesta una vez que ya está en camino, es porque ese hombre no es el indicado para ti. —La abracé para tranquilizarla.

Y para esto estaría siempre para ella, no solo para las cosas buenas. Cuando me necesitara, me tendría a su lado, para lo que fuera.

—Vamos a llamar a Chus para que venga, con él presente cuando veamos los resultados, estoy segura de que ese loco te va a subir el ánimo por las nubes. —Como saliera positivo, me lo podía imaginar dando saltos de alegría por toda la casa, celebrando que iba a ser tío.

»Siéntate y empieza a desayunar, estás tan blanca que parece que en cualquier momento te vas a caer redonda al suelo.

—Pero bébete tú mi café, mejor lo empiezo a evitar por si acaso sale positivo. —Tragó saliva antes de ir a la nevera, de donde sacó un cartón de zumo de piña.

Llamé a Chus y le pedí que viniera a mi casa si podía escaparse del trabajo, lo que le pareció raro por la hora que era. Fue lo único que le dije y él no me preguntó, ni falta que hizo porque dio por hecho que me pasaba algo y con eso tuvo bastante para venir. Me contestó que en cuanto terminara la reunión con su equipo de diseñadores vendría volando. No tardaría porque ya llevaban un rato reunidos.

Durante el desayuno, Inés estuvo más callada de la cuenta, por mucho que intenté que hablase conmigo, solo conseguí que me contestase con monosílabos. Tenía la cabeza muy lejos de mí y era normal.

La dejé tranquila mientras recogía las cosas que habíamos ensuciado en el desayuno. El silencio era importante, con él venían las ideas, pensamientos nuevos, aclaraciones necesarias, y conseguíamos centrarnos en lo realmente importante. Hay momentos en los que era imprescindible hablarnos y escucharnos con atención a nosotros mismos, justo lo que parecía estar haciendo mi prima.

Chus me mandó un mensaje para decirme que estaba en la puerta y fui a abrirle. Sonreí al verlo al volante. Si ya lo veía un poco preocupado por mi llamada, ver el coche de mi prima lo puso peor.

—¿Por qué me necesitas a esta hora de la mañana? —me preguntó mientras se acercaba—. ¿Va todo bien? ¿Eres tú o tu prima? Que sepas que vengo muerto de miedo.

—No te he dicho en ningún momento que pasase algo malo, solo que vinieras —le sonreí.

—Preciosa, eso es lo mismo que decirme: «Chus, corre que me ha pasado algo». —Entró dentro de la casa—. Aquí está la otra visitante, pues sí que ha tenido que pasar algo grave.

—Tampoco tienes que ser tan alarmista. —Me reí porque, cuando se lo proponía, nadie lo superaba a exagerado.

—¿Y a esta qué le pasa, que parece que está más para allá que para acá? Reina, despierta, que parece que estás dormida. —Chasqueó los dedos frente a su cara.

—Dormida no está, lo que le pasa es que se encuentra en trance —negué.

Debía reaccionar porque el mundo no se terminaba si se había quedado embarazada. Mientras no lo hiciera yo íbamos bien. Nunca me gustaron mucho los niños, en el sentido de tenerlos, y desde que los tres diablillos entraron en mi vida, les había cogido un poco más de pánico a las personas que tenían menos de dieciocho años.

—¿Ya has llegado? —le preguntó mi prima.

—Vaya, parece que ya has vuelto —suspiré—. Sí, ya ha llegado; anda, espabila, que el mundo no se termina aquí, solo tenemos que rezar porque el niño o la niña no se parezca al padre.

—¿Estás embarazada? —preguntó Chus con un grito demasiado agudo.

—Esa es la emergencia. No lo sabemos porque estábamos esperando a que llegaras para que se haga la prueba. Pero desde ya te digo que sí lo está, sobre todo porque ella tiene pocas dudas.

—Ay, reina —volvió a gritar—. Ya estás tardando para ir al baño, que yo no tengo la paciencia que tiene Lola. —La cogió por los hombros y empezó a empujarla para que caminara hacia el baño que había en el pasillo.

—Espera, loca, que tengo que coger la prueba que está en mi bolso —le dijo mi prima entre risas.

Menos mal que ya volvía a ser ella.

—Tú sigue para el baño que ya te la llevo yo —le dije.

Fui hasta su bolso y la busqué dentro. Solté una carcajada cuando me di cuenta de que la loca de mi prima no había traído una ni dos pruebas, sino seis.

Ver para creer, pensé negando con la cabeza.

—Cómo se nota que te salen gratis —le dije con ellas en las manos.

—Es por si una falla, que la otra no lo haga —se excusó con las mejillas rojas.

—Claro, porque es muy posible que fallen cinco y solo una sea buena —dijo mi amigo irónicamente—. Cariño, pues déjame decirte que si cinco dan positivo y una no, es que no hay duda de que lo estás.

—Venga, a bajarte los pantalones y a hacer pis en cada uno de estos palitos —le dije empujándola hasta la taza del cuarto de baño.

Ay, madre, que iba a ser tía, pensé mientras le iba dando prueba por prueba. Porque sí, aunque Inés y yo fuésemos primas, para nosotras éramos mucho más.

Conforme me las fue dando, las fui colocando con cuidado sobre la encimera del baño.

—En algunas pone que tenemos que esperar cinco minutos, en otras un poco menos. —Chus no paraba de mirarlas cada dos por tres; cuando veía que seguían sin nada, resoplaba—. No me puedo creer que vaya a ser tío, le cogí miedo a los niños después de conocer a los tres trastos de tu marido, pero este será un poco más tranquilo —dijo con ilusión y pensé que ojalá fuera cierto.

—Mirad vosotros, yo estoy temblando —nos pidió Inés, con la voz temblorosa.

—No, no, lo vamos a hacer los tres a la vez y agarraditos de las manos. —Que le gustaba a este hombre hacer un buen papel—. Venga, a la de una, a la de dos y a la de…

—Calla ya y mira —lo corté mirando yo las seis pruebas.

Pues no, no me llevé la sorpresa, porque me lo esperaba.

—¡Felicidades, cariño! —La felicité muy emocionada por ella porque sabía que sería una gran madre.

—Ay, ¡qué voy a ser tío! Diosito, por favor, te suplico que sea niña. —Juntó las manos como si estuviese rezando—. Lo que disfrutaría llevándola

de compras… sería mi niña mimada, la más bien vestida y conjuntada del mundo.

Chus empezó a dar saltos a nuestro alrededor, haciéndonos reír mientras mi prima y yo nos abrazábamos. La apreté con fuerza, mientras le susurraba al oído que todo iba a ir bien y que Mario se tomaría genial la noticia y le haría mucha ilusión.

—¿Tú crees? Es muy pronto, no llevamos mucho tiempo y no hemos hablado de… de…

—No lo creo, estoy segura de ello. —Le di un beso en la mejilla.

—Reina, si tengo que poner a alguien en su sitio, solo dímelo —le pidió Chus, con un guiño.

Inés y yo le sonreímos, antes de lanzarnos a abrazarlo. Terminamos los tres riendo y saltando en el baño.

—Pues entonces me voy, lo llamaré de camino a casa para que venga. No puedo esperar más, ahora que estoy segura, no, pero tiene que ser en la intimidad. —Empezó a recoger todas las pruebas.

—Déjame una, por favor. —Me miraron los dos sonriendo, porque supieron lo que haría con ella.

—Qué mala eres, amiga —dijo Chus riendo a carcajadas. Lo miré maliciosamente.

Mi prima me dejó una prueba y se fue muy rápido. Chus me dijo que él también debía irse, ya que para venir tuvo que posponer una reunión con un cliente. Nos despedimos con un fuerte abrazo y besos, y quedamos en hablarnos más tarde.

Me quedé con las perras en la casa, las que habían estado muy tranquilas echadas en sus camas. No dejé de sonreír en todo el día, imaginando la cara que pondría Fran cuando viera la prueba de embarazo positiva. La dejé en el mismo lugar en que estaba porque sabía que lo primero que hacía Fran al entrar en la casa era venir a este baño para lavarse las manos.

Qué bien me lo iba a pasar quedándome con él un rato, pensaba meterme en mi papel para que me creyera. Ay, Dios, ese momento no iba a estar pagado ni con todo el oro del mundo.

Esperé con paciencia a que entrase por la puerta y, en cuanto lo hizo, y como tenía previsto que iba a hacer, fue directo al baño después de saludarme con un beso.

Cuando salió, venía con la prueba en una mano y blanco como la leche.

—¿No decías que no querías hijos? —me preguntó con esfuerzo.

El miedo que sintió le impidió hablar con normalidad.

—No lo he buscado, se ve que ha tenido que fallar algo. —Me costó mucho esfuerzo no reírme.

—Preciosa, tengo tres hijos.

—Como si no lo supiera. —Volteé los ojos—. Pero no biológicos.

—Ya. —Miró la prueba de nuevo.

—Pues ya tienes cuatro. —Me encogí de hombros.

—Esto no es tuyo, así que más te vale que sueltes la verdad. —Me señaló con la prueba.

Ya no pude retener por más tiempo una fuerte carcajada. Me conocía demasiado bien, pero solo por ver la cara con la que salió del baño mereció la pena.

Al final terminé confesándole que la prueba era de Inés y que podía estar tranquilo por nuestra parte.

—Sabes que he exagerado a propósito, ¿verdad? —asentí porque también me di cuenta. Estaba acostumbrada a sus bromas y reacciones—. Entonces también sabes que después del susto inicial hubiera estado muy feliz,

encantado con la noticia —me confesó abrazándome y dejándome sin palabras.

Capítulo 36



Francisco

Comenzaba un primero de agosto en el que sentía que el verano estaba siendo infinito, con los acontecimientos que habíamos vivido desde nuestra boda en junio, la luna de miel y unos días atrás la noticia de que Inés y Mario iban a ser padres.

¿Lo mejor de todo lo sucedido? No, no fue la boda, ni convertir en mi esposa a la mujer que más amaba. El momento más especial para mí fue encontrarme con mi hermano en uno de los días más importantes de mi vida. Y no solo porque nos acompañase en tal celebración, sino por poder verlo por primera vez libre, después de tanto tiempo.

Había tanto guardado dentro de mí que, si no hubiera sido por lo que comencé con Lola en aquella cena de directivos, el tiempo hubiese pasado igual de doloroso hasta la liberación de Eloy. Lola cambió eso, me cambió a mí porque fui otro completamente diferente desde el día en el que mi hermano entró en la cárcel.

Sí, yo había sufrido mucho con su encierro, tanto que perdí el carácter alegre que resurgió aquella noche con Lola. Sin saberlo, ella fue la mejor de mis medicinas y, aunque tuve miedo a lanzarme por todo lo que me rodeaba, fue la mejor decisión que tomé en mi vida.

Cuando me sinceré el día de la pedida de mano y le conté la realidad de Anne y la de los niños, no me hizo preguntas, solo agarró mi mano y me

demostró que estaba de mi lado, sin importarle más que lo que le había contado.

Todos habíamos sufrido mucho con esta historia, por no hablar de Anne, que quiso poner tierra de por medio e irse a Gran Bretaña porque aquí todo le recordaba a él y sentía que estaba muerta en vida. Esa mujer no solo tenía mi cariño y mi respeto, tenía mi lealtad para el resto de su vida.

Eloy no quiso tener contacto alguno con ella desde que entró en prisión. Una de las primeras veces que fui a visitarlo y le pregunté por qué la había apartado, cuando Anne estaba mal y lo quería, él me contestó entre lágrimas que lo había hecho para alejarla de una vida condenada a esperar a alguien que estaría privado de libertad por años. Todavía recordaba sus palabras: *«No puedo, hermano, simplemente no puedo arruinarle más la vida. La amo y bastante daño nos hemos hecho ya, como para que esté sufriendo por mí, mientras estoy aquí metido por el mayor error de mi vida»*.

Mi hermano nunca tuvo la necesidad de hacer lo que lo llevó a prisión, ya que nuestros padres nos dieron la mejor de las vidas. Obviamente, cuando todo sucedió, aún no teníamos el control de la empresa, solo trabajábamos para nuestro padre, pero estábamos muy desahogados económicamente.

Pero pasó y pagó un precio muy alto, ese que aún lo mantenía durmiendo en prisión de lunes a jueves, ya que debía ir a las ocho de la tarde, hasta las ocho de la mañana, que era cuando salía.

Era viernes y me había levantado muy temprano, ya que mi hermano salía de fin de semana y venía directo hacia mi casa, donde se encontraban Anne y los niños desde el día anterior, para pasarlo todos juntos.

Menos Luca, al que le preparé un Cola Cao mientras me hacía el café, el resto seguían durmiendo.

—Tengo ganas de que llegue el tío Eloy —me dijo y sonreí.

—Lo sé, cariño. Yo también tengo muchas ganas de verlo.

Le puse la bebida delante y me senté junto a él. Los dos empezamos a beber.

—Es muy divertido y nos protege mucho.

—Sí, ya, tiene poca mano con vosotros. —Carraspeé.

—Es muy bueno. —Soltó una risilla.

—¿Y los demás somos malos?

—No, pero no tenéis tanta paciencia —asentí pensando en ello.

Justo en ese momento escuchamos cómo la verja se abría. Luca y yo nos miramos y fuimos hacia la puerta de la casa. Era Eloy, hacía un tiempo que le di un mando para que pudiese entrar sin tener que llamar.

Cuando mi hermano salió de su coche, Luca fue corriendo hacia fuera y vi cómo lo cogía al vuelo en el momento en que el pequeño se lanzó hacia él. Lo hizo volar, mientras caminaba hacia la entrada. Se me partía el alma. ¡Era su hijo!

Frente a mí bajó al niño y nos abrazamos con fuerza y de todo corazón. Nos queríamos muchísimo. Tanto mis tristezas y alegrías eran suyas, como las de él mías.

—Hasta el lunes soy un hombre libre. —Me hizo un guiño.

—No sabes cómo me alegro. —Le apreté un hombro—. Vamos a disfrutarlo a tope todas las semanas, hasta septiembre no curro —dije sonriendo. La empresa cerraba todo el mes.

—Qué bien vives. De mayor quiero ser como tú —bromeó, dándome unos golpes en la espalda.

—Pasa, te preparo el café y unas tostadas.

—¿Te he dicho que te quiero?

—No hace falta, lo sé de sobras. —Le pasé el brazo por el hombro y lo abracé de lado.

—¿¡Y yo qué!? —dijo Luca cruzando los brazos mientras las perritas daban vueltas sobre sí mismas y saltaban de felicidad.

—Tú, tú —lo cogió en brazos Eloy y comenzó a hacerle cosquillas mientras el niño chillaba a todo pulmón de la risa—, tú eres uno de mis cafres favoritos.

—Papá, socorro, que el tío me quiere asesinar.

—Sí, hombre —lo bajó—, para cometer delitos estoy yo —soltó riendo, a sabiendas de que el niño no iba a pillar nada.

En ese momento apareció por la cocina Anne. Solo puedo decir que la manera en la que los dos se miraron y se abrazaron fue digna de una gran película de amor. Ella llevaba todo el verano con los niños en mi casa de la ciudad, y él se quedaba allí con ellos todos los días y los fines de semana enteros. Siempre supe que Anne lo esperaba de algún modo, aunque mi hermano no quisiera y se negara desde el inicio.

Controlar los sentimientos no está al alcance de nadie, y menos cuando pertenecen a otra persona que se niega a olvidarte. Ellos renunciaron a todo en cierta forma, por la situación tan dramática que se vivió en aquellos momentos, y porque todos quisimos ayudarlos en esos instantes tan oscuros en los que nos vimos envueltos toda la familia.

A la cocina fueron llegando los niños que faltaban y Lola, cuando terminábamos de hacer el desayuno entre mi hermano, Anne y yo. Nos sentamos en el porche en el que teníamos una gran mesa, menos los peques, que lo hicieron en el salón mientras veían una serie a la que estaban enganchadísimos y era muy educativa.

—Bueno, voy a aprovechar este momento en el que estamos tranquilos para comentaros algo. Pensaba hacerlo en cualquier hueco del fin de semana, ya que por eso os pedí que lo pasaseis con nosotros.

—¿Estás preñada, cuñada? —le preguntó Eloy.

—¡Qué dices! —Jadeó Lola y contuve una carcajada—. Ni yo sé lo que va a decir. —Sacudió la cabeza, volteando los ojos.

—Aunque no lo habéis contado, yo sé que estáis juntos. —Me dirigí a mi hermano y a Anne, que sonrieron sin decir nada—. No hace falta que lo llevéis en secreto, ni con miedo de que nadie os vaya a juzgar, estoy seguro de que todos lo van a entender. Tanto nuestros padres como los de ella, y si no lo hacen, lo harán. ¿No creéis que ya habéis perdido demasiado tiempo?

—Gracias, Fran —comentó Anne siendo la primera en reconocerlo.

—Chivata. —Le dio una pequeña colleja Eloy y ella se rio.

—Yo lo intuía —dijo Lola emocionada.

—Tú lo sabías —la rectificó Anne, con una sonrisa.

—Pues sí que eres una chivata. —Rio Lola y me la quedé mirando sorprendido porque hasta mi mujer me guardaba secretos.

—Ya veo que Anne confía más en mi mujer que tú en tu propio hermano —me referí a mí mismo, hablándole a Eloy.

—Eso lo hablamos otro día. —Hizo un gesto de despreocupación, queriendo quitar importancia.

—Tienes derecho a rehacer tu vida, hermano, no tienes que pagar más que el precio que te impusieron. No sientas vergüenza ni te escondas, eres casi libre y llegará el día en el que lo seas por completo. Es verdad que cometiste un delito, pero no has matado a nadie. Continúas pagando por ello y ya está, hasta que llegues al final.

—¿Y qué quieres que haga? Me lo dices de una forma como si me fuese a quitar de en medio. —Eloy era igual de gracioso que yo y todo se lo tomaba a humor.

—Sabes a lo que me estoy refiriendo —negué—. Los trillizos son tuyos, hermano. Eres el padre de unos niños de siete años y podemos invertir la historia. Tienen derecho a saber que tienen al mejor padre del mundo.

—Hicimos un acuerdo y no te voy a fallar, hermano.

—Yo lo rompí por ti —dije, causando que los tres me mirasen expectantes —. Como siempre me he encargado yo de los temas de papeleo de los niños, Anne nunca se vio en la obligación de pedir una partida de nacimiento, por eso no sabe que los registré a tu nombre, hermano, con el poder que me diste para todo.

»Eres tú el que consta como el padre biológico, como debe ser. Al coincidir nuestros apellidos, sabía que sería difícil que alguien lo descubriera, pero como algo dentro de mí me decía que algún día llegaría este momento, quería que fuese rápido lo de devolverte el derecho que te pertenece.

»Yo amo a los tres, los he cuidado y los quiero como míos propios, pero no he sido un padre tan presente como lo serás tú. —Los dos nos emocionamos y se nos cayeron las lágrimas—. No quiero sentir que te arrebato lo que es tuyo. No te mereces que llamen a otro padre, cuando ese título es únicamente para ti.

»Quiero verte reconstruir tu vida con Anne y con los niños, que forméis una gran familia. Poco a poco haremos que los tres lo vean todo con normalidad, no hace falta contarles ninguna historia de golpe y volverlos locos.

—Eres la mejor persona que he conocido en el mundo —susurró Anne emocionada, secándose las lágrimas.

—No tendré vida para pagártelo, hermano —dijo Eloy.

Se levantó y yo hice lo mismo, para encontrarnos con un fuerte abrazo.

—No he terminado —les pedí de nuevo su atención—. No quiero tu parte de la empresa, Eloy, con lo que hay tenemos para vivir toda una vida sin complicaciones y económicamente desahogados.

»Propongo que todos los activos que hay en la empresa se dividan en tres partes y nos lo repartamos en igualdad, es más, propongo que vendamos la empresa y que comencemos todos a vivir en lo que de verdad importa, nuestra familia.

—Yo firmo ahora mismo. No quiero seguir en Gran Bretaña y quiero comenzar una vida de verdad junto a ti —le dijo Anne, mientras mi hermano le acariciaba la espalda llorando de la emoción.

—¿Yo cojo algo del pastel? —preguntó bromeando Lola, que estaba llorando a lágrima tendida.

—Claro que sí, cuñada, a ti te damos el 5 %.

—Vaya mierda de negociación. —Bufó.

—Pues haciendo un cálculo rápido viene a ser como dos millones de euros —le dijo Anne.

—¡Firmo! —gritó Lola, hasta tocando las palmas y causándonos una carcajada.

—He estado haciendo los números y nos quedarían unos nueve millones de euros limpios a cada uno, después de pagar todos los impuestos y dejar todo liquidado. Esto sin contar las seis casas que tenemos aún por vender o que nos podemos repartir y que cada uno haga con sus propiedades lo que quiera.

—Vamos a hacerlo, por favor, quiero una vida más familiar, disfrutando de los niños y de vosotros, que sois parte de mi familia. —Anne cogió de la mano a Lola y se la acarició.

—Verás cuando le cuente a mi familia que no eres el padre, sino el tío —me dijo mi mujer muerta de la risa y consciente de que toda esa mentira ya quedaría atrás.

Iba a dormir muy tranquilo a partir de ahora, sintiendo la paz de que por fin todo estaba en su sitio, porque mi hermano no merecía otra cosa más que ser feliz.

Y yo, yo necesitaba dejar la carga laboral y vivir una vida junto a Lola, una mucho más tranquila y fuera de tanta locura económica como había en la empresa. Realmente necesitaba algo más simple y, si encima podíamos permitírnoslo económicamente, tendríamos la posibilidad de hacer y deshacer a nuestro antojo, siempre juntos, pero llevando otra forma de vida.

Lola era una profesional increíble y entre los dos podíamos conseguir grandes cosas, al igual que formábamos un equipo perfecto en lo personal.

Capítulo 37



Lola

Fran y Eloy preparaban una paella, después de la intensa mañana que habíamos tenido. Las palabras de Fran fueron un baño de humanidad, humildad y corazón. No podía sentirme más orgullosa por el hombre que había elegido para compartir mi vida.

Anne y yo estábamos sentadas en el porche, tomándonos tranquilamente una cerveza mientras los niños jugaban ante nuestras vistas en la piscina, en la zona menos profunda y la más segura.

—Tienes un marido que es una bendición —comentó Anne.

—Sí, aún tengo el nudo en la garganta —sonreí.

—Fue una gran locura cuando sucedió. Recuerdo que estuve varios días en *shock*, siendo incapaz de reaccionar —susurró con tristeza—. Mi corazón nunca llegó a sanar y, cuando supe que él quiso delegar en su hermano todas sus responsabilidades, me di cuenta de que fue su forma de protegernos a los niños y a mí.

»Hizo todo lo posible, lo que estaba en sus manos, para evitarnos un problema derivado de lo que tanta vergüenza le causaba a él. Yo conocía muy bien a Eloy y sabía que ese fallo no le hacía peor persona.

—Claro que no, cariño. Todos podemos cometer errores y, siendo jóvenes, más.

—Fran se preocupó cada día de todo, aunque estuviera aquí en España y yo en Londres —suspiró—. Siempre estaba volcado en nosotros y aprovechaba cualquier momento para ir a vernos. No le gustaba que estuviéramos solos tanto tiempo, necesitaba asegurarse de que realmente nos encontrábamos bien.

—Hizo lo que le correspondía, como has dicho, lo que necesitaba. Yo hubiera hecho lo mismo por un hermano y tú también.

—Sí, pero te prometo que ha sabido estar tan a la altura que lo hace ser más extraordinario. Imagina cómo estaba yo, que justo antes de lo que sucedió me quedé embarazada y descubrimos que eran tres.

—Qué cosa, pensaba que eso era más habitual en una fecundación. Al menos es lo que yo tengo entendido y al inicio Fran me explicó que fue de esa forma en la que llegaron los niños. —Me reí al recordarlo.

—No, de fecundación nada —negó sonriendo—. Fue al estilo tradicional y sorprendente. —Me hizo un guiño y nos reímos—. Hasta el ginecólogo no se lo creía, imagina cómo me quedé yo. —Se rio.

Cuando los chicos terminaron, nos sentamos a la mesa a comer la tan deliciosa paella, la que disfrutamos todos porque también les servimos a las perras en unos platitos que les colocamos a un lado del porche.

—Papá, pásame el pan —le pidió Marco a Fran y le hice un gesto para que no lo hiciera.

Los dos miramos a Eloy para que interviniera.

—Toma, cariño —le dijo Eloy, acercándoselo.

—¿Desde cuándo eres mi padre? —le preguntó el niño riéndose, porque su tío se lo había dado.

Al hacer esa pregunta me vino genial, como anillo al dedo.

—Pues desde que naciste, ¿o qué pasa, que solo se tiene un padre en la vida? —le dije a Marco, pero también miré a Luca y a Carlo. La cara de los

adultos era más expectante que la de los niños—. Vosotros conocéis a mi tío, el papá de Inés. ¿No?

—Sí —afirmaron los tres niños, sonriendo.

Se lanzaron entre ellos la sonrisa que siempre ponían cuando hacían alguna travesura, por lo que estaba segura de que recordaron cuando mi padre y mi tío se tiraron a la piscina el día de mi boda con Fran, para «salvarlos» a ellos.

—Pues de pequeña yo siempre le decía papá a mi tío, porque él me cuidaba más tiempo. Luego, cuando mi papá me pudo cuidar, pues invertí la manera de llamarlos —dije y me reí a carcajadas después de soltarlo, para hacer como una gracia para que no sonase fuerte.

—Entonces ahora nuestro papá sería el tío Eloy, porque está casi viviendo con nosotros, menos cuando va a dormir al trabajo. Así papá Fran pasaría a ser nuestro tío —dijo Luca pensando en ello, mientras los otros dos peques se reían.

—¡Mira qué bien pillan las cosas! —exclamé efusiva y me levanté a aplaudir—. Bravo por mis sobrinos.

—¿Y si tú nos cuidas, también serás nuestra mamá en vez de tía? —me preguntó Carlo, dándole la vuelta al asunto.

—No, no, no, a mí dejadme. Yo no entro en el juego —dije provocando una risa en todos.

—A ver, vamos a hacer números —dijo Marco—. Tenemos dos papis, dos tíos, una madre y una tía. ¿Entonces cuántos regalos nos llevaremos en el próximo cumpleaños?

—¡Nueve! —soltó Carlo y lo miramos sin entender—. Dos papás, más dos tíos, más mamá, más la tía Lola, el tío Chus, el tío Mario y la tía Inés. Son nueve. —Se encogió de hombros con su explicación y los adultos soltamos una carcajada—. Nuestros papás tíos tienen que hacernos dos regalos porque ellos son dobles. —Se le escapó una risilla, consiguiendo que sus hermanos también rieran.

—No, así no es —dije moviendo las manos en el aire, captando la atención de todos—. Para que ese caso se dé, tenéis que llamar papá a Eloy, porque es él el que duerme con vosotros. Y a Fran tenéis que decirle tío.

—Yo por unos regalos los llamo hasta abuelos si hace falta —soltó Marco.

—Madre mía, qué chaqueteros —comentó Fran con la carcajada suelta.

—Papá, ¿tú te enfadas si llamamos al tío Eloy como papá, durante una temporada, para que ganemos regalos? —le preguntó Luca a Fran.

—Para nada —le contestó sonriendo—. Es más, si lo mantenéis así por mucho tiempo, yo me comprometo a daros cuatro regalos a cada uno cuando lo merezcáis.

—Tenemos que invertir la forma de llamarlos, no equivocarse —les dijo Carlo a sus hermanos, los tres estaban emocionados.

—¿Para siempre? —preguntó Luca arqueando las cejas.

—Siempre que viva con vosotros, porque es vuestro padre si está bajo el mismo techo —les dije, encogiéndome de hombros.

—Y nosotros pensando que iban a tener un drama —susurró Fran, causándonos una carcajada a los adultos.

—¿Un drama por ganarnos un papá más, otro tío padre y más regalos? El drama lo tendréis vosotros —soltó Marco con toda la risa suelta.

El caso era que lo que les metí como un juego, mejor no pudo salir. Me sentía feliz por haber colaborado a ayudar a los tres adultos que estaban pasando por un momento tan incierto. Una cosa era clara: cuanto más se hicieran las cosas con naturalidad, todo era más sencillo y fácil de lo que parece.

Lo que hoy era un juego mañana sería la normalidad de una nueva vida. Confiaba en que todo volviese a su lugar y como correspondía, como todos se merecían.

Los trillizos se pasaron toda la tarde llamando papá y tío a ambos por igual, se liaban ellos mismos, pero eran de lo más graciosos. Cada vez que le decían papá a Eloy, a este se le iluminaba la cara, y a Fran, a Anne y a mí nos emocionaba tanto que tuvimos que escondernos un poco para ocultar la emoción.

Por la noche hicimos una barbacoa y fueron llegando mis padres, mis tíos, Inés, Mario y Chus.

Mi prima estaba castigada bebiendo agua, porque con su nuevo estado ya no podía darse ciertos caprichos. Pero se los compensaríamos con otros.

Todos se reían cuando escuchaban a los niños llamar a Eloy papá y a Fran tío, pensando que estaban en una especie de juego. Ninguno se imaginó el motivo por el que lo hacían, lo que había detrás de ello. Así que, cuando los peques después de cenar se marcharon a ver una peli al salón, donde se quedarían dormidos, aprovechamos para contarles toda la verdad.

¿Resultados? Todos lloraron de la emoción y nadie juzgó absolutamente nada, es más, Chus no podía ni hablar por el nudo que tenía en la garganta.

Fran, con el permiso de Eloy, contó la historia de su hermano y en la situación que seguía. Pero mi padre sentenció con una frase, dirigiéndose a Eloy.

—No todos los que estáis privados de libertad sois malas personas, ni vais a volver a reincidir. No te avergüences del pasado y disfruta del presente. También eres bienvenido a nuestra familia como uno más, al igual que Anne y los niños lo han sido.

—Gracias, suegro —le dijo Eloy, dándole un abrazo y causando una risa en todos porque ya nos llamábamos de todas las maneras. No era su suegro, pero lo mismo dio.

—Yo sabía que era un hombre de los pies a la cabeza, no solo un jefe que está a punto de despedirme por vender la empresa —le dijo Mario emocionado a Fran, abrazándolo.

—Sabes que no te quedas en el paro, que seguirás trabajando para mí en las inversiones que haré desde la tranquilidad. También te necesito para la gestión de los alquileres de las viviendas en las que invierta —le comunicó Fran.

—Te como entero. —Lo cogió en brazos y los dos se rieron.

—Ya no tienes excusa, puedes quedarte preñada como yo, prima.

—Hija de puta —le dije con una carcajada suelta.

—Lola… —me reprendió mi padre, pero sonriendo.

—Es que le gusta pincharme, papá. Y con ese tema se me va la lengua. —Volteé los ojos, haciéndolo reír.

La vida no era solo el tener miedo a lo que pensasen los demás, la vida iba más allá de eso. Corazones que latían en la misma dirección y que tenían el mismo derecho, a pesar de las circunstancias.

Los tenía a todos, a mi gran familia, esos que vinieron a complementar mi vida y a hacer de esta que todo fuera más bonito y emocionante.

¿Y qué más podía pedir cuando todo cobraba sentido y se ponía en su lugar? Paz, la que deseaba para todos, y que mi cuñado consiguiera pronto el grado que le diera la libertad completa, para no tener que irse de su casa a dormir a un lugar que ya no le pertenecía.

Epílogo



7 años después…

—Cata, María. ¿¡Qué habéis hecho!? —grité al ver el salón completamente blanco.

—¡Feliz Navidad! —gritaron las dos tocando las palmas, expandiendo más aún ese polvo.

—¡Yo os mato! —Jadeé desesperada, al comprobar que habían esparcido tres paquetes de harina por todos los sofás, los muebles y el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Fran asomándose y, a la vez, quedándose blanco como todo lo que había alrededor.

—Tus hijas, que no han tenido otra idea mejor que esta. —Bufé.

—Te recuerdo que también son tuyas, a ver si ahora me voy a comer yo solo el marrón. —Carraspeó.

—Madre mía, madre mía, que ya querría yo una de trillizos como los primos antes que unas dobles como estas —gemí.

—¿Prefieres a los primos más que a nosotras, mami?

—Mira, Cata, mejor quédate calladita si no quieres que te responda una brutalidad.

—Grosería, eso es una grosería —me contestó María, tapándose la boca.

Sí, teníamos mellizas; por lo visto, en esta familia los antecedentes eran múltiples, por lo que pudimos averiguar. Así que, un año después de casarnos, nos encontramos con la sorpresa de que íbamos a ser padres por partida doble. Una ilusión que me entró por todo el cuerpo…

Eran casi las doce y media del día de Navidad y el día acababa de girarse, que daba gusto.

—Papá, vete buscando otra mujer, que mamá está tan blanca que creo que la vamos a perder —soltó María, con una sonrisilla de oreja a oreja.

No eran conscientes de la gravedad de la que habían liado, porque la familia no tardaría en llegar para celebrar el día juntos. ¡Y todo estaba para echarse a llorar!

Voy por partes porque en siete años habían pasado muchas cosas…

Fran y Anne disolvieron la empresa y repartieron con Eloy las ganancias, así como el dinero que se percibió por la venta de esta, la que, por cierto, se hizo con la condición de que los nuevos adquirentes se quedasen con toda la plantilla, menos con Mario, que se fue con Fran. Mi querida Mabel continuó en su puesto y sabía que le iba muy bien; estábamos en contacto y quedábamos de vez en cuando.

Las seis propiedades con las que contaban se repartieron de otra manera, tal y como pidió Anne. Fueron dos para ella, dos para Fran, una para Eloy y otra para mí. Sí, yo también cogí cacho. Realmente, la repartición fue tres para ellos y tres para nosotros.

Luego estaba la vivienda de Fran de la ciudad, en la que Anne se instalaba siempre que venía, y con la que estuvo con Eloy durante un tiempo. Por eso le tenían un cariño muy especial y se la quedaron, pagándole a Fran el precio que le costó a él en su día. Si hubiese sido por mi marido, se la habría regalado, pero ni Eloy ni Anne quisieron eso.

Pocos meses después, Eloy salió para siempre de la cárcel y ahí empezó la guerra de hombres, sí…

Fran y Eloy crearon una sociedad para trabajar desde casa, para meterse en inversiones que les conseguía Mario, que trabajaba para ellos. Anne, como yo, preferimos vivir tranquilas con nuestros niños y no entrar en esos jaleos que decíamos que eran para hombres.

De vez en cuando se metían en alguna inversión del tipo de comprar una mansión que luego revendían, también algún que otro chalé de lujo, incluso una vez hasta compraron un avión y un yate, así que imaginad la mente de negocio de esos dos que no podían parar quietos para vivir de las rentas.

Hablando de rentas, las tres viviendas de lujo que nos quedamos después de las reparticiones las vendimos a un alto precio y compramos siete pisos de lujo que pusimos en alquiler y que nos dejaban muy buenas rentas mensuales.

Mario lo ganaba muy bien y en comisiones se llevaba unas buenas sumas de dinero. En el caso de mi prima, a la que sus padres, al jubilarse, le traspasaron la farmacia, ella iba a dar sus vueltecitas y a controlar que todo estaba bien, pero no se comía ningún turno. Se dedicó más que nada a su casa y a su hija Antonella, aquella que vino de sorpresa para todos después de nuestra luna de miel en Venecia. Mi consentida, porque sentía un amor infinito por ella.

Inés y Mario se casaron al verano siguiente, ya con la niña en el mundo. Fue una boda preciosa que disfrutamos y vivimos con mucha intensidad.

Pero no fue la única de ese verano, no, tuvimos tres en total, ya que Anne y Eloy también se dieron el «sí, quiero», haciéndonos vivir otro emocionante momento. Y como no había dos sin tres, y mis padres vivían juntos desde poco después del beso que se dieron en el juego de las cartas, ellos también pasaron por el altar por segunda vez en sus vidas, pero con la seguridad de que esta vez sería para siempre, la definitiva.

Fue un verano intenso en el que todo terminó de cobrar forma y color. Incluso los niños ya tenían normalizado llamar a Eloy papá y tío a Fran. Sobre ese tema se les fue contando, de la mejor forma posible para ellos, que mi marido fue un papá de repuesto. Así, tal cual, pero como a esas alturas lo habían asumido a su manera, lo llevaron genial, como si nada pasase. Eso sí, dejaron bien claro que sus regalos los querían igual.

Eran felices con todos, y eso era lo que contaba, pero también era cierto que, con la presencia diaria de Eloy, este les demostró cada día que le pertenecía el papel de padre, al estar siempre con ellos, día y noche.

Nosotros agrandamos la casa del campo y le sumamos cien metros cuadrados más, en los que hicimos un segundo salón gigante para cuando nos juntábamos todos, y las suficientes habitaciones para que se quedaran una vez que finalizaban las celebraciones que hacíamos: barbacoas, fechas importantes como la que era hoy, cumpleaños, aniversarios… todo era un motivo perfecto para una fiesta. A Fran y a mí nos encantaba reunir a la familia con nosotros y nos lo pasábamos en grande, disfrutando y riendo.

Sobre mis suegros, he de decir que la libertad de Eloy les devolvió años de vida. Para ellos fue un subidón de energía tener a sus hijos bien y a salvo. Eran unos abuelos increíbles, al igual que mis padres.

—Cariño, ¿empezamos a limpiar? —me preguntó Fran, mirando a las niñas, que seguían paradas atentas a mi reacción.

En ese momento sonó el timbre y Fran le dio al mando para que se abriese la verja. Era Chus, el primero en llegar como siempre. Y no, no se había casado. Vivía como un rey porque su firma funcionaba a unos niveles que ni él se podía imaginar, estaba de lo más pletórico.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó sorprendido al asomar la cabeza por la casa, después de dejar el coche aparcado en la zona que teníamos habilitada como aparcamiento.

—¡Ha sido ella! —dijeron las dos niñas a la vez, señalándose la una a la otra.

—Me están dando ganas de irme —habló muerto de la risa y hasta cruzando las piernas.

—Pues ya sabes, pero después de ayudarnos —solté un largo suspiro.

—Si ayudo, me quedo. Vamos, no me voy a perder lo mejor.

—Mamá, ¿podemos irnos a nuestra habitación?

—Mira, María —la miré al borde de estallar—, de aquí no se mueve ni Dios hasta que esto esté brillante y todo recogido. Y menos vosotras, que sois las culpables de que el salón se haya convertido en un completo desastre.

—Bueno, venga —dijo Fran, carraspeando—. Voy a por varias escobas y la aspiradora.

—¿Te acompaño, amor? —le preguntó Chus, picándolo.

—Vente, valiente —le provocó Fran, que no se aminoraba con nada.

Menos mal que en esos momentos llegaron mis padres y fueron muy rápidos resolviendo el problema. Conseguimos que todo quedase bien antes de que fuesen llegando los demás, pero el ataque de ansiedad que me entró para mí se quedó.

Pero ahí no quedaba la cosa, no… parecía que el día estaba preparado para que me diese un infarto, ya que fue entrar por las puertas del salón Mario e Inés con Antonella, cuando esta empujó un tubo que llevaba en las manos y puso todo lleno de serpentinas y purpurina, mientras las niñas gritaban «¡Feliz Navidad!».

Me tiré bocarriba en uno de los sofás y comencé a hiperventilar, mientras escuchaba a mi padre y a Fran reírse a carcajadas. Mi madre le contaba lo sucedido a los recién llegados y estos también rieron, como no podía ser de otra manera. Yo me cagué en todo y en todos y me quedé super a gusto.

Y todavía quedaban por llegar los trillizos, que ahora eran unos adolescentes de catorce años, pero que, por muy adorables que fueran de mayores, igualmente continuaban teniendo unas ideas…

—Dejadme —dije en alto, moviendo las manos para apartar las que me estaban tocando.

—¿No quieres que te secuestre?

Al escuchar a Fran, abrí los ojos de golpe.

—¿A otro continente? —le pregunté ilusionada, provocando que soltara una carcajada.

—Creo que, para empezar, está muy bien ir a nuestra habitación. —Me guiñó un ojo.

—¿Vas a tragarte la llave cuando estemos dentro y bloquear las ventanas? Dime que sí y te prometo amor eterno. —Hice un puchero—. Secuéstrame, soy toda tuya. —Abrí los brazos.

—Créeme, por falta de ganas no es —sonrió con picardía—. Lo de la llave, mejor buscamos un escondite donde meterla —negó.

Me agarró de las manos y tiró de mí para levantarme. Pero no estuve mucho tiempo en pie. Solté una carcajada cuando Fran se agachó delante de mí y se echó mi cuerpo sobre el hombro, gritándole a todos que íbamos a desaparecer hasta que la casa quedara limpia.

Entre nuestros familiares hubo abucheos, risas y silbidos, mientras Fran me llevaba escaleras arriba. Poco nos importó desaparecer y a Fran menos, que subió más deprisa.

Puede que en algunos momentos de nuestra historia nos pusiéramos en apuros el uno al otro; las circunstancias no favorecieron, pero siempre que estuviéramos juntos conseguiríamos resolverlo todo, yendo en la misma dirección.

Mi marido, mi salvador en muchos sentidos. El hombre que pintaba de color mi vida como el compañero perfecto.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu